JACQUES LACARRIÈRE

HERODOTO
Y EL DESCUBRIMIENTO DE LA TIERRA

Historia y filosofía de la Ciencia

ESPASA-CALPE, S. A.

HERODOTO DE HALICARNASO

El llamado padre de la historia occidental, a quien asimismo se debe denominar padre de la etnología, nació en Halicarnaso de Caria hacia el año 484 a. de J. C. y murió en Atenas o Turios alrededor del año 425. Nacido y criado en un medio culto, intervino desde joven en las luchas políticas junto a su tío, el poeta épico Paniani, quien murió en defensa de las libertades contra el tirano Ligdamis, cuyo derrocamiento vio Herodoto. Con éste comienza la ciencia histórica en Grecia. Hoy no es fácil entender el esfuerzo, el valor que supone considerar los hechos mediante la comprobación y el pensamiento, empleando el método empírico de la experimentación y el conocimiento personales. Una barrera de mitos y de paganía obstaculizaba la visión de la realidad. Tal proeza científica, giro copernicano en el entendimiento del mundo de entonces, es la que llevó a cabo Herodoto de Halicarnaso hace veinticinco siglos. A más de hombre de estudio, fue uno de los grandes viajeros de todos los tiempos, que comprobó personalmente la verdad de las tierras y los hombres de su época. Asombra considerar el itinerario de sus viajes, más si se tienen en cuenta los medios disponibles en el tiempo y los peligros que era preciso vencer, no ya materiales, sino morales, porque en todas partes surgían monstruosas y terribles supersticiones nacidas de la actuante mitología. Fuera de Grecia no había sino bárbaros, en sentido etimológico y en su dimensión de incompatibilidad con las costumbres y la civilización helenas. Por ello aún es más admirable la *Historia* de Herodoto, en nueve libros, traducida a todos los idiomas. Sus datos han sido corroborados por los descubrimientos científicos modernos, lo que revela el método, la objetividad, el talento de Herodoto, en un mundo iniciado por él, por él ordenado. Su testimonio sobre ciudades, costumbres y organización de los imperios antiguos es de un valor inestimable por su precisión y verdad, lo que da valor inigualable a su obra, en la que los hechos aún tienen frescor de vida. De modo preciso y precioso, se ve la contribución de

Herodoto a la ciencia en el campo de lo geográfico, etnológico y humano en el libro de Jacques Lacarrière que presentamos a los lectores de habla castellana: HERODOTO Y EL DESCUBRIMIENTO DE LA TIERRA. Lacarrière es uno de los más renombrados intérpretes del pensamiento antiguo, helenista y escritor francés a quien se deben obras como *Sófocles* (1960), *Hombres ebrios de Dios* (1961), *Paseos por la Grecia antigua* (1967). HERODOTO Y EL DESCUBRIMIENTO DE LA TIERRA comprende «la traducción de las cuatro primeras *Investigaciones* de Herodoto, así como el texto —citado con frecuencia aunque nunca editado— del célebre *Periplo de Hanón* y los curiosos *Relatos indios,* de Ctesias de Cnido». La *Primera investigación* comprende Persia y Babilonia. En la *Segunda investigación* se trata de Egipto solamente, lo que supone la importancia que para Herodoto representa aquel espacio geográfico e histórico. Etiopía, India y Arabia integran la *Tercera investigación.* Por último, en la *Cuarta investigación* se estudian los pormenores de diversa índole referentes a Escitia y Libia. Mas HERODOTO Y EL DESCUBRIMIENTO DE LA TIERRA no es una mera traducción del genial anticipador, sino una situación valorada, crítica, del fenomenal cúmulo de noticias y datos que componen las *Investigaciones,* que se complementan con los trabajos antedichos. Lacarrière escribe: «La obra monumental de Herodoto aglutina con tanta frecuencia lo real con lo maravilloso, que ciertos comentarios se antojan indispensables para abrir al lector las puertas de ese universo fascinador cuya verdad sigue siendo hoy palpitante.» Así, para dar la clave de las *Investigaciones,* Lacarrière ilustra su obra con cuatro mapas, una cronología de los principales pueblos y reyes descritos por Herodoto y un índice documental. Pero, sobre todo, destacan en HERODOTO Y EL DESCUBRIMIENTO DE LA TIERRA dos introducciones de interés para situar los límites del mundo y las fronteras del hombre en el siglo V a. de J. C. Porque en el fondo, la tarea de Herodoto es averiguar en qué consiste el hombre y su entorno, así como la interacción de ambos

JACQUES LACARRIÈRE

HERODOTO Y EL DESCUBRIMIENTO DE LA TIERRA

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS POR
VICTORIO PERAL DOMÍNGUEZ

ESPASA-CALPE, S. A.
MADRID
1973

S
A

Título del original francés:
HÉRODOTE ET LA DÉCOUVERTE DE LA TERRE

ES PROPIEDAD

Obra original: © B. Arthaud, 1968
Versión española: © Espasa-Calpe, S. A., 1973

Impreso en España
Printed in Spain

—

Depósito legal: M. 30.982—1973

ISBN 84—239—6405—1

Talleres tipográficos de la Editorial Espasa-Calpe, S. A. Carretera de Irún, km. 12,200. Madrid-34

ÍNDICE

Páginas

ADVERTENCIA 13

A MODO DE APOLOGÍA I 15

Las fronteras del mundo 17
Las fronteras del hombre 18

HERODOTO DE HALICARNASO

INVESTIGACIONES

PRIMERA INVESTIGACIÓN: LIDIA, PERSIA, BABILONIA 27

1. *Mapa de Asia Menor, Persia y Mesopotamia* 28

Prólogo 30
Lidia. Pequeña historia del país. El rey Candaules y sus amores. De cómo Giges fue rey contra su voluntad 31
El rey Creso. Sus riquezas. Diálogo con Solón sobre la felicidad 35
Creso y la desgracia. Fatídica caza del jabalí. Historia de un hombre marcado por el destino 37
Creso y los oráculos. Cómo los somete a la prueba de la verdad. Los fabulosos presentes que ofrece a Delfos 40
Toma de Sardes. Cómo Creso, condenado a ser quemado vivo, se libró milagrosamente de las llamas. De donde se comprende finalmente el verdadero sentido del oráculo de Delfos 43
Conclusiones sobre Lidia. Sus maravillas y costumbres. La tumba del rey Aliates. Cómo inventaron los juegos los hombres 46
Nacimiento e infancia admirables de Ciro. Siniestra cena ofrecida por el rey Astiages. Cómo nació la leyenda de Ciro 49
De cómo Ciro se rebeló y llegó a ser rey de Persia. Venganza de Harpago. Cómo los persas reinaron definitivamente sobre toda Asia 54
Costumbres de los persas. Cómo tratan los persas sus asuntos. Cómo educan a sus hijos. ¿Por qué un persa no miente nunca? 57
Harpago conquista el Asia Menor. Andanzas de los focenses. Los caunios. Cómo expulsan a los dioses extranjeros. Los pedasianos y su estatua profética 62
Ciro conquista Asiria. Descripción de Babilonia y de sus murallas. La torre de Babel. Cómo la reina Nitocris desvió el curso del Éufrates. 67
Ciro castiga al río Gindes y se apodera de Babilonia. Riquezas de Asiria. Monstruosos cereales. Extraños barcos en el Éufrates 70
Costumbres de los babilonios. Cómo casan a sus hijas y curan a sus enfermos. Lo que ocurre en el templo de Venus 73

Páginas

Ciro ataca a los masagetas. Descripción del mar Caspio. Duro combate. Muerte de Ciro y venganza de la reina Tomiris. Costumbres y amores de los masagetas 74

SEGUNDA INVESTIGACIÓN: EGIPTO 83

Los hombres primitivos 86
Descripción de Egipto. Extensión del país 87
2. *Mapa del Antiguo Egipto* 88
El Nilo. Sus manantiales y crecidas. Exploración de África por los nasamones 91
Costumbres de los egipcios. Sus dioses y sacrificios. Oráculos y fiestas. 98
Animales sagrados. Cómo se suicidan los gatos en Egipto. Cómo se cazan los cocodrilos 107
Ritos funerarios 110
Vida en los pantanos. Peces y barcos 113
Relatos egipcios. Conquistas de Sesostris. Los cólquidos. El rey Ferón y la mujer fiel 117
El rey Ramsinito y el ladrón astuto. Construcción de la gran pirámide. Curioso sarcófago 123
Anisis, el rey ciego. El rey Sethos y las ratas. Cuando los dioses reinaban sobre la tierra 129
Maravillas de Meris. Cómo fue desterrado el rey Psamético por culpa de un casco de bronce. Construcción de un canal al mar Rojo. De cómo Amasis llegó a ser rey contra su voluntad 133
De cómo Amasis reinó sobre Egipto. Sus leyes, placeres y amores. Sus ofrendas 138

TERCERA INVESTIGACIÓN: ETIOPÍA, INDIA, ARABIA 145

Cambises penetra en Egipto. Travesía del desierto de Palestina 146
Victoria de Cambises en Egipto. Pruebas del rey Psamético. Cómo trató Cambises la momia de Amasis 149
Espías enviados a Etiopía. La Mesa del Sol. Momias transparentes. Desaparece un ejército en el desierto 151
Locuras de Cambises. Mata al dios Apis. Asesina a su hermano y a su mujer. Profana los templos. Por donde se ve que la costumbre es reina del mundo 155
La India y los indios. Recogida del oro en el desierto de Thur 162
Límites de la Tierra. Arabia. Sus perfumes e inciensos 164

CUARTA INVESTIGACIÓN: ESCITIA Y LIBIA 167

Darío inicia la campaña contra los escitas. Origen de los escitas. Meteoros milagrosos. Hércules y la mujer-serpiente. La Cimeria 168
Pueblos del este y norte de Escitia. El frío de Escitia. Límites septentrionales de la Tierra. El misterioso país de Hiperbórea 172
3. *Mapa de Escitia* 176
Descripción de la Tierra. Asia, África y Europa. Exploración de África por los fenicios y cartagineses. Periplo de Scilases por el océano Índico 179
Ríos de Escitia 182
Costumbres de los escitas. Sacrificios humanos al dios Marte. Cómo tratan los escitas a sus enemigos. Entierro de los reyes en Escitia .. 186
Darío se pone en marcha hacia Escitia. El Ponto Euxino. Los tracios y sus costumbres. Un pueblo inmortal 191

Páginas

Darío atraviesa el Íster y penetra en Escitia. Configuración general del país ... 196
Los pueblos de Táuride. Antropófagos y hombres-lobos. Amores de las amazonas ... 197
Campaña de Darío en Escitia. Persigue en vano al enemigo a través de las estepas. Hambre del ejército. Extraños regalos ... 200
Relatos libios. Pueblos de la costa de Libia. Los nasamones y sus amores. Los psilos y su desaparición. Leyenda del lago Tritón ... 205
Pueblos del desierto y de los confines de Libia. Costumbres de los libios nómadas y sedentarios. Fauna de Libia. Costa occidental de África ... 207
Expediciones de los persas a Libia. Fin de los viajes de Herodoto de Halicarnaso ... 212

A MODO DE APOLOGÍA II ... 215
Mapa general de los pueblos y periplos descritos por Herodoto. 216 y 217
Periplo de Hanón ... 218
Relatos Indios ... 221

CRONOLOGÍA DE LOS PRINCIPALES PUEBLOS Y REYES DESCRITOS POR HERODOTO ... 225

ÍNDICE DOCUMENTAL ... 231

A Jean François DENISSE,
descubridor del cielo,
dedico este descubrimiento de la tierra.

ADVERTENCIA

La presente obra es la reedición de un libro aparecido en 1957 en el Club de Libreros de Francia, con el título Descubrimiento del mundo antiguo. *Dicha obra comprende la traducción de las cuatro primeras* Investigaciones, *de Herodoto de Halicarnaso; así como el texto —citado con frecuencia aunque nunca editado— del célebre* Periplo de Hanón *y los curiosos* Relatos Indios, *de Ctesias de Cnido. La presente edición incluye la misma traducción con un estudio y comentarios totalmente refundidos, teniendo en cuenta los descubrimientos arqueológicos más recientes. Éstos no han hecho otra cosa que confirmar los puntos de vista defendidos en la primera edición, es decir, el valor insustituible del testimonio y descripciones de Herodoto acerca del mundo antiguo. Pero la obra monumental del mencionado autor aglutina con tanta frecuencia lo real con lo maravilloso, que ciertos comentarios se antojan indispensables para abrir al lector las puertas de ese universo fascinador cuya verdad sigue siendo hoy palpitante.*

A MODO DE APOLOGÍA I

Aparentemente nada se parece tanto a un busto antiguo como otro vetusto. Idénticas arrugas, idéntica barba, idéntica mirada perdida en un sueño intemporal surcan, adornan y atormentan esos rostros que podrían parecer anónimos si el artista no hubiese modificado imperceptiblemente su actitud y expresión. Las arrugas son especialmente reveladoras y atractivas. Al contrario de las frentes egipcias, tan lisas y serenas como la superficie del Nilo en pleno mediodía, las griegas están siempre surcadas de arrugas; imágenes concretas de una meditación o de una investigación que suele conducir al umbral de la duda o del pesimismo. Herodoto lleva tres, en una curva admirable, similar al vuelo de los grandes pájaros marinos, como si el mar azotase las orillas de esa frente y los viajes hubiesen dejado su huella indeleble: tres alas desplegadas hacia lo desconocido y el infinito.

Lo infinito y lo desconocido fueron los compañeros de Herodoto desde su niñez. Halicarnaso, su ciudad natal (donde hoy se ubica Bodrum, en el extremo sur de Turquía), tenía frente por frente el mar heleno y tras él, a lo lejos hacia el este, los montes de Taurus y las mesetas de Anatolia. Herodoto nació y creció en la frontera de esos dos mundos: las ciudades helenas y el Imperio persa. No es un azar que los tres geógrafos de esta época, Hecateo de Mileto, Herodoto de Halicarnaso y Ctesias de Cnido fuesen todos ellos asiáticos; los tres, nacidos en ciudades de Asia Menor, ocupadas o dominadas por los persas. Los atraía el Oriente porque formaba parte de sí mismos y, si bien escogieron Grecia y el griego como patria y lengua, siguieron mostrando por el inmenso imperio, que los había visto nacer, un continuo interés y consagraron su vida a describirlo y comprenderlo mejor.

Así que, un buen día Herodoto abandonó Halicarnaso por motivos más bien políticos (uno de sus tíos, militante activo, intentó derribar al tirano de la ciudad) y emprendió sus viajes. Palabra trivial y tan insuficiente, tratándose de él, pues habría que vaciarla —para devolverle su sentido y

sabor— de todo lo que encierra esa palabra de curiosidad gratuita, de ocio y de gusto por la aventura. Cuando uno se ha fijado como tarea narrar la historia de su tiempo, el viaje no debería ser una meta en sí mismo, sino el simple hecho de comprobar sobre el terreno los hechos y costumbres referidos. La historia —tal como la ejerció Herodoto— no fue, a Dios gracias, una meditación solitaria a la sombra de algún pórtico, sino una storia, *una investigación, una búsqueda efectuada sobre el terreno, que le llevó «por los cuatro extremos del mundo»: Ríos, montañas, mares, camino real que serpenteaba de Sardes hasta Susa a través de las desoladas mesetas de Anatolia; barcos que bordeaban las costas inhóspitas de Tracia y del Ponto Euxino (mar Negro); caravanas que iban desde las márgenes del Nilo hasta el oasis de Siuah; se diría que Herodoto lo hubiera recorrido todo y utilizado todo para llevar a cabo su encuesta. Empero, parece también que hubiera roto o a veces distendido el hilo de su investigación por el hechizo de los lugares visitados: Egipto, Babilonia, Libia, Escitia serán otras tantas escalas en las que el historiador se convertirá en geógrafo y etnógrafo. Grandes escalas en las que los seres aparecen con sus hechos y gestos cotidianos como si, movidos por un sentimiento de compasión hacia el viajero extenuado, se demorasen a su lado para confiarle los secretos de su historia o de sus tradiciones.*

Así aparecen en estas cuatro primeras Investigaciones *los países descritos por Herodoto: largas pausas en las que el autor toma distancias frente a la Historia, da rienda suelta a su sentido de observación, a su necesidad de adentrarse en el fondo de los problemas y de los pueblos; pausas prolongadas que casi le hacen olvidar el objetivo del viaje y hacen más apremiante la necesidad de la partida.*

Nadie podrá extrañarse a través de toda esta descripción enmarañada del mundo antiguo de encontrar vocablos tan corrientes y familiares como tierra, océano, cielo y espacio. Pero de improviso nos asalta la duda: ¿Qué significaban exactamente para un griego del siglo V? En una época en que estaba por descubrir e inventariar la realidad en su totalidad, tales palabras encubrían tanta ignorancia como certeza. Y aquí estriba la mayor dificultad que hace tan delicada la comprensión de los autores antiguos: cuanto más posible es adivinar lo que debían conocer, tanto más imposible es saber lo que ignoraban, pues la zona de sombra, de ignorancia o simplemente de incertidumbre que rodeaba (y rodea todavía) a todo sabio, la ocupaban a la sazón los mitos puntualmente. Por eso los primeros físicos de la escuela jónica del siglo VI fueron roturadores tanto como descifradores de la ciencia. Para poder avanzar tuvieron que allanar el terreno que ocupaban los mitos previamente. Si su verdad —como toda verdad— tuvo tanta dificultad para imponerse, no fue en absoluto porque antes de ellos no se supiese nada del mundo sino, al contrario, porque se sabía demasiado.

LAS FRONTERAS DEL MUNDO

Parecerá extraño a nuestra época que el hombre haya podido prescindir, durante tanto tiempo, para describir y explicar el mundo, del testimonio de sus sentidos. Es una verdad preterida y debemos recordarla. Durante generaciones, la génesis, forma, naturaleza y situación de la Tierra en el universo no fueron conocidas, descritas y transmitidas al hombre griego sino por mitos, es decir, partiendo de una experiencia muy restringida de lo real. Para Homero y Hesíodo la Tierra era un disco plano por cuyo contorno discurría el río Océano y sobre el que vivían los hombres. Por encima la cubre el cielo como un inmenso tazón invertido; por debajo, en los infiernos, y el tártaro, los muertos, los monstruos primitivos y los vientos, símbolos de las fuerzas desencadenadas del universo, bullen en una gran marmita de cuello estrecho de la que salen las raíces de la tierra. Curiosa visión del mundo cuya transcendencia es ante todo religiosa. Estos «estratos» verticales de dioses, hombres y muertos están ahí para enseñar al hombre que está «encajado», en cierto modo, entre ambos y depende de unos y otros en su presente y futuro. Así, aunque dicha concepción impresionante haya podido nacer de la observación de ciertas prácticas agrarias o funerarias (enterrar las semillas y los muertos en tinajas) o de comprobaciones empíricas (nadie se atrevería a negar que el cielo está por encima de nuestras cabezas), sólo procede en una parte insignificante de una experiencia de lo real.

Lo mismo ocurrirá curiosamente con los escritos de esos filósofos y físicos de la escuela jónica y de la Grecia Magna. Anaximandro, Tales y Pitágoras. Sus sistemas ya no son míticos, es decir, ya no se presentan como un discurso inspirado o sacro, como una palabra revelada por los dioses, sino como fruto de la reflexión. Únicamente razón y lógica intervienen en esta teoría *mediante la cual intentan dar cuenta de la forma, dimensiones y génesis del universo. Mas, si no sustituyen un mito por otro, continúan, al menos, modelando el mundo partiendo de una referencia única y arbitraria; de un principio privilegiado, ajeno a cualquier experiencia de la realidad: el cilindro de Anaximandro y la esfera de Pitágoras. Las propiedades del primero permiten que la Tierra permanezca inmóvil «sin apoyarse en nada y que está siempre a la misma distancia de todos los puntos del universo» (Anaximandro). Las de la segunda la colocan en el centro del universo, que es a su vez esférico, ya que se considera la esfera la forma perfecta. Todos los puntos de su circunferencia están a igual distancia del centro y, por lo tanto, son iguales entre sí. Así vemos surgir por mera deducción lógica y sin la menor preocupación por la experimentación, esos principios de igualdad, equilibrio y simetría que se aplicarán tanto a la concepción del universo como a la del urbanismo y de la vida social.*

Pero ¿qué tiene que ver Herodoto con todo esto? Nada logra con burlarse en repetidas ocasiones de sus predecesores y particularmente de Pitágoras; contra su voluntad se dejará influir por sus principios y teoría. *Si Herodoto no admite sin reservas la redondez de la Tierra, admite al menos sus consecuencias deducidas de las propiedades de la esfera: disposición simétrica de los mares y continentes alrededor del centro. Éste es el Mediterráneo y el Asia Menor, en torno al cual se reflejan Europa al norte, Asia y Libia al sur (la segunda designa a África); simetría que se precisa dentro de cada una de las mitades: ríos, montañas, accidentes del relieve se corresponden por parejas en esta tierra de una armonía extraña: el Íster (Danubio), en el continente boreal, es una réplica exacta del Nilo en el continente austral, los montes Urales, en el extremo oriental, son la pendiente de los montes del Atlas, en el extremo occidental. Tenemos la impresión, al leer la descripción de Herodoto, que para él la Tierra sigue siendo una especie de galleta que un dios geómetra y amante de la simetría habría plegado en dos en derredor del Mediterráneo y ¡cada una de sus mitades habría conservado la impronta de la otra!*

Así es la Tierra de Herodoto, cuya imagen llevará para confrontarla con sus observaciones personales y las de sus informadores: un disco cilíndrico o una esfera (persiste la ambigüedad), en la que los mares, ríos, montañas y continentes se distribuyen sabia y simétricamente (¿Acaso la simetría no es a la forma lo que la sabiduría al espíritu, es decir, un estado de equilibrio perfecto?) en torno al gran espejo del Mediterráneo y sobre la que se distribuye asimismo —según las leyes por descubrir— la inconmensurable masa de los humanos.

Las fronteras del hombre

El hombre es el problema esencial y el gran interés de las Investigaciones *de Herodoto. Éstas sólo tendrían para nosotros el vetusto encanto de las teorías antiguas si con ellas el autor se hubiera contentado con describir la Tierra. Pero esta Tierra está poblada de hombres, cubierta de ciudades, pueblos, poblaciones sedentarias o nómadas, de tribus de extrañas costumbres, de aspecto insólito e historia misteriosa; tribus que Herodoto inventaría pacientemente con la misma minuciosidad y la misma preocupación por el detalle revelador que puso en sus descripciones de los mares y continentes. Aquí cualquier sistema teórico, mítico o filosófico no sirve para explicar la diversidad del mundo humano. Hay que avanzar paso a paso al encuentro de los otros hombres llevando como único guía, la reflexión.*

Herodoto no fue el primero en acometer tamaña empresa, pero fue, al menos, el primero en llevarla a término, utilizando métodos de encuesta e información que otros tras él —hasta el umbral de nuestra época— no harán otra cosa que imitar. Como simple viajero, tuvo muchos predeceso-

res, empezando por esos míticos precursores como Ulises, Heracles y Jasón. Sin embargo, esos grandes viajeros, en su búsqueda angustiada del hogar perdido, fabulosos rebaños o carneros del vellocino de oro, se preocupaban muy poco de describir el mundo, incluso de contemplarle. Los lugares y obstáculos naturales que hallaban en su caminar no eran más que accidentes deleznables (y de cuya descripción no hacían caso) en el transcurso de un itinerario que los llevaba directamente al encuentro de lo divino y fabuloso. En Herodoto —cuya misión explícita fue, con todo, despojar a los hechos históricos e incidentes de viaje de su ganga legendaria— persistirá algo de esas antiguas motivaciones; ya no buscará, a través de mares y continentes, carneros del vellocino de oro o manzanas guardadas en edenes paradisíacos, sino algo tan utópico quizá o al menos tan inaccesible como los secretos de la historia.

Quedan las últimas fuentes que Herodoto pudo consultar también para escribir sus Investigaciones, *a saber, los relatos de los navegantes y autores de «Periplos». Menos aún que los otros textos, están impregnados del gusto y romanticismo de los viajes. Trasladarse por mar en una época en que se ignoraba el contorno exacto de las costas y la naturaleza de los fondos, presentaba tales riesgos que únicamente el incentivo del oro o cualquier otro motivo más imperioso aún podía mover a los seres humanos a aventurarse espontáneamente por las rutas marinas.*

Herodoto menciona repetidas veces esos periplos y circunnavegaciones emprendidos antes de sus Investigaciones. *Luego volveremos a encontrarnos con ellos en el curso de esta obra. Observemos únicamente que todos esos relatos llevan la impronta de las coacciones, angustias y terrores, patrimonio a la sazón de las tripulaciones. Aparecen monstruos en las orillas, montañas gigantescas cierran el horizonte, animales aúllan en la noche con horripilantes gritos; un misterio impenetrable e indescifrable inunda esos mundos desconocidos. Tal vez la lectura de esos «Periplos» fue la que incitase a Herodoto a imaginar que los animales vivientes se repartían en tres reinos sobre la Tierra: Alrededor del Mediterráneo —eje reflectante de nuestro planeta— viven los griegos, medida de todas las cosas y, por consiguiente, de los demás hombres. Más allá, en esas tierras infinitas e inclementes que son los desiertos de Libia, Mesopotamia y las estepas de Escitia viven los bárbaros, término genérico que designaba los pueblos que no hablaban el griego. Son hombres civilizados, pero a los que faltan ya ciertas virtudes de rigor, medida y razón. Finalmente, en los confines de las zonas habitadas, hacia la Hiperbórea, al norte, la India al este, Etiopía al sur y las Columnas de Hércules al oeste, viven creaturas monstruosas: grifos, arimaspos (que tenían un solo ojo), cinocéfalos (con cabeza de perro), etíopes, macrobios y nómadas del sur de Libia con los ojos en el pecho. Como con los mares y continentes, aparece cierta simetría marcada por una progresiva degradación de lo humano: las señales del* Homo sapiens *disminuyen regularmente a medida que uno se aleja del centro.*

Con todo, un punto se revela esencial: semejante degradación del hombre es, en definitiva, para juzgar al hombre, un criterio más amplio que el rígido esquema que impondrán más tarde la Biblia y el pensamiento cristiano, tras el final del mundo heleno. La incertidumbre y la ambigüedad que reinaban en el pensamiento griego respecto a los límites de la Tierra en cuanto mundo y del hombre en cuanto animal pensante, trabajaban en favor de este último. La noción de humano era claramente extensiva y es probable que, frente a una creatura antropoide, los antiguos hubiesen optado por el hombre antes que por el mono. Esta flexibilidad la hallaremos en Herodoto al enjuiciar las diversas costumbres. Ignora por completo la oposición civilizado-salvaje —la única que los occidentales hayan podido concebir hasta el siglo pasado— y no conoce más que la del griego y del bárbaro, si bien admite muchos matices en esta oposición ya tan inocente: los persas, babilonios y egipcios no son bárbaros en sus Investigaciones *más que en el sentido lingüístico de la palabra y nunca en sus costumbres o religiones. Así, pues, es cierto que los contemporáneos de Herodoto adquieren, gracias a él, un conocimiento y comprensión más claros de los otros pueblos y que ha reconsiderado la noción de lo humano conforme a criterios que siguen siendo* —grosso modo— *los nuestros.*

Digamos unas palabras —para terminar— sobre los principios que han inspirado la elección de los textos, su comentario y traducción. Esta selección se ha basado, ante todo, en los pasajes de carácter geográfico y etnográfico. Pero, dado que dichos pasajes (excepto la larga descripción de Egipto) son casi siempre digresiones inconclusas en el curso de los relatos históricos, hemos conservado dichos relatos siempre que su presencia se revelaba necesaria. Efectivamente, habría sido arbitrario y contrario al espíritu de la obra separar a toda costa temas tan íntimamente unidos en la mente del autor. En cuanto a la traducción, hemos tratado de hacerla viva y legible —evitando los excesos de transposición y modernidad—, manteniendo acá y acullá todo cuanto revela humor, observaciones personales y presencia sensible del autor. Los términos geográficos, nombres de divinidades, medidas, pesas y distancias han planteado no pocos problemas. Hemos optado por conservarlas todas en su terminología original; no tendría objeto poner en boca de Herodoto kilómetros o gramos o que denominase al Ponto Euxino, mar Negro. Únicamente los nombres de divinidades son excepción a esta regla. Los hemos transcrito en su terminología latina, más próxima a la lengua castellana, según el procedimiento usado en todas las versiones hasta el siglo XIX. En esto no hemos hecho otra cosa que imitar al mismo Herodoto, que llamaba a los dioses persas, fenicios o egipcios con nombres helenos. Para no interrumpir continuamente la lectura con notas y observaciones intempestivas, hemos reunido en un índice final los nombres geográficos, los de personajes históricos y de pueblos descritos en las Investigaciones. *El lector que desee seguir a Herodoto paso a paso, conocer la ubicación y los nombres*

actuales de los ríos, mares y montañas; apreciar las distancias y cifras facilitadas por el autor, le remitimos a él. Un asterisco colocado detrás de la primera mención de cada uno de esos nombres, indica que figuran en el índice. El lector hallará, asimismo, en las palabras «mapas del mundo antiguo», «medidas», «periplo», «mundo antiguo», «camino real» y «viajes», un resumen de los conocimientos adquiridos en tiempos de Herodoto. Por lo demás, nos hemos contentado con intercalar entre los párrafos que necesitan alguna aclaración, comentarios breves que ilustran ciertos hechos. Así, pues, dejaremos que las Investigaciones *se vayan desarrollando sin notas ni correcciones, a la manera de esos* volumina *en los cuales Herodoto —como todos los escritores antiguos—, refirió sus viajes y de los que leyó en público importantes fragmentos bajo los pórticos del Ágora de Atenas, donde la multitud de sus oyentes gustaba de escucharle, resguardados del sol y del calor del cielo heleno.*

Atenas, verano de 1966.

HERODOTO DE HALICARNASO

INVESTIGACIONES

Cerca de este pueblo viven los cornios, que tienen las mismas costumbres que sus vecinos, pues la vida les es indiferente.

Descripción anónima del mundo, siglo VII a. de J. C.

PRIMERA INVESTIGACIÓN

LIDIA, PERSIA, BABILONIA

El polvo y las mesetas de Anatolia, las peladas montañas del Irán, los desiertos de Mesopotamia, salpicados de ciudades fabulosas a lo largo del Tigris y Éufrates son los protagonistas de la primera Investigación *de Herodoto. Digo bien protagonistas, ya que Herodoto fue el primer geógrafo en observar y describir a manera de una entidad viva el medio natural donde los hombres proliferan y se trama el destino de los imperios. Ríos, montañas, bosques, desiertos, estepas y pantanos son durante esas expediciones militares —única preocupación de los reyes y tiranos— un factor determinante de sus éxitos o fracasos. Y más todavía que esos obstáculos naturales —cuyo dominio termina por conquistar el ingenio humano—, el mismo espacio —vasta extensión de desiertos y estepas—, pronto aparece como un enemigo monstruoso que se traga los hombres y los ejércitos.*

Respecto a los actores que en este marco, fuera de lo humano, interpretan el papel que la historia les ha conferido; esos reyes cuyas locas empresas seguirá este libro: Creso, Ciro, Darío y Cambises, es fácil imaginarlos como personajes fastuosos, dominados por un lujo que viene a ser como una compensación de la miseria circundante y provistos de una noble barba, de un cetro de oro y de largas vestiduras de pliegues ingeniosamente dispuestos; reyes de naipes. Sin embargo, mirándolos bien, sería poco probable que descubriésemos en su rostro bonachón y sonriente, la mirada pronta a perdonar como David y Baltasar. En cambio, hallaremos, desde nuestro primer encuentro, la crueldad, insensibilidad, fatuidad y despotismo. Disfrazados para protagonizar una opereta, se comportan como en una tragedia.

Pues justamente Herodoto enfoca la historia como tragedia; tragedia cuyo argumento sería la grandeza y decadencia de los imperios. En ella nada falta de lo que, en su época, constituía lo esencial de una representación trágica: crímenes, suicidios espectaculares, apoteosis, brutales cambios del destino, oráculos, mensajeros, adivinos y, sobre todo, presencia opresora de las divinidades. Al contrario de Tucídides, Herodoto casi no se interesa más que por los aspectos anecdóticos de ese tinglado infernal

1. Mapa de Asia Menor, Persia y Mesopotamia.

levantado por los dioses en provecho de los reyes y potentados. Se emprenden las guerras por los motivos más fútiles y más desconcertantes, y los hombres —entiéndanse los pueblos y soldados— no tienen otro papel que representar que ser comparsas y víctimas. Mas, al reducir así los mecanismos de la historia a la simple fantasía de un rey preocupado de distracción o de gloria, Herodoto se ve obligado a recurrir a todo el arsenal de azares e imprevistos: un oráculo ambiguo, el inquietante vuelo de un ave, una pesadilla que levanta de su lecho al conquistador enloquecido, un soldado que estornuda en medio de un sacrificio cambian súbitamente «el curso de la historia». Por eso, estamos plenamente inmersos en la tragedia, aunque no en el sentido en que la entiende Herodoto; por ejemplo, el rey Cambises ha tenido un mal sueño por haber hecho una copiosa cena ¡y toda una ciudad es arrasada y asesinados todos sus habitantes!

Pese a su predilección por ese género de explicaciones, Herodoto presintió, sin embargo, que todo no podía reducirse a esos ingenuos motivos, pues si las guerras obedecen a causas tan aleatorias, si son el campo de experimentación del azar, esto significa que los reyes, lejos de ser libres, poderosos y soberanos, están en manos de los dioses o del Destino. Y como este Destino no es, en el fondo, más que un mecanismo ciego, tendente a restablecer el orden divino perturbado por los hombres para llegar a una especie de homeóstasis (pido disculpas por el vocablo tomado de la cibernética, pero que creo cuadra perfectamente en nuestro caso y no hubiera extrañado a los griegos) «intentará» mediante una serie de movimientos contrarios encontrar de nuevo el equilibrio del sistema (1). *Es, en cierto modo, la imagen que se desprende de las fórmulas tradicionales de la sabiduría griega: si uno se eleva demasiado alto, el Destino lo abate y si uno cae demasiado bajo, lo levanta. Las causas de la guerra estriban en este continuo juego pendular que provoca un desencadenamiento de violencias y desequilibrios. Así es como procederá Herodoto para descubrir la causa primera de las guerras médicas, las cuales marcaron durante tanto tiempo la historia de los griegos y persas: remontará el hilo de los tiempos, recorrerá uno por uno los engranajes de la desgracia y llegará a la perturbación primera, responsable de todas las demás: el secuestro de una mujer helena por los fenicios... mujer cuyo nombre era Io. Esta Io se la conoce más generalmente por el uso de los crucigramas que por la práctica de Herodoto; transformada luego en becerra por Zeus, tras una intriga amorosa, tendrá que huir de los celos de Hera hasta Asia y atravesará el brazo de mar llamado después el Bósforo, es decir, el* Paso de la Vaca *(Bos-foros). Pero con esto nos hemos alejado ya de Herodoto y de las guerras médicas...*

(1) En su libro *Cibernética y Sociedad* el sabio americano Norbert Wiener define la homeóstasis como la acción de los mecanismos reguladores propios de todo ser vivo, que mantiene el equilibrio de la vida orgánica contra todas las perturbaciones aciagas debidas a influencias externas.

PRÓLOGO

Herodoto de Halicarnaso presenta aquí sus *Investigaciones* con el único fin de que las obras de los hombres y sus hechos más memorables no queden sepultados en el olvido y con el propósito de descubrir por qué razones griegos y bárbaros se hicieron la guerra.

Esta guerra —afirman los persas *— tuvo lugar por causa de los fenicios. Una vez llegados éstos del mar Eritreo * y establecidos en su territorio actual, se lanzaron a grandes expediciones por los mares y a múltiples tráficos entre Egipto, Asiria y la mayoría de los otros países, entre los que se contaba Argos, ciudad de Grecia, muy importante por esta época. Un buen día, pues, desembarcaron en Argos y expusieron sus mercancías. Cinco o seis días más tarde, cuando ya habían vendido todo o casi todo, un grupo de mujeres bajó hasta la orilla. Io, hija del rey Inacos, se contaba entre ellas. Se arremolinaron cerca de la popa de la nave y escogían entre las mercancías cuando, de repente, todos los fenicios, como un solo hombre, cayeron sobre ellas. La mayor parte lograron escapar, excepto Io que fue capturada con algunas otras y conducida acto seguido a Egipto... Este secuestro dio, por así decirlo, la señal de las violencias. Poco tiempo después, algunos griegos desembarcaron en Tiro, en Fenicia (los persas no pudieron precisarme de dónde venían esos griegos, pero creo que eran cretenses) y raptaron a Europa, hija del rey. Así, ambos pueblos quedaban en paz. Pero los helenos no pararon ahí y reiteraron sus violencias durante una expedición a Aia en Colquídia *, raptando a Medea, hija del rey. El padre de ésta envió un mensajero a Grecia para reclamar a su hija y pedir una reparación. «¿Qué reparación?», respondieron los griegos. «¿Acaso la hemos recibido por el secuestro de Io? ¡Sería inútil esperarlo!»

En la siguiente generación, Paris, hijo de Príamo, que estaba al corriente de todas estas historias, decidió buscar mujer en Grecia mediante un rapto. «¿Por qué se me castigaría —se decía— puesto que los otros no han sido castigados?» De esta forma raptó a Elena. Inmediatamente los griegos enviaron un mensajero a reclamarla y pedir reparación. «¿Qué reparación? —contestaron a su vez los troyanos—. ¿Nos la disteis acaso por el rapto de Medea?» Hasta aquí no hubo, en suma, más que raptos contra raptos. Pero los griegos agravaron las cosas y contrajeron graves responsabilidades, llevando los primeros la guerra a Asia. «Raptar mujeres —me dijeron los persas— es a todas luces deshonroso pero tomar tan a pecho esas cosas, hasta el extremo de tomar venganza, ¡es una locura! Los hombres serios no actúan así. Es evidente que, si las mujeres no hubieran tenido interés las primeras, no se las hubiera raptado por la fuerza. Nosotros, persas, ¿hemos armado tanto ruido por las mujeres que nos arrebataron? Pero los helenos por sólo una mujer de Lacedemonia ¡armaron una flota y destruyeron el poder de Príamo!» Desde entonces el griego

fue para ellos el enemigo. Sabido es que los persas consideran toda Asia y los pueblos bárbaros como su propio dominio y Europa —especialmente el mundo heleno— como tierra extranjera.

Ésta es la versión persa. Su odio al griego data, pues, de la guerra de Troya. En realidad, las versiones persa y fenicia no concuerdan del todo a propósito de Io. Los fenicios afirman que nunca la raptaron por la fuerza sino que mantuvo relaciones ilícitas con el capitán del navío, quedó encinta y prefirió huir con el capitán antes que presentarse así ante su familia. Ésta es la versión fenicia. Por lo que a mí respecta, me guardaré muy bien de aseverar que la presente historia se haya desarrollado de esta o de aquella manera.

Vengamos, pues, sin más tiempo que perder al hombre que considero como el autor principal de las injusticias cometidas con los griegos. Llevaré a cabo estas *Investigaciones* mencionando todas las ciudades, de los hombres, pequeñas o grandes. ¡Tantas ciudades, otrora poderosas, han quedado reducidas hoy a la nada y tantas otras, otrora simples aldeas, hoy son ciudades florecientes! Así que —como la humana fortuna es tan tornadiza— las mencionaré a todas indistintamente.

LIDIA *. PEQUEÑA HISTORIA DEL PAÍS. EL REY CANDAULES Y SUS AMORES. DE CÓMO GIGES FUE REY CONTRA SU VOLUNTAD

El rey Creso * era lidio, hijo de Aliates *, quien reinó sobre todos los pueblos al oeste del Halys *. Este río sirve de frontera entre sirios y paflagonios. Corre de sur a norte y desemboca en el mar llamado Ponto Euxino. Dicho Creso fue el primer bárbaro (que yo sepa) que se apoderó de las colonias griegas de Asia Menor: jonios, eolios y dorios, para obligarles a pagarle un tributo. Pero también supo hacerse amigos en Grecia como los lacedemonios, entre otros. Antes del reinado de Creso, todos los griegos eran libres, pues los cimerios * que invadieron Jonia mucho antes que Creso, sólo efectuaron rápidas incursiones sin ocupar realmente el país.

El poder, que en un principio perteneció a los Heráclidas, pasó a manos de la familia de los Mérmnadas, a consecuencia de la siguiente historia acaecida en el reinado del rey Candaules (más conocido en Grecia por Mirsilo). Dicho Candaules descendía de Hércules por uno de sus antepasados, Alceo (cuyo bisnieto, Agrón, había sido el primer rey de los sardos *, veintidós generaciones antes). Rey de los sardos a su vez, tenía una mujer de la que estaba locamente enamorado, tanto que la consideraba la más hermosa de todas las mujeres de la tierra. Por eso, pasaba el tiempo en ensalzar a Giges *, uno de sus guardias, a quien profesaba gran estima y en ocasiones le servía de confidente, los encantos incomparables de su esposa; tanto y tan bien que no pasó mucho tiempo (impaciente —como si se dijera— por provocar la catástrofe) sin decir a su confidente: «Giges, cuando te hablo de mi mujer y de su belleza, tengo la impresión

de que no me crees. Como de nada valen, en tamaña cuestión, los testimonios directos, compóntelas para contemplarla desnuda.» El interpelado se sobresaltó: «¿Cómo puedes, señor, proponerme semejante cosa: ver a mi soberana en completa desnudez? ¡La mujer que se despoja de sus vestidos, se despoja también de su pudor! De todos los preceptos que me enseñaron hace tanto tiempo, hay uno que siempre guardé: *¡Sólo mira lo que es tuyo!* Me fío de tu palabra y estoy seguro de que tu mujer es la más bella del mundo. Pero ¡no me pidas que cometa tamaña indelicadeza!» De este modo trataba de declinar el ofrecimiento de Candaules para no atraerse los peores disgustos. Mas el otro insistió: «No temas, Giges. No te he dicho eso para ponerte a prueba y nada tienes que temer de mi mujer. Me las arreglaré de modo que nunca sabrá que tú la has visto. Te esconderás tras la puerta que dejaré entreabierta; mi mujer penetrará para meterse en la cama, se desnudará colocando sus vestidos en el sitial, cerca de la entrada, y de este modo tendrás todo el tiempo que desees para fijarte en ella con todo detalle. Y cuando se encamine al lecho, aprovéchate de que estará vuelta de espaldas para retirarte discretamente.» El otro tuvo que resignarse. A la hora de acostarse, Candaules le introdujo en su cámara y Giges pudo contemplar a su placer a la reina, que entra y se desviste. En el momento en que ella le volvió la espalda para acercarse al lecho, Giges salió del escondite y desapareció; no todo lo de prisa, sin embargo, pues la mujer se percató de ello en el último momento. Comprendió al punto lo que había tramado su marido, pero hizo la vista gorda y se acostó resuelta a tomar venganza de Candaules. Dejarse ver desnudo (incluso para un hombre) constituye en Lidia —como en todos los países bárbaros— una de las peores humillaciones. Así que, por el momento, la mujer no dijo palabra, pero a la mañana siguiente, desde el alba, mandó llamar a Giges. Éste, convencido de que ella no estaba al corriente de nada, se dirigió a su casa. No era la primera vez que la reina le llamaba junto a ella. «Mira lo que tengo que decirte —explicó a Giges—. Te dejo que elijas entre dos cosas: o vas a matar a Candaules y tomas posesión del trono y de mi persona o te mando ajusticiar en el acto. Así, ya no irás a obedecer a todos los caprichos de Candaules ni a dirigir tu mirada donde no debes. ¿Has comprendido bien? Uno de vosotros dos tiene que morir: Candaules (que te incitó a cometer esta indelicadeza) o tú que me has visto completamente desnuda. Escoge.» Giges permaneció por unos instantes aturdido. Pero por más que suplicó en todos los tonos, nada hizo doblegarse a la reina y se vio constreñido a elegir entre matar a Candaules o morir. Y eligió la muerte de Candaules. «¡Pues bien, reina, puesto que me obligas a matar a mi rey, dime al menos cómo hacerlo!» «La venganza saldrá del mismo sitio donde me viste desnuda. Esperarás a que esté dormido y en ese preciso momento le asesinarás.»

Una vez puntualizados todos estos pormenores, la reina encerró a Giges hasta la noche y ya no había ninguna escapatoria posible para él:

Giges o Candaules. Llegada la noche, tuvo que seguir a la reina hasta su aposento, se ocultó detrás de la puerta con el puñal en la mano y, una vez dormido Candaules, salió de su escondrijo y mató al rey. Y el trono y la reina fueron para Giges (cuyo nombre citó Arquíloco de Paros, que vivió en la misma época).

El oráculo de Delfos le confirmó en su realeza. Algunos lidios escandalizados por este crimen, se reunieron para echar a Giges, pero, al final, enemigos y partidarios del nuevo rey se pusieron de acuerdo: Si el oráculo de Delfos ratificaba la realeza, se quedaría; de lo contrario, entregaría el poder a los Heráclidas. El oráculo confirmó a Giges y siguió de rey. A decir verdad, la Pitia había respondido con toda precisión que los Heráclidas serían vengados al cabo de cuatro generaciones; predicción de la que nadie se preocupó hasta el día en que se cumplió. Así es cómo pasó el poder de los Heráclidas a los Mérmnadas en Lidia.

Una vez bien asentado en el poder, Giges envió muchas ofrendas a Delfos, sin parar en gastos, para dar gracias al oráculo. Mandó asimismo numerosos objetos de oro, entre otros, seis cráteras que pesaban sus buenos treinta talentos, en total, y se hallaban en el Tesoro de los corintios. Giges fue el primer rey bárbaro que haya enviado —a mi entender— ofrendas a Delfos, después de Midas, rey de Frigia. Midas le había enviado el trono en el que administraba justicia; trono verdaderamente notable. Además, se halla con los presentes de Giges. A todas esas ofrendas de oro y plata se las llama allí «gigadas» por el nombre de su donante.

Este Giges atacó luego Mileto y Esmirna, e incluso tomó la ciudad de Colofón, pero, al no hacer ninguna otra cosa, no me extenderé más sobre él y hablaré de su hijo, Ardis, que tomó las riendas del poder tras su padre. Este Ardis se apoderó de Prinea y atacó Mileto. Durante su reinado, que duró cuarenta y nueve años, los cimerios, arrojados de su territorio por los escitas * se apoderaron de Sardes, capital de Lidia, y ocuparon la ciudad entera con excepción de la Acrópolis.

Sediates, hijo de Ardis, le sucedió y reinó doce años. Luego le tocó el turno a Aliates. Este último hizo la guerra contra los medos, arrojó a los cimerios de toda Asia, se apoderó de Esmirna (ciudad fundada por colonos originarios de Colofón) y arremetió contra la ciudad de Clazómenas, donde, por otra parte, sufrió una grave derrota.

*Lidia y los otros países del Asia Menor que Herodoto mencionará a continuación —Frigia, Misia, Bitinia, Caria * y Pamfilia—, ocupaban todo el litoral occidental y sudoeste de la Turquía actual. Pequeños reinos escalonados a todo lo largo del mar o diseminados por las montañas, en los que reinaban soberanos de nombres casi legendarios: Candaules, Giges, Creso, Midas, cuya historia apenas si se conoce a no ser por Herodoto. Excavaciones ya antiguas han revelado la importancia de Sardes, capital de Lidia, y otras más recientes la de Gordión, capital de Frigia. Cada vez que oigo esos nombres, me viene a las mientes un verso del poeta grie-*

go Jorge Seferis: El pequeño reino de Commagene que se extinguió como un fanal... *Este reino se hallaba mucho más lejos, al norte de Siria; tuvo sobre todo su hora de gloria en la época romana, pero esta imagen se aplica maravillosamente a esos imperios en miniatura, gobernados por reyezuelos que sólo han dejado en la historia huellas ínfimas.*

Entre todos esos reyezuelos, Giges merece un comentario especial. Este tal Giges es conocido, sobre todo, por su anillo, como Cleopatra lo fue por su nariz y Midas por sus orejas de burro. Herodoto, sin embargo, no dice ni palabra. Es Platón el que refiere la historia de este anillo en un pasaje de la República, *de la que ofrecemos un fragmento: «Giges era pastor del rey de Lidia. Después de una borrasca seguida de violentas sacudidas, la tierra se abrió en el paraje mismo donde pacían sus ganados; lleno de asombro a la vista de este suceso, bajó por aquella hendidura, y, entre otras cosas sorprendentes que se cuentan, vio un caballo de bronce, en cuyo vientre había abiertas unas pequeñas puertas, por las que asomó la cabeza para ver lo que había en las entrañas de este animal, y se encontró con un cadáver de talla superior a la humana. Este cadáver estaba desnudo y sólo tenía en un dedo un anillo de oro. Giges lo cogió y se retiró...»* (1). *Anillo maravilloso, como pocos, pues bastaba con girar el engaste hacia la palma de la mano para hacerse invisible. Giges sacó inmediatamente partido para deslizarse en los aposentos de la reina, seducirla y matar a Candaules. Es probable se trate de un cuento iniciático que Platón refiere en una forma más auténtica que Herodoto. En todo caso, parece que dicho enigmático personaje haya tenido una existencia histórica, ya que una misión arqueológica americana de la Universidad de Harvard descubrió en 1964, cerca de Sardes, un sepulcro lidio que sería el de Giges.*

El telón que cayó al terminar el episodio shakespeariano de Candaules asesinado mientras dormía, vuelve a abrirse en una escena más sosegada: El diálogo entre Creso y Solón sobre la felicidad. Esta entrevista es puramente imaginaria. Solón promulgó sus leyes en Atenas, hacia 593 y Creso sólo subió al trono de Lidia treinta años después. Pero forma parte de un género literario muy apreciado entre los griegos y consistente en que dialogasen personajes célebres de diferentes épocas. Estas conversaciones tenían lugar, generalmente, en los infiernos —lugar donde todos tienen cierta probabilidad de encontrarse— y se los titulaba Diálogos de los muertos. *No hay duda de que también Herodoto era maestro en dicho juego. Creso y Solón —el rico y el sabio— se enfrentan en un diálogo exactamente similar a los de las tragedias. Y la moral de su encuentro —predominio del destino, lo precario de la felicidad, vanidad de las riquezas— es la misma que las épocas antiguas colocaban sobre el frontispicio de los templos y en boca de los filósofos: reflejo de una sabiduría que ya no es de nuestra época.*

---

(1) Platón: *Diálogos, La República,* pág. 1066, E. D. A. F., Madrid, 1965. *(Nota del traductor.)*

El rey Creso. Sus riquezas. Diálogo con Solón sobre la felicidad

Al morir Aliates, le sucedió su hijo Creso. Frisaba los treinta y cinco años. Lo primero que hizo fue atacar y sitiar Éfeso. Entonces los efesios consagraron su ciudad a Diana atando una soga que llegase hasta las murallas desde su templo, y había alrededor de siete estadios desde el viejo Éfeso hasta dicho templo. Hecho esto, Creso arremetió contra todos los pueblos de Jonia y Eolia, uno tras otro, con diversos pretextos que no vacilaba en inventar, llegado el caso.

Una vez que terminó con todos los helenos asentados en Asia, sólo tuvo una idea: construir una flota para atacar a los griegos de las islas. Los preparativos ya estaban muy adelantados cuando un griego —Biante de Priene lo llaman unos, Pitaco de Mitilene lo llaman otros— estaba de paso en Sardes. «Pues bien —le preguntó Creso—, ¿qué hay de nuevo por Grecia?» «Rey —le respondió el otro—, los isleños están reuniendo una gigantesca caballería para venir a atacar Sardes.» «Sería magnífico —exclamó Creso—. ¡Quieran los dioses darles semejante idea!» «En resumidas cuentas —afirmó el otro—, ¡tú lo que quieres es ver a los isleños aventurarse a caballo por tierra firme!» «Tienes razón. Pero ¿sabes lo que desean los isleños? Suplican a los dioses que te aventures por los mares para enfrentarse contigo y vengar a los griegos del continente que tú has esclavizado.» Creso apreció la humorística respuesta, la consideró muy pertinente y mandó detener al punto los preparativos, hasta el punto de firmar con los griegos de las islas un tratado de amistad.

Pasaron los meses y paulatinamente todos los pueblos que habitaban al oeste del río Halis, exceptuados los cilicios y licios *, tuvieron que inclinarse ante Creso. Estos pueblos eran los lidios *, frigios, misios, mariandinos, calibes, paflagonios, tracios *, tinos, tracios bitinios, carios *, jonios, dorios, eolios y pamfilios.

Así, pues, el imperio de Creso se acrecentó con todos estos pueblos, y Sardes, la capital, fue una ciudad floreciente y próspera. Todos cuantos sabios poseía Grecia por esta época no dejaban de venir a visitarla por turno, en particular Solón el ateniense *. Había abandonado Atenas por diez años, según se decía, para viajar y ver algo el mundo, pero, en realidad, para no verse obligado a anular las leyes que acababa de promulgar en Atenas a requerimiento de los mismos atenienses. Estos últimos se habían obligado con juramento a no modificar las leyes de Solón durante diez años sin su consentimiento. Así que, por este motivo y al mismo tiempo para visitar un poco los países extranjeros, Solón dejó Grecia; fue a Egipto a visitar a Amasis *, luego llegó a Sardes, donde Creso lo acogió en su palacio. Tres o cuatro días después, unos sirvientes, por orden del rey, pasearon a Solón por todo lo largo y ancho del palacio entre sus inmensas y fabulosas riquezas. «¡Ateniense! —le dijo Creso cuando Solón contempló todo a su gusto—, me he enterado que sabes

muchas cosas y has viajado mucho. Por eso, desearía hacerte una pregunta: ¿Has encontrado ya en tu vida un hombre del que puedas decir: es el hombre más feliz de todos?» Creso sólo formulaba dicha pregunta, pues estaba seguro de que Solón le diría al instante: «¡Creso!», pero su interlocutor respondió con toda sinceridad: «¡Sí, rey, Telo el ateniense!» «¿Telo, Telo? —replicó Creso, desconcertado—, ¿qué tiene ese tal Telo para ser tan dichoso?» «Telo vive en una ciudad próspera —contestó Solón—, tiene hijos hermosos y llenos de cualidades, los cuales a su vez le han dado nietos y todos le viven. Y él mismo, comparado con el hombre medio de entre nosotros, fue un hombre acomodado que terminó brillantemente su vida. Murió en el campo del honor, en el curso de una batalla, en Eleusina, defendiendo victoriosamente a su patria y todos los atenienses le levantaron un monumento en el sitio mismo donde murió.» «Bueno —asintió Creso ligeramente impresionado por el tal Telo—, pero, después de él, ¿quién es el segundo? (¡Esta vez no puede ser otro más que yo! —pensaba—).» «¡Cleobis y Bitón! * —replicó Solón—. Eran de raza argólica, ricos y robustos, y prueba de ello fueron los numerosos premios que conquistaron ambos en las competiciones gimnásticas. Pero esto no es todo; el día de la fiesta de Juno, en Argos, su madre había de ser llevada en carro hasta el templo y los bueyes no podían. Como el tiempo apremiaba, los jóvenes se uncieron y arrastraron a su madre hasta el templo de la diosa durante cuarenta y cinco estadios (1). Y ¿sabes cómo murieron? En su caso personal, la divinidad demostró claramente a los hombres que la muerte es a veces preferible a la vida. Tras esta hazaña, todos los ciudadanos de Argos los rodearon y felicitaron a la madre por tener tales hijos. Ésta, en el colmo de su alegría, se volvió hacia la estatua de la diosa y le pidió que otorgase a sus hijos la mayor felicidad que puede alcanzar un humano. ¿Sabes lo que sucedió? Los dos mancebos, tras los sacrificios y ágapes, se dirigieron al templo y ¡durmieron su último sueño! Y los argios les elevaron dos estatuas —como a verdaderos héroes—, que enviaron a Delfos.»

Súbitamente Creso estalló en cólera: «Y ¿qué haces de mi propia felicidad? ¿La colocas entonces más a ras de tierra ya que no iguala ni siquiera la de los vulgares ciudadanos?» «Creso —repuso Solón—, ¿no te das cuenta de que la divinidad suele ser caprichosa y celosa con los hombres? ¿Cuántas veces no se encuentra uno, en el transcurso de su vida, frente a cosas que desearía evitar? Una vida humana dura por término medio unos setenta años. Setenta años representan veinticinco mil doscientos días, sin contar los meses que se intercalan, pues, si los contamos (es decir, si añadimos un mes cada dos años para ajustarnos al ciclo de las estaciones), suman treinta y cinco meses más en setenta años. Y treinta y cinco meses representan mil cincuenta días, o sea en total,

(1) Como el estadio es la octava parte de una milla, y una milla (inglesa), equivale a 1.600 m., recorrieron en total unos 9 km. *(N. del T.)*

¡veintiséis mil doscientos cincuenta días! Ahora bien, entre todos esos días, ni uno solo se parece al otro. El hombre, Creso, es juguete de la Fortuna. Tienes inmensas riquezas, reinas sobre miles de súbditos, pero decirte que eres feliz no podré hasta el día en que toda tu vida concluya sin desgracias. El hombre rico a quien no acompaña la suerte que le permita terminar tranquilamente sus días, no es más feliz que el que vive al día. El rico sólo tiene dos ventajas: puede satisfacer todos sus deseos y soportar los golpes de la adversidad. Pero el pobre a quien acompaña la suerte, tiene otras muchas ventajas: no tiene que aguantar los golpes del infortunio, ya que su suerte le defiende. No sabe lo que es enfermedad, sinsabores y achaques. Sus hijos gozan de buena salud, son hermosos y con tal de que su vida se termine sin incidentes, ¡ahí tienes al hombre feliz que buscas! Mientras uno no muera, no lo llames feliz, di a lo sumo, que tiene suerte. Sólo puedes llamar feliz al que ha conocido todas las posibles felicidades y las ha conservado hasta la muerte. En todas las cosas, Creso, hay que mirar el fin. ¿Cuántos no han visto acaso cómo se les escapaba cruelmente de las manos un buen día la dicha que poseían?» Tales palabras no fueron del agrado de Creso y dejó al ateniense encogiéndose de hombros ante ese pánfilo que despreciaba los bienes presentes con el pretexto de que en todo hay que mirar el fin.

Creso y la desgracia. Fatídica caza del jabalí. Historia de un hombre marcado por el destino

Solón se alejó y Creso, que se creía el más feliz de los mortales, sufrió cruelmente la venganza de los dioses. Tuvo un sueño revelador a todas luces de las desgracias que caerían sobre él por causa de su hijo. Creso tenía dos: uno, sordomudo; otro, por nombre Atis, muy favorecido y que prometía mucho. Creso soñó que Atis moriría de una herida producida por una punta de un hierro. Muy impresionado por el sueño, reflexionó y resolvió casar a su hijo acto seguido, lo cual le permitió librarle de las campañas militares a las que participaba ordinariamente al frente de los ejércitos lidios. Incluso mandó retirar y amontonar en un desván todas las armas de guerra: lanzas y jabalinas que decoraban las paredes de los aposentos reales para que ninguna pudiera caer sobre su hijo y matarle.

Mientras todos estaban muy atareados en la boda de Atis, un extranjero llegó a Sardes. Pertenecía a la familia real de Frigia. Este hombre, quien parecía seguir un fatídico destino, se presentó en el palacio de Creso y pidió purificarse según los ritos del país que son los mismos en Lidia, poco más o menos que en Hélade. Creso cumplió con todos los ritos necesarios y luego preguntó: «¿Quién eres, extranjero? ¿De dónde vienes concretamente? ¿De qué parte de Frigia? ¿A quién has matado?» «Rey —replicó el interpelado—, me llamo Adrasto y soy el nieto del rey Midas. He matado sin querer a mi propio hermano y mi padre me ha arrojado

de casa. Ya no poseo absolutamente nada. Por eso, he venido a refugiarme aquí.» «Tus antepasados fueron para mí siempre amigos —respondió Creso— y aquí serás tratado como lo mereces. Considérate como en tu propia casa. No te faltará de nada y quizá a la larga se aliviará tu dolor. Es lo mejor que puedes hacer.» Y Adrasto se acomodó en el palacio de Creso.

Poco tiempo después, un enorme jabalí fue visto por los parajes del monte Olimpo *, en Misia, el cual venía todos los días a destrozar las cosechas. Fue inútil que los campesinos organizaran batida tras batida; el animal siempre se les escapaba y ellos, en cambio, volvían cada vez con un herido. Como último recurso enviaron a Creso una delegación: «Rey, un enorme jabalí asola continuamente nuestros cultivos. Por más batidas que hemos organizado, no hemos podido deshacernos de él. Envíanos, pues, a tu hijo con intrépidos compañeros y una jauría para que nos libren de este azote.» «En cuanto a mi hijo, es inútil que insistáis porque no os lo mandaré —respondió Creso, quien siempre tenía presente en la mente su sueño—. Acaba precisamente de casarse y tiene otras preocupaciones en la cabeza. Pero voy a enviaros mi jauría y los mejores de mis hombres con órdenes de que os libren a toda costa de esa calamidad.»

Esta respuesta satisfizo a los misios. Mas, puesto al corriente del asunto, el hijo de Creso protestó ante su padre: «En otro tiempo, padre, podía yo a voluntad entregarme a los dos más nobles ejercicios: la guerra y la caza. Mas, desde hace algún tiempo, se me prohíben ambas cosas. ¿Por qué? ¿Me crees cobarde? Ni siquiera me atrevo a andar por la ciudad o mostrarme en el Ágora. ¿Por quién me van a tomar todos? y ¿quién voy a ser a los ojos de mi mujer? Ella dirá: ¡Vaya marido que tengo! Padre, te lo suplico, déjame ir a esa caza, si no, explícame claramente tus motivos.» «Hijo mío —replicó Creso—, jamás te tomé por un cobarde y no tengo nada en absoluto que reprocharte. Si obro así, es que me ha revelado un sueño que debías morir pronto herido por un afilado hierro. Por esto te he casado apresuradamente y no te mando a esa caza. Hago cuanto puedo para apartar de ti el destino que te acecha. Al menos mientras yo viva. Sólo te tengo a ti, ya lo sabes. Tu hermano, débil, es como decir que no existe.» «Comprendo, padre, todas estas precauciones. Sin embargo, hay algo que no echas de ver en este sueño y te engañas: ¿se trata de una punta de lanza, como dices, la que me matará? Pero ¿viste alguna vez a un jabalí tener manos y empuñar una lanza? Si tu sueño hubiese hablado de un colmillo de jabalí o de otra cosa de esa índole, yo estaría de acuerdo, pero ¡se trata de una lanza! Déjame tomar parte en esta expedición puesto que ¡sólo combatiré contra un vulgar jabalí!» «Quizá tengas razón —respondió Creso—. ¡De acuerdo, ve a la caza!»

Creso envió entonces a buscar al frigio Adrasto: «¡Adrasto! —le dijo—, en el tiempo en que los rigores del Destino cayeron sobre ti (y no te lo echo en cara) te acogí en mi casa y te purifiqué y satisfice todas tus necesidades. Permíteme que yo, a mi vez, te pida un favor: quiero

que vigiles a mi hijo que va de caza. Cuida de él por si en el camino topáis con algo fatal. Así tendrás ocasión de demostrar tu bravura. ¡Eres de sangre real y no un mequetrefe!» «Rey —repuso Adrasto—, en otras circunstancias mi desgracia me hubiera impedido participar en esa clase de distracción. ¡Desde luego no tengo ninguna gana! Pero no me perdonaría, puesto que tú me lo pides, negarte un favor. He contraído contigo muchas deudas. Así, pues, estoy a tus órdenes. Cuenta conmigo para velar por tu hijo. Si sólo depende de mí, ¡volverá sano y salvo!»

La expedición salió para Misia. Llegaron cerca del Olimpo, organizaron la batida y lograron localizar al jabalí, cercarle y acribillarle de venablos. Fue en ese preciso momento cuando el extranjero, con el nombre predestinado de Adrasto, apuntó con su venablo a la fiera, falló el golpe e hirió al hijo de Creso. Atis, alcanzado por la punta del arma, falleció como lo había anunciado el sueño. Un mensajero corrió a Sardes para anunciar la noticia al rey.

La nueva de esta muerte consternó a Creso. Pero lo que más le impresionó fue que el asesino fuese precisamente aquel a quien él había purificado de un primer crimen. En su dolor y furor invocó a Júpiter Purificador, le puso por testigo de que lo hizo su huésped; invocó al dios Protector del Hogar, al dios de la Amistad (es decir, a Júpiter, con nombres diversos). «Ya ves —dijo al dios—, acojo a un extranjero en mi palacio, lo alimento y él ¡va y mata a mi hijo! Le pido como a un amigo que vele por él y ¡se comporta como el peor enemigo!»

En esto, llegaron los lidios con el cadáver, seguidos del asesino. De pie, delante del cuerpo, el hombre tendió las manos hacia Creso: «Degüéllame, rey, degüéllame sobre este cadáver. No contento con matar a mi hermano, ¡he matado también al hijo del que me ha purificado! ¿Para qué vivir después de todo lo ocurrido?» «¡Huésped! —le dijo Creso transido de compasión por este hombre, pese a su propio dolor—, si tú exiges tu propia muerte, esto me basta para vengarme. Tú no eres el culpable, ha sido un dios quien se ha servido de ti; ¡el mismo, sin duda, que me predijo en sueños lo que había de suceder!» Y Creso mandó sepultar a su hijo conforme al ceremonial acostumbrado.

En cuanto a Adrasto, bisnieto de Midas, asesino de su propio hermano y asesino igualmente del que le había purificado —podríamos decir—, esperó a que todos se fuesen y, cuando sólo reinaba el silencio en torno al monumento de Atis, viendo que no había otro hombre tan duramente marcado por el Destino, se suicidó sobre su tumba.

Es fácil echar de ver que la historia de Adrasto —cuyo nombre significa lo Inevitable— está estructurada a la manera de una auténtica tragedia: sueño premonitorio, muerte de Atis durante una partida de caza, llegada de un mensajero anunciador de la desgracia, lamentaciones de Creso, arribo del coro de cazadores trayendo el cuerpo y cortejo fúnebre del héroe. La explicación es muy sencilla: Herodoto tomó por una historia

verídica lo que sólo era una leyenda religiosa con representación dramática. Este Atis —a quien llama hijo de Creso— no es otro que el dios frigio Attis, divinidad de la vegetación, cuya muerte se celebraba cada año con lamentaciones rituales. Aquí se trata de un mito muy parecido al del dios sirio Adonis, que muere asimismo por un jabalí. Herodoto no mintió, pues —como alguno ha escrito neciamente—, sino que tomó como evento histórico real lo que no era más que el relato de una leyenda divina; lo cual le ocurrirá con frecuencia en el curso de sus viajes.

En los extractos siguientes referentes a Creso y a los oráculos, merece notarse un hecho: entre los regalos ofrecidos por Creso al oráculo de Delfos, figura una crátera de plata que contenía seiscientas ánforas. Los historiadores —por descontado— han puesto en duda este pormenor, alegando que nunca se pudo hallar una crátera tan grande. Hace algunos años, sin embargo, fue descubierta en Vix, cerca de Châtillon-sur-Seine, en la tumba de una princesa gala, una crátera que pesaba en total 208 kilos, es decir, mucho mayor que la descrita por Herodoto. Una vez más los hechos le han dado la razón.

Respecto a la liberación milagrosa de Creso, salvado del fuego por una lluvia providencial (versión que únicamente Creso refiere), podemos ver en ella el último acto de esa tragedia de los reyes e imperios; verdadero deus ex machina, *análogo también a los utilizados por los autores trágicos en el desenlace de sus obras; desenlace que da razón bajo todos los aspectos a Solón e ilustra en forma ejemplar su enseñanza y sabiduría.*

Creso y los oráculos. Cómo los somete a la prueba de la verdad. Los fabulosos presentes que ofrece a Delfos

Creso, durante dos años, estuvo abatido por el dolor. Luego, el anuncio de la derrota de Astiages * frente a los ejércitos de Ciro * y la continua expansión del imperio persa en las fronteras de Lidia, lo sacaron de su marasmo y disiparon sus ideas sombrías. Esta expansión le inquietaba. ¿Podría acaso detenerla a tiempo?

Inmediatamente decidió consultar los oráculos de Grecia y Lidia. Envió mensajeros a todos los santuarios célebres de Grecia: Delfos, Dodona, Abas en Fócida, Mileto, Trofonio y hasta Libia, al santuario de Ammón. Lo que deseaba ante todo era comprobar la veracidad de los oráculos. Si dichos oráculos no se equivocaban, los consultaría sobre una guerra eventual contra los persas. Así, que dio a los mensajeros lidios las siguientes instrucciones: «Vais a contar cien días exactos desde la fecha de vuestra salida de Sardes y formularéis a cada oráculo la pregunta siguiente: "¿Qué hace en este momento Creso, hijo de Aliates y rey de los lidios?" Anotaréis la respuesta del oráculo y me la traeréis.» Desgraciadamente no nos queda ninguna de esas respuestas, salvo la de

Delfos. Cuando los enviados lidios penetraron en el santuario, hicieron la pregunta prevista y la Pitia les respondió (en exámetros):

> Sé contar los granos de arena y medir el fondo de los mares.
> Entiendo a los sordomudos y oigo a los callados.
> A mis narices llega un olor: una tortuga de duro caparazón
> se cuece en la vasija de bronce con el cordero y el bronce la cubre por arriba y por debajo.

Los lidios anotaron dicho oráculo y regresaron a Sardes. Cuando los mensajeros enviados a los cuatro extremos del mundo, entraron todos con las diversas respuestas, Creso abrió los pliegos y los cotejó. Todos los oráculos se habían equivocado, salvo el de Delfos. Fue el único que, de hecho, adivinó lo que hizo Creso el centésimo día y le rindió homenaje. En efecto, el rey, una vez que se dispersaron todos sus mensajeros por los mares, anotó cuidadosamente el día fijado y, para desconfiar del oráculo y desbaratar su perspicacia, no encontró nada mejor que tomar una tortuga y un cordero, cortarlos en trozos y cocerlos en una caldera de bronce ¡sobre la que colocó una tapadera también del mismo metal!

Respecto al oráculo de Anfiarao, ignoro lo que respondería a los lidios, mas todo cuanto sé es que Creso lo consideró igualmente como un oráculo verídico.

Creso hizo entonces grandes sacrificios para conciliarse al dios de Delfos. Sacrificó tres mil cabezas de ganado, mandó erigir una enorme pira, a la que arrojó en confuso desorden lechos forrados de plata, copas de oro, túnicas y telas de púrpura ¡con la esperanza de granjearse con este insensato derroche los favores de Apolo! Todos los lidios tuvieron también que sacrificar al dios —cada cual según sus medios—. Terminados los sacrificios, Creso tomó gran cantidad de oro, lo mandó fundir y vaciar en lingotes de seis palmos de longitud sobre tres de anchura y uno de altura. Mandó se hiciesen diecisiete, de los cuales cuatro en oro macizo y todos los demás en oro blanco. Asimismo mandó fabricar una estatuilla de león en oro macizo; estatuilla que pesaba sus buenos diez talentos. Posteriormente, durante el incendio del templo de Delfos, dicho león se cayó desde lo alto de los lingotes que le servían de base. Hoy se halla en el Tesoro de los corintios, pero ya no pesa más que seis talentos y medio, pues el resto se ha fundido.

Creso envió todas esas ofrendas a Delfos aumentándolas más con otros presentes: una gran crátera de oro, otra de plata (la primera se hallaba a la derecha y la segunda a la izquierda entrando en el templo) mas desde el incendio se las cambió de sitio: la crátera de oro, que pesa ocho talentos, se encuentra actualmente en el Tesoro de Clazómenas y la de plata, que contiene ampliamente seiscientas ánforas, está en el ángulo del vestíbulo. Los delfianos pretenden que esas cráteras son obra del célebre Teodoro de Samos y lo creo sin dificultad, pues son de mano maestra. Asimismo Creso envió cuatro tinajas de plata y dos jofainas

para agua lustral: una en oro y otra en plata. La de oro lleva una inscripción según la cual sería don de los lacedemonios, pero dicha inscripción es falsa; esta vasija es ciertamente una ofrenda de Creso y la inscripción fue grabada más tarde, sin duda para quedar bien con los lacedemonios, por un habitante de Delfos cuyo nombre conozco perfectamente, aunque es mejor pasarle por alto. Creso siguió enviando otras ofrendas, aunque esta vez anónimas: discos de oro, una estatuilla en oro de tres codos, que representaba una mujer que no sería otra que su panadera y los collares y cinturones de su mujer.

El oráculo de Anfiarao fue testigo de la ofrenda de un escudo de oro y una lanza de oro macizo, del asta a la punta, que pude ver yo mismo en Tebas, en el templo de Apolo el Ismenio, cuando pasé por allí.

Creso mandó que todas esas ofrendas fuesen escoltadas hasta el santuario por mensajeros, los cuales habían de formular al oráculo la pregunta siguiente: «Creso, rey de los lidios y de otros pueblos, estimando que vosotros sois los únicos oráculos serios que existen, os ofrece estos presentes y querría saber si debe o no debe declarar la guerra a los persas y reunir aliados.» Las respuestas de ambos oráculos concordaron. En sustancia decían: «Si ataca a los persas, Creso derribará un gran imperio. Pero antes tiene que aliarse con los más poderosos griegos.»

Ante esta respuesta, Creso no cabía en sí de gozo. Persuadido de que derrumbaría el imperio de los persas, volvió a despachar a Delfos mensajeros para que repartiesen a cada habitante dos estateras de oro. A cambio de lo cual, los delfianos concedieron a Creso y a todos los lidios el derecho de consultar al oráculo con prioridad; de eximirlos de ciertas tasas, de ocupar puestos de honor en los espectáculos y de convertirse en delfianos si lo deseaban.

Desde que hubo recibido una respuesta exacta del oráculo, Creso ya no podía prescindir de ella. Le consultó, pues, por tercera vez para saber si su reino perduraría mucho tiempo. Y la Pitia le contestó:

> Cuando un mulo sea rey de los medos,
> no vaciles, lidio de pies delicados,
> en huir entonces hasta el Hermo * rocoso;
> desaparece al punto, sin temor a ser cobarde.

Ante esta nueva respuesta, Creso exultó literalmente: «¡Nunca —pensó— será rey un mulo en Media! Esto es tanto como decir, en suma, que mi reino no tendrá nunca fin.»

Al contrario, el reinado de Creso terminaría muy pronto. Al conocer la rebelión de Ciro y su advenimiento al trono de Persia (suceso que Herodoto relatará pormenorizadamente a continuación), atacará al nuevo rey y librará en la gran llanura sita frente a Sardes un combate que le será desfavorable. Entonces Ciro pondrá sitio a la ciudad, que caerá al cabo de catorce días.

TOMA DE SARDES. CÓMO CRESO, CONDENADO A SER QUEMADO VIVO, SE LIBRÓ MILAGROSAMENTE DE LAS LLAMAS. POR DONDE SE COMPRENDE FINALMENTE EL VERDADERO SENTIDO DEL ORÁCULO DE DELFOS

Volviendo a la toma de Sardes, he aquí cómo ocurrió. Al cabo de catorce días de asedio, Ciro envió jinetes a proclamar por todo el ejército que el primero que lograse escalar las murallas obtendría una recompensa. Todos se pusieron inmediatamente manos a la obra, pero fue inútil. Sólo un mardo, por nombre Hireades, consiguió escalar por la fachada más abrupta e inaccesible de la Acrópolis donde por lo mismo no había nunca centinela. Por lo demás, era el único sitio donde Meles, antiguo rey de Sardes, no había hecho caso de que pasara su hijo el León, que tenía de su concubina: «Si paseas este león a lo largo de los baluartes —le habían predicho los adivinos de Telmesa— la ciudad de Sardes será absolutamente inexpugnable.» Así que, Meles paseó el león por todas las murallas, allí donde ofrecían más peligro, excepto en el sitio indicado, demasiado abrupto para ser escalado y que da precisamente sobre el monte Tmolos. El mardo Hireades observó la víspera a un soldado que bajaba por este paraje para recuperar su casco, que había rodado hasta abajo, y subía por el mismo camino. Esto le sugirió la idea de probar; muchos persas le imitaron y Sardes fue tomada y entregada al pillaje.

En cuanto a Creso, su suerte terminó así: Tenía un hijo —ya lo mencioné más arriba— dotado de todas las cualidades pero desgraciadamente sordomudo de nacimiento. En la época de su esplendor, Creso trató por todos los medios de curarle. Incluso consultó el oráculo de Delfos y la Pitia le respondió:

> Poderoso rey de los lidios, no seas tan pueril,
> no desees oír en tu palacio
> la voz tan deseada de tu hijo. Es mejor
> que permanezca silencioso, pues el día en que le oigas
> será el de tu desgracia.

El día de la toma de Sardes, un persa, tomando a Creso por un lidio cualquiera, avanzó hacia él para matarlo. Creso lo vio pero, para colmo de desgracias, ni siquiera se dignó defenderse y dejó que se acercara. Entonces su hijo, a la vista del persa, bajo los efectos de la emoción y del terror, recuperó el habla gritando: «¡Hombre, no mates a Creso!» Fue la primera vez que pudo hablar y posteriormente conservó el uso de la palabra.

Los persas se apoderaron de Sardes y Creso —tras un reinado de catorce años y un asedio de catorce días— fue capturado vivo y hecho prisionero. Así se cumplió la profecía del oráculo: Creso había derribado un gran imperio: ¡el suyo! Fue conducido ante Ciro, el cual mandó

levantar una gran pira. Creso, cargado de cadenas, subió a ella acompañado por catorce jóvenes lidios. ¿Quería Ciro acaso sacrificarlos a algún dios como primicias del botín? ¿Había decidido efectuarlo desde hacía tiempo o por el contrario, conociendo la piedad de Creso, no habría deseado ver si algún dios vendría a librarle de las llamas? El caso es que mandó a Creso al suplicio. Y este último, de pie, sobre la pira reconsideró bruscamente la frase tan acertada que le había dicho Solón: «¡Ningún mortal puede llamarse feliz!» Lanzó un profundo suspiro, guardó un largo momento de silencio y luego pronunció por tres veces el nombre de Solón. «¡Preguntadle a qué dios invoca!», dijo Ciro a sus intérpretes. Creso permaneció en silencio antes de responder y luego por fin dijo: «¡No invoco a un dios, sino a un hombre! ¡Habría dado todo el oro del mundo para que pudiese ponerse en contacto con todos los reyes de la tierra!» Nadie, evidentemente, comprendió nada. Se le ordenó que se explicara más claramente. Creso tuvo que hacerlo y refirió desde el principio la visita de Solón, las palabras que le dirigió luego de haber contemplado todas sus riquezas. «¡Y el futuro le ha dado la razón —concluyó Creso—. No sólo era a mí el que hablaba, sino a todos los hombres y a todos los que se creen más felices que los demás!» Mientras filosofaba, el fuego había empezado a prender la pira cuyos extremos ya ardían. Una vez que le fueron traducidas las palabras de Creso, Ciro se puso a reflexionar: «¿Por ventura no era él también un hombre? Y este hombre que arrojaba vivo a las llamas ¿no conoció acaso otrora la riqueza y el poder como él mismo hoy? —se decía—. ¡La vida reserva tantas sorpresas!» E inmediatamente mandó que se apagara el fuego y se libertase a Creso y a sus compañeros.

Pero ya era demasiado tarde. Por más que hicieron, el fuego ya no podía apagarse. Entonces —según refieren los relatos lidios— Creso, viendo a todos afanarse alrededor de la pira, comprendió que Ciro había cambiado de idea e invocó a Apolo con todas sus fuerzas. Le recordó los espléndidos regalos que le había hecho y le suplicó que le sacase de este mal paso. Y en el momento en que con los ojos bañados de lágrimas gritaba con todas sus fuerzas: «¡Apolo, Apolo!», se amontonaron nubarrones y estallaron en el cielo, hasta entonces tranquilo y sin nubes, y una lluvia torrencial apagó el fuego. Ciro comprendió que Creso era un hombre digno de tal nombre y amigo de los dioses. «Creso —le dijo una vez que bajó de la hoguera—, ¿quién te ha aconsejado ir contra mí con tu ejército y obrar como enemigo más que como amigo?» «Rey, mi mala estrella y tu buena estrella. El culpable es este dios de los griegos, que me incitó a ir contra ti. ¿Pues qué hombre, si no, sería lo bastante loco como para escoger por sí mismo la guerra? En la paz, los hijos sepultan a sus padres, pero en la guerra, los padres entierran a sus hijos. ¡Si las cosas se han puesto así, es que ciertamente los dioses así lo han querido!»

Ciro mandó liberar a Creso de las cadenas, le dijo que se sentase junto a él y multiplicó sus atenciones con él. Todos en el campamento

persa rodearon a Creso y lo contemplaron boquiabiertos. Creso permaneció por un momento sin decir palabra, luego pensó que los persas estaban saqueando Sardes y dijo a Ciro: «Rey, ¿puedo decirte dos palabras o debo callarme?» «Habla, Creso, nada temas.» «Esos miles de soldados que se agitan allá con tanto ardor, ¿qué hacen?» «Saquean tu ciudad, Creso, se reparten tus riquezas.» «No —respondió Creso— ya no es mi ciudad, ya no son mis riquezas las que pillan; son las tuyas las que se llevan; ¡es tu ciudad la que destruyen!»

Esta observación preocupó a Ciro: «¡Retiraos —dijo a todos los asistentes, y tomando aparte a Creso—: Entre nosotros, ¿tienes alguna observación particular que hacerme?» «Rey —repuso Creso—, puesto que los dioses me han puesto en tus manos como esclavo, ¿no es acaso justo que te indique cosas que te pueden pasar inadvertidas? Los persas son de naturaleza más bien violenta y gente pobre. En este momento se apoderan de inmensas riquezas. Ten bien presente que el que haya robado más, se volverá contra ti más pronto o más tarde. Si quieres un consejo razonable, coloca centinelas en todas las puertas y ordénales que avisen a los saqueadores que deben reservar un diezmo del botín para Júpiter. Así, no te harás impopular al arrebatarles por la fuerza su botín y ellos lo aceptarán con mayor agrado puesto que es para Júpiter.»

Ciro encontró este consejo excelente y cursó órdenes inmediatas en consecuencia. Luego se volvió hacia Creso: «Tú hablas y obras como un verdadero rey y un verdadero sabio. Pide lo que quieras y te lo concederé.» «Señor —dijo Creso— permíteme enviar a alguien a Delfos hacia ese dios a quien hice donación de tantas ofrendas. ¡Me gustaría preguntarle si tiene por costumbre burlarse de los que le ofrecen presentes!» «¿Por qué? ¿Es que se ha mofado de ti?» «Sí —respondió Creso, y le refirió la historia y los proyectos, las respuestas de los oráculos y los enormes sacrificios que les había ofrecido posteriormente—. El oráculo es el que me ha lanzado contra ti —concluyó—. Por eso, autorízame para que yo diga al dios lo que pienso de él.» «Como quieras —dijo Ciro riendo—. Cúmplelo y si tienes otros deseos, ¡no vaciles en manifestarlos!»

Creso envió al punto algunos lidios a Delfos: «Colocaréis estas cadenas en el umbral del templo —dijo a los mensajeros— y diréis al dios esto: "¿No te da vergüenza, oh dios, de haber incitado a Creso a lanzarse contra los persas prometiéndole que derribaría un gran imperio? ¡Ésta es la victoria que Creso ha obtenido!", y, dicho esto, enseñaréis las cadenas. Para terminar, le preguntaréis: "¿Es costumbre entre los dioses mostrarse ingratos?"»

Los lidios llegaron a Delfos y cumplieron las órdenes de Creso. La Pitia les respondió esto: «¡Incluso un dios no puede eludir la ley del Destino. Creso ha expiado la culpa cometida por su cuarto antepasado, guardia de corps de los Heráclidas, que asesinó a su rey para agradar a

una mujer y subió a un trono al que no tenía derecho alguno. Apolo, el Ambiguo, ha hecho lo imposible para que la caída de Sardes sólo ocurriera bajo los hijos de Creso y no durante el reinado de éste, pero el Destino se ha negado a ello. Todo cuanto concedió a Apolo, éste lo hizo redundar en favor de Creso: retrasó en tres años la toma de Sardes; sí, sépalo Creso, ¡ha tenido una prórroga de tres años! Y en el momento en que iba a ser quemado vivo, fue Apolo igualmente el que intervino para salvar su vida. Creso está en un error al tomarla con el oráculo. El dios le había predicho que destruiría un gran imperio si atacaba a los persas, pero Creso no tuvo ni la más elemental prudencia de preguntar de qué imperio se trataba, si del suyo o del persa. Esta pregunta no le pasó por las mientes y no comprendió el sentido del oráculo. Y cuando otro oráculo le habló de un mulo, tampoco comprendió nada, pues dicho mulo era Ciro, nacido de una meda de alta alcurnia y de un persa de baja extracción.» Los lidios volvieron a Sardes y trajeron esta respuesta a Creso. Y Creso tuvo que reconocer que el culpable era él y no el dios.

Conclusiones sobre Lidia. Sus maravillas y costumbres. La tumba del rey Aliates. Cómo inventaron los juegos los hombres

Creso, además de las ofrendas que he mencionado, hizo otras muchas en Grecia: entregó en Tebas un trípode de oro a Apolo, el Ismenio; envió becerras de oro al templo de Éfeso y a Delfos un gran escudo de oro para Minerva, la Providencial. Yo he visto personalmente gran parte de esas ofrendas. Otras han desaparecido, por ejemplo, que había consagrado al templo de los branchidas, en Mileto. Todo cuanto ofreció Creso a Delfos y al templo de Anfiarao, lo tomó de sus bienes personales, pero todo lo demás lo detrajo de los bienes de uno de sus enemigos que conspiró contra él. Pero ya he hablado bastante de las ofrendas de Creso.

Lidia apenas si contiene maravillas si se exceptúan las pepitas de oro procedentes del monte Tmolos y un monumento que supera absolutamente a todos los otros, aparte los de Egipto y Babilonia: se trata de la tumba de Aliates, padre de Creso. Su base está constituida por piedras enormes y todo el resto es de tierra apisonada. Este monumento fue erigido merced a una suscripción de pequeños comerciantes, artesanos y prostitutas. En la época en que pasé por allí, podían verse todavía los cinco cipos colocados en lo alto de la tumba, así como inscripciones que indicaban la contribución económica de cada corporación. La más importante fue la de las prostitutas, pues en Lidia todas las jóvenes se prostituyen y consiguen reunir una importante dote hasta el día en que se casan a medida de sus deseos. La circunferencia del sepulcro es de seis estadios y dos pletros, su anchura de trece pletros. Está situado cerca de un gran lago que —según parece— no se seca nunca y se llama el lago de Giges *.

Los lidios tienen costumbres casi similares a las de los griegos, excepto que prostituyen a sus mujeres jóvenes. Fueron asimismo los primeros —que yo sepa— en acuñar y poner en circulación monedas de oro y plata, como también los primeros a quienes se les ocurrió la idea de ejercer el comercio al por menor. Los juegos de sociedad actualmente practicados en Grecia habrían sido —según cuentan— inventados por ellos. El origen de los juegos se remontaría a la época en que los lidios colonizaron Tirrenia *. Damos a continuación la versión lidia: En el reinado de Atis, hubo gran hambre en toda Lidia. Al principio, los lidios sobrellevaron con paciencia la desgracia, mas, al prolongarse la situación indefinidamente, todos rivalizaban en ingenio para matar el hambre. Fue en tal coyuntura cuando inventaron los dados, las tabas, el balón y muchos otros juegos, menos el de las damas. «Éste, nunca lo inventamos nosotros», aseveraron. De cada dos días, uno lo ocupaban en asegurar su subsistencia y el otro día entero lo pasaban jugando para engañar el hambre. Así vivieron durante dieciocho años. Mas, al agravarse el hambre, el rey dividió a los lidios en dos grupos y los echó a suertes. Al primero se le designó para que se quedase en Lidia, al segundo que se expatriara al mando de Tirseno, hijo del rey. Este segundo grupo bajó hasta Esmirna y construyó una flota; en ella cargaron todo cuanto pudieron llevarse y navegaron por el mar en busca de una nueva patria. Dejaron atrás muchos países, bordearon muchas costas hasta el día en que arribaron a Umbia, donde se establecieron. Aprovecharon esta circunstancia para cambiar de nombre y adoptar el de su jefe, Tirseno. Éste es el origen de los actuales tirsenos.

En una palabra, para terminar, Lidia fue desde entonces provincia persa.

*Estas páginas de Herodoto dan la impresión de que van desarrollando la historia como un cuento y, sin embargo, la mayoría de los hechos narrados son verídicos. Ese sepulcro de Aliates, tan impresionante, existe todavía a diez kilómetros de Sardes, en la necrópolis lidia de Bin Tepe. Y la moneda, cuya invención Herodoto atribuye a los lidios, comenzó, de hecho, a circular en Lidia desde el siglo VII. Los recursos auríferos del monte Tmolos y del río Pactolo * nutrían suficientemente el Tesoro lidio como para poder acuñar moneda. Desde aquí, dicha moneda fue introducida en Persia, donde una tablilla descubierta en Persépolis * lleva una fecha correspondiente al año 493 para los primeros pagos efectuados en numerario por Darío. Las piezas más antiguas —algunas de las cuales fueron descubiertas entre las ruinas del célebre Artemision de Éfeso— fueron por otra parte, acuñadas en Lidia antes del reinado de Giges. En cambio, los juegos no fueron inventados por los lidios. Las tumbas egipcias de la XII dinastía (año 1800 a. de J. C.) contenían ya juegos como el de la* serpiente mehen, *antepasado de nuestro juego de la oca (pues los repliegues circulares de este juego fueron originariamente los de una serpiente),*

y el juego de zenet, *antepasado del chaquete o tablas reales* (1). *Respecto al juego de las damas o del ajedrez, fue inventado por un griego por nombre Palamedes (al menos según la tradición helena), durante un período de escasez sobrevenido mientras el sitio de Troya (desde luego los períodos de hambre fueron origen de muchos inventos). Este Palamedes pasó igualmente por inventor de la letra ípsilon (Υ) al mirar cómo volaban las grullas, lo cual es un admirable ejemplo de la función simbólica en el hombre, mas esto es otra historia...*

Añadamos que las genealogías de los reyes lidios dadas por Herodoto parecen verosímiles: veintidós reyes heráclidas reinaron a partir de 1192 y cuatro reyes mérmnadas (Giges, Ardis, Aliates y Creso) en los siglos VII y VI. Los primeros se llamaban heráclidas, pues se los consideraba descendientes de Heracles. La historia legendaria de Lidia, efectivamente, se inicia con un tal Tmolos, personaje de índole violenta, que violó a algunas ninfas y murió enfrentándose con un toro que había enviado contra él la diosa Artemisa. Su hijo lo enterró en la montaña a la que dio su nombre y era en sentido propio una verdadera mina de oro para los lidios. Pues bien, este Tmolos tenía una mujer que reinó precisamente después de su muerte y se llamó Onfala. Y ya se sabe que Heracles pasó tres años de su vida a los pies de Onfala. La continuación de la historia es fácil de entender...

«Queda por ver —afirma Herodoto— quién era exactamente ese Ciro que logró destruir el imperio de Creso y extender su dominación sobre toda Asia.»

En la época en que comienza el relato de Herodoto, los medos, primeros habitantes del país (su historia más pormenorizada figura en el glosario final) se convirtieron en un pueblo libre y poderoso, gracias a un cierto Deioces (de seguro el rey maneano Daiauku que mencionan los textos cuneiformes). Este Deioces tuvo por hijo a un rey, de nombre Fraortes* que se identifica con el Khshatrita de las crónicas asirias y que de hecho atacó al imperio asirio. Su hijo, Ciaxares, le sucedió en 563, pero el mismo año en que subió al trono, hordas escitas invadieron Media, en la que se establecieron durante veintiocho años. Estos hechos son confirmados por las crónicas asirias y las excavaciones efectuadas sobre el terreno. La invasión escita tuvo lugar hacia el siglo VII y se extendió por toda la región del lago Urmiya. Posteriormente. dichos invasores fueron arrojados hacia el 625 por el rey Ciaxares (de modo diferente, por cierto, del que habla Herodoto), aunque algunos hubieron de permanecer en el país como vasallos o aliados de los medos, ya que se ha descubierto en 1947 en Ziwiye, en territorio medo, una tumba escita real de la que se extrajeron numerosos objetos de factura escita y meda. Pero volvamos a Herodoto.*

---

(1) Juego similar al de las damas. *(N. del T.)*

NACIMIENTO E INFANCIA ADMIRABLES DE CIRO. SINIESTRA CENA OFRECIDA POR EL REY ASTIAGES. CÓMO NACIÓ LA LEYENDA DE CIRO

Los escitas reinaron veintiocho años en Asia y sus exacciones arruinaron el país. No contentos con extorcar a cada pueblo exorbitantes impuestos, se entregaban a razzias sobre los bienes que quedaban. Mas, un buen día, Ciaxares * y sus medos * invitaron a gran cantidad de ellos, los embriagaron y asesinaron. Así, los medos pudieron reconquistar el poder y reinar sobre sus antiguos súbditos. Se apoderaron de Nínive * (ya diré cómo en otro relato) y sometieron la Asiria entera con excepción de Babilonia *. Luego Ciaxares murió, tras un reinado de cuarenta años, incluidos los veintiocho años de la ocupación escita.

Astiages, hijo de Ciaxares, sucedió a su padre. Una noche, tuvo un sueño: vio a su hija, Mandane, orinar tan copiosamente que toda la ciudad e incluso toda Asia desaparecían bajo aquel verdadero diluvio. Inmediatamente fue a buscar a los magos *, especialistas en la interpretación de los sueños y sus explicaciones le llenaron de espanto, hasta el extremo de que, al llegar su hija a la edad núbil, no la casó con un medo. Le buscó un marido persa, por nombre Cambises, hombre de cierta alcurnia y de índole más bien pacífica, pero que estaba lejos de igualar al primer medo venido.

Mandane, pues, marchó a vivir a Persia, a casa de Cambises. Pero Astiages, durante el año, tuvo un segundo sueño: vio salir del sexo de su hija una viña y extenderse por toda Asia. Mandó a los magos que le descifrasen el sueño, convocó a su hija en su palacio, una vez que estuvo a punto de dar a luz y la mantuvo en seguida bajo estricta vigilancia, resuelto del todo a desembarazarse del que iba a echar al mundo. ¿No le habían acaso predicho los magos que el niño en cuestión lo arrojaría del trono para reinar en su lugar? Había que conjurar el peligro. Así que, en cuanto nació Ciro, Astiages llamó a Harpago, su hombre de confianza: «Harpago —le dijo—, voy a confiarte una delicada misión. Cúmplela cuidadosamente y no se te ocurra dar oídos a otros consejos. Sería firmar tu sentencia de muerte. Coge la criatura de Mandane, llevatela a tu casa, mátala y ¡haz desaparecer el cuerpo como te dé la gana!» «Rey —replicó Harpago—, ¿has tenido hasta ahora queja de mí? ¿Por qué no va a ocurrir lo mismo en el futuro? Puesto que quieres desembarazarte de este niño, cuenta conmigo y te obedeceré a ciegas.»

Así que, Harpago tomó al infante, ya dispuesto para morir; entró en su casa hecho un mar de lágrimas y contó lo sucedido a su mujer. «¿Qué piensas hacer ahora?», le preguntó la mujer. «¡Todo menos obedecer a Astiages! ¡Aunque fuese diez veces más loco de lo que ya es, nunca me haría cómplice de semejante crimen! Por lo demás, tengo mil razones para ello. ¿Acaso este muchacho, en el fondo, no es de mi familia? Y además, Astiages es viejo, si llega a morirse y su hija sube al trono,

¿qué ocurrirá? ¡No me recompensará desde luego por haber matado a su hijo, no! Es evidente que este niño debe desaparecer, pero haré que otros lo lleven a cabo.»

Dicho esto, mandó llevar un mensaje a un boyero de Astiages que apacentaba sus rebaños en una región desértica infestada de fieras, lugar ideal para los designios de Harpago. El tal vaquero se apellidaba Mitrídates. Vivía con su compañera, mujer por nombre Spaco, lo que en medo significa perra. Los pastos en cuestión se hallaban en las montañas situadas al norte de Ecbatana, en dirección al Ponto Euxino * Toda esta región, vecina del país de los Sappires, es montañosa y boscosa. El boyero se presentó ante Harpago. «El rey Astiages —dijo Harpago al boyero— te manda decir que tomes a este niño y lo abandones en un lugar desértico para que muera lo antes posible. Y que sepas, además, que si se te ocurre desobedecerle y librar de la muerte al crío, ¡acabarías tu vida entre los más horribles tormentos! Me cercioraré por mí mismo de que cumples perfectamente mis órdenes.»

En consecuencia, el boyero tomó al niño y regresó a su guarida. Su mujer, que debía dar a luz de un momento a otro, acababa de echar al mundo, por una coincidencia verdaderamente divina, un hijo en su ausencia. Y cada cual, durante esta separación, se preocupaba por el otro: él por su mujer que debía dar a luz; ella por su marido a quien Harpago había convocado urgentemente y a quien no se atrevía a esperar que volvería a ver vivo. Por eso, en cuanto apareció, le abrumó a preguntas: «Pues bien, ¿qué te quería Harpago?» «Mujer —respondió el boyero—, nuestros amos dan la impresión de tener muchas contrariedades. He visto y oído más de lo que habría debido. Cuando llegué a casa de Harpago, no di crédito a mis ojos: ¡toda la casa derramaba lágrimas! Y no hice más que entrar y ¿qué veo? Un bebé, en el suelo, con joyas de oro y pañales —¡había que verlo!— y ¡cómo movía sus piernecitas tanto y más! En cuanto Harpago me vio, me ordenó coger al rorro acto seguido y llevarlo a la montaña para dejarlo abandonado en el monte, en un lugar repleto de fieras. Me dijo que era una orden de Astiages y "¡pobre de ti si le desobedeces!". Entonces cogí al niño y me lo llevé. De seguro —me dije a mí mismo— se trata de un niño de la casa. Evidentemente, viendo todas esas joyas y pañales que llevaba, estaba yo un tanto asombrado, pero sólo durante la marcha caí en la cuenta de la verdad por un doméstico que me acompañó hasta el final del camino, fuera de la ciudad, y me entregó el bebé: ¿Sabes quién es? Es el hijo de Cambises y de Mandane, hija de Astiages. ¡Y ha sido el mismo Astiages el que me ha ordenado matarlo! ¡Mira, fíjate en él!», y al pronunciar tales palabras, el vaquero destapó al niño y se lo enseñó a su mujer. Al verlo, la mujer prorrumpió en sollozos. Se arrojó a los pies del hombre y le suplicó que no lo abandonase. «¡Imposible! —repuso el boyero—. Harpago enviará servidores suyos para comprobar si el niño ha muerto y ¡pobre de mí si le desobedezco!» «Escucha —replicó la mujer viendo que no conven-

cería jamás a su marido— hay otro medio: Yo he dado a luz también en tu ausencia, pero una criatura muerta. Cógelo y abandónalo. Y el otro —el nieto de Astiages— le educaremos como si fuese hijo nuestro. Así no podrá echarte nada en cara y nuestra conciencia no nos acusará de ningún crimen. El muerto tendrá una sepultura regia y el otro conservará la vida.»

«No es una idea tan estúpida lo que ella dice», pensó el boyero, y siguió los consejos de su mujer. Tomó el cadáver de su propio hijo, al que puso los pañales del primero, lo colocó en un cesto y marchó a depositarlo en lo más intrincado de las montañas. Tres días más tarde, dejó el boyero junto al cadáver a uno de sus hombres y salió para la ciudad a buscar a Harpago: «Puedes venir a comprobar por ti mismo que se han cumplido tus órdenes —le dice—. El niño ha muerto.» Harpago mandó a la montaña a sus guardias más fieles, los cuales se cercioraron personalmente, y enterraron regiamente al hijo del boyero. Y Ciro fue criado por Spaco. Lo llamó Ciro, aunque, evidentemente, no tomaría este nombre sino muchos años después. Su mujer le puso un nombre cualquiera.

Cuando Ciro llegó a la edad de diez años, un incidente puso de manifiesto su verdadera identidad. Jugaba en el camino, por el lado de los establos, con arrapiezos de su misma edad. Y precisamente tales rapaces habían escogido para su juego por rey al que todos en el pueblo llamaban el hijo del boyero. Tomó su papel en serio y repartió cargos a todos sus «súbditos»: unos tenían que edificarle un palacio, otros, serían sus guardias y el de más allá sería «el ojo del rey», su hombre de confianza, en cierto modo; otro, jefe de los mensajeros, etc. Pero uno de ellos, hijo de Artembares, un medo de la alta sociedad, se negó a obedecer a Ciro. El «rey» le mandó apresar por desobediencia y azotar sin miramientos. El otro —furioso de verse así tratado, especialmente por el hijo de un boyero— corrió en busca de su padre: «¡Mira —le dijo— cómo me ha tratado el hijo de un vaquero!» Artembares, rojo de ira, tomó consigo a su hijo y acudió a Astiages: «¡Mira, rey, lo que uno de tus esclavos, un vulgar hijo de boyero, se ha atrevido a hacer con mi hijo!», le dijo descubriendo la espalda lastimada del muchacho.

Astiages escuchó, miró y, por agradar a Artembares, resolvió vengar a su hijo. Mandó llamar al boyero y al culpable: «¿Cómo te atreves —dijo a Ciro, en cuanto compareció el otro en su presencia—, cómo te atreves, so bigardo, a golpear al hijo de un hombre como Artembares?» «Señor —repuso Ciro—, sólo he obrado así por respetar la justicia. Los chicos del pueblo del que él formaba parte, han inventado un juego y me han nombrado rey. Todos me obedecieron menos él... Entonces, he tenido que castigarle. Si he obrado mal, castígame, estoy a tus órdenes.»

Semejante respuesta causó un impacto profundo en Astiages, quien comenzó a sospechar de algo: este muchacho tenía un parecido a su familia, su manera de expresarse no era la del hijo de un boyero y su

edad correspondía a la que habría tenido Ciro. Permaneció un buen rato sin resuello. Hizo un esfuerzo para sobreponerse y dijo a Artembares: «¡Nada temas, Artembares, tanto tú como tu hijo obtendréis satisfacción!» Artembares se fue. Ciro fue conducido a un aposento del palacio y Astiages se quedó a solas con el boyero: «¿Dónde cogiste a este muchacho y quién te lo confió?» «Es mi hijo —repuso el interpelado—. Por lo demás, su madre vive aún y está en casa en este momento.» «Veo que voy a tener que emplear severas medidas», dijo Astiages haciendo una señal a sus guardias. Cuando el boyero vio que le iban a someter a tormento, confesó la verdad. Refirió toda la historia desde el principio y suplicó al rey que le perdonase.

Una vez conocida la verdad, Astiages se encolerizó tanto contra Harpago que se olvidó por completo del boyero. Mandó llamar a Harpago: «¡Y bien —le dijo en cuanto estuvo en su presencia—, recuérdame, si te parece, cómo mataste al niño que yo te entregué en otro tiempo!» El interpelado —al ver al boyero en el aposento— comprendió que de nada serviría hacerse el astuto y confesó al punto: «Rey, cuando me trajiste el bebé sólo tuve una idea: cómo obedecer tus órdenes sin traicionar tu confianza y convertirme en asesino. Entonces se me ocurrió una idea: mandé venir a este boyero, le entregué el niño y le dije: "¡Mátalo, son órdenes del rey!" Eso es lo que me dijiste, ¿no es verdad? Así que, le entregué al niño, diciéndole: "Lo abandonarás en el monte y no le dejarás ni un instante hasta que haya muerto. Si por un momento desobedecieses, ¡pobre de ti!" Cuando vino a decirme que todo se había cumplido y que el niño había muerto, envié al punto a mis eunucos más fieles, que lo comprobaron por sí mismos y enterraron el cadáver. Esto es todo.»

Harpago había referido cuanto sabía. Astiages concitó todo su odio sobre Harpago por su conducta pero no dejó traslucir nada y le contó simplemente lo que había sabido por el boyero. «¡Bah! —concluyó—, al final todo se arregla. ¡Ciro no ha muerto y en el fondo no me habría perdonado nunca haber mandado asesinarlo! Mi hija ya no quería verme más. Puesto que todo termina bien, envía a tu hijo para que conozca a nuestro joven aparecido y ven a cenar esta noche: Ofreceré un solemne sacrificio a los dioses que han permitido semejante desenlace.» Harpago se prosternó, no cabiendo en sí de gozo de que esta penosa historia terminase tan felizmente. Y para colmo de buena suerte y por añadidura ¡se le invitaba a cenar y todo! Salió volando literalmente a su casa, envió a palacio a su hijo único, de trece años, recomendándole mucho que cumpliera todo cuanto le ordenara Astiages y contó lo sucedido a su mujer.

Astiages, una vez en el palacio el hijo de Harpago, mandó apresarle, degollarle, cortarle en trocitos, de los cuales unos asó en el horno, otros puso en escabeche, todo bien sazonado y dispuesto para la cena. Cuando todos los invitados estuvieron presentes, se ofrecieron a todos, incluido Astiages, platos de cordero, en cambio a Harpago se le sirvieron los trozos de su propio hijo (excepto la cabeza, pies y manos, separados en un cesto

cubierto con un paño). «Y bien, Harpago —dijo Astiages al contemplar el rostro de su interlocutor ya harto—, ¿ha sido suculenta la comida?» «¡Un verdadero festín!», replicó Harpago. En esto, unos sirvientes, designados al efecto, le presentaron el cesto tapado. «Destápalo —le dijeron— y escoge cuanto desees.» Harpago obedece, quita el paño y contempla los restos de su hijo. Pero haciendo un esfuerzo sobrehumano logra dominarse y permanece imperturbable. «Pues bien, Harpago, ¿has comprendido con qué carne te has regalado?» «Sin duda alguna, rey. Pero nada que venga de ti —ya sabes— me es desagradable.» Y dicho esto, tomó los restos de su hijo y volvióse a su casa, supongo que para darles honrosa sepultura. Éste fue el castigo de Harpago.

Quedaba por resolver la cuestión de Ciro. Astiages convocó a los magos (los mismos que otrora interpretaran su sueño) y los interrogó de nuevo. Los magos volvieron a darle idéntica explicación: «Este sueño significa que el niño está destinado a reinar, si no muere en ese medio tiempo.» «Pues bien —les reveló el rey—, este niño existe, sigue con vida. Ha sido criado en el campo y los arrapiezos del lugar lo eligieron rey y se ha comportado perfectamente como un rey: eligió guardias, designó mensajeros, en una palabra, ha reinado. ¿Qué os parece de todo esto?» «Puesto que el niño vive —respondieron los magos— y ha reinado sin haberlo buscado expresamente, ya nada tienes que temer. Puedes dormir tranquilo. No reinará por segunda vez.» «Los oráculos —y con mayor razón los sueños— sólo se refieren a minucias. Soy el primero en creerlo, magos. Dado que este niño ha sido elegido rey, creo que el sueño se ha realizado y ya no tengo nada que temer. Decidme simplemente lo que debo hacer al presente. Reflexionad bien porque ¡en ello va mi interés... y el vuestro!» «Somos los primeros, nosotros medos, en salir ganando con que tú sigas de rey. Si el poder pasase a este niño, que es persa, este país dejaría de pertenecernos y nos convertiríamos en simples extranjeros. Contigo, por el contrario, nos sentimos en nuestra casa y gozamos de los mayores honores. Así que, tenemos todo el empeño en velar por ti y tu imperio. Si el más mínimo peligro te amenazase realmente, seríamos los primeros en advertirte. Pero ya ves que ese sueño sólo se refería a peccata minuta. ¡Ya nada tienes que temer de Ciro. Despáchale a Persia, a casa de sus verdaderos padres!»

Era todo cuanto deseaba Astiages. Entusiasmado, llamó a Ciro y le dijo: «¡Hijo mío, me porté muy mal contigo, pero fue por culpa de una pesadilla. Ya todo pasó. El destino te ha protegido. Regresa a tu casa, a Persia. Una escolta te conducirá. Allí encontrarás un padre y una madre que te harán olvidar un tanto al boyero y a su mujer.» Y despidió a Ciro.

Cuando éste llegó a casa de Cambises, fue recibido como un verdadero aparecido y mimado tanto y más. Le pidieron que contase su historia y Ciro lo explicó todo; siempre creyó que era hijo del boyero y sólo durante el viaje, una vez que salió de Ecbatana, fue cuando los de la escolta le aclararon todo. Ciro contó cómo le había criado la mujer

del boyero y no cesaba de elogiarla. Siempre tenía en su boca el nombre de la tal Spaco. Sus padres quedaron impresionados y para que el extraordinario destino de su hijo apareciese más todavía obra de los dioses, esparcieron el rumor de que Ciro había sido amamantado y salvado de la muerte por una perra. Así nació su leyenda.

De cómo Ciro se rebeló y llegó a ser rey de Persia. Venganza de Harpago. Cómo los persas reinaron definitivamente sobre toda Asia

Ciro creció y se hizo hombre, el más valiente y seductor de los jóvenes de su edad. Harpago le colmaba de regalos para hacer de él un aliado, pues tenía a pechos vengarse de Astiages. Por sí solo nada podía, pero Ciro, que tenía tantos motivos como él para odiar a Astiages, era un aliado pintiparado. Desde hacía mucho tiempo, por otra parte, Harpago se dedicaba a la misma misión: había «trabajado» por separado a cada notable medo que tenía tal o cual motivo personal de odiar al rey, para persuadirle que derribase a Astiages y se pasase al bando de Ciro. Cuando todo estuvo a punto, Harpago previno a Ciro, en Persia. Mas, como estuviesen vigilados todos los caminos, tuvo que recurrir a la siguiente estratagema: cogió una liebre y la destripó poniendo especial cuidado en no estropear su piel; metió en su vientre una carta en la que explicaba todo a Ciro, volvió a coser la tripa del animal, lo colocó en una red de cazador y lo entregó todo a uno de sus hombres que envió a Persia. «Explica bien a Ciro —le recomendó— que abra personalmente al animal sin ningún testigo.» Lo cual se hizo. Ciro cogió la liebre, la abrió, encontró la carta y la leyó: «Los dioses, hijo de Cambises, tienen puestos sus ojos sobre ti. Estás verdaderamente bajo su protección. No vaciles, pues, en vengarte de Astiages, tu asesino. Si sólo hubiera dependido de él, ¡ya haría tiempo que habrías muerto! Pero gracias a los dioses (y también un poco gracias a mí) has sobrevivido. Debes saber todo esto desde hace mucho tiempo, supongo. También debes conocer todo cuanto he soportado por haberte entregado al boyero en vez de matarte. Si quieres reinar pronto sobre el imperio de Astiages, solivianta a los persas y marcha con ellos contra los medos. Poco importa que sea yo u otro general el que marche al frente del ejército medo; de todos modos tú serás el vencedor. Los medos no esperan otra ocasión para derribar a Astiages y pasarse a tu bando. Aquí todo está a punto. Sólo te esperamos a ti. Actúa sin demora.»

Cuando hubo terminado la lectura, Ciro reflexionó en los medios más aptos para sublevar a los persas y descubrió uno que puso inmediatamente en práctica: redactó una carta aparentemente escrita por Astiages, convocó a todos los persas y abrió ante ellos la carta en cuestión: «¡Persas —declaró— Astiages en esta carta me nombra general de Persia! En tales condiciones, presentáos aquí mañana cada uno con una hoz.» De todas las innumerables tribus que componen Persia, Ciro convocó sobre todo a las

más importantes, es decir, los pasagardas, los merafios y los mafios (la más célebre es la de los pasagardas de los que salió la gran familia de los aqueménidas. Las otras tribus comprendían los panthialeos, derusieos, germanios todos ellos sedentarios, y las tribus nómadas de los daros, mardos, drópicos y sagartios.

Todos esos persas se presentaron en el sitio indicado, cada cual con su hoz. El lugar de la cita era una especie de terreno inmenso y llano, de dieciocho a veinte estadios cuadrados, totalmente cubierto de zarzas. «¡Vais a desbrozar —les dijo Ciro— todo este lugar hoy mismo, y mañana volveréis al mismo sitio para festejarlo todos juntos!» Entretanto, degolló una cantidad enorme de cabras, carneros y bueyes, mandó disponerlos para la cena, sin olvidar los vinos y otros muchos suculentos platos. Al otro día los persas volvieron, se acomodaron en la pradera y se dieron un festín. «¡Soldados persas —les dijo Ciro al fin del banquete—, ¿qué preferís, los trabajos de ayer o los de hoy?» «¡Eso no tiene comparación! —contestaron a coro todos los hombres—. ¡Si la tarea de ayer fue dura, más agradable es la de hoy!» «Pues bien, persas —prosiguió Ciro—, os propongo una elección: si me escucháis, continuaréis banqueteando indefinidamente; si no, ¡la vida de ayer volverá a empezar peor que antes! Si queréis ser hombres libres, escuchadme. Presiento que los dioses me han designado para cumplir esta misión. Vosotros valéis mucho más que los medos en todos los órdenes y especialmente en la guerra. No perdamos ni un minuto, ¡sublevémonos contra Astiages!»

Los persas no esperaron a que se lo repitiera dos veces. Puesto que ya tenían un verdadero jefe, ya iba siendo hora de deshacerse de los medos. Astiages, una vez enterado de las intenciones de Ciro, le envió un mensajero para convocarle. El mensajero volvió con esta respuesta: «¡Sí, Astiages, pronto estaré en tu palacio e incluso más deprisa de lo que deseas!» Sin perder un minuto, Astiages armó a los medos y menospreciando cualquier medida de prudencia, puso a su frente a Harpago en persona. Los ejércitos se enfrentaron. Se entabló el combate. Algunos medos lucharon (los que no estaban al tanto del complot), pero casi todos se pasaron al campo de los persas u optaron pura y simplemente por tomar la huida. ¡El ejército medo no aguantó mucho que digamos!

Astiages estaba loco de furor contra Ciro. «¡No cantes victoria demasiado pronto, Ciro!», gritaba al mismo tiempo que mandaba empalar a los magos que le habían aconsejado enviar Ciro a Persia. Armó precipitadamente a todos los medos hábiles que quedaban en la ciudad, marchó contra el enemigo, fue derrotado, hecho prisionero y perdió todos los medos que había llevado al combate.

Una vez capturado Astiages, Harpago se lanzó hacia él y dio rienda suelta a su regocijo y sarcasmos: «¡Pues bien, Astiages —le gritó, entre otras frases amables—, ¿qué te parece el cautiverio? ¿Bastante diferente de la realeza? ¡Por fin, voy a poder agradecerte la excelente cena que me serviste un día con la carne de mi hijo!» Astiages levantó los ojos

hacia Harpago: «¿Significa esto que tú apruebas la empresa de Ciro?» «No sólo la apruebo, sino que ¡yo mismo lo he dispuesto todo!» «Entonces, eres más necio y malvado de lo que yo creía. ¡Hay que ser imbécil para facilitar el camino al trono a otro cuando pudiste haberlo aprovechado para ti mismo!, y ¡hay que ser malvado para reducir toda la Media a esclavitud por causa de una mala cena! Si querías a toda costa cambiar de rey, ¿por qué no has elegido a un medo para sustituirme? ¡Ahora ya están los persas al frente de Media y los medos convertidos en sus esclavos para siempre!»

Así es como Astiages fue arrojado del trono, tras un reinado de treinta y cinco años, y los medos perdieron el dominio de Asia sobre la que habían reinado durante ciento veintiocho años, incluidos los veintiocho años de la ocupación escita. Evidentemente, les pesó lo que habían hecho y posteriormente se rebelaron contra Darío. Pero la rebelión fracasó y fueron para siempre súbditos de los persas. Y Asia definitivamente pasó a manos de estos últimos. En cuanto a Astiages, Ciro lo mantuvo cabe si, sin maltratarlo, hasta que murió. Tal fue la historia de Ciro; de su nacimiento, educación y del modo cómo tomó el poder. Luego —como ya vimos al principio— sometió al rey Creso y reinó desde entonces sobre el Asia entera.

La vida de Ciro —tal y como la narra Herodoto— encierra muchos elementos verosímiles y otros que lo son menos. Especialmente su infancia pertenece de lleno al campo de lo maravilloso: el sueño premonitorio, su abandono en la selva, nacimiento providencial de un niño de su misma edad, todo contribuye a convertirla en un cuento e incluso en un mito. En efecto, la infancia de Ciro reproduce la de los héroes míticos más famosos: Perseo, Edipo, Eneas, Rómulo y Remo, todos ellos salvados en la tierra o el mar por una intervención milagrosa de la divinidad. La aparición terrestre de tales héroes inaugura, en general, sobre la tierra, la aparición de un nuevo ciclo cósmico o histórico, en este caso, el advenimiento de los persas.

Luego, Jenofonte acentuará en su Ciropedia *o* Educación de Ciro *el aspecto moral de la leyenda. Hará de Ciro el modelo del príncipe justo y generoso. El mismo Platón, inspirándose en fuentes claramente diferentes de las de Herodoto, considerará igualmente al rey persa como un soberano ilustrado cuya clemencia y moderación alabará en sus* Leyes. *Así vemos cómo los escritores y filósofos griegos tenían de los persas una concepción muy diversa de la del hombre de la calle —mejor sería decir— del hombre del Ágora. «Es un hecho que los persas —escribe Platón— mantuvieron en el reinado de Ciro el justo medio entre la esclavitud y la libertad... Y si algún persa se mostraba inteligente y capaz de dar buenos consejos, el rey, libre de toda envidia, daba entera libertad de expresión y grandes distinciones honoríficas a cualquiera que le proporcionase consejos útiles y le facilitase los medios de sacar a luz sus capa-*

cidades intelectuales para el mayor bien de todos. De modo que en ese tiempo todo era progreso entre ellos, gracias a esta libertad, amistad y colaboración.»

La segunda parte del relato de Herodoto, consagrada a la victoria de Ciro sobre Astiages y el fin de la dominación meda sobre Persia, es históricamente la más cierta. La derrota y final de Astiages los confirma una crónica babilónica de la época, la cual indica «que Astiages reunió a su ejército y marchó contra Ciro, quien se dirigió al punto a Ecbatana (capital del reino meda) y se apoderó de los tesoros de la ciudad». A continuación, Ciro atacó Lidia y tomó la ciudad de Sardes con el rey Creso. Tras esto, se volvió contra Babilonia. Pero Herodoto se detiene por un momento sobre dichos persas, recién llegados al escenario de la historia, antes de seguir a Ciro a los desiertos de Mesopotamia. Y descubrirá en este pueblo, considerado aún —cuando lo visitó— enemigo bárbaro y hereditario de Grecia, raras cualidades morales y religiosas; un profundo amor a los ríos, y un odio igualmente profundo a las mentiras... y a las deudas, puesto que «el que está lleno de deudas termina fatalmente por mentir».

COSTUMBRES DE LOS PERSAS. CÓMO TRATAN LOS PERSAS SUS ASUNTOS. CÓMO EDUCAN A SUS HIJOS. ¿POR QUÉ UN PERSA NO MIENTE NUNCA?

Vengamos ahora a las costumbres de los persas, al menos a las que he podido observar. En Persia los dioses no tienen derecho a ninguna estatua ni templo ni altar; más todavía, los persas tratan de locos a los que los edifican. Sin duda, los dioses son a sus ojos de diferente naturaleza que la humana. Los persas ofrecen sacrificios a Júpiter en las cumbres de las montañas (para ellos Júpiter es el conjunto de la bóveda celeste), así como al Sol, la Luna, la Tierra, al Agua, Fuego y Vientos. El culto a esos dioses se pierde en la noche de los tiempos. Pero también sacrifican a Venus Celestial, desde que se lo vieron practicar a los asirios y árabes. A Venus la llaman *Mylitta* en asirio, *Alitta* en árabe y *Mithra* en persa.

El ritual de dichos sacrificios es de lo más sencillo: altar, fuego, libaciones, flautas, ínfulas, cebada sagrada, todo ello es desconocido en Persia; el que quiera sacrificar una víctima a un dios, lleva al animal a un lugar no mancillado; coloca una corona (de mirto, la mayoría de las veces) en su tiara e invoca al dios. A nadie se le ocurriría, en Persia, invocar a un dios por propia iniciativa. Cada sacrificador lo hace siempre en nombre de toda la comunidad y en nombre del rey. Después de lo cual, descuartiza la víctima, la cuece y dispone un lecho de hierba verde (trébol, generalmente) sobre el que coloca los trozos. Siempre hay un mago que preside esta especie de ceremonia. Dicho mago canta lo que llaman en Persia una «Theogonía» y el sacrificador, al cabo de un ratito, vuelve a su casa con las carnes.

El cumpleaños siempre se considera en Persia como un gran día. En tal ocasión se sirve una comida más abundante que de ordinario, la cual incluye, al menos entre los ricos, un buey, un camello y un caballo o un asno asados enteros en el horno. En cambio, los pobres asan un cordero o cabrito. Las comidas persas incluyen por lo general muy pocos platos fuertes, pero, en compensación, hay un verdadero montón de postres. Lo cual les hace decir que en Grecia, cuando uno se levanta de la mesa, no es porque ya no tenga hambre, sino simplemente porque ya no hay nada que comer. «Traed un postre —afirman al hablar de los griegos— y ¡veréis si lo comen!» Los persas son muy dado al vino. Está prohibido en Persia vomitar y orinar en presencia de alguien. Tales son, en conjunto, sus costumbres. Añadamos que es de tradición entre ellos tratar, mientras beben, los asuntos más serios. Cuando han tomado así una decisión, el anfitrión en cuya casa se ha celebrado la reunión, somete a votación la decisión al otro día, pasada la embriaguez. Si la aprueban, se atienen a ella, en caso contrario, la revocan. Y al revés, los negocios ventilados en ayunas, los someten a discusión de nuevo en medio de sus francachelas.

Cuando dos persas se encuentran en un camino, su comportamiento cambia según su rango: si son de la misma categoría, se besan en la boca; si uno de ellos es de categoría ligeramente inferior, se besan en las mejillas; por último, si uno es claramente inferior al otro, dobla una rodilla y se inclina. Los pueblos más estimados por ellos son los que viven más cerca de ellos (después de ellos mismos, ni que decir tiene), luego los más próximos vecinos de los primeros y así sucesivamente. Su estima disminuye a medida que aumentan las distancias. Inútil decir que los pueblos que habitan los últimos confines de la tierra tienen derecho a todo su desprecio. Como los persas se creen muy superiores a todos los demás pueblos, sólo aprecian a estos últimos en la medida en que tienen algún punto común con ellos y, por consiguiente, los más alejados les parecen los menos recomendables. En la época de la dominación meda, existía incluso una verdadera jerarquía de distancias: los medos mandaban a todos y, entre otros, a sus más próximos vecinos, los cuales a su vez mandaban a los pueblos limítrofes y así sucesivamente. Tales son las leyes de la estimación y autoridad en Persia. Cuanto más se aleja uno del centro, más decrecen la estima y autoridad.

Los persas, sin embargo, aceptan de muy buena gana las costumbres extranjeras. Así han adoptado el vestido medo, que consideraron más hermoso que el suyo, y para el combate las corazas egipcias. Todas las formas de placer, de las que pudieron oír hablar aquí y acullá, han sido bien recibidas entre ellos. De esta suerte imitaron la costumbre de los griegos de acostarse con efebos. Los persas poseen mujeres legítimas o concubinas.

Para un persa el mayor mérito de un hombre estriba —después de la bravura— en tener muchos hijos. Cada año, el rey ofrece recompensas a los que cuentan con más prole, pues para los persas el número hace la

fuerza. A los muchachos, desde los cinco a los veinte años, sólo se les enseña tres cosas: montar a caballo, tirar con el arco y decir la verdad. El padre no ve nunca a su hijo hasta la edad de cinco años. El niño se queda con las mujeres, para que, si muere en ese medio tiempo, su padre no sienta ninguna pesadumbre. Lo cual me parece muy acertado.

Asimismo, considero muy oportuno que en Persia nadie tenga derecho de ejecutar a alguien que haya cometido una falta. En vez de dejarse dominar por la cólera o por sus impulsos irreflexivos, se sopesan las fechorías y las buenas acciones del culpable y no es condenado, sino en el caso de que las primeras sobrepasen a las segundas. «Nadie, en Persia —me han contado— mató a su padre o madre. Si se estudiasen a fondo los pretendidos crímenes de esta índole, se darían cuenta de que se trata de niños supuestos o adulterinos, pues es contrario a las leyes de la naturaleza que un hijo mate a sus padres.»

Por lo demás, no sólo está prohibido matar, sino que incluso se prohíbe hablar de ello. El peor defecto para los persas es mentir. Luego viene el hecho de tener deudas por la sencilla razón —me dijeron— de que quien está lleno de deudas, termina fatalmente por mentir.

Si alguno coge la lepra o la enfermedad blanca o albarazos, se le relega fuera de las ciudades, lejos de todo contacto con los demás. «Si cogió la lepra —afirman— es que cometió una falta contra el Sol.» Todo extranjero atacado de lepra es igualmente repatriado a su país. Hasta las palomas blancas son arrojadas del país.

Los persas no orinan nunca en los ríos, tampoco escupen jamás en ellos, ni se lavan en ellos ni toleran que lo hagan otros por profesar a los ríos una exagerada veneración.

Hay algo que he observado en Persia y nadie aquí ha reparado en ello: los nombres de las personas que pertenecen a la alta sociedad o poseen tal o cual cualidad física, terminan siempre por la misma letra: el *san* de los dorios y el *sigma* de los jonios. Por mucho que indaguéis, no hallaréis ni una sola excepción a esta regla.

Todo cuanto acabo de decir sobre las costumbres persas es absolutamente cierto. De esto he tenido testimonios precisos. Pero, sobre los enterramientos nada cierto puedo afirmar, pues son secretos. Al parecer, en Persia no se sepulta nunca un cadáver antes de que un ave rapaz o un perro lo haya despedazado. En efecto, los magos (que lo hacen todo a la luz del día) entierran de esta forma a sus muertos. Lo único cierto es que los persas nunca sepultan un difunto sin haberlo antes embadurnado de cera.

Los magos son verdaderamente gente aparte. Son muy diferentes, especialmente, de los sacerdotes egipcios quienes nunca matan seres vivos a no ser en sus sacrificios. Los magos, por el contrario, no tienen empacho en matar todo cuanto vive, a excepción de los perros y hombres. Se diría incluso que tienen regusto en ello y matan indistintamente hormigas, serpientes y todos los animales terrestres y volátiles. Pero dejemos todos esos

usos, sea cual fuere su origen, y tomemos de nuevo el hilo de nuestra historia.

Estas páginas de Herodoto sobre Persia son muy breves, pero de gran interés. Bien que contengan muchos errores y lagunas (especialmente sobre las prácticas religiosas), el relato está bien documentado y sobre todo es de una imparcialidad notable. ¿Será necesario precisar que, tras las guerras médicas, los persas eran poco estimados de los griegos y circularon por Grecia las fábulas más extravagantes sobre sus costumbres y barbarie? Herodoto hace justicia a todas esas leyendas y presenta a los persas como un pueblo eminentemente civilizado, dotado de costumbres y provisto de principios con frecuencia mejores que los de los griegos (especialmente en materia de educación), hasta el punto de que escritores y filósofos, como Jenofonte y Platón, los citarán continuamente como ejemplo.

Está fuera de lugar que sigamos en detalle el texto de Herodoto. Ciertos aspectos de la vida persa —mal entendidos o descritos— merecen, con todo, precisarse. Es falso decir, por ejemplo, que los dioses persas no tenían estatuas o simulacros. El dios supremo del Panteón iraniano Ahumarazda u Ormazd —a quien Herodoto llama Júpiter—, figuraba en numerosos bajorrelieves, y se cernía en el cielo con las alas desplegadas. Podemos verlo en Persépolis, en las ruinas de la sala de las cien columnas, por encima del rey Artajerjes I y también en el bajorrelieve rupestre de Bisutun, por encima de Darío. Esta representación de Ahumarazda, tomada de los asirios, era frecuente en Persia y es extraño que Herodoto no la haya descubierto nunca. Asimismo comete un error al mencionar a Mitra como diosa cuando se trata de un dios masculino, de naturaleza solar. La Venus persa no se llamaba Mithra sino Anahita. Ello no quiere decir que la confusión de Herodoto sea tan grave como parece. En un libro intitulado La Gran Diosa. *Juan Przyluski ha demostrado que los persas hubieron de asociar, en la época arcaica y hasta los tiempos de Herodoto, la diosa uraniana Anahita con el dios solar Mitra (o Mithra) en forma de divinidad andrógina. Por eso, no se trata de un error, hablando con propiedad, por parte de Herodoto sino de una indicación interesante sobre un aspecto de la religión persa ya desaparecido en la época clásica. «Criticamos siempre a Herodoto partiendo de lo poco que sabemos —escribe Przyluski— y olvidamos que sin él no conoceríamos casi nada.»*

Igualmente interesantes son sus observaciones sobre los ritos funerarios de los persas y las costumbres de los magos. «No vemos obstáculo alguno en admitir —escribe E. Benveniste en su ensayo Los Magos en el antiguo Irán— *que dichos magos eran —como asevera Herodoto— una tribu meda, un grupo de familias a las que se les habían otorgado ciertos privilegios hereditarios de orden político y religioso.» Numerosas religiones coexistían en Persia, pues el poder real se había mostrado siempre muy tolerante en este terreno. La religión tradicional —basada en el* Avesta,

libro sagrado de los antiguos iranianos— era propio de los persas. Esta religión se traducía, entre otros, por esos ritos de inhumación y embalsamamiento rudimentario (el cadáver era untado con cera). La costumbre de abandonar los muertos a las aves de rapiña, en esos dakhmas *o «torres de silencio», que intrigaron durante tanto tiempo a los viajeros, era propio también de los pueblos septentrionales, especialmente de los medos. Por eso lo practicaban los magos y siguieron practicándolo hasta la época sasánida. Este extraño rito funerario prosiguió, además, fuera del Irán, tras la invasión árabe, entre los parsis de la India, secta zoroástrica refugiada en Bombay.*

A pesar de estos testimonios e informes de primera mano, el interés del relato de Herodoto, a mi juicio, estriba sobre todo en la imparcialidad que demuestra ante los persas. Casi no los conoció durante mucho tiempo si no es por los historiadores griegos, todos los cuales no tuvieron la amplitud de miras de un Platón o de un Jenofonte. Sus narraciones —influidas por el recuerdo trágico de las guerras médicas— los describían como un pueblo bárbaro y ávido de conquistas. Aún hoy la enseñanza oficial de la Universidad presenta con demasiada frecuencia las guerras médicas como la victoria de la civilización contra la barbarie. Pero la verdad, al parecer, es mucho más matizada. Los hallazgos arqueológicos de los últimos cincuenta años y el desciframiento de los textos e inscripciones aqueménidas han revelado la existencia de una civilización refinada, impregnada de liberalismo, abierta sin restricción alguna a las influencias extranjeras consideradas beneficiosas. Numerosos sabios, artistas, artesanos y escritores helenos residieron en la corte de Persia, en la que fueron tratados con toda clase de consideraciones. Es obligado citar, en este orden, extractos de un libro muy interesante, escrito por un autor iraní contemporáneo e intitulado Griegos y Bárbaros. *El escritor, Amir Mehdi Badi, menciona, entre otras, la lista de los griegos ilustres que buscaron refugio en Persia en diversas épocas, en la corte del Gran Rey. En dicha obra descubrimos no sin asombro a Milciades, vencedor del Maratón; a Temístocles, vencedor de Salamina; a Pausanias, vencedor de Platea; a Ctesias de Cnido, que pasó casi toda su vida al servicio del rey Artajerjes Memnón; a Alcibiades,* el niño terrible *de la democracia ateniense y protegido de Sócrates; al lacedemonio Lisandro, y a Jenofonte, autor de la* Anábasis, *del que se sabe que sirvió en el ejército de Ciro el joven. Y ésta no es más que una lista muy reducida. Todos estos hechos dan que pensar, evidentemente: ser acogido, mimado y protegido por un país al que la mayoría de ellos había combatido ferozmente, demuestra una actitud que nada tiene de bárbaro. Se diría —para hablar con franqueza— que el imperio persa no cesó de subyugar por su poder, irradiación y autoridad personal de sus reyes a todos los espíritus inteligentes e ilustrados que conoció Grecia. Esta atracción indiscutible sentida hacia la civilización aqueménida por hombres tan diferentes como Temístocles, Alcibiades, Platón y Pausanias sólo puede explicarse —afirma Amir Mehdi Badi— «por la extraordinaria*

vitalidad y la constante irradiación de una civilización que desde hace veinticinco siglos supo subrayar por sus virtudes, su modo de vivir y sus costumbres a todos aquellos —amigos o enemigos— que aprendieron a conocerla».

Así, pues, si los testimonios de los historiadores griegos son tan contradictorios, creo que la razón de su desprecio es sencilla: cada vez que tuvieron que habérselas con los persas fue en un campo de batalla. Es fácil adivinar que no es éste el mejor terreno de entendimiento para dos pueblos. Asimismo se puede adivinar que Herodoto, al visitar Persia y al rozarse con su gente y al tomar parte en su existencia cotidiana y pacífica, no haría más que facilitar una visión diferente y más exacta. Ésta es a todas luces la única manera de juzgar a un pueblo y su nivel cultural. La línea divisoria entre la barbarie y la civilización nunca es una frontera geográfica que atraviese dos pueblos, sino una frontera moral dentro de cada pueblo, más aún, de cada hombre. Ni los atenienses ni los espartanos tuvieron nada que envidiar a los persas en cuestión de atrocidades, matanzas y deportaciones en cuanto se encontraron en un campo de batalla. Mas estas verdades elementales, al parecer, apenas si las admiten ciertos historiadores, puesto que muchos de ellos continúan, aún hoy, describiendo la antigua Persia con las inexactitudes y parcialidades de los testimonios aducidos hace más de dos mil años y nunca revisados desde entonces. Herodoto fue el primero —también en este aspecto— en levantar el velo del misterio y destruir muchos prejuicios... Pero volvamos ya a Ciro, a quien vamos a encontrar en «algún lugar de Asia», como habrían expresado los comunicados militares de la época.

HARPAGO CONQUISTA EL ASIA MENOR. ANDANZAS DE LOS FOCENSES. LOS CAUNIOS. CÓMO EXPULSAN A LOS DIOSES EXTRANJEROS. LOS PEDASIANOS Y SU ESTATUA PROFÉTICA

Harpago, el medo a quien Astiages ofreció tan truculento banquete y que se vengó ayudando a Ciro a subir al trono, fue nombrado general por este último y encargado de la misión de apoderarse de las ciudades de Jonia. Su técnica de asedio consistía en levantar enormes terraplenes hasta la altura de las murallas, desde los cuales era fácil atacar a los sitiados.

La primera ciudad que atacó fue Focea *. Los focenses son tenidos por los primeros navegantes helenos. Otrora emprendieron en naves de cincuenta remos o *penteconteros* (y no navíos redondos), lejanas singladuras y descubrieron en particular el golfo Adriático, Tirrenia, Iberia * y Tartesos *. En Tartesos se hicieron muy amigos del rey Arganthonio *, que reinó ochenta años sobre los tartesios y murió a los ciento veinte años. Este último los conjuró para que incluso abandonasen Jonia y viniesen a establecerse definitivamente en su país. Al ver que los focenses

no se decidían y los medos se acercaban a su ciudad, les envió dinero para que construyeran baluartes. Tuvo que enviar mucho, pues las murallas son inmensas y construidas de un extremo a otro por enormes piedras bien dispuestas. Así que, Harpago se acercó con su ejército, puso sitio frente a Focea y gritó a los sitiados: «¡Basta con que derribéis un solo baluarte y consagréis al Gran Rey una sola casa para darnos satisfacción!» «Dadnos un día para reflexionar —respondieron los focenses, que no tenían ninguna gana de terminar como esclavos— y os daremos la respuesta. Mientras tanto, retirad vuestras tropas.» «¡De acuerdo! —contestó Harpago—. ¡Pero sabed que conozco perfectamente adónde pretendéis llegar!» En tanto, Harpago alejaba su ejército, los focenses botaron al agua todos sus navios y en ellos embarcaron a sus mujeres, niños, mobiliario, simulacros de sus dioses y las ofrendas que retiraron de los templos (exceptuados las inscripciones, pinturas y objetos de bronce y mármol) y se hicieron a la vela rumbo a la isla de Quío, dejando a los persas una ciudad completamente desierta.

Los focenses negociaron con la gente de Quío la compra de las islas Enusas, mas los otros acabaron por negarse por temor a que dichas islas se convirtieran en un centro comercial importante que eclipsase su propio comercio. Entonces pusieron rumbo a Cirno *, donde veinte años antes, por consejo de un oráculo, habían fundado la ciudad de Alalia (ya había muerto el rey Arganthonio por este tiempo). Pero antes de zarpar hacia Cirno, desembarcaron de nuevo en Focea justamente a tiempo de pasar a cuchillo a la guarnición dejada por Harpago. Hecho esto, prestaron juramento amenazando con las peores maldiciones al que abandonase la expedición. Para dar más fuerza a su juramento, arrojaron al mar un pedazo de hierro calentado al rojo vivo: «¡Mientras este pedazo de hierro permanezca en el fondo del agua, nunca pondremos los pies de nuevo en Focea!» Dicho esto, se dispusieron a partir, mas, en el momento de levar el ancla, bastante más de la mitad de los focenses, ante la idea de abandonar para siempre la ciudad y el país donde habían pasado tantos años felices, prefirieron el perjurio y decidieron quedarse. Los demás partieron sin ellos y pusieron proa mar adentro.

En Cirno, hallaron a sus compatriotas que habían llegado veinte años antes, se quedaron con ellos durante cinco años y fundaron santuarios. Empero, ante las razzias y piraterías que cometían aquí y allá, tirrenios y cartagineses coincidieron en armar sesenta naves y dar una buena lección a esos focenses. Estos últimos, que también disponían de sesenta navios, se encontraron con la flota enemiga en el mar llamado Sardónico. Se entabló el combate y los focenses resultaron victoriosos, pero ¡a costa de qué precio o victoria *cadmea!* (1). De sus sesenta bajeles, fueron hundidos cuarenta; los otros veinte, con sus espolones retorcidos, quedaron

(1) Frase proverbial para significar que es peor el remedio que la enfermedad, o sea los vencidos mejor que los vencedores. *(N. del T.)*

casi inservibles. Volvieron a Alalia a todo remo, embarcaron a sus mujeres e hijos y cuanto pudieron llevarse y fueron a establecerse en Regio.

Las tripulaciones focenses de los barcos echados a pique fueron recogidas y hechas prisioneras por los cartagineses y tirrenios que se las distribuyeron. Los habitantes de la ciudad tirrena de Agilia recibieron la mayor parte. Los condujeron a su territorio y los lapidaron tan pronto como llegaron. Parece ser que, desde entonces, toda criatura viva —hombre o animal— que pasa por la región de Agilia, cerca del lugar donde fueron lapidados y enterrados esos focenses, se vuelve jorobada, inválida o enfermiza. «¿Qué hacer para expiar este crimen?», preguntaron los agilienses a la Pitia de Delfos. «Ofreced grandes sacrificios a esos focenses —respondió— e instituid en su honor juegos gimnásticos.» Éste sería, pues, el origen de los juegos que, de hecho, se siguen celebrando en nuestros días en Agilia. Los focenses que habían emigrado a Regio, salieron de aquí de nuevo para fundar más tarde, en Cnotria, la ciudad que se llama hoy Hiela *.

Los habitantes de la ciudad de Teos * actuaron poco más o menos como los focenses. Cuando Harpago se apoderó de sus murallas (merced a esos dichosos terraplenes), se embarcaron en sus naves y navegaron rumbo a Tracia *, donde fundaron la ciudad de Abdera.

Focenses y teianos fueron los únicos jonios que prefirieron el destierro a la esclavitud. Todos los otros (excepto los milesios que prefirieron entenderse directamente con Ciro para conservar su tranquilidad) optaron por luchar contra Harpago. Hicieron lo que pudieron, pero desgraciadamente todos fueron vencidos y tuvieron que soportar la dominación de los vencedores. Así, toda Jonia cayó en manos de los persas. Cuando Harpago hubo conquistado todo el litoral, los jonios de las islas no las tenían todas consigo y se rindieron espontáneamente a Ciro. Y la Jonia entera sólo fue una provincia persa.

Entonces, Harpago alistó acto seguido a eolios y jonios y atacó a los carianos, caunios * y licios.

Los primeros de estos tres —los carianos— fueron otrora insulares, súbditos del rey Minos. No le pagaban nunca impuestos y se contentaban con facilitarle navíos y tripulaciones cada vez que los necesitaba. Por ende, participaron en sus éxitos y conquistas y fueron un pueblo importante y respetado. Los carianos inventaron tres cosas (las cuales copiaron los griegos): las crestas o penachos que ponen en lo alto de sus morriones, los emblemas o armas que graban en sus escudos y esas asas o correas para agarrarlos. Anteriormente, el soldado llevaba el escudo colgado de un talabarte de cuero pendiente del cuello y del hombro izquierdo. Luego, los carianos echados de sus islas por los jonios y dorios fueron a establecerse en el continente; al menos según la versión cretense, ya que los carianos, por el contrario, afirman que han vivido siempre en el continente y llevado su nombre actual. «Prueba de ello —afirman— es que existe en Milasa un templo muy viejo consagrado a Júpiter cario al que son

admitidos misios y lidios en calidad de pueblos hermanos (Lido y Miso son los hermanos de Cario). Ambos pueblos son los únicos admitidos. Todos los demás, aun cuando hablen el cario, tienen prohibida la entrada.»

Los caunios, en compensación, son, al parecer, autóctonos, bien que se digan precisamente oriundos de Creta. Hablan el cario (a menos que los carianos no hablen el caunio, cuestión que rebasa mi capacidad). En todo caso, por lo que atañe a las costumbres, es un pueblo verdaderamente aparte. Está muy bien visto entre ellos reunirse para beber todos juntos —hombres, mujeres y niños— entre amigos o gente de la misma edad. Al principio, construyeron templos para los dioses extranjeros, luego cambiaron por completo de idea y decidieron adorar solamente a los dioses ancestrales. Entonces todos los caunios empuñaron las armas y golpearon el aire a lanzazos para «volver a llevar» a los mencionados dioses hasta las fronteras de Calindia. Así es como en Calindia se expulsa a los dioses extraños.

Por lo que toca a los lidios, son originarios de Creta. Antiguamente, los dos hijos de Europa: Minos y Sarpedón, se disputaron el poder. Minos terminó por triunfar, y Sarpedón, arrojado de Creta, tuvo que exiliarse a Asia, a la región de Miliada, en el territorio que ocupan actualmente los licios. La Licia * se llamaba otrora Miliada, y los miliadanos, solimos. Desde el reinado de Sarpedón fue cuando se los llamó termilas. Pero desde el día en que, arrojado de Atenas por su hermano, el mencionado Líco llegó al país de los termilas, se los llamó finalmente licios. Sus costumbres, por lo demás, son medio cretenses, medio carias; salvo una, muy particular, que consiste en llamarse siempre por el nombre de la madre y no por el del padre. Si preguntáis a un licio quiénes son sus antepasados, os explicará su genealogía por la rama materna. Si una ciudadana cohabita con un esclavo, sus hijos serán ciudadanos. Pero si un licio (incluso de la alta sociedad) se desposa con una extranjera, sus hijos son despojados de sus derechos cívicos.

Los carios fueron derrotados por Harpago sin haberse distinguido notablemente en la lucha. Por lo demás, ningún pueblo heleno de esta región se lució mucho que digamos en el campo de batalla. Entre esos pueblos, debemos citar a unos colonos de Lacedemonia, los cnidios *, los cuales se establecieron en las márgenes de la península de Triopio, prolongación de la del Quersoneso de Bibasia. Este territorio de los cnidios es un país pequeño, rodeado de agua por todas partes (está el golfo Cerámico al norte y el mar de Rodas al sur) y sólo se une al continente por una estrecha lengua de tierra. Los cnidios habían iniciado los trabajos de perforación precisamente en el momento en que Harpago invadió Jonia. Todos los cnidios rivalizaron en ardor, pero hubo tantos lastimados en el curso de las obras (especialmente en los ojos) que vislumbraron cierta intervención divina. Unos enviados fueron a interrogar al oráculo de Delfos y la Pitia les respondió lo siguiente (en trímetros):

¡Dejad de excavar
y de fortificar el istmo!
¡Si debiera ser isla,
Zeus lo habría hecho!

En consecuencia, los cnidios suspendieron las obras y al llegar Harpago, se rindieron a él sin combatir.

En el interior de las tierras, por encima de Halicarnaso, habitan los pedaseos *: Cada vez que les amenaza alguna desgracia o a sus vecinos, a la estatua de la diosa Minerva le empieza a crecer la barba. Esto ha ocurrido ya tres veces. Los pedaseos fueron el único pueblo que intentó resistir a Harpago y éste terminó por vencerlos no sin dificultades.

Los licios, por su parte, combatieron a las tropas de Harpago en proporción de uno contra diez, tan pronto como aquéllas penetraron en la llanura de Xanto y se batieron admirablemente. Pero, rechazados y derrotados, fueron a encerrarse en la ciudad de Xanto * con sus mujeres, hijos, esclavos y bienes y la prendieron fuego a toda ella.

Hecho lo cual, se comprometieron hasta la muerte con tremendos juramentos e intentaron una escapada, durante la cual fueron exterminados todos ellos. Por eso es por lo que hoy todos los habitantes de Xanto, que se dicen licios, no son más que impostores, salvo ochenta familias, ausentes en el momento de la matanza, y que sobrevivieron por esta sola razón. Esto por lo que toca a la ciudad de Xanto. Harpago tomó la ciudad de Cauno en las mismas circunstancias, pues los caunios siguieron hasta la muerte el glorioso ejemplo de los licios.

Todos los pueblos del Asia Menor, mencionados en este pasaje, forman parte de esos pequeños reinos olvidados (o poco menos) por la historia y de los que sabríamos poco si Herodoto no hubiera tenido la curiosidad de visitarlos y describirlos. Algunos de ellos, con todo, tuvieron su hora de riquezas y gloria, tales como la ciudad de Xanto cuyas excavaciones recientes dirigidas por los arqueólogos franceses, han revelado su importancia, o como esos focenses que fueron a establecerse en Cirnos (Córcega), en Regio (Calabria) y más tarde en Focea, la futura Marsella. Una indicación de Herodoto nos deja perplejos: los focenses se contaban entre los más antiguos navegantes griegos. Recorrieron (tras los fenicios, precisemos) todo el Mediterráneo occidental y se aventuraron incluso allende las Columnas de Hércules (estrecho de Gibraltar), puesto que fundaron Tartesos (cerca del actual Cádiz, en la costa occidental de España). Los navíos de cincuenta remos de que habla Herodoto, se llamaban en términos más técnicos penteconteros. *Eran naves de un puente, largo y estrecho, pero muy rápidas. Se los utilizaba como navíos de guerra y en viajes de exploración (que, por otra parte, eran casi siempre viajes de conquista). Comprendían cincuenta remos (veinticinco por cada bordo) y poseían una verga con una vela cuadrada muy poco manejable que apenas si permitía navegar a no ser por el viento de popa o largo (a la cuadra). En los otros*

casos con viento de proa, todo a ceñir o a todos los vientos se cargaba la vela y navegaban con remos. Con viento favorable de popa y ayudándose con los remos estos barcos conseguían una media diaria de 90 a 100 kilómetros. Herodoto viajó en buques mercantes, a los cuales denomina navios redondos: Se trataba de barcos pesados y ventrudos cuya navegación resultaba muy lenta.

Muy valiosas son asimismo las indicaciones sobre el matriarcado de los licios, único pueblo en practicar este régimen en semejante época. Todos los demás pueblos griegos habían adoptado, desde tiempos muy remotos, el régimen del patriarcado. Un solo hecho mantiene su misterio ante nuestras miradas: la barba que creció en tres ocasiones en el mentón de la diosa Atenea, entre los pelaseos. Si diría que Herodoto no se asombra y con razón: sabe —como Sófocles— que los designios de los dioses son insondables...

CIRO CONQUISTA ASIRIA. DESCRIPCIÓN DE BABILONIA Y DE SUS MURALLAS. LA TORRE DE BABEL. CÓMO LA REINA NITOCRIS DESVIÓ EL CURSO DEL ÉUFRATES

Mientras que Harpago se ocupaba de Asia Menor, Ciro decidió ocuparse de la Alta Asia, cuyos pueblos sometió todos, uno tras otro. La mayoría no vale la pena describirlos. Por eso, sólo hablaré de los más interesantes, de los que opusieron a Ciro la más feroz resistencia.

Cuando hubo terminado con la totalidad del Continente, Ciro atacó a los asirios. De todas las grandes ciudades de Asia, la más importante y más célebre es Babilonia, en la que los reyes se establecieron tras la destrucción de Nínive.

La ciudad de Babilonia, edificada en una inmensa llanura, forma un cuadrilátero de ciento veinticinco estadios de lado y por ende de cuatrocientos ochenta estadios de circunferencia. Esto en cuanto a sus dimensiones. Ante todo, está toda ella rodeada de un enorme foso, muy profundo, lleno de agua; después, de una muralla de cincuenta codos reales de anchura y de doscientos de altura (el codo real comprende tres dedos más que el ordinario).

Creo que merece de verdad la pena explicar cómo fue construida dicha muralla y cómo se recuperó la tierra del desmonte. Con la tierra que se sacó según se iban efectuando las excavaciones, los babilonios fabricaron ladrillos, luego cocidos en el horno. Dichos ladrillos se unieron con ayuda de asfalto caliente y sirvieron para construir las paredes del foso y seguidamente la misma muralla, intercalando en ella, en cada trigésima capa, otra de cañas entrelazadas. En lo alto de las murallas, sobre los rebordes exteriores, se levantaron torres de una sola planta, una frente a otra, separadas entre sí por un espacio bastante ancho para permitir el paso de un carro de cuatro caballos. Este recinto amurallado posee cien porto-

nes, todos de bronce, incluidos sus dinteles y umbrales. El betún fue extraído de un río, el Is, que desemboca en el Éufrates y pasa por la ciudad de Is, a ocho días de marcha de Babilonia.

La ciudad de Babilonia está dividida en dos por el Éufrates. Éste es un gran río, profundo y rápido, que nace en Armenia y muere en el mar Eritreo. El perímetro de Babilonia llega hasta las orillas del río y forma un recodo que sigue la costa. El Éufrates se desliza, pues, entre dos murallas de ladrillo. La misma ciudad está hecha de casas de tres y cuatro pisos, con calles rectas, especialmente las que conducen al río y desembocan en él por una poterna abierta en la muralla.

Este cerco amurallado rodea la ciudad como una verdadera coraza. Existe otro en el interior, tan sólido pero menos ancho que el primero. Cada mitad de la ciudad, de uno y otro lado del río, posee una especie de plaza central fortificada. En la primera, esta plaza la ocupa el Palacio Real; en la segunda, el templo de Júpiter-Baal, gran cuadrilátero de dos estadios de lado, que todavía existe. En medio del templo se ha construido una torre maciza, de un estadio de larga y otro de ancha, coronada por otra torre, después por una segunda y así sucesivamente hasta ocho. Una rampa exterior, en espiral, facilita la subida a lo alto. A mitad de camino del ascenso, hay una especie de descansillo con sitiales para poder descansar. En la cima de la última torre se levanta un gran templo, en cuyo interior puede verse un lecho provisto de magníficos cobertores y una mesa de oro. No hay ninguna estatua. Nadie tiene derecho a pasar la noche en tal lecho, a no ser la mujer del país, designada cada vez por el dios, en opinión de los sacerdotes caldeos, ministros del dios. Esos mismos caldeos afirman (y difícilmente puedo creerlo) que el dios en persona baja a ese templo y se echa sobre el lecho. Lo mismo ocurriría en Tebas y Egipto, según las creencias de los sacerdotes egipcios. En ambos casos, esas mujeres, esposas del dios, no pueden tener ningún comercio carnal con hombres; práctica que también se halla en Patara de Licia, donde Apolo se dirige en ciertas épocas al interior de su templo y pasa las noches en compañía de la gran sacerdotisa.

Al pie de esta torre, se encuentra otro templo con una enorme estatua de Júpiter en oro. Al dios se le representa sentado, teniendo junto a sí una mesa, un trono y un pedestal de oro (el conjunto tendría un peso equivalente a ochocientos talentos, en opinión de los caldeos). Fuera se halla igualmente un altar de oro. Algo más lejos, otro, muy grande, sirve para los sacrificios de animales adultos; pues los no adultos se reservan para el altar pequeño de oro. Cada año, en este altar, los caldeos queman mil talentos de incienso en la fiesta del dios. En tiempos de Ciro, había también en el templo que nos ocupa, una estatua en oro macizo, de doce codos de alta (al menos según los caldeos, pues, personalmente no la he visto). Darío habría deseado poseer esta estatua, pero no se atrevió a tocarla. Jerjes, su hijo, tuvo menos escrúpulos: asesinó pura y simplemente al sacerdote que la custodiaba y se la llevó. Tales son las mara-

villas de este templo, sin contar los millares de ofrendas depositadas por los particulares.

Babilonia ha tenido numerosos reyes de los que hablaré más extensamente en mis «Relatos asirios» y que embellecieron sus murallas y sus templos. Entre los personajes reales se cuentan dos mujeres. La primera, Semíramis *, reinó cinco generaciones antes de la segunda. Fue ella la que acabó con las crecidas del río, mandando construir en la llanura de Babilonia notables diques.

La segunda se llamaba Nitocris *. Ésta se mostró más cauta que Semíramis y dejó en recuerdo los monumentos que voy a describir: Cuando vio que los medos tomaban tanta importancia y se iban haciendo molestos (sobre todo tras la toma de Nínive), tomó contra ellos todas las precauciones posibles. Comenzó por cambiar el curso del Éufrates que hasta entonces corría derecho entre las dos ciudades. Lo desvió excavando canales, río arriba de la ciudad, e hizo que pasara tres veces por tres inmensos meandros, a través de una aldea de Asiria, por nombre Arderica *, hasta el extremo de que hoy cuando se desea ir a Babilonia bajando el Éufrates, hay que pasar tres veces por Arderica, ¡tres días seguidos! Terminado este trabajo, ella mandó construir en cada orilla un dique verdaderamente asombroso por su altura y espesor. Luego, bien allende Babilonia, mandó excavar una especie de lago artificial en el que se vertía el sobrante del río. La profundidad de dicho lago llega hasta el nivel de la tabla de agua natural. Su superficie es de cuatrocientos veinte estadios. La tierra del desmonte sirvió para construir una calzada a lo largo del río y las piedras se utilizaron para la construcción de un muelle alrededor del lago. Ambos trabajos (la desviación del curso del río y la creación de un lago artificial) tenían un doble objetivo: frenar la corriente tan rápida del Éufrates para hacerle más navegable y obligar a todos los que se dirigían a Babilonia por esta vía a seguir todos los meandros del río y desembocar en el lago artificial. Los trabajos se ejecutaron en la región que constituye la única vía de acceso natural cuando se viene de Media; lo cual impidió a los medos que intervinieran a cada paso en los asuntos de Nitocris.

Además de su interés defensivo, estos trabajos tuvieron otra ventaja: Al estar la ciudad —como dije más arriba— dividida en dos por el Éufrates, se necesitaba un barco para ir de una a otra orilla, lo cual resultaba fastidioso. Gracias a este lago artificial, Nitocris mató dos pájaros de un tiro. Terminado el pantano, desvió hacia él al río, cuyo lecho fue desecado durante mucho tiempo para consolidar sus márgenes con ladrillos en su recorrido urbano y las vías de acceso de las poternas y para construir un puente con gruesas piedras unidas por una estructura metálica de hierro y plomo. Durante el día se colocaban sobre él tablas por las que la gente podía pasar y se retiraban al anochecer para impedir que los mutuos ladrones atravesasen de una orilla a otra para

robar. Una vez lleno por completo el lago artificial y acabado el puente, el Éufrates volvió a su antiguo cauce.

Nitocris excogitó también el siguiente ardid: mandó edificar en lo alto de la puerta más frecuentada de la ciudad una tumba con la siguiente inscripción: «Si a alguno de los reyes que me sucedan en el trono de Babilonia le falta dinero, abra esta tumba y coja lo que quiera. Pero que no se divierta en abrirlo sin motivo porque ¡se arrepentirá!» Nadie se atrevió a tocar esta tumba hasta el día en que Darío tomó el poder. Le parecía deplorable que esta puerta fuera siempre inservible (pues habría tenido que pasar bajo el cadáver de Nitocris) y absolutamente ridículo dejar perderse riquezas en ese sepulcro, ¡sobre todo cuando una inscripción invitaba a la gente a tomarlas! Así que, mandó abrir la tumba, pero, en lo tocante a tesoros, dio con la inscripción siguiente: «¡Si no fueses tan avaro y no pensases sin cesar en el dinero, no te hubieras visto obligado a abrir los sepulcros de los muertos!» ¡La tal Nitocris era de ese tipo de mujeres!

Ciro castiga al río Gindes y se apodera de Babilonia. Riquezas de Asiria. Monstruosos cereales. Extraños barcos en el Éufrates

Fue precisamente contra el hijo de esta Nitocris, el rey Labineto *, contra el cual Ciro salió a combatir. Salir a combatir cuando uno es persa y se llama Ciro significa literalmente llevar consigo todo el país: víveres, rebaños e incluso el agua del río. Efectivamente, el Gran Rey sólo bebe el agua del río Choaspes, que corre cerca de Susa *. Así pues, se transporta en vasijas de plata, en innumerables carros tirados por mulos, el agua hervida del Choaspes. Esta agua acompaña al rey doquiera que vaya.

Ciro marchó, pues, sobre Babilonia y alcanzó el río Gindes *, cuyo nacimiento se halla cerca de las montañas de los matienos, corre por el país darneo y muere en el Tigris (el cual a su vez desemboca en el mar Eritreo). En el momento en que Ciro se disponía a atravesar en él en barca (no se puede atravesar de otro modo), uno de los caballos blancos del tronco sagrado se desbocó, cayó al río y desapareció arrastrado por la corriente. Ciro empezó a echar pestes contra el río: «¡Río insolente —le gritó— voy a aniquilarte, a reducirte a riachuelos que incluso las mujeres podrán vadear!» Renunció en el acto a marchar sobre Babilonia y dividió su ejército en dos cuerpos, uno en cada orilla; mandó trazar por cada lado ciento ochenta canales orientados en todas direcciones y mandó que los excavasen. Todo el ejército por más que puso manos a la obra, ¡tuvo que esperar la llegada del verano para terminarla!

Se excavaron los trescientos sesenta canales y el Gindes fue castigado. Pero ya se acercaba la primavera y Ciro emprendió de nuevo su marcha hacia Babilonia. Los babilonios salieron de la ciudad, marcharon contra

él en cuanto lo divisaron, pero fueron derrotados y rechazados hacia el interior. Por suerte, conocían a Ciro desde hacía mucho tiempo; sabían que era insaciable y atacaba indistintamente a todos los pueblos. Así pues, como medida de precaución, habían hecho provisión de víveres para resistir años y años. Estar sitiados no les preocupaba excesivamente. Mas, Ciro por causa del bloqueo que se eternizaba, acabó afrontando las peores dificultades. Así que, se resolvió a disponer (no sé si fue a Ciro a quien se le ocurrió la idea o algún otro se la sugirió) una parte de su ejército por encima de la ciudad (cerca del sitio por donde penetraba el río) y la otra, aguas abajo (en el lugar por donde salía) con órdenes de penetrar en Babilonia tan pronto como el río fuese vadeable. Hecho esto, con todos los soldados todavía disponibles, se encaminó al lago excavado por Nitocris y repitió exactamente lo que había hecho la reina: desvió el río hacia el lago (el cual a la sazón sólo era un pantano) para reducir su nivel y hacerle vadeable. Los persas, apostados a las puertas de la ciudad, pudieron penetrar entonces en el Éufrates (cuya agua sólo les llegaba a *media pierna*) introducirse en la ciudad. Si los babilonios hubiesen sospechado por un instante siquiera los proyectos de los persas, sólo hubieran tenido que dejarlos entrar tranquilamente hasta el centro de Babilonia, cerrar todas las poternas que daban al Éufrates, apostarse en las murallas que bordean el río y aniquilar hasta el último, como en una verdadera ratonera. Pero los persas llegaron sin decir ni pío, más aún, se apoderaron de los barrios de la periferia sin que los habitantes del centro se diesen cuenta ¡tan inmensa es Babilonia! Y lo que es más, se celebraba una fiesta ese día y todos estaban cantando y bailando cuando circuló la noticia. Así fue como por primera vez en su historia fue tomada Babilonia.

Toda Asiria es extraordinariamente rica. He aquí un ejemplo entre mil: El Gran Rey dividió todo su imperio en diferentes provincias (se las llama satrapías) que constituían la fuente de sus impuestos, su abastecimiento personal y el de su ejército. Pues bien, en los doce meses del año, Asiría por sí sola lo mantiene durante cuatro meses y los ocho restantes todo el resto de Asia. En suma, Asiría retiene por sí sola un tercio de la riqueza de Asia. Por ello, dicha región —o más bien dicha satrapía— es con mucho la más interesante. Reportaba a Tritanchmas (hijo de Artabaso), que gobernaba esta provincia, una artaba llena de plata por día (la artaba es una medida persa algo mayor que el medimno antiguo griego). La cuadra de Tritanchmas comprendía (sin contar los caballos de guerra) ochocientos sementales y dieciséis mil yeguas (ya que cada semental podía cubrir a veinte de ellas). Poseía, asimismo, una jauría de perros de la India, tan enorme que cuatro grandes pueblos de la llanura tenían la misión especial de proveer a su mantenimiento.

Llueve escasamente en Asiria, lo preciso para que crezca el trigo. Pero, merced al agua del río, puede crecer y producir cosechas. Aquí no ocurre como en Egipto, donde el Nilo riega los campos. En Asiria, en cambio, todo lo hace la mano del hombre o con bombas y toda Babi-

lonia está surcada de canales como Egipto. El más importante de esos canales es navegable, incluso para los mayores barcos; une hacia la Salida del Sol de invierno al Éufrates con el Tigris, a cuyas orillas se levantaba Nínive. Este país es uno de los más fértiles que conozco respecto a cereales, pero muy refractario para los frutales, el viñedo y el olivo... Los cultivos aquí ordinariamente están en una proporción de doscientos por ciento y a veces trescientos. Las hojas de cebada y trigo candeal alcanzan fácilmente cuatro dedos de ancho. El mijo y sésamo alcanzan una altura de auténticos árboles, pero —como se ha solido poner en duda cuanto he dicho sobre los cereales de Asiria— tampoco diré su altura exacta, pues seguiré pasando por un mentiroso. Los babilonios no conocen el aceite de oliva, sino que emplean el de sésamo. Toda la llanura está plantada de palmeras de las cuales, la mayoría dan fruto. De ellas sacan su alimento sustancial, vino y miel. Tratan y cuidan dichos árboles como la higuera entre los griegos: unen el fruto de la palmera macho con la palmera hembra (las que dan los dátiles) para que el insecto que vive dentro del fruto macho penetre en el dátil y lo madure.

Una de las cosas más asombrosas de este país (después de la misma ciudad) son los barcos. Estos barcos que bajan por el Éufrates hasta Babilonia, tienen forma circular y están hechos de pieles. Son fabricados en Armenia, al norte de Asiria, valiéndose de varas de sauces por varengas, recubiertas por fuera con pieles que vienen a ser el casco del barco. Éstos, son circulares por completo, sin popa ni proa, tan redondos como un escudo. No hay más que rellenarlos de paja y deslizarlos corriente abajo. Dichos barcos sirven especialmente para transportar mercancías, por lo general, ánforas de vino de Fenicia. Dos hombres, de pie, provistos de canaletes, bastan para dirigirlo; uno a proa, hacia adelante y otro a popa, hacia atrás. Los mayores de estos barcos pueden cargar hasta cinco mil talentos de mercancías. En cada embarcación hay un jumento vivo y en las más grandes, varios. Una vez que llegan a Babilonia, los bateleros liquidan las mercancías y venden el barco en pública subasta (o mejor dicho, el casco de madera de sauce junto con la paja). Hecho esto, cargan las pieles en el burro (o burros) que los acompañaban y regresan por vía terrestre a Armenia. No se puede remontar el río por causa de la corriente. Pero precisamente por culpa de dicha corriente es por lo que construyen sus barcos de pieles y no de madera. Una vez en Armenia, reconstruyen otros y vuelven a bajar.

Como atuendo, los babilonios llevan debajo una túnica de lino que les llega a los talones, sobre la que se ponen otra de lana. Llevan también un manto blanco, corto. Su calzado es similar al de los beocios. Llevan el cabello largo y lo cubren con una tiara. Se perfuman todo el cuerpo. Cada babilonio posee siempre un anillo con su sello personal y un bastón labrado a mano en el que está grabada una insignia (una rosa, azucena, manzana, etc.), pues todo el mundo en Babilonia está obligado a llevar consigo un signo distintivo.

COSTUMBRES DE LOS BABILONIOS. CÓMO CASAN A SUS HIJAS Y CURAN A SUS ENFERMOS. LO QUE OCURRE EN EL TEMPLO DE VENUS

De todas las leyes babilónicas, la más sensata —a mi juicio— es la siguiente (dicha ley —se ha dicho— está vigente igualmente entre los vénetos de Iliria): en cada pueblo, una vez al año, se reúnen todas las jóvenes en edad núbil y se las conduce a una plaza donde todos los varones se concentran a su vez. Se procede entonces a una verdadera subasta pública. Se empieza por la más bella (la cual se levanta para que la vean bien todos), que subasta un pregonero. Una vez vendida la muchacha (muy caro, por cierto), se pasa a la siguiente y así sucesivamente, por orden de seducción femenina. Estas jóvenes sólo son vendidas como esposas. Los babilonios acomodados pujan entre ellos para obtener la más hermosa, mientras que los pobres, los cuales, en general, ni siquiera disponen de tiempo para preocuparse de estética, perciben en caso necesario dinero para que se lleven las más feas; pues el voceador las subasta todas, incluso las más desfavorecidas, las más endebles y contrahechas que deja generalmente para los menos exigentes; por éstos se entienden los que exigen menos dinero en la subasta. El dinero que se entrega a los pobres proviene de la venta de las más bellas y éstas son, en resumidas cuentas, las que ayudan a «colocar» y a casarse a las feas. Casar a una hija con quien ella quiera está absolutamente prohibido en Babilonia, lo mismo que un comprador no tiene derecho a llevarse a su casa a una joven sin una fianza para garantizar que la hará su mujer. Si, en fin de cuentas, no conviene, el dinero de la dote debe devolverse. Todos pueden participar en estas subastas, incluso la gente de los pueblos vecinos. Desgraciadamente, desde que Babilonia fue conquistada y quedaron arruinadas todas sus familias, esta excelente costumbre ha desaparecido prácticamente. Y los padres de familia, para impedir que sus hijas sean maltratadas o compradas por extranjeros, se vieron obligados a prostituirlas.

Otra costumbre babilónica muy inteligente es la manera como tratan a sus enfermos. Como no hay médicos en Babilonia, llevan todos los enfermos a la plaza pública. Los transeúntes se acercan, hablan con los enfermos, les dan consejos, si ya tuvieron la misma enfermedad o la tuvo alguno de sus amigos y les indican los remedios o los medios con los que se curaron. Pasar junto a un enfermo sin interrogarle ni preguntarle lo que tiene, está terminantemente prohibido.

Sus ritos funerarios son poco más o menos idénticos a los de los egipcios, salvo que entierran a sus muertos con cera de abejas.

Cada vez que un babilonio se ha acostado con una mujer, ambos se purifican quemando perfumes muy cerca de ellos. Se lavan desde que nace el alba; de otro modo no podrían tocar ninguna vasija. Idéntica costumbre existe entre los árabes *.

He aquí, en cambio, una costumbre inverosímil e inadmisible: Cualquier mujer del país, una vez en su vida, debe ir a sentarse al templo de Venus y ofrecerse a un extranjero. Muchas, considerando indigno de su condición o de su fortuna mezclarse con todas las mujeres del pueblo, mandan que las conduzcan en carro cubierto al templo y esperan seguidas de una caterva de domésticos. Pero la mayoría de las mujeres van a sentarse en el recinto del templo con una corona de cordones en la cabeza. Se ha facilitado entre dichas mujeres pasos acordonados. Extranjeros circulan por ellos de la mañana a la noche y dentro de todo este recinto hay un continuo vaivén. Una vez sentada en este lugar, la mujer ya no puede regresar a su casa hasta que un extranjero le tira dinero en el regazo, diciéndole: «¡Sígueme en nombre de la diosa Militta!» (Éste es el nombre asirio de Venus.) La cantidad no importa; la mujer no tiene derecho a rechazarlo, pues este dinero es sagrado. El primero que llega, le tira dinero y la mujer tiene que seguirle sin hacerse de rogar. Una vez que se han hecho el amor y queda en paz con la diosa, vuelve a su casa la mujer y ya se le puede ofrecer tesoros, que ya nunca se conseguirá nada de ella. Las que son hermosas o bien parecidas tardan poco en volver a sus casas, en cambio, las más feas suelen tener dificultades antes de verse libres. Se ven con frecuencia mujeres que esperan ¡durante tres y hasta cuatro años!

Éstas son las principales costumbres de los babilonios. Existen en Asiria pueblos que se alimentan exclusivamente de pescado. Lo pescan, lo secan al sol y luego lo trituran con un mortero o lo exprimen con una tela para comérselo sin más, como una especie de gachas, o lo cuecen en el horno como pan.

CIRO ATACA A LOS MASAGETAS. DESCRIPCIÓN DEL MAR CASPIO. DURO COMBATE. MUERTE DE CIRO Y VENGANZA DE LA REINA TOMIRIS. COSTUMBRES Y AMORES DE LOS MASAGETAS

Una vez liquidado el asunto de los babilonios, Ciro decidió pasar a los masagetas *.

Los masagetas son un pueblo muy importante y valeroso que habita hacia levante, allende el Araxes *, frente a los isedones *. Según se dice, serían de raza escita.

El Araxes —según algunos— sería mayor todavía que el Íster *. En su curso forma muchas islas (algunas de las cuales son tan grandes como Lesbos) habitadas por gentes que se alimentan en verano de raíces y en invierno de frutos secos. Han descubierto también otros frutos de propiedades específicas que esparcen un aroma embriagador cuando se les echa al fuego. Los masagetas se reúnen alrededor de grandes hogueras, en las que arrojan dichos frutos y se embriagan aspirándolos y hasta entran en trance, cantan y bailan frenéticamente. El Araxes viene del país de los

metienos como el Gindes (el río que Ciro dividió en trescientos sesenta canales). El estuario del Araxes comprende cuarenta brazos que terminan todos en lagunas y pantanos en los que vive gente que se nutre de peces crudos y se viste con pieles de foca. Uno solo de esos brazos corre libremente hacia el mar Caspio.

Dicho mar Caspio es un mar aparte, incomunicado con otro mar. Por «otro mar» quiero significar el nuestro, el que está situado más allá de las Columnas de Hércules (y se llama el mar de Atlas) y el mar Eritreo. Estos tres mares, en realidad, forman uno solo. Pero el Caspio no tiene relación alguna con dicho mar. Su longitud es de quince días de navegación a remo, su anchura de ocho días. Está limitado al poniente por el Cáucaso * (la mayor y más alta cadena de montañas que se conoce). El Cáucaso está poblado por diversas razas que se alimentan con frutos silvestres. Existe en el Cáucaso —dicen— un árbol bastante curioso, cuyas hojas dan una tinta imborrable que utilizan para teñir sus vestidos. Tales dibujos se adaptan tan bien al tejido que sólo desaparecen con éste, y por el uso. Este pueblo hace el amor a la vista de todos, como los animales. El Caspio está limitado al poniente, con el Cáucaso; hacia el levante, da a una llanura infinita en la que viven precisamente esos masagetas a los que Ciro se resolvió a atacar.

Respecto a los motivos de combatirlos, no carecía de ellos: ¿No era acaso, por su nacimiento, un ser excepcional? ¿No había triunfado en todas sus empresas? Le bastaba con desear combatir contra un pueblo ¡para que éste fuera derrotado al punto!

En esta época reinaba una mujer entre los masagetas. Se llamaba Tomiris y Ciro le mandó a decir que estaba empeñado en casarse con ella. Pero Tomiris no se dejó embaucar con la treta y comprendió que el incentivo de la realeza le atraía mucho más que los encantos de su persona. Y se negó en redondo. Viendo Ciro que su ardid había sido descubierto, se encaminó inmediatamente hacia el Araxes y declaró abiertamente la guerra a los masagetas. Construyó un puente de barcazas sobre el río y sobre ellas comenzó a construir torres.

Mientras se dedicaba a construir esos puentes, recibió un mensaje de Tomiris: «Rey de los medos —le decía en él— abandona los preparativos. ¿Estás seguro de que te servirán para algo? Suspende todas esas obras y ocúpate más de tu pueblo y deja al mío en paz. Mas, como supongo que cuanto te digo quedará en agua de borrajas y te es imposible estar quieto, te propongo lo siguiente: si te empeñas tanto en luchar contra los masagetas, es inútil que te canses en construir esos puentes. Atraviesa el río y ven a nuestro país. Nos retiraremos a tres días de marcha, a menos que no prefieras recibirnos en estas tierras. En tal caso, haz lo mismo, ¡retírate a tres días del río!»

Ciro convocó enseguida a los persas más principales y les explicó la situación. Todos se pusieron de acuerdo en que era mejor combatir a Tomiris en territorio persa y retirarse a tres días del Araxes. Únicamente

Creso, el lidio (quien había acompañado a Ciro), fue del parecer absolutamente opuesto: «Rey —le dijo— bien sabes, puesto que Júpiter te ha puesto en mis manos, que a cada peligro que te acecha, hago lo imposible por alejarlo de ti. Mis desgracias me sirvieron de escarmiento. Si te crees inmortal y crees que mandas tropas inmortales, nada tengo que añadir. Pero, si admites que eres un hombre y mandas hombres, ten bien presente que el destino humano es como una rueda que gira y la suerte gira como ella. Dicho esto y por lo que toca a la cuestión que nos ocupa, no soy en absoluto de vuestro parecer. Reflexiona un minuto: si combates al enemigo en tu propio suelo, ¿te percatas de lo que arriesgas en caso de derrota? No sólo perderás la guerra, sino todo tu imperio a una sola carta, pues los masagetas no se detendrán en tan buen camino sino que irán a tus provincias. Si sales vencedor, sólo será una victoria a medias; tendrás la impresión de haberte defendido victoriosamente y nada más. En cambio, si los atacas en su propio suelo y vences, podrás proseguir la marcha hasta el corazón del imperio de Tomiris. Dando por descontado que sería inadmisible y deshonroso para ti dar la impresión de que retrocedes ante una mujer y le cedes una parte de tu territorio. En suma, si deseas mi consejo, pasemos el Araxes y avancemos lo más posible en país masageta. Y éste es mi plan para derrotarlos: los masagetas —según me han dicho— son gente muy pobre, desprovista de todo, que ni siquiera tienen la menor idea del lujo y bienestar que nosotros poseemos. Matemos muchas cabezas de nuestros rebaños sin parar en gastos; dispongámoselas y sirvámoselas en un gran festín que se celebrará en nuestro campamento. Añadamos vino en abundancia y todo cuanto queráis. Dejemos sobre el terreno todos los soldados que no interesen y volvamos junto al río con el resto del ejército. Apuesto a que los masagetas, al ver tales vituallas, se abalanzarán sobre ellas. ¡Ésta será la ocasión —o nunca— de demostrar lo que sabemos hacer!»

Ciro siguió al punto el consejo de Creso y mandó decir a Tomiris que atravesaría el río y marcharía contra ella. Ciro designó a Cambises * para que le sucediese en el trono si la expedición salía mal; le confió a Creso, recomendándole que le colmase de las mayores atenciones y los despachó a ambos a Persia. Luego atravesó el Araxes con su ejército.

Llegada la noche, Ciro se durmió en territorio masageta y tuvo un sueño: creyó ver al mayor de los hijos de Histaspes (un tal Darío *, joven de veinte años que había dejado en Persia por no estar en edad de combatir) con dos alas en los hombros. Una cubría Asia y la otra, Europa. Al despertarse, impresionado por tal sueño, mandó llamar a Histaspes: «Histaspes, tu hijo está conjurado contra mí y contra mi trono. ¿Que cómo lo sé? Voy a decírtelo. Los dioses velan por mí y siempre me avisan de los peligros que me acechan. He visto esta noche a tu hijo mayor con dos alas en los hombros, una de ellas cubría Asia y la otra Europa. ¿Dudarás del complot después de esto? Vas a volver a Persia lo antes posible. A mi vuelta (de la expedición) deseo ver a tu hijo y

¡explicarme con él!» Ciro estaba convencido de que Darío conspiraba contra él, pero, en realidad, el sentido del sueño era muy diferente: significaba que Ciro moriría en este país y Darío sería su sucesor. «¡Rey —replicó Histaspes—, pluguiera al cielo que ningún persa conspirase contra ti! ¡Si hay alguno, muera en el acto! Antes de ti, los persas eran esclavos, estaban a merced de cualquiera. Hoy, gracias a ti, son hombres libres y los amos del mundo. Si fuese cierto que mi hijo urde contra ti semejante golpe, ¡yo sería el primero en ponerle a tu entera disposición!» Histaspes volvió a atravesar el Araxes y regresó a Persia para vigilar a Darío.

Ciro avanzó a una jornada de marcha del Araxes, dispuso todo como le había aconsejado Creso, dejó sobre el terreno los soldados que no interesaban y se replegó con el resto del ejército. En esto, llegó una tercera parte de las tropas masagetas, hizo una matanza de los desgraciados soldados abandonados por Ciro y luego, viendo que «la mesa estaba puesta», se sentaron sin más cumplidos para celebrar su victoria. Comieron y bebieron hasta hartarse y se durmieron como troncos. Fue fácil a los persas volver, asesinar a la mayoría y capturar a los restantes, incluido el hijo de Tomiris, Espargapises, que mandaba las tropas masagetas.

Puesta al corriente la reina Tomiris, envió un mensaje a Ciro: «¡Rey sanguinario, monstruo ávido de sangre, no cantes victoria demasiado pronto! ¡No has vencido a mi hijo en una lucha honrada, sino con astucia, merced a ese veneno, a ese vino de vid que se os sube a la cabeza tan pronto como baja por vuestras venas y hace que vuestros labios pronuncien las peores necedades! Y termino no sin darte un buen consejo: ¡Devuélveme mi hijo y desaparece de aquí! ¡Aunque hayas asesinado un tercio de mi ejército, te perdono si te retiras; de lo contrario, te juro por el Sol (rey de los masagetas), que beberás tu misma sangre hasta hartarte!» Ciro hizo caso omiso de semejante mensaje.

Cuando Espargapises, hijo de Tomiris, despertó de la borrachera y comprendió en qué situación se hallaba por culpa suya, suplicó a Ciro que le quitase las cadenas y, una vez en libertad, se suicidó.

Al negarse Ciro a marcharse, la reina Tomiris reunió todas sus tropas y se lanzó contra él. Fue un combate terrible. Según todos los relatos que he oído, los adversarios comenzaron por lanzar flechas a bastante distancia, luego, cuando se agotaron, la lucha se convirtió en un terrorífico cuerpo a cuerpo. Lucharon con puñales y espadas durante mucho tiempo antes de que ningún enemigo se declarase vencido. Pero, al fin de cuentas, los masagetas llevaron ventaja: casi todo el ejército pereció, incluido Ciro quien terminó así su carrera real, tras veintinueve años de reinado. Tomiris llenó un odre de sangre humana, se puso a buscar el cadáver de Ciro y cuando lo halló, hundió su cabeza en el odre, gritando al muerto que goteaba sangre: «¡Estoy viva y victoriosa, pero me has matado, sin

embargo, al capturar a mi hijo cobardemente. Y aunque sólo seas un cadáver, voy a hartarte de sangre como te lo prometí!»

Así murió Ciro. Existen otras versiones sobre su muerte, pero creo que ésta es la más verosímil.

Los masagetas tienen los mismos vestidos y el mismo género de vida que los escitas. Combaten a caballo o a pie, con arcos, lanzas y hachas que aquí llaman *sagares*. Todas estas armas están fabricadas íntegramente de oro o bronce. Las puntas (de lanzas, flechas o sagares) están hechas siempre de bronce. Sus bandas, correas y cinturones suelen llevar adornos de oro. Igualmente las riendas, frenos y cabezadas de los caballos. Nunca utilizan ni el hierro ni la plata, prácticamente desconocidos en este país.

Existe el matrimonio entre los masagetas, pero, en la práctica, las mujeres son comunes a todos (esta costumbre atribuida siempre por los griegos a los escitas es, en realidad, de origen masageta). Cuando un masageta desea una mujer, cuelga su aljaba ante el carro de dicha mujer y se acuesta con ella sin más preámbulos.

Para un masageta la mejor manera de acabar su vida, es llegar a la decrepitud para que sus parientes más allegados lo sacrifiquen con los animales de su rebaño. Se degüella al viejo, se le cuece y toda la familia se da un festín. Morir de esta suerte es, para un masageta, la mejor de las muertes. Al que muere de enfermedad no se lo meriendan. Lo entierran deplorando sinceramente que no haya alcanzado la edad del sacrificio.

Los masagetas no siembran absolutamente nada. Viven únicamente del ganado y peces que encuentran abundantemente en el Araxes y sólo beben leche. Respecto a sus dioses, sólo reconocen uno: el Sol, al que sacrifican caballos. «¿Acaso no es natural —afirman— sacrificar al más rápido de los dioses el más rápido de los mortales?»

Si bien la descripción de Herodoto deja transparentar la admiración que sintió a la vista de Babilonia, el historiador visitó la ciudad en una época en que ya había perdido mucho de su esplendor. Herodoto llegó a Babilonia por los años 460, cuando, dieciocho años antes, Jerjes había procedido a ciertas depredaciones en el zigurat *o torre de Babel. Sin embargo, pese a las devastaciones provocadas por la ocupación persa (Babilonia cayó en poder de Ciro en 539) la ciudad continuó deslumbrando a todos los que la visitaban por primera vez. Todo en ella era colosal y nada evocaba la mesura griega: ni los grandes palacios de los reyes neobabilónicos ni el zigurat en forma de torre que dominaba la ciudad, con sus siete pisos, ni la increíble esplendidez del templo de Bel Marduk, ni esos jardines colgantes, cuyos colores y sombras evocaban a la reina Amitis, mujer del rey Nabucodonosor, los bosques y verdor de su Media natal. Cuando Herodoto visitó Babilonia, ésta ya tenía más de veinte siglos de existencia, durante los cuales, sus soberanos tuvieron que sufrir en varias ocasiones el asalto de las ciudades vecinas, Asur y Nínive (o Nino) entre*

otras. Babilonia había conocido un período de esplendor en tiempos del rey Hammurabi (s. XVIII a. de J. C.) que se repitió algunos siglos más tarde con la dinastía de los reyes neobabilónicos, en los siglos VII y VI: Nabopolasar, Nabucodonosor, el vencedor de Jerusalén, y por último Nabónides, último rey de Babilonia, derrotado por Ciro y a quien Herodoto llama Labineto. Estos reyes construyeron enormes monumentos, restauraron los ruinosos e hicieron de su ciudad una de las más suntuosas de Oriente.

El monumento más espectacular era, evidentemente, ese zigurat que se levantaba en el patio del templo de Bel Marduk, dios patrono de Babilonia. Ésta es la torre de Babel que describe el Génesis. *Su nombre acadio era* Etemenanki, *es decir, «Casa de los fundamentos de la tierra y del cielo», pues se la tenía como punto de unión del mundo subterráneo y celestial. Era un edificio con fines religiosos, que comprendía siete pisos, superpuestos, y en la cima estaba el templo del dios Bel Marduk; lo cual explica que Herodoto le atribuya ocho pisos en lugar de siete. Una vez al año, se creía que el dios «aterrizaba» en la plataforma superior y bajaba hasta su santuario por las escaleras o rampas que la rodeaban. «La divinidad —escribe A. Perrot en su obra* La Torre de Babel y los Zigurats— *se la suplica que baje del cielo a los hombres. Navega por el mar celeste y arriba a la cima de la torre. Es el desembarcadero gigantesco donde la barca atraca. El dios desciende entonces por las rampas del zigurat hasta el santuario inferior. Desde aquí se manifiesta y prodiga la fertilidad.» Herodoto tiene razón al afirmar que había una estatua en ese santuario. En cambio, la etimología bíblica de Babel (sinónimo de confusión) no es exacta. Babel viene de* bab-ilu *«Puerta de Dios». Respecto a la unión sagrada entre el dios y una mujer designada todos los años —lo que en términos pedantes se llamaría una* hierogamia— *es conforme (pese a las dudas lanzadas por Herodoto) a todo cuanto se sabe de las religiones antiguas. Se creía que Marduk tenía comercio carnal con su mujer, la diosa Sarpanitu, bajo la forma del sumo sacerdote y de la suma sacerdotisa. La extrañeza de Herodoto es tanto menos comprensible cuanto que los griegos conocían también tales hierogamias o uniones divinas, por ejemplo, ceremonias religiosas practicadas en Atenas en honor del dios Dionisos, durante las cuales, el arconte-rey se unía con su mujer en cópula ritual.*

Una tablilla cuneiforme, llamada tablilla de Esagil, descubierta en unas excavaciones, describe con precisión el zigurat de Babilonia y sus dimensiones. Sus cifras, confirmadas por sondeos efectuados sobre el terreno, difieren bastante de las suministradas por Herodoto. La «torre de Babel» tenía por base un cuadrado de 90 metros de lado y una altura total de 90 metros (y no de un estadio, es decir, 177 metros, como asevera Herodoto). Se podía subir a ella por una escalera central y dos laterales. A sus pies, se hallaba el templo de Marduk llamado Esagil *y cuya descripción nos dan también algunos textos cuneiformes. Las paredes de*

la capilla que contenía la estatua del dios, estaban recubiertas de placas de oro; los techos eran de cedro y los zócalos, de lapislázuli. Esta estatua de oro macizo habría pesado —según Herodoto— más de veintiuna toneladas junto con el trono y pedestal. Pero más bien parece que estaba recubierta —como las paredes— de placas o láminas de oro.

La toma de Babilonia por Ciro se efectuó sin notables incidentes (se ha descubierto una descripción aqueménida en la que el rey se vanagloria de haber conquistado la ciudad «sin combate ni batalla», con excepción del castigo del río Gindo, el actual Diyala, afluente del Tigris, culpable de haber arrastrado los caballos del tiro sagrado. Este tiro seguía a todos los reyes aqueménidas en sus campañas militares. Se trataba de un carro vacío, arrastrado por un tronco de ocho caballos blancos, llamado el carro del Sol: el dios en persona asistía al combate. Volvemos a encontrar dicho carro en la séptima Investigación *de Herodoto, cuando Jerjes invadió Grecia y el ejército desfila ante él: «... luego vino el sagrado carro del Sol, tirado por ocho caballos blancos, tras el cual, a pie, un conductor llevaba las riendas, pues ningún hombre tiene derecho a montar en dicho carro».*

La venganza de Ciro contra el río puede hacernos sonreír, pero no causa extrañeza en un pueblo que veía precisamente en los ríos seres vivos y divinos. Éste es un aspecto desconcertante para nosotros, pero fundamental, de la sensibilidad antigua: las montañas, ríos, océanos y fuentes son considerados como seres vivos y personalizados, susceptibles de ayudar o contrariar las voluntades humanas. Muchos de los aspectos de las guerras y de la estrategia antiguas serían incomprensibles si se ignorase este hecho. Por lo demás, parece ser que los persas tuvieron graves contratiempos con los ríos. Cuando Jerjes, posteriormente, sepa que el Helesponto ha destruido los puentes de barcazas para poder pasar a Grecia, se apoderará de él tal furor que gritará: «¡Dad trescientos latigazos al Helesponto y arrojad al mar un par de trabas!» «Incluso parece —afirma Herodoto— que envió verdugos a que marcasen las aguas al rojo vivo.» Esos hombres azotaron, pues, al mar insultándole: «¡Agua desgraciada —le gritaron—, éste es tu castigo, y este otro por haber ofendido a nuestro amo sin motivo!» «El Gran Rey te atravesará, ¡te convenga o no te convenga! Es justo que no se te ofrezcan nunca sacrificios, ¡pues no eres más que un río de aguas siniestras y negras!» Éstas eran las relaciones personales que los persas mantenían con los ríos. Uno no puede por menos de sentir cierta nostalgia al pensar en esos tiempos antiguos en que nadie lanzaba nunca una mirada vacía y abstracta como ocurre hoy día...

Por lo que respecta al «asunto» de las prostitutas de Babilonia, parece ser que Herodoto cometió un pequeño error. Esa Militta que asimila a la Afrodita helena, no es otra que Ishtar Astarté, la gran diosa acadia del amor, la fertilidad y la guerra. Poseía en Babilonia un santuario importante en el que vivían sacerdotisas o hieródulas en perpetua clausura como las carmelitas. La comparación termina aquí, sin embargo, ya que esas sacerdotisas desempeñaban el oficio de cortesanas sagradas y debían ofre-

cerse una vez al año a un extranjero. Es posible que algunas de estas cortesanas hayan ejercido su oficio (¿no podríamos decir su vocación?) en los jardines que rodeaban al santuario. ¡Dichoso país en el que los deberes del amor y de la religión se confundían!

Una última observación para terminar este comentario: la versión que da Herodoto de la muerte de Ciro, la contradice Jenofonte y Ctesias de Cnido. Mas, ningún documento permite darnos a conocer dónde y cuándo murió exactamente Ciro. Hay en Pasagardes, ciudad situada cerca de Persépolis y de la que Ciro hizo la capital de su imperio, un importante monumento funerario, conocido tradicionalmente con el nombre de tumba de Ciro. Empero, nunca se descubrió en Persia —como ocurrió en Grecia con los reyes micénicos— los cuerpos de los reyes aqueménidas sepultados en Pasagardas o en las tumbas rupestres de Nakshe Rustam. Sigue, por ende, el misterio más absoluto sobre la muerte de Ciro. Su dramático fin —tal y como nos lo refiere Herodoto— ilustra del modo más espectacular, ese brutal cambio de la suerte que hiere implacable al que quiere elevarse demasiado alto. La primera* Investigación *que se inicia con la visión del rey Candaules asesinado durante el sueño, se termina con la del rey Ciro anegado en su propia sangre. Así termina el primer acto de la gran tragedia de los reyes e imperios.*

SEGUNDA INVESTIGACIÓN

EGIPTO

«Egipto es un don del Nilo.» Esta frase, de Herodoto, ha hecho fortuna a través de los siglos. Es, sin duda alguna, la primera fórmula «periodística», la que resume lo esencial de un acontecimiento y de una historia. Igualmente, Egipto suministrará a Herodoto la materia de descripciones brillantes, de testimonios apasionados que harán de esta segunda Investigación *la más personal de todas. La tierra de Egipto era a todas luces para una viajero como Herodoto un mundo aparte, situado fuera del tiempo, incluso fuera del espacio. ¿Acaso no confinaba por sus fronteras meridionales, orientales y occidentales con los límites del mundo? ¿Por ventura no se confundía por su historia milenaria —cuyo desenvolvimiento se podía (o se creía) seguir en listas reales de santuarios y esas innumerables estatuas de faraones en sucesión ininterrumpida— con los orígenes de nuestro planeta? ¿No conoció —como única civilización entre todas las antiguas— una notable continuidad? Durante más de tres mil años Egipto siguió siendo Egipto. Ninguna invasión, ya viniese de Etiopía, de los desiertos libios o de los pueblos del Mar, perturbó seriamente la perennidad de sus dinastías. Egipto —monolítico— lo fue en su historia y geografía: los faraones se sucedieron, generación tras generación, como las crecidas del Nilo, un año tras otro. Semejante perennidad podía dar vértigo y, en efecto, parece que Herodoto haya experimentado tal vértigo cuando los sacerdotes de Amón lo condujeron al interior del templo de Karnak y le enseñaron las trescientas cuarenta y una colosales estatuas de los reyes que se sucedieron desde los orígenes. El tiempo mismo se hacía presente, palpable e inmovilizado en la penumbra de ese santuario, encarnado en esos rostros que habían de parecerse todos extrañamente como si, durante siglos, Egipto sólo hubiese conocido un solo e inmortal soberano... Por lo demás, Herodoto tiene una frase admirable que ilustra esta perennidad vertiginosa de Egipto: «... durante todo este inmenso período —escribe— el sol recorrió dos veces su órbita; saliendo dos veces por el occidente y poniéndose dos veces por oriente y Egipto no sintió conmoción alguna...».*

Así fue Egipto a los ojos de Herodoto: un río, el Nilo, cuyas crecidas modelan y moldean toda la vida del país y cuyo curso nace en los confines de la tierra y una civilización sin fallas, casi inmutable, y cuyo curso igualmente se remonta a los orígenes telúricos.

Mas, en este entusiasmo de Herodoto, ¿no hay acaso la sorpresa de un viajero enfrentado súbitamente a un mundo extraño y misterioso que sólo descifrará paulatinamente? Sería fácil subrayar en esas descripciones muchos pormenores, muy discutidos, o incluso totalmente erróneos. Dichos detalles, con todo, no alteran en ningún momento la verdad global de sus relatos. En el transcurso de una serie de conversaciones apasionantes con el egiptólogo J. Yoyote, éste último ha precisado algunos de esos pormenores, reveladores de los métodos e insuficiencias de Herodoto, y ha seguido más de cerca las deficiencias en sus informaciones. La mayoría de los comentarios de este capítulo se inspirarán en gran medida en sus observaciones y reflexiones, tanto más valiosas cuanto que permitieron definir con mucha exactitud los límites de la comprensión de Herodoto. Aquéllas contribuyeron, sobre todo —antes de pretender juzgar un texto, del cual se comprueban más cada día muchos puntos— a precisar un problema concreto, esencial, pero del que se habla poco en general; me refiero a los informadores de Herodoto. Cuando uno viaja a una región cuya lengua se ignora, así como la historia, la religión y las costumbres, sólo hay dos medios de informarse: valerse de sus ojos y oídos (hasta del olfato) e interrogar a los «indígenas». Herodoto, con mucha honradez, mencionará a cada paso estas dos fuentes de información: La primera es, evidentemente, la más restringida: se limita a los monumentos, a la descripción general del país, a la geografía, fauna, flora, al comportamiento externo de los hombres. No obstante, las cualidades de Herodoto en la materia son asombrosas: su descripción del Nilo, sus observaciones sobre la historia geológica del Delta; sus explicaciones de las crecidas del río (aun cuando sean erróneas, en definitiva), denotan una capacidad de observación de que carecían todos sus predecesores y contemporáneos. Del mismo modo, esta página inolvidable, obra maestra de reportaje periodístico, podría, aún hoy, figurar a la cabeza de algunas emisiones «sobre Egipto en directo» y en la que describe las costumbres desconcertantes de los egipcios y de su propensión a no hacer nunca nada como los demás hombres. Respecto a los informes que Herodoto pudo adquirir sobre el terreno, preguntando a sus habitantes, se dividen claramente en dos tipos: los de los griegos asentados en Egipto, donde poseían factorías comerciales y muchas empresas artesanas —helenos egiptianizados en su mayoría y que le sirvieron de seguro como intérpretes e informadores— y los de los mismos egipcios: sacerdotes, escribas, incluso guías y arrieros con quienes podía charlar durante esas sus largas caminatas (Herodoto afirma que llegó hasta Elefantina), y que le proporcionaron la materia de esos «chismorreos» o de esas historias eróticas o burlescas con que esmalta sus relatos. Sacerdotes y escribas eran —es obvio— informadores más

serios, si bien difícilmente le transmitirían los «secretos» de los ritos y mitos. Muchos de entre ellos desempeñaban el oficio de guías —en el sentido moderno de la palabra— para los extranjeros de paso y debían «recitar» un relato estereotipado y muy poco original sobre los orígenes y maravillas de los santuarios. En ciertos casos, Herodoto trató de informarse de fuentes más seguras y directas: En Sais, por ejemplo, ciudad del Delta, donde interrogó extensamente al escriba sobre el Tesoro del templo de la diosa Neith. Pero, en conjunto, Herodoto apenas si visitó más que las partes exteriores de los santuarios: patios, pórticos, lugares accesibles a los profanos sin penetrar nunca en el interior, en los sitios reservados a los sacerdotes, a donde ni siquiera los mismos egipcios tenían acceso. Idéntica observación hay que hacer a propósito de los ritos y fiestas: las descripciones, tan pintorescas y festivas, que da sobre numerosos ritos religiosos —fiestas de la diosa Bastet en Bubastis, de Osiris y de Neith en Sais— tenían todas un carácter netamente popular.

Esto explica indudablemente que Herodoto haya solido mezclar con toda la buena intención lo real con lo imaginario. Quiero decir con esto que —ya por falta de intérprete o de informador competente, ya por no haber comprendido el sentido de la información recibida— suele ocurrirle que toma por un hecho real histórico o geográfico un relato mítico o un cuento popular. He aquí un ejemplo: afirma a propósito de la gran pirámide de Kheops que este faraón mandó excavar su cámara funeraria en el interior de la pirámide y la rodeó de canales como si fuese una isla. Dicha cámara funeraria nunca estuvo rodeada de agua y casi no nos explicamos semejante error por parte de Herodoto (por otro lado tan exacto y observador), a menos que admitamos que haya tomado por una descripción del interior de la pirámide la del mundo de ultratumba. Su informador tuvo que describirle, a propósito de la vida postrera de Kheops, la existencia del faraón en esos campos Iaru que reproducían fielmente en el mundo de los muertos, los pantanos, los canales y las islas del Delta y Herodoto creyó, sin duda, que tal descripción se aplicaba al interior de la Pirámide misma. Este tipo de errores o confusiones volvemos a encontrarlos en diversos lugares (que señalaremos a su tiempo), pero no por ello consideraremos a Herodoto como mentiroso.

Éste es, pues, el Egipto que conoció Herodoto cuando lo visitó por los años 450, en el momento de la segunda dominación persa. Entretanto, Ciro había perecido en las llanuras mesegetas, su hijo Cambises le había sucedido y atacado Egipto, que se convirtió por esa fecha en una provincia persa. Mas la ocupación extranjera no cambió en nada el alma del país; permanecieron intactos sus monumentos y creencias y los egipcios siguieron resueltos más que nunca a no hacer nada como los otros hombres...

Los hombres primitivos

Cambises sucedió a Ciro en el trono de Persia. Este Cambises era hijo de Ciro y de Casandana. Esta última había muerto mucho antes que su marido, el cual sintió una honda pena y había mandado se guardase luto por todo su imperio. Respecto a Cambises, éste decidió emprender una gran expedición a Egipto, llevando consigo a jonios y eolios, a quienes consideraba como simples esclavos de su padre.

Antes del reino de Psamético *, los egipcios se creían el pueblo más antiguo de la tierra. Cuando Psamético fue rey, quiso saber a qué atenerse, pero por más investigaciones que hizo, no llegó a ninguna conclusión. Entonces pensó apoderarse de dos recién nacidos y entregarlos a un pastor con la orden de que no pronunciaría ni una palabra en presencia de los infantes; el pastor los encerraría en una cabaña abandonada, les traería una cabra para que se atiborrasen de leche y se volvería sin ocuparse más de ellos. «Así terminaré por saber —pensaba Psamético— la primera palabra que pronunciasen dichos niños, una vez transcurrida la edad de los vagidos.» De hecho, dos años más tarde, en el momento de entrar él en la cabaña, el pastor vio a los niños que se arrastraban a sus pies con los brazos extendidos y gritando: «*¡Becos!*» Al principio no hizo mucho caso, pero al repetirse el fenómeno, los llevó a Psamético. El rey oyó a los niños con sus propios oídos y mandó se buscase enseguida al pueblo que utilizaba la palabra *becos*. Terminaron por descubrir que eran los frigios los que daban dicho nombre al pan. Desde ese día, los egipcios admiten que los frigios son más antiguos que ellos. He oído contar la historia en esta forma a los sacerdotes de Vulcano en Menfis *. Pero los griegos dicen a este respecto muchas estupideces, entre otras, que Psamético habría mandado cortar la lengua a algunas mujeres y les habría entregado esos niños para criarlos.

Los sacerdotes de Vulcano me contaron la historia de esos niños y muchas otras cosas. Yo mismo fui hasta Tebas y Heliópolis para ver si concordaban las diferentes versiones con lo que se me dijo en Menfis (donde los sacerdotes están más o menos al corriente de todo). Me han hablado mucho de sus dioses, pero no es mi intención extenderme sobre el tema. Los hombres saben otro tanto sobre los dioses y no hablaré a no ser por las exigencias de la narración.

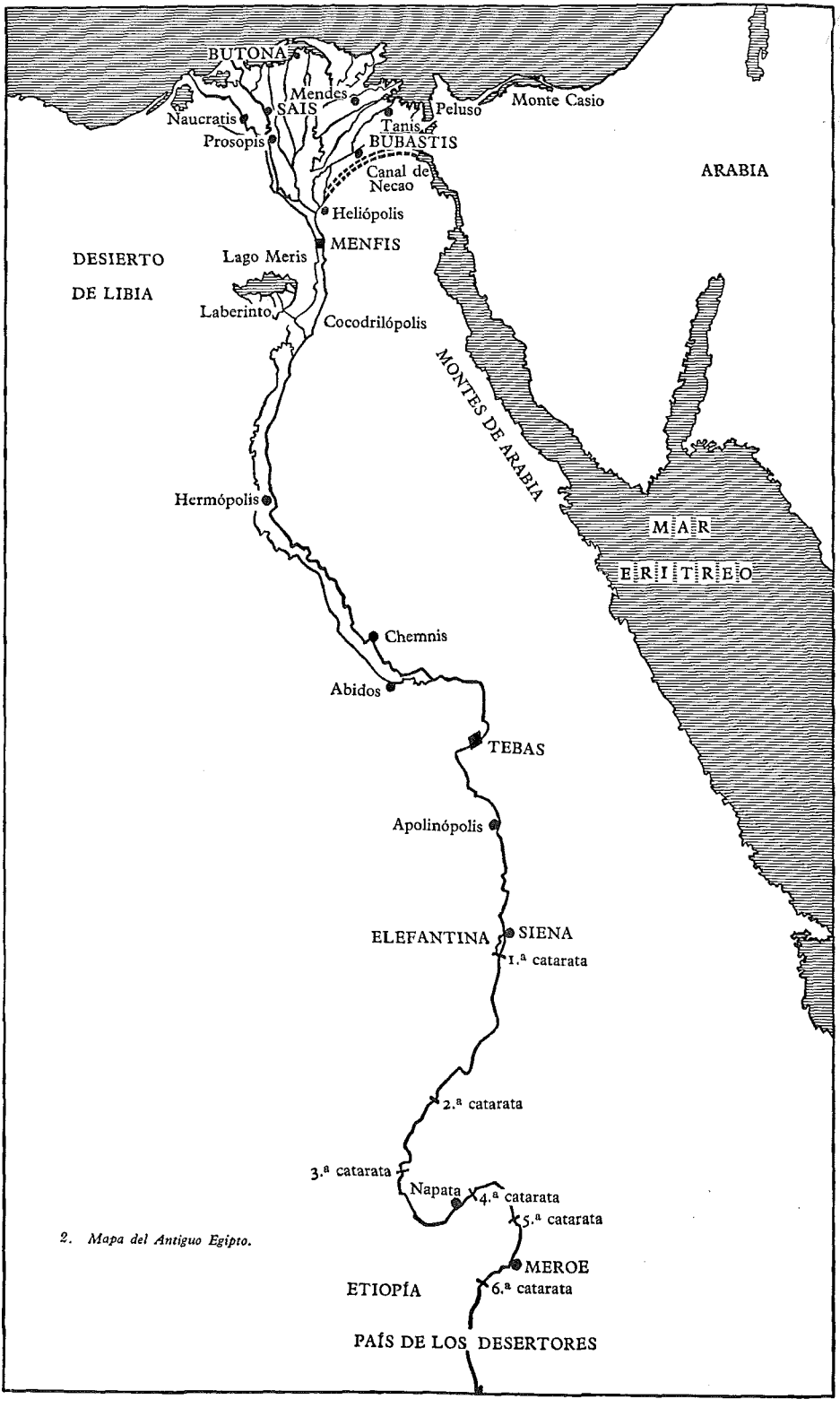
Volvamos, pues, a los hombres. Todos coinciden en Egipto en decirme que los egipcios fueron los primeros en inventar el año y en dividirlo en doce partes, según el ciclo de las estaciones, rigiéndose por los astros. Su calendario es, a mi juicio, mucho más ingenioso que el de los griegos. Estos últimos se ven obligados a intercalar cada dos años, un mes, mientras que los egipcios —que tienen meses de treinta días— se contentan con añadir cada año cinco días supletorios para que concuerden con el ciclo de las estaciones. Los egipcios son asimismo los primeros en haber

empleado nombres particulares para designar los doce dioses (uso imitado por los helenos); los primeros en haberles dedicado altares, estatuas y templos, y en esculpir animales en piedra. Casi siempre se me han dado pruebas en apoyo de estas afirmaciones.

DESCRIPCIÓN DE EGIPTO. EXTENSIÓN DEL PAÍS

El primer rey de Egipto fue un hombre por nombre Menes. En ese tiempo —me dijeron los sacerdotes— todo Egipto, a excepción de la provincia de Tebas, no era más que un pantano. Todas las regiones situadas al norte del lago Meris * —al que se llega hoy por mar, tras haber remontado el Nilo * durante siete días— estaban a la sazón totalmente sumergidas. Esta descripción del país me pareció exacta. No hace falta ser muy inteligente para comprender a primera vista que todo este país es un territorio arrebatado al mar, un don del Nilo, lo mismo que todas las regiones situadas a tres días de barco al norte del lago Meris y de las que los sacerdotes no me han hablado. Cuando sepáis que basta con echar una sonda, a una jornada de navegación de la costa, para hallar barro a once brazas del fondo, tendréis la prueba de que el río arrastra los aluviones hasta esta distancia y una idea de la índole del suelo.

Egipto, propiamente dicho, extiende sus costas hasta sesenta schenos, si le ponemos por límite el golfo de Plintinetes en el lago Sirbonio *, cerca del monte Casio. Las medidas egipcias utilizadas para las distancias son, desde la más pequeña a la mayor: la toesa, el estadio, la parasanga y el schenos. La parasanga vale treinta estadios y el schenos, sesenta. Las costas de Egipto miden, por consiguiente, tres mil seiscientos estadios. En el interior de las tierras, hasta Heliópolis, Egipto no es más que una inmensa extensión llana, saturada de agua y limo. Desde la costa hasta Heliópolis, hay poco más o menos la misma distancia que desde el altar de los Doce Dioses en Atenas, hasta el templo de Júpiter Olímpico en Pisa, a quince estadios aproximadamente. De Atenas a Pisa hay unos mil cien estadios, y de la costa egipcia a Heliópolis, mil quinientos exactos. En cambio, más arriba de Heliópolis, Egipto se estrecha. Está limitado de una lado, por los montes de Arabia *, los cuales se extienden de norte a sur y se prolongan sin solución de continuidad hasta el mar llamado Eritreo, de donde extraen la piedra que sirvió para construir las Pirámides de Menfis. Partiendo de este lugar, la cordillera se desvía para bajar hacia el mar. En su mayor extensión hacen falta dos meses de marcha para recorrerla, de oriente a occidente, hasta los confines donde se recoge el incienso. Esto en cuanto a los montes de Arabia. Del lado libio, Egipto está bordeado igualmente por montañas rocosas, recubiertas de arena, las cuales se extienden hacia el sur y son paralelas a los montes de Arabia. En suma, partiendo de Heliópolis, el país es de poca extensión, comparado con el resto de Egipto. No es más que una llanura de una longitud



2. *Mapa del Antiguo Egipto.*

de catorce días de navegación, encerrada entre los montes de Arabia y Libia. En su parte más estrecha, llega como máximo a doscientos estadios, tras de lo cual vuelve a ensancharse. Ésta es poco más o menos la configuración del país. De Heliópolis a Tebas, hay cuatro mil ochocientos estadios, es decir, nueve días de navegación por el Nilo.

Resumamos, pues, la extensión de Egipto: tres mil seiscientos estadios de costas; seis mil ciento veinte estadios desde el mar hasta Tebas (en el interior de las tierras) y mil ochocientos de Tebas hasta la ciudad de Elefantina *.

La mayor parte de este país, en efecto, parece haber sido arrebatado al mar. La estrecha llanura encerrada entre montañas, de que he hablado hace un momento es, al parecer, un antiguo golfo marino, como los alrededores de Troya, Teutrania, Éfeso y la llanura del Meandro, pero de diferentes dimensiones. Los ríos cuyos aluviones edificaron paulatinamente esas últimas regiones, no pueden compararse ni con mucho a un solo brazo del Nilo, que posee cinco. Otros ríos, por lo demás, mucho menos importantes que el Nilo, han transformado también ciertas regiones: El río Aqueloo, por ejemplo, que atraviesa Acarnia, antes de morir en el mar, y que ya unió al continente la mitad de las islas Equinadas. Del mismo modo, en Arabia existe un golfo marino, especie de continuación del mar Eritreo hacia el interior de las tierras. Desde el fondo de este golfo hasta el mar hay cuarenta días de navegación a remo y media jornada de una orilla a otra en su parte más ancha. El flujo y reflujo ejercen su influencia todos los días. En el fondo, así es como debió ser Egipto otrora: el mar penetraba hacia el interior, en dirección a Etiopía * y formaba el primer golfo, mientras que el segundo, más al sur, se extendía desde el mar de Arabia hacia Siria. Ambos golfos casi habían de unirse en el interior, separados únicamente por una estrecha franja de tierra. Si se le antojase cualquier día al Nilo desviar su curso y desembocar en el golfo de Arabia, ¿qué le impediría colmarlo al cabo de veinte mil años? ¿Por qué, pues, hace mucho tiempo, un río tan activo como el Nilo no habría colmado el antiguo golfo que fue Egipto?

Creo, por consiguiente, muy a gusto todo cuanto se me ha dicho sobre Egipto y estoy seguro de que todos esos hechos son ciertos. He podido comprobar por mí mismo que Egipto gana terreno al mar mucho más que los países vecinos; que se hallan en sus montañas moluscos y salitre (incluso a las pirámides ataca la sal); que el único sitio donde se encuentra arena es en esta montaña próxima a Menfis, de la que ya he hablado. Por lo demás, el suelo de Egipto no se parece en modo alguno al de Arabia, si bien es limítrofe, ni al de Libia *, ni siquiera al de Siria *, o más exactamente, al del límite litoral de Arabia que habitan los sirios. La tierra de Egipto es negra y agrietada (ya que está formada por aluviones que el Nilo arrastra de Etiopía); mientras que en Libia el suelo es más bien rojizo y arenoso, en Arabia y Siria es arcilloso en su superficie y rocoso en el subsuelo.

Damos ahora una prueba suplementaria facilitada por los sacerdotes: En el reinado del rey Meris *, cuando la crecida del Nilo alcanzaba ocho codos, inundaba todo el país por debajo de Menfis y hace exactamente novecientos años que el rey Meris murió. Actualmente, es preciso que la crecida alcance por lo menos de quince a dieciséis codos para que inunde el país. Si la tierra sigue avanzando a costa del mar y el suelo levantándose regularmente, el Nilo dejará por completo de inundar la región al norte del lago Meris (región que llaman el Delta) y los egipcios, que la habitan, tendrán que sufrir los mismos desastres que los griegos. A Grecia sólo la riegan las lluvias, al contrario de Egipto que lo hace un río, y, por poco que las lluvias dejen de caer y la divinidad mantenga la sequía, los griegos están muy expuestos a conocer el hambre. Así que, si la región situada al norte de Menfis sigue sobrealzándose como en el pasado, los egipcios que la habitan, están abocados más pronto o más tarde a morir de hambre, puesto que no llueve nunca y el Nilo ya no regará sus campos. Actualmente —y éste no es el caso del resto de la humanidad—, ya no tienen que hacer ninguna labor para cultivar la tierra ni abrir ningún surco ni manejar la azada; ninguno de esos trabajos agotadores que realizan los demás hombres para ganarse el pan: el Nilo viene por sí mismo a regar sus campos, luego se retira y cada cual no tiene más que sembrar la tierra y soltar los cerdos a pastar. Éstos, a fuerza de pisotear el suelo, terminan por hundir en él la semilla y ya no tienen que hacer otra cosa sino esperar la cosecha. Los puercos se encargan de pisarla, la semilla penetra en la tierra y ¡asunto concluido!

Si hubiera que limitar Egipto únicamente al Delta —como ocurre con los jonios—, es decir, a la costa que va de la «Atalaya de Perseo» a las Salinas de Peluso * (unos cuarenta schenos) y hacia el sur, a la región que llega hasta la ciudad de Vercasoro (donde el Nilo se parte en dos hacia Peluso y Canopo), podríamos pretender que otrora los egipcios no tenían país, puesto que dicho Delta —según lo afirman ellos y yo mismo lo creo— es una tierra de aluviones; un país recién nacido, por decirlo así. Así, pues, si otrora Egipto no existía y, por consiguiente, tampoco los egipcios, no veo por qué motivo se afirman los primogénitos de los mortales y hacen experimentos con niños para conocer el primer vagido de la lengua humana. No, Egipto no nació con el Delta (como desearían los jonios) y estoy muy seguro de que los egipcios están en la tierra desde que existen hombres. Mas, como su país se formó poco a poco, algunos tuvieron que arrebatarlo al mar y otros quedarse en el interior. Antiguamente Egipto era conocido por la Tebaida, cuyo perímetro alcanza seis mil ciento veinte estadios. Si estoy en lo cierto, los jonios cometen un error. Y aun cuando tuviesen razón, es fácil demostrar que no saben contar (como todos los griegos en general), al dividir la tierra en tres partes: Europa, Asia y Libia. Deberían añadir una cuarta: el Delta, ya que no está ni en Asia ni en Libia.

Menospreciemos, pues, la opinión de los jonios y repitámoslo: Egipto es todo el país habitado por los egipcios, como Cilicia es el de los cilicios y Asiría el de los asirios. Entre Asia y Libia no existe —que yo sepa— país alguno a no ser Egipto. Si nos conformamos con el punto de vista de los jonios, Egipto se reduce (desde las cataratas y la ciudad de Elefantina) a una simple franja de tierra dividida en dos, mitad libia, mitad asiática. Efectivamente, el Nilo corre hacia el mar, partiendo de las cataratas, cortando en dos a Egipto. No tiene más que un lecho hasta Cercasoro, pero, desde aquí, se bifurca en tres brazos: el brazo pelusiano (que discurre hacia Levante) y el canópico (que corre hacia Poniente), pues el tercero es la misma prolongación del Nilo, el cual, una vez que llega al vértice del Delta, lo divide en dos hasta el mar. Este brazo es uno de los más importantes por su caudal y uno de los más célebres: se llama brazo sebenítico. Otros dos brazos salen de este último para desembocar en el mar: el brazo saítico y el brazo mendesiano. En cuanto a los brazos bolbitino y bucólico, son artificiales y fueron excavados por los egipcios.

En apoyo de mi apreciación sobre la extensión real de Egipto, citaré el oráculo de Amón, del que tuve conocimiento mucho después de haberme formado juicio. Los habitantes de Marea y de Apis (ciudades fronterizas de Etiopía y de Libia) se consideraban como libios y fueron a consultar al oráculo de Amón para no ser molestados por los reglamentos religiosos egipcios y comer a gusto carne de vaca. «Nada tenemos de común con los egipcios —explicaron—. Vivimos lejos del Delta, no hablamos la misma lengua y queremos comer de todo.» «Imposible —respondió el oráculo—, Egipto es todo el país que riega el Nilo cuando se desborda y son egipcios todos los que beben su agua, incluso si habitan allende Elefantina.» Pues bien, el Nilo en el período de las crecidas inunda el Delta y gran parte de los territorios llamados libios y árabes, hasta dos jornadas de marcha por una y otra parte de sus orillas.

El Nilo. Sus manantiales y crecidas. Exploración de África por los nasamones

Ningún sacerdote ni egipcio alguno pudo facilitarme informes sobre la verdadera causa del régimen de este río. Me hubiera gustado mucho saber por qué —desde el solsticio de verano— el Nilo sube y se desborda durante cien días para luego descender y conservar un débil caudal durante todo el invierno. Pero nadie me ha podido decir por qué este río se porta de modo diferente a los demás ni por qué no sopla viento alguno cuando corre con su caudal más abundante.

Algunos griegos, impacientes sin duda por alardear de su saber, han propuesto tres explicaciones a las crecidas del Nilo. Dos de ellas no merecen la pena considerarlas y sólo las mencionaré fuera de cuenta: según la primera, las crecidas se deben a los vientos etestas que soplan

del mar e impiden que todas las aguas del Nilo desemboquen en él. Pero ¿por qué, en tal caso, el Nilo sube incluso cuando sus vientos no soplan? Si esta hipótesis fuese cierta, todos los demás ríos orientados del mismo modo ¿no debían acaso experimentar el mismo fenómeno, tanto más imposible cuanto que tienen una corriente más débil y contraria a los vientos? Pues bien, nada de eso. Tales ríos existen en Siria y Libia y no suben ni se desbordan. La segunda explicación recurre más a lo maravilloso que a la ciencia: si se desborda el Nilo, es porque sale del Océano que rodea toda la tierra. La tercera, aunque más juiciosa, es también falsa. ¿Tiene pies y cabeza afirmar que las crecidas del Nilo vienen del deshielo? Llega de Libia, atraviesa Etiopía y se desborda en Egipto. ¿Cómo procederían dichas crecidas de la nieve puesto que corre por las regiones más cálidas hacia las más frías? Para todo hombre sensato, a esta explicación se oponen mil razones: la primera —y no la menor— nos la facilitan los vientos: los que soplan de esas regiones son calientes. Segunda razón, esos países no conocen nunca ni lluvias ni heladas. Ahora bien, cuando nieva, llueve indefectiblemente en los cinco días siguientes. Así que, si nevase en dichas regiones, llovería igualmente. Tercera: los hombres tienen la piel negra como en todos los climas cálidos; los milanos y las golondrinas pasan aquí todo el año y las grullas, huyendo de los fríos de Escitia, vienen precisamente a invernar a dichas regiones. Si nevase, por poco que fuese, en las regiones atravesadas por el Nilo, no se produciría ninguno de esos fenómenos; es de toda evidencia. En cuanto al que recurre a lo maravilloso e invoca al Océano para explicar las crecidas, nos exime de refutarle, pues jamás oí hablar de un río Océano. Debe ser, de seguro, una invención de Homero o de algún otro poeta anterior.

Mas estoy obligado —tras haber refutado dichas explicaciones— a indicar mi postura personal sobre el arduo problema. He aquí, por consiguiente, la razón por la que, a mi juicio, el Nilo crece en verano: Durante la estación invernal el sol queda lejos por el frío de su órbita primera y alcanza su cenit sobre el centro de Libia. Cualquiera que se contente con una explicación general, no necesita saber más; cuanto más se acerca ese dios a un país, tanto más aumenta la sequía y se secan los ríos. Empero, para los que lo desean, ahí van algunos detalles supletorios: como el tiempo es siempre bueno en la Libia central y estas regiones no tienen ningún viento frío, el sol actúa como suele hacerlo en verano, en su cenit; aspira el agua, la lanza hacia la Alta Libia donde la recogen los vientos, la evaporan y dispersan; lo cual explica que los vientos procedentes de dicha región estén más cargados de lluvias. Por lo demás, no creo que el sol rechace cada vez la totalidad del agua que toma del Nilo. Tiene que conservar parte en provecho propio. Tan pronto como el invierno toca a su fin, el sol ocupa su puesto en medio del cielo y aspira el agua de todos los ríos en proporciones iguales. Los que han recibido muchas lluvias y han engrosado su caudal por los numerosos torrentes de los países que atraviesan, corren abundantemente durante todo el invierno, pero se secan

en verano una vez que terminan las lluvias y se inicia la evaporación. El Nilo, por el contrario, como nunca recibe lluvias y cuyas aguas el sol aspira continuamente, es el único río que tiene en invierno un caudal más débil que en verano. Así, la causa de todo este fenómeno está en el sol.

Igualmente es el sol el que seca el aire y le vuelve tan ardiente en todo el país. En la Alta Libia el gran calor persiste desde el principio hasta el fin del año. Si la distribución de los climas fuera subvertida; si el viento del sur soplase por donde sopla actualmente el viento del norte y viceversa, el sol se desplomaría sobre el norte de Europa como lo hace actualmente desde la Alta Libia e influiría sobre el Íster como lo hace sobre el Nilo.

Respecto a la falta de vientos, considero muy natural que no sople brisa alguna de las regiones tropicales. El viento sopla siempre de las regiones frías hacia las cálidas. Terminemos, pues, con esta cuestión y acabemos de una vez por todas con las crecidas.

Por lo que toca a las fuentes del Nilo, ningún egipcio, libio o griego pudieron proporcionarme la más mínima información, excepto el intendente del Tesoro de Minerva en Sais y sin duda se burló de mí al pretender estar al corriente del asunto. Según éste, habría entre Siena, en la Tebaida, y Elefantina dos montañas, o mejor, dos picos, los montes Crofi y Mofi, entre los que brotarían las fuentes del Nilo de un abismo sin fondo. Una mitad del río correría hacia Egipto en dirección norte, la otra hacia Etiopía. Estas fuentes serían, en realidad, abismos. Dicho intendente quiere aducir como prueba la tentativa de Psamético, el cual habría mandado trenzar una maroma de varios miles de toesas de larga y la habría arrojado a la sima sin lograr tocar el fondo. Si estos hechos son auténticos y si he entendido bien, parece ser que en este lugar las aguas se estrellan violentamente contra las rocas, produciendo torbellinos y remolinos que desvían la sonda y la impiden tocar el fondo. Nada más he podido saber. Pero me he encaminado yo mismo hasta Elefantina y éstos son los datos que pude recoger, de oídas, sobre las regiones que se extienden hacia el sur, allende la ciudad.

Partiendo de Elefantina, el país es escarpado. Para remontar el río, hay que halar el barco desde ambas orillas y, si se rompe la cuerda, más vale decirle adiós. Hacen falta cuatro días de navegación para atravesar esta región donde el Nilo es tan sinuoso como el Meandro. Al cabo de doce schenos, se llega a una gran llanura donde el río cerca una isla, Tacompso. Desde Elefantina, el país ya está habitado por etíopes *. Ocupan la mitad de esta isla y los egipcios la otra mitad. Tras de lo cual, se llega a un inmenso lago en cuyas orillas viven etíopes nómadas. Una vez atravesado, volvemos a encontrar el Nilo. Desde aquí, al imposibilitar toda navegación las rocas y escollos, hay que desembarcar y seguir a pie, a lo largo del río, durante cuarenta días antes de poder tomar un barco otra vez. Tras doce días de navegación, llegamos a una gran ciudad, Meroe *, capital del resto de los etíopes. Existen en esta ciudad templos de Júpiter y Baco

y un oráculo de Júpiter que ordena especialmente a los habitantes cuándo han de marchar a la guerra y contra quién.

Si continuamos más allá de esta ciudad, se llega por agua al país de los »Desertores» en tantos días como se necesitaron para ir de Elefantina a Meroe. Estos «Desertores» se llaman *Asmach,* palabra egipcia que significa «los que están a la mano izquierda del rey». Se trata de doscientos cuarenta mil soldados egipcios que desertaron y marcharon con los etíopes por el siguiente motivo: el rey Psamético había establecido guarniciones en Elefantina, frente a los etíopes; en Dafnes, cerca de Peluso, frente a los árabes y asirios, y en Marea, frente a Libia. Por lo demás, los persas mantienen sus guarniciones, en nuestros días, en los mismos emplazamientos, particularmente en Elefantina y Dafnes. Así, pues, los soldados en cuestión estaban de guarnición en Elefantina desde hacía tres días y nadie venía a relevarlos. Se pusieron de acuerdo y por unanimidad decidieron abandonar a Psamético y pasar a Etiopía. Psamético lo supo y emprendió la persecución contra ellos. Volvió a capturarlos, los arengó y les pidió que no abandonaran los dioses de la patria, sus mujeres e hijos. Entonces, uno de los soldados mostrando sus atributos viriles, le contestó que, mientras estuviesen así provistos, no les faltarían mujeres ni hijos. Llegaron, por consiguiente, a Etiopía y se entregaron en manos del rey. Éste los recompensó invitándoles a ocupar y habitar las tierras de algunas tribus rebeldes. Los «Desertores» se establecieron así en el país y difundieron las costumbres egipcias, lo cual civilizó un tanto a los etíopes.

Así se conoce el curso del Nilo hasta una distancia de cuatro meses de navegación y de marcha, sin contar su recorrido egipcio. Así se sabe igualmente que el Nilo viene del Poniente y de las regiones occidentales, pero más allá nadie posee información segura, pues el país, por causa de su ardiente clima, es un verdadero desierto.

He aquí, no obstante, cuanto me han dicho gentes de Cirene que fueron a consultar al oráculo de Amón y encontraron a Etearco, rey de los amonios: Discutieron con él de algunas cosas y demás y la conversación recayó sobre el Nilo. Uno de ellos afirmó que nadie conocía sus fuentes. Entonces Etearco les contó lo siguiente: un día, unos nasamones * vinieron a verle (los nasamones son libios que habitan la Gran Sirte y las tierras que la bordean por el este). El rey les preguntó si sabían algo sobre los desiertos de Libia. «Figúrate que un día —le respondieron— jóvenes temerarios —hijos de personajes importantes de entre nosotros— imaginaron, para desafiar sin duda a la divinidad, echar a suertes a cinco de entre ellos y explorar los desiertos de Libia más lejos de lo que se había ido antes de ellos. La costa septentrional de Libia (desde Egipto hasta el cabo de Soloente que señala la frontera) está habitada de uno a otro extremo por libios, distribuidos en poblados, salvo en las regiones ocupadas por los griegos y fenicios. Allende dicha franja costera ya no hay más que un desierto de arena. Nuestros jóvenes, bien provistos de agua

y víveres, atravesaron primero esta franja costera, llegaron a la zona de las fieras y desde aquí se internaron en el desierto en dirección del céfiro. Durante varios días caminaron por vastas extensiones arenosas, luego, un buen día, divisaron árboles en una llanura. Se acercaron y cogían sus frutos; en esto que surgió una tropa de hombrecillos, de estatura claramente inferior a la mediana, los cuales se apoderaron de ellos y se los llevaron. Tanto ellos como sus capturadores no llegaron a entenderse. Atravesaron pantanos inmensos y llegaron a una ciudad en la que todos los hombres tenían la piel negra y la misma estatura que sus raptores. A lo largo de dicha ciudad corría un gran río, del Ocaso al Levante, en el que se distinguían cocodrilos.» Suspendamos aquí el relato del rey Etearco. Añadamos solamente que los nasamones terminaron por volver a su país y que quienes los habían capturado eran todos hechiceros.

Ese gran río, que corría cerca de la ciudad, cree Etearco se trataba del Nilo. Y creo que tenía razón. El Nilo viene de Libia y la corta por medio. En la medida en que se puede deducir lo desconocido de lo conocido, pienso que nace a la misma distancia que el Íster. Este último viene de la ciudad de Pirene, de entre los celtas (que habitan allende las Columnas de Hércules, junto a los cinesios, últimos habitantes de Europa hacia el Ocaso); desemboca en el Ponto Euxino, junto a la ciudad de Istria, tras haber atravesado toda Europa. Mas, como el Íster discurre a través de países habitados, es bien conocido, en tanto que se ignora todo sobre las fuentes del Nilo que atraviesa los espacios desérticos y deshabitados de Libia. He dicho sobre el curso del Nilo cuanto sabía, por lo menos tanto como me han dado a conocer mis investigaciones. Dicho curso muere en Egipto, frente a las montañas de Cilicia. De estas montañas a Sinope, en el Ponto Euxino, hay cinco días de camino, a buena marcha, y Sinope está justo enfrente de la desembocadura del Íster.

Así, el Nilo, que atraviesa toda Libia, tiene que tener la misma longitud que el Íster. Pero ya hemos hablado bastante sobre dicho río.

Habría mucho que decir sobre todo cuanto Herodoto refiere a propósito de Egipto y del Nilo. Sin embargo, hemos de aclarar inmediatamente esa famosa palabra becos *pronunciada por los dos niños —«cobayas»— del faraón Psamético. Poco importa que dicha palabra sea frigia o no. El método es seguramente estrambótico para investigar quién es el primer pueblo de la tierra y en esta coyuntura sólo dio resultados discutibles. Por mucho que los frigios llamen al pan* becos, *no dejan de ser un pueblo reciente, cuyas primeras colonias, al oeste de Anatolia, datan a lo sumo del siglo XII. La más antigua civilización conocida actualmente es la de los sumerios. Apareció en el sur del Imperio turco fértil desde el quinto milenario, y constituyó muy pronto importantes comunidades urbanas. Pero esta civilización fue absorbida por los invasores semitas desde la mitad del tercer milenario y el Imperio sumerio no conoció nunca ni la continuidad ni la estabilidad de Egipto. Creo que en materia de civiliza-*

ciones, lo importante estriba en la continuidad y homogeneidad de un pueblo más que en su antigüedad; de suerte que los egipcios podían considerarse en tiempos de Herodoto y con razón como el pueblo más antiguo de la tierra. Con todo, reconozcamos a Psamético un gusto muy laudable por los experimentos científicos ya que le volveremos a encontrar en sucesivas páginas cuando sondea las simas de Elefantina, a nivel de la primera catarata, para buscar las fuentes del Nilo.

Sería difícil —por no decir pretencioso— hacer en pocas líneas un balance de las aportaciones egipcias a la historia de las civilizaciones. Una de ellas, no obstante, indicada por Herodoto, merece subrayarse: la invención del calendario. Los egipcios elaboraron un calendario que —en opinión de los expertos— es «seguramente el calendario más inteligente que existió en la historia humana». «Inventaron» el año, tomando como punto de referencia la aparición de Sirio (que ellos llamaban Sothis y coincidía con el comienzo de las crecidas del Nilo) y lo dividieron en doce meses de treinta días, a los que añadieron cinco días al final del año. Éste —que comenzaba el 15 de junio— contaba, pues, con trescientos sesenta y cinco días. Sólo faltaba el año bisiesto que explica la diferencia observada a la larga entre las fechas que indica el calendario y los fenómenos naturales y astrales considerados como coincidentes. En cuanto a los dioses egipcios, no nos extrañemos de hallarlos en cada página con nombres helenos. Ya antes de Herodoto los griegos habían fijado un sincretismo preciso entre divinidades egipcias y griegas. Damos la lista a continuación para una mayor comprensión del texto:

Hefaistos-Vulcano = Ptah.
Zeus-Júpiter = Amón.
Atenea-Minerva = Neith.
Dionisos-Baco = Osiris.
Afrodita-Venus = Hathor.
Artemisa-Diana = Bastet.
Demeter-Ceres = Isis.
Apolo-Febo = Horus.
Heracles-Hércules = Khonsu.
Hermes-Mercurio = Thot.

La descripción de Egipto es de una exactitud asombrosa por parte de un viajero que casi no tenía como elementos de juicio más que sus ojos y su apreciación, y ningún instrumento para medir. Hemos de decir —no tanto para disminuir los méritos de Herodoto cuanto para dar al faraón lo que pertenece al faraón— que los mitos cosmogónicos egipcios narraban de idéntico modo la antigua historia del país: En un principio sólo existía el Nun, *océano primordial que cubría las tierras que contenían en sus aguas los gérmenes de la vida. Luego, un día, una eminencia, un cerro surgió de las olas, manifestación del primer dios creador y de ese cerro*

se extendió la vida por el resto del mundo. Éste era el espectáculo que los egipcios mismos podían ver cuando se retiraba el Nilo, luego de las crecidas. Un alcor, un túmulo emergiendo de las cenagosas aguas y cubriéndose paulatinamente de cañas, malezas y creaturas vivas, era la imagen mítica —aunque al mismo tiempo geológica— de la creación del mundo en Egipto. Al relatar la historia del universo, los egipcios contaban sobre todo su propia historia.

Respecto a las crecidas del Nilo, la explicación exacta era... la tercera. Dichas crecidas provienen ya del deshielo de la nieve en las montañas de Uganda, donde el Nilo blanco nace, ya de las lluvias torrenciales que engrosan el caudal del Nilo azul que procede de Abisinia. La crecida comienza alrededor del 15 de junio (fecha que señalaba el comienzo del año egipcio), aumenta hasta septiembre para disminuir bastante rápidamente en otoño. Muy temprano se había establecido —como lo demuestra el texto de Herodoto— una correlación entre las lluvias de las montañas del sur y las crecidas del río, pero, al conocer mal el emplazamiento de las fuentes, dicha correlación pareció fortuita durante mucho tiempo. Para los egipcios el Nilo era, de hecho, un resurgimiento del Nun, *ese océano primordial que recubría la tierra en los orígenes del mundo; resurgimiento que se manifestaba en dos lugares: en el Alto Egipto, en una caverna cerca de Asuán, llamada Caverna de Hapy (nombre del misterioso dios que se creía presidía las crecidas) y en el Bajo Egipto, algo por encima de El Cairo donde el dios poseía otra segunda caverna. Así que, era inútil, al parecer, buscar más hacia arriba, allende Nubia y Etiopía, las causas de un fenómeno que sólo dependía de la voluntad del dios Hapy.*

Esto hace tanto más interesante la expedición dirigida a través del desierto de Tasili por esos jóvenes nasamones, poblado del litoral libio. Dicha expedición es la primera empresa llevada a cabo con preocupación manifiesta de investigación geográfica y aventurera. Su resultado no fue, por lo demás, el descubrimiento del Nilo... sino del Níger: esos árboles de la sabana, tras la travesía del gran desierto; esos hombrecillos (seguramente pigmeos), que se apoderan de los nasamones, y ese gran río que corre hacia el este infestado de cocodrilos..., ¿no intenta todo ello demostrar que se trata del Níger tal y como se puede contemplar en Niamey? Los exploradores del mundo entero —especie de hombres que, por definición, creen siempre que se aventuran en territorios inexplorados— deberían levantar algún monumento a la memoria de esos nasamones y a su audaz travesía del Tasili, pues ellos fueron sin duda alguna los primeros aventureros terrestres de la historia.

COSTUMBRES DE LOS EGIPCIOS. SUS DIOSES Y SACRIFICIOS. ORÁCULOS Y FIESTAS

Vengo ahora a Egipto del que voy a hablar más extensamente: Encierra tantas maravillas, tantas obras como un reto a la palabra y a la imaginación que no vacilaré en dedicarle un considerable espacio.

Los egipcios, que viven bajo un clima extraño y poseen un río de índole tan diferente de los demás, adoptaron en todo o casi todo costumbres y principios contrarios a los de los otros humanos. Entre los egipcios son las mujeres las que hacen la compra y llevan las tiendas y los hombres, los que se quedan en casa tejiendo. En los demás países, se teje la trama hacia arriba, en cambio en Egipto, hacia abajo. Los hombres llevan los fardos en la cabeza y las mujeres al hombro. Las mujeres orinan de pie y los hombres agachados. Hacen sus necesidades en casa y comen en la calle, y os lo explican diciendo que las necesidades vergonzosas hay que satisfacerlas en secreto y en público las que no lo son. Ninguna mujer puede ser sacerdotisa, pues el ejercicio del culto está reservado a los hombres. No hay nada que obligue al hijo a alimentar a sus padres, si no quiere, pero la hija, en cambio, tiene la estricta obligación de hacerlo, le guste o no. En todos los países, los sacerdotes llevan los cabellos largos, en Egipto se los afeitan. Entre los otros pueblos, los parientes más allegados de un difunto se rapan la cabeza en señal de duelo; en Egipto se dejan crecer la barba y el pelo que hasta ese momento los llevaban afeitados. Los demás pueblos viven separados de su ganado; los egipcios viven juntos. Los otros se alimentan de trigo y cebada, lo cual está muy mal visto en Egipto. Fabrican el pan con una variedad de espelta (trigo) llamada *zeia*. Amasan con los pies, reservando las manos para el barro y el estiércol. Además, en otros lugares llevan los órganos sexuales como cuando se nace. En cambio, en Egipto y allí donde se han introducido tales costumbres, se circuncida a los varones. Cada hombre posee dos vestidos, las mujeres uno solo. Las argollas y jarcias de las velas se fijan por todas partes por fuera del tablazón; en Egipto, por dentro. Para escribir y contar, los griegos mueven los cálculos con la mano de izquierda a derecha; los egipcios de derecha a izquierda, al mismo tiempo que pretenden escribir a derechas y los griegos al revés. Utilizan, además, dos tipos de escritura: la *jeroglífica* y la popular.

Si los comparamos con los demás pueblos, los egipcios son exageradamente religiosos. He aquí algunas de sus costumbres: beben todos juntos en cubiletes de bronce que limpian esmeradamente todos los días. Llevan trajes de lino, siempre impecables, pues son muy quisquillosos en este asunto. Quieren circuncidarse como medida de higiene (ya que a sus ojos es más importante la limpieza que la estética). Los sacerdotes se afeitan todo el cuerpo para que los piojos no los manchen en el desempeño de sus funciones. No llevan más que un vestido de lino y sandalias de papiro.

Cualquier otro vestido y sandalias están rigurosamente prohibidos. Se lavan dos veces al día con agua fría y dos veces por la noche y se obligan a otros mil ritos que sería prolijo enumerar. Pero esta vida tiene sus lados buenos también: para vivir no tienen que gastar la más mínima cantidad personal; cada día les traen pan cocido por encargo suyo y mucha carne, de buey, oca, vino, en suma, de todo, menos pescado, plato prohibido. Los egipcios no siembran nunca habas y cuando crecen solas, se cuidan muy bien de tocarlas. Ni siquiera los sacerdotes soportan su vista. Al parecer, es una legumbre impura. Cada dios posee una caterva de sacerdotes a su servicio; todos los cuales obedecen a un sumo sacerdote. Esta última función se transmite de padres a hijos.

Los bueyes son considerados como propiedad de Epafo. Por eso, se los somete a la siguiente prueba: por un solo pelo negro que se les descubra, el animal se considera impuro. El examen lo efectúa un sacerdote dedicado especialmente al efecto; examina al animal de pie y boca arriba, le saca la lengua para ver si oculta alguna impureza ritual y mira si los pelos de la cola están bien dispuestos. Así que, si el animal es puro, le marca enrollándole un papiro o biblo alrededor de los cuernos e imprimiendo su sello personal en la greda pegada. Hecho esto, se llevan al animal y ¡desgraciado del que toque a un animal impuro!, se expondría a la muerte. Así es cómo se examina a los animales en Egipto.

Cuando se desea hacer un sacrificio, cogen al animal marcado, se le conduce hasta el altar, se enciende el fuego, derraman vino sobre la víctima invocando al dios y se le corta la cabeza. Se despelleja al animal y la cabeza se la cubre de maldiciones y se retira. Si en algún lugar existe un mercado griego, se lleva la carne para venderla. Si no hay griegos, la tirarán al río. Las maldiciones consisten en pronunciar: «¡Si alguna desgracia amenaza a los sacrificadores o a Egipto, que recaiga sobre esta cabeza!» Todos los egipcios observan exactamente esos ritos para las maldiciones y libaciones. Es una de las razones por las que ningún egipcio comerá nunca la cabeza de un animal, sea cual fuere.

Empero, hay muchas variantes en la manera de sacar las entrañas y de quemarlas. En el culto a la más grande de las diosas, aquélla en cuyo honor se celebran las fiestas más importantes, las cosas ocurren así: se despelleja al buey, se recitan oraciones, luego se sacan los intestinos dejando en el cuerpo las demás visceras y la grasa; se cortan las patas, los lomos, el codillo y el pescuezo. A continuación, llenan la cavidad de panes candeales, miel, uvas pasas, higos, incienso, mirra y otros aromas y se cuece todo rociándolo con abundante aceite. Ayunan antes de hacer el sacrificio. Mientras se asa el animal, todos los asistentes se golpean el pecho, tras de lo cual se regalan con el festín. Así los egipcios sacrifican los terneros y bueyes reconocidos puros pero nunca las vacas que son animales sagrados de Isis. Las estatuas de Isis la representan como una mujer con cuernos de vaca (exactamente como entre nosotros, los griegos, a Io) y todos los egipcios, sin excepción, profesan una veneración muy

especial a las vacas. Por esto, ninguno de ellos besará nunca a un griego en la boca, ni se servirá de cuchillo heleno alguno, ni de asadores ni de marmitas griegos, ni tampoco comerá de un buey cortado con cuchillo griego.

Los bueyes y vacas muertos de muerte natural se los trata así: arrojan las vacas al río y los bueyes son enterrados en la tierra, dejando asomar uno o dos cuernos para señalarlos. Una vez descompuesto el animal, en los plazos establecidos, llega una barca de la isla llamada Prosopitis y situada en el Delta. Esta isla posee varias ciudades y una de ellas, Hatarbechia, tiene un santuario célebre de Venus. Una multitud de gente sale de dicha ciudad para desenterrar la osamenta de los bueyes, llevárselos y enterrarlos todos juntos en el mismo lugar. Las otras reses son sepultadas en idénticas condiciones. Es un rito imprescriptible.

Todos los que habitan en la región de Tebas o han construido un templo en honor de Júpiter Tebano, jamás tocan los carneros sino que sacrifican las cabras. Los egipcios no veneran todos a los mismos dioses (excepto Isis y Osiris, nuestro Baco griego). Los que viven en la provincia de Mendes, por ejemplo, o poseen un templo del dios Mendes, sacrifican, por el contrario, un carnero y se cuidan de no tocar las cabras. Los que jamás tocan los corderos ni los carneros (los tebanos, por ejemplo) dan la siguiente explicación: Un día, Hércules quiso ver a Júpiter a toda costa, pero éste no tenía ningún empeño en ello. Como el primero insistiese, Júpiter imaginó despellejar un carnero, disfrazarse con su vellón, cortar la cabeza de la res, ponérsela de máscara y presentarse así ante Hércules. Por esta razón los egipcios representan a Júpiter con la cabeza de un carnero. Los amonios, mezcla de colonos egipcios y etíopes, los han imitado. A mi juicio, el mismo nombre de amonios les viene de semejante peculiaridad, puesto que Amón es el nombre de Júpiter. Así, a causa de esta leyenda, los tebanos nunca sacrifican los carneros y los tienen por sagrados. No obstante, una vez al año, en la fiesta de Júpiter, matan un carnero, lo despellejan, visten con el vellón una estatua del dios y la acercan a la de Hércules. Todos los asistentes, durante ese tiempo, se golpean el pecho y luego entierran al animal en un féretro sagrado.

Este Hércules —me han dicho— es uno de los doce dioses. Sobre el otro Hércules, el de los helenos, nada pude saber. Los egipcios, en todo caso, no tomaron seguramente ese nombre de los griegos. Sería más bien lo contrario. Muchos indicios me lo demuestran. Los padres de Hércules —Anfitrión y Alcmena— son de ascendencia egipcia y los egipcios nunca oyeron hablar de Neptuno ni de los Gemelos (Cástor y Pólux) o Dióscuros. Si hubiesen tomado dioses a los helenos, habrían tomado estos dos los primeros, puesto que los egipcios eran ya grandes navegantes y también los griegos, estoy seguro. Así que, verosímilmente habrían tomado los nombres de Neptuno y de los Gemelos antes que el de Hércules. De hecho, los egipcios deben tener algún antiguo dios por nombre Hércules. Según ellos, además, los doce dioses actuales —entre los que se cuenta

Hércules— nacieron de los ocho dioses primitivos, diecisiete mil años años antes del reinado de Amasis.

Con todo, quise enterarme algo más a fondo sobre este asunto de boca de gente competente y me dirigí a Tiro, en Fenicia, donde se hallaba —me dijeron— un célebre santuario de Hércules. Lo vi; es realmente magnífico; está repleto de ofrendas y noté dos estelas: una de oro y la otra de esmeraldas que refulgían de noche con vivos destellos. Me puse en contacto con los sacerdotes del dios y les pregunté desde cuánto tiempo existía dicho templo. «Desde la fundación de Tiro», me contestaron, o sea desde hace dos mil trescientos años; lo cual no está conforme con la opinión de los griegos. Seguí viendo en Tiro otro santuario de Hércules, el de Taso. Fui a Taso y encontré, en efecto, un templo de Hércules edificado por los fenicios cuando salieron a descubrir Europa; lo cual sitúa la fundación del templo cinco generaciones antes de nacer el Hércules heleno. Esta investigación me ha demostrado claramente que Hércules es un dios muy antiguo y me ha parecido muy sensato haber construido en Grecia dos templos a dos Hércules diferentes: uno, que es dios, inmortal, y se llama Hércules Olímpico; el otro, quien recibe únicamente los honores reservados a los héroes.

Los griegos dicen a veces necedades inverosímiles. He aquí una entre mil: Hércules —según ellos— habría ido a Egipto un día. Los egipcios le coronaron como para un sacrificio, lo llevaron en procesión al altar de Júpiter. Hércules al principio no rechistó, pero, cuando vio que lo iban a inmolar de veras, se decidió a emplear la fuerza y mató a todo el mundo. Tal relato denota en los griegos una completa ignorancia de la psicología y costumbres de los egipcios: ¿Cómo gente, a quien su religión prohíbe matar las ocas, bueyes, terneros, sacrificarían hombres? Asimismo, ¿cómo Hércules —que sólo era un hombre— habría podido matar por sí solo a miles de personas? ¡Pluguiera a los dioses que por lo menos no me guardasen rencor al recordar tales disparates!

Otros egipcios, en cambio, nunca tocan las cabras ni los machos cabríos. Los habitantes de la ciudad de Mendes cuentan a Pan entre los ocho dioses primitivos. Pintores y escultores representan a Pan, como hacen los griegos, con una cabeza de cabra y patas de chivo. Saben perfectamente que es, en realidad, como los otros dioses, pero lo representan así por razones especiales que se me permitirá silenciar. La gente de Mendes veneran todo lo que es cabra o macho cabrío, con marcada preferencia por los machos cabríos. Siempre hay un macho cabrío más venerado que los demás y enterrado con gran duelo en toda la región, al morir. Mendes, en egipcio, designa al macho cabrío y al dios Pan a la vez. En los últimos tiempos —¡cosa nunca vista!— un macho cabrío cubrió a una mujer públicamente en plena ciudad.

El puerco, en Egipto, es considerado como un animal impuro. ¿Queréis la prueba? Si un egipcio roza un puerco en la calle, inmediatamente se zambulle vestido y todo, en el río. Otra prueba: los porqueros —aunque

egipcios de nacimiento— son los únicos que nunca pueden penetrar en un templo. Nadie les entregará su hija o se casará con la de ellos. Se casan entre ellos y ellas. Jamás sacrifican puercos, salvo a Baco y a la Luna, el día de plenilunio. ¿Por qué tienen tal horror de sacrificar un cerdo si no es a la Luna? Se me ha explicado el motivo, pero no sería decente repetirlo. Para sacrificar un puerco a la Luna, se le degüella y se pone aparte el rabo y el bazo. Se untan con toda la grasa de la panza del animal y se los quema. El resto se consume únicamente el día del plenilunio cuando tiene lugar el sacrificio. Todo el resto del año, el cerdo queda excluido en absoluto. Los pobres, por falta de recursos, hacen cerdos de masa, los cuecen y los ofrecen en sacrificio.

En honor de Baco o Dioniso cada cual mata un cerdo frente a su puerta, la víspera de su fiesta, y le entrega al porquero que se lo ha vendido. Salvo la ausencia de coro, el resto de la ceremonia se desarrolla poco más o menos como entre los griegos; aunque, en vez de pasear un falo, han fabricado estatuillas de un codo, con una verga de la misma talla, movida por hilos; las mujeres las pasean de pueblo en pueblo cantando himnos a Baco.

Existe una leyenda sagrada que explica por qué esta verga es tan descomunal y por qué es la única que se mueve. Respecto a la introducción en Grecia de un dios por nombre Baco, de sacrificios a este dios y de la procesión del falo, se la debemos a Melampo, hijo de Amiteón. A decir verdad, Melampo no introdujo seguramente todo de una vez. Otros sabios, después, tuvieron que inspirarse en sus doctrinas y propagarlas. Pues la similitud entre ambos cultos —en Egipto y Grecia— no podría ser fortuita. Melampo se había iniciado en el arte adivinatorio, se convirtió en maestro del género e introdujo en Grecia muchas costumbres conocidas en Egipto, entre otras, esa procesión en honor de Baco.

Casi todos los nombres de los dioses nos llegaron de los bárbaros y especialmente de Egipto; todas mis investigaciones me lo han demostrado. Los dioses, con excepción de Neptuno y de los Gemelos, Vesta, Justicia, las Gracias y Nereidas, existieron y fueron conocidos en Egipto en todos los tiempos, y no hago más que repetir aquí lo que dicen los egipcios. Por lo que toca a los dioses que no provienen de Egipto, deben venir de los pelasgos, excepto Neptuno o Poseidón, originario de Libia. Añadamos que los héroes no constituyen en Egipto objeto de culto alguno.

Tales son las imitaciones —con otras muchas de que hablaremos— que los griegos copiaron de los egipcios. En cambio, las estatuas de Mercurio con el falo erecto, que tenemos en Grecia, no nos vienen de Egipto sino de los pelasgos. Los atenienses fueron los primeros en adoptar esas estatuas y transmitieron dicha costumbre a los demás helenos. Estos atenienses ya eran de raza helénica cuando los pelasgos vinieron a establecerse cerca de ellos. A partir de esta época, podemos considerar a estos últimos como totalmente helenizados. (Cualquiera que haya sido iniciado en los misterios de los cabiros, en Samotracia, comprenderá lo que quiero decir.)

Los pelasgos se establecieron primeramente en Samotracia, antes de instalarse en Ática, y transmitieron sus misterios u orgías a las gentes de la isla. Los atenienses son, pues, los primeros en haber utilizado esas estatuas de Hermes con el falo erecto. Los pelasgos tienen a este respecto una leyenda sagrada, representada en los misterios de Samotracia: Otrora, cuando los pelasgos ofrecían sacrificios, invocaban a «los dioses» en general, sin atribuir a ninguno ni nombre personal ni calificativo particular. Para ellos los dioses carecían de nombre. Los llamaban dioses, es decir, «ordenadores», por haber ordenado el universo y presidido la distribución de todas las cosas. Posteriormente, sus dioses tomaron nombres provenientes de Egipto. Siglos más tarde, fueron a Dodona a consultar al oráculo que pasa por ser el más antiguo de Grecia y era el único en esa época: «¿Había que conservar para los dioses esos nombres bárbaros?» «Sí», respondió el oráculo. Y desde entonces designan a cada dios con un nombre particular y transmitieron a los griegos tal costumbre.

Pero cada uno de esos dioses ¿de dónde viene? ¿Existían todos originariamente? y ¿qué apariencia tenían? Otras tantas preguntas sin respuesta hasta estos últimos tiempos, a lo sumo hasta Homero y Hesíodo, los primeros en componer una teogonía, en fijar los nombres de los dioses, en determinar sus atributos y funciones, en describir su apariencia y los cuales sólo me precedieron sobre la tierra en cuatro siglos. Todos los informes sobre los pelasgos me vienen de los sacerdotes de Dodona. Todo cuanto concierne a Hesíodo y Homero es mío.

Los egipcios me contaron —sobre el origen de los oráculos en Grecia y Libia— la historia siguiente: dos mujeres, ambas sacerdotisas del templo de Júpiter en Tebas, fueron raptadas un día por fenicios y llevadas, una a Grecia y la otra a Libia. Estas dos mujeres serían el origen de los oráculos entre esos dos pueblos. «¿De dónde os vienen esos detalles tan precisos?», pregunté yo a los sacerdotes que me narraban la historia. «Pese a todas nuestras pesquisas —contestaron— no pudimos encontrar a esas mujeres, pero obtuvimos los datos de fuente segura.»

Las profetisas o promántidas del santuario de Dodona dan otra versión: Dos palomas negras —me dijeron— volaron un día de Egipto, una hacia Libia y la otra hacia Dodona. Esta última se posó en una encina y se puso a hablar con voz de mujer diciendo que había que establecer allí mismo un oráculo de Júpiter. Las gentes de Dodona pensaron que era una orden de los dioses y la obedecieron. La paloma, que salió para Libia, hizo otro tanto aquí y fundó un oráculo de Amón (es decir, de Júpiter). Esto es textualmente cuanto me dijeron las profetisas dodoneas. La de más edad se denominaba Promenia, la siguiente Timareta y la más joven Nicandra. Todo el mundo en el país me confirmó este relato. Doy ahora mi opinión sobre esta historia: los fenicios tuvieron que arrebatar a esas dos sacerdotisas e ir a venderlas a Libia y Grecia (o más exactamente a Pelasgia, como se denominaba a Grecia en esa época) a gente de Dodona. Una se quedó allí como esclava —y siendo lo más natural para

una antigua sacerdotisa de Júpiter—, quiso perpetuar allí mismo el recuerdo de su antiguo templo. En consecuencia, fundó un templo a Júpiter, cerca de una encina, y en cuanto pudo comprender y hablar el griego, profetizó. Respecto a la palabra «paloma», debe provenir del hecho de que la mujer era bárbara y su lengua tan incomprensible y cantarina para las gentes de Dodona como el canto de los pájaros. Luego, cuando ella dejó de chapurrear, o más bien, de «gorjear», esto es, cuando empezó a hablar una lengua inteligible, lo tradujeron a su modo, diciendo: «Y la paloma adquirió voz humana», ya que, después de todo, ¡no creo que una paloma haya podido hablar alguna vez! Y al decir la leyenda que dicha paloma era negra, esto significa sencillamente que la mujer era egipcia y tenía la tez morena. La adivinación por los árboles, tal y como se practica en Dodona y Tebas, es poco más o menos idéntica. La adivinación por las entrañas también nos ha venido de Egipto.

Los egipcios fueron igualmente los primeros en celebrar grandes fiestas religiosas con multitud de ritos y procesiones. Prueba de ello es que todas las fiestas en Egipto llevan señales indiscutibles de antigüedad, mientras que en Grecia parecen ser más recientes. De dichas fiestas, los egipcios celebran varias al año. La más importante y popular es la de Diana, en la ciudad de Bubastis. Luego viene la de Isis en Busiris, ciudad situada en medio del Delta, donde se halla un santuario muy importante de la diosa, la Demeter —Ceres de los egipcios—. La tercera tiene lugar en Sais *, en honor de Minerva. La cuarta, en Heliópolis, en honor del Sol. La quinta, en Butona *, en honor de Latona. La sexta, finalmente, en Papremis, en honor de Marte o Ares.

Para la fiesta de Diana, hombres y mujeres se dirigen a Bubastis por el río, hacinados en barcas. Durante el trayecto, algunas mujeres tocan los crótalos y algunos hombres, la flauta, en tanto los restantes ocupantes cantan dando palmadas. Cada vez que llegan a la altura de una ciudad, todos bajan y las mujeres empiezan a mofarse de sus habitantes, a bailar, remangarse las faldas, etc. Idéntico ritual se sigue en cada parada. En Bubastis, la fiesta de la diosa lleva consigo grandes sacrificios y se consume más vino en este único día que durante todo el resto del año. Según las gentes del país, esta fiesta atrae cada año a más de seiscientos mil peregrinos de ambos sexos, sin contar los niños.

He referido más arriba, a propósito de los sacrificios de los bueyes, cómo se celebra la fiesta de Isis en Busiris. Luego del sacrificio, todos los asistentes —que son centenares de miles— se golpean el pecho. ¿En honor de quién? Me está prohibido decirlo. Los carios establecidos en Egipto van más lejos: se hacen cortes en la frente con un cuchillo. Por esto mismo se reconoce que no son egipcios.

En Sais, la noche de la fiesta, todo el mundo enciende lámparas fuera, alrededor de las casas. Tales lámparas son una especie de vasijas llenas de aceite y sal en las que la mecha se impregna en el mismo aceite y arde toda la noche. Esta fiesta se llama la fiesta de las Iluminaciones. Los que

no asisten a la ceremonia propiamente dicha, velan, sin embargo, en sus casas durante la noche entera y encienden sus lámparas, tanto que esa noche todo Egipto está iluminado. ¿En honor de quién se iluminan así las casas? Lo explica una leyenda sagrada.

En las fiestas de Heliópolis y de Butona, se contentan con ofrecer sacrificios. En Papremis la ceremonia se inicia —como por doquier— con sacrificios y otros ritos; luego, desde la puesta del sol, sacerdotes empiezan a ajetrearse alrededor de la estatua de Marte, mientras que otros van a apostarse con garrotas frente a la entrada del templo. Fieles en número de un millar, armados también de trancas, vienen a concentrarse ante los sacerdotes. La estatua —dentro de un templo, miniatura de madera dorada— ha sido trasladada la víspera a otro edificio. Los escasos sacerdotes que han quedado de guardia, en torno suyo, se uncen a un carro de cuatro ruedas, que lleva el templo y su imagen. Los sacerdotes apostados a la entrada del santuario les prohíben el acceso; pero entonces todos los fieles se precipitan en auxilio de su dios y la emprenden a golpes con los sacerdotes. Éstos responden y se entabla un violento combate a garrotazos. No vacilan, si llega el caso, en romper alguna crisma y más de un combatiente —estoy seguro— ya no se levanta; con todo, se me ha asegurado que nunca hubo muertos. Según las gentes del país, el origen de esta batalla ritual sería la siguiente: la madre de Marte vivía otrora en este templo. Cuando su hijo, criado lejos de ella, convirtióse en adulto y vino a Papremis a verla, los guardianes de la diosa prohibieron el acceso al templo a este desconocido. El dios se vio obligado a ir a pedir refuerzos y vapulear en serio a los guardianes para llegar hasta su madre. De aquí dicha batalla ritual el día de la fiesta de Marte.

La prohibición de unirse con mujeres en los lugares sagrados o de acudir a ellos al salir de sus brazos sin haberse lavado, nos viene igualmente de Egipto. Aparte los egipcios y los griegos, creo que ningún hombre tiene empacho en hacer el amor en los lugares sagrados o de penetrar en ellos al salir de los brazos de una mujer sin haberse lavado. Para ellos hombres y bestias están sometidos a la misma ley: puesto que los animales y pájaros se aparean en los templos ¿por qué no había de hacerlo el varón? Si la cosa desagradase a los dioses, ¡éstos no permitirían que hiciesen el animal! Tales son las excusas que se dan, las cuales para mí carecen de todo valor.

Nada ha podido desmentir los hechos referidos por Herodoto a propósito de la vida religiosa egipcia. Ciertos pasajes presentan inexactitudes pero ninguno ha resultado falso o del todo erróneo. Hay que tener en cuenta que Herodoto recorrió Egipto a salto de mata, rebuscando acá y acullá datos de toda índole y encontrándose, durante el viaje, con cultos, fiestas y ritos locales cuyos vestigios no siempre se han descubierto. Muchas de las ceremonias descritas por Herodoto son fiestas de pueblo cuyos

detalles variarían fatalmente de un nomo (1) *a otro, hasta de un pueblo a otro; lo cual explica que no podamos siempre hacer el balance de las descripciones de Herodoto. Así, esa costumbre consistente en arrojar a los ríos (allí donde no hay griegos) la cabeza de los bueyes sacrificados, no es conocida en ninguna otra parte. Debe tratarse de una práctica local cuyo uso ha generalizado abusivamente Herodoto.*

Lo que dice sobre el culto de Júpiter en Tebas, es decir, del dios Amón en Karnak, tampoco ha sido confirmado por completo. Pero es cierto que Amón era un dios al que se solía representar con una cabeza de carnero. Éste es incluso el motivo por el que se han llamado amonitas *ciertos moluscos del período secundario, ya que sus volutas o espirales recuerdan las de los cuernos del dios Amón. Pero no por ello existió en Karnak culto al carnero sagrado ni tampoco carneros momificados. Como vemos, los testimonios de Herodoto plantean en general más problemas que resuelven, pero cada uno posee un interés esencial, ya que nada permite poner en duda la realidad de los hechos observados. Incluso la historia —aunque tan extraña— de ese macho cabrío que copula públicamente con una mujer en la ciudad de Mendes, no es pura invención por parte de Herodoto sino simple exageración. Ese Mendes —al que Herodoto asimila al dios Pan— se llamaba Menes en egipcio. Era un dios itifálico (tecnicismo para designar que se le representaba siempre con el falo erecto) y presidía —como uno puede sospechar— la fertilidad de los campos y la fecundidad de las mujeres. Se le denominaba, además, «el Toro que cubre a las hembras». Patrocinaba muy especialmente la fecundidad de las dinastías reales y tenía al macho cabrío por animal sagrado. Las mujeres que deseaban tener hijos, tenían que ir indudablemente al santuario de Menes a frotarse contra el animal sagrado; lo cual explica la observación de Herodoto. Es posible asimismo que ese macho cabrío haya desempeñado un papel en el curso de hierogamias (simbólicas, por supuesto) destinadas a promover la fecundidad del faraón o de su mujer. Una inscripción del templo de Abu-Simbel en el Alto Egipto ¿acaso no reza, a propósito del dios Ptah: «Me transformé en macho cabrío de Mendes y me acosté con tu espléndida madre para que diera a luz tu ser»? Se notará igualmente, con algo de inquietud que, según el testimonio de Diodoro de Sicilia, el cual visitó Egipto en la época romana, la gran sacerdotisa del dios Menes, en Mendes, se la llamaba «la Amada del macho cabrío».*

Finalmente, si el puerco, en el antiguo Egipto, era tratado con tal desprecio, es porque representaba un papel muy antipático en la leyenda de Osiris. Osiris, dios de la vegetación, luego un dios de los muertos, fue matado por su hermano Seth. Pero la diosa Isis, esposa de Osiris, logró esfumar el cadáver y ocultarle. Entonces Seth salió a buscarle con el propósito de mutilarle y despedazarle. Y fue un cerdo (negro, para ser exac-

(1) División administrativa del antiguo Egipto (y de la Grecia moderna). *(Nota del traductor.)*

tos) el que olfateó el emplazamiento del cadáver y se lo mostró a Seth. Desde ese día los egipcios lo tuvieron como objeto de execración. Muy similares son los motivos que explican la prohibición a los sacerdotes de consumir pescado. Puede tratarse de un pez específico, el lepidote, que también desempeña un papel en la leyenda de Osiris. Cuando Seth, gracias al olfato del cerdo negro, encontró el cadáver de Osiris, se apresuró a despedazarle en cuatro trozos que esparció por todo Egipto. Isis salió en su busca y los encontró de nuevo todos excepto uno: el falo. Seth lo había arrojado al Nilo y los lepidotes lo devoraron. ¡Así se comprende la aversión de los egipcios hacia ese pez...!

Animales sagrados. Cómo se suicidan los gatos en Egipto. Cómo se cazan los cocodrilos

Los egipcios que respetan escrupulosamente todo lo sagrado, son muy quisquillosos en lo referente a los animales. Aunque limítrofe de Libia, Egipto posee una fauna bastante pobre. Mas todos los animales que viven en él —salvajes o domesticados— se los considera sagrados. Explicar el porqué equivaldría a hablar de los dioses; lo cual tengo empeño en eludir por encima de todo. Hecha esta advertencia, he aquí las normas al uso referentes a los animales: cada especie tiene sus servidores —varones o hembras, poco importa— que cuidan con esmero de su alimentación y cuyo cargo —tenido en Egipto por honorífico— se transmite de padres a hijos. En las ciudades, cuando se desea hacer un voto al dios al que está consagrado el animal, los padres afeitan la cabeza de sus hijos, colocan los cabellos en una balanza, los pesan con dinero y entregan la cantidad al guardián del animal. Éste la utiliza para comprar pescado y alimentar con él a su animal o animales. Si alguno mata voluntariamente un animal sagrado, es castigado con la muerte. Si lo hace involuntariamente, paga una multa que fijan los sacerdotes; pero si se trata de un ibis o de un halcón, muere irremisiblemente ya lo hiciera exprofeso o no.

Existen muchos animales domésticos en Egipto. Pero habría más si los gatos no fuesen víctimas frecuentes del siguiente accidente: Al parir las gatas, ya no pueden aguantar a los machos. Éstos prueban fortuna pero en vano. En último extremo, quitan a las madres sus crías y las matan, pero no las devoran. Las gatas, privadas de su progenitura, vuelven a los machos para engendrar otras, pues poseen un instinto maternal muy fuerte.

Cuando estalla un incendio, se produce un fenómeno increíble entre los gatos: mientras los egipcios, en torno a las llamas, se preocupan por sus animales hasta olvidarse de apagar el fuego, los gatos se escurren entre sus piernas o saltan por encima de sus cabezas o se arrojan a las llamas; lo cual sume a los egipcios en un dolor profundo. Al morir un gato de muerte natural, todos los de la casa se afeitan las cejas; si se trata de un perro, todo el cuerpo y la cabeza.

Después de morir, los gatos se llevan a Bubastis, a los lugares sagrados donde se los embalsama y entierra. Los perros son inhumados cada cual en su ciudad, en ataúdes sagrados. Las musarañas y halcones, trasladados a Butona; los ibis a Hermópolis, los osos —muy raros en Egipto— y los lobos —cuyo tamaño no es mayor que el de los zorros— son enterrados en el sitio donde se encontró su cadáver.

Vengamos ahora a los cocodrilos: Durante los meses de invierno, no comen absolutamente nada. El cocodrilo es un cuadrúpedo que vive en las aguas tranquilas y en tierra firme. Pone los huevos y deja que incuben en el suelo. El día lo pasa en lo seco, pero las noches en los ríos cuyas aguas están más templadas que el aire o el rocío. De todos los animales conocidos es uno de los que muestran más desproporción entre la cría y el adulto. Una cría de cocodrilo, al nacer, apenas si es mayor que un huevo de oca, pero, una vez adulto, puede alcanzar hasta diecisiete codos y más. Tiene los ojos como los de los cerdos, dientes largos y salientes en proporción a su tamaño. Es el único animal que carece de lengua, no puede mover el maxilar inferior pero puede dejar caer la mandíbula superior sobre la inferior. Posee fuertes garras, la piel está cubierta de escamas y es un auténtico voraz. No ve en el agua y tiene las fauces por dentro llenas de sanguijuelas. Todos los animales y pájaros huyen de él, salvo el troquilo con quien vive en muy buenas relaciones. Cuando el cocodrilo sale del agua y abre la jeta (casi siempre en dirección del céfiro), el troquilo penetra dentro y devora las sanguijuelas. Entusiasmado por el alivio, el cocodrilo no hace ningún daño al pájaro.

En ciertas regiones, los cocodrilos son sagrados. En otras no lo son e incluso son arrojados. Las gentes de Tebas y del lago Meris los tienen por muy sagrados. Esas dos provincias alimentan, cada una, un cocodrilo amaestrado y domesticado. Le ponen zarcillos en las orejas, brazaletes en las patas delanteras, le dan alimentos sagrados, en una palabra, lleva una vida de príncipe. Al morir, le embalsaman y entierran en un ataúd sagrado. En Elefantina, en cambio, lejos de tenerlo por tal, no vacilan en comérselo. El nombre egipcio de cocodrilo es *campsas*. El término «cocodrilo» nos viene de los jonios que así llaman a los pequeños lagartos que se cobijan en las grietas de las paredes.

Los capturan de varias maneras. He aquí la más curiosa: enganchan un trozo de carne porcina en un anzuelo que se tira al río y se deja a la deriva. Durante este tiempo, en la ribera del río el cazador, armado de un bastón, se harta de dar palos a un cochinillo vivo. Los gritos del animalito atraen al cocodrilo, éste nada en esa dirección, huele la carnaza y la devora. El cazador tira de la cuerda y una vez izado el cocodrilo en la ribera, la primera preocupación del cazador es cegar los ojos del cocodrilo con barro. Hecho lo cual, su captura es sólo un juego de niños.

El hipopótamo o caballo de río no es sagrado sino en la península de Papremis. Es un cuadrúpedo de pies hendidos como los del buey, de hocico romo; posee una crin de caballo, colmillos salientes, cola y relincho

equino y el tamaño de un buey corpulento. Su piel es tan gruesa que, luego de secarla, se pueden hacer con ella astiles de jabalina.

Asimismo, se encuentran en el Nilo nutrias consideradas como sagradas y entre los peces el lepidote y la anguila. También se halla el ave llamada tadorna o pato-zorro.

Existe otro pájaro sagrado, denominado fénix. Por lo que a mí respecta, nunca los vi si no es en pintura. Es cierto que viene rara vez a Egipto, únicamente cada quinientos años, cuando su padre muere, según la gente de Heliópolis Si se parece a sus pinturas, posee un plumaje rojo vivo en parte y en parte dorado, el tamaño y aspecto de un águila. Pretenden —y ello me parece verdaderamente increíble— que, al morir su padre, traslada su cuerpo envuelto en mirra desde Arabia hasta el templo del Sol, en Heliópolis, para inhumarle aquí. Formaría primero un huevo con mirra tan grueso como fuese posible, realizaría un vuelo de pruebas con su carga para comprobar si puede transportarla; después perforaría el huevo e introduciría en él a su padre, llenaría el vacío con mirra (pues el peso del cadáver quedaría compensado con el de la mirra quitada) y se lo llevaría hasta Egipto, al templo del Sol. ¡Tal es el prodigio de que sería capaz dicho pájaro!

Hay cerca de Tebas serpientes sagradas, inofensivas para los humanos, más bien pequeñas, con dos cuernos en lo alto de la cabeza. Dicen que están consagradas a Júpiter y se las entierra en su templo cuando mueren.

He ido asimismo a una región de Arabia, a los alrededores de la ciudad de Butona para cerciorarme acerca de las serpientes voladoras. Allí observé, en efecto, osamentas y vértebras de serpientes en cantidad tal que era imposible enumerarlas. Estaban apiladas en montones de todos los tamaños, desde las más pequeñas a las más gigantes, en número increíble. Este lugar es una garganta encajada entre dos montañas y lleva hasta una vasta llanura que confina con la de Egipto. Al parecer, en la primavera, dichas serpientes aladas, vuelan a Arabia y los ibis las esperan en esta garganta para impedirles la entrada en Egipto y exterminarlas. Por este motivo —me explicaron los árabes— los egipcios honran tanto a los ibis (lo cual me lo han confirmado los mismos egipcios).

El ibis es un ave de plumaje muy oscuro, con patas de grulla, pico muy retorcido, del tamaño de una polla de agua o grulla, al menos el ibis negro, enemigo hereditario de las serpientes voladoras. Pero existe una segunda variedad de ibis blancos que uno se encuentra a la vuelta de cada esquina; tienen la cabeza y el pescuezo pelados, todo el cuerpo blanco, salvo la cabeza, el pescuezo y las extremidades de las alas y de la cola que son negras; las patas y el pico son como los de los ibis negros. Las serpientes voladoras —de las que hablé más arriba— se parecen bastante a las serpientes de agua; sus alas son como las de los murciélagos. Pero ya hemos dicho bastante de los animales sagrados.

Ritos funerarios

Los egipcios que habitan las regiones más fértiles, mantienen entre ellos el culto al pasado. En dichas regiones se encuentran las gentes más instruidas. Tienen costumbres bastante curiosas: cada mes, por ejemplo, se purgan por completo, tres días seguidos, con ayuda de vomitivos y lavatorios; persuadidos de que nuestro modo de alimentarnos es el origen de todas nuestras dolencias. Después de los libios, los egipcios son, por lo demás, las gentes más sanas del mundo, sin duda por causa del clima uniforme. Todos los cambios, en general, y los de las estaciones, en particular, son más bien nefastos para los humanos. Hacen el pan con harina de espelta o escandía y los llaman *citestis*. Hacen cerveza con cebada, pues el país entero carece de vides. Comen el pescado crudo o secado al sol o macerado en salmuera. Las aves, tales como las codornices, patos o pajarillos, se salan sencillamente y los comen sin más. Todos los otros, exceptuados, evidentemente, los pájaros sagrados, se comen asados o cocidos.

En las casas ricas, al terminar los banquetes, un hombre da vueltas llevando una figurilla de madera que representa un cadáver en el ataúd, de estilo muy realista. Enseña el cadáver a todos los comensales y les dice: «¡Fijaos bien los que habéis comido y bebido hasta hartaros, porque un día seréis todos iguales!» Ésta es la costumbre, en Egipto, al final de los banquetes.

Los egipcios tienen costumbres ancestrales y no les gusta cambiar. Entre otras curiosidades, observemos que, al parecer, no conocen más que un solo canto fúnebre, el canto de Lino, que hallamos igualmente en Fenicia, Chipre y otros lugares. No fue éste uno de mis menores asombros en este país, donde tuve tantos otros, encontrarme de nuevo con ese canto en Egipto. ¿De dónde procede ese nombre de Lino? Debe existir desde siempre. Lino en egipcio quiere decir *Maneros* y esto, a su vez —según me han explicado— es el nombre del hijo único del primer rey de Egipto. Aquél murió prematuramente y en su honor se compuso ese canto fúnebre, el primero y único que conocí en Egipto.

Hay otro punto de coincidencia entre los egipcios y griegos, o mejor, entre los lacedemonios: cuando un joven se topa con otro hombre de más edad, se esfuma para dejarle paso. Cuando un anciano entra en una habitación, todos los jóvenes se levantan. Pero, en vez de saludarse por la calle, dándose sencillamente los buenos días, se inclinan llevándose las manos hasta las rodillas. Esta usanza es privativa de Egipto.

Los egipcios llevan túnicas de lino adornadas con franjas en los bajos. Tales túnicas se llaman aquí *calasiris*. Encima llevan un manto de lana blanca, pero nunca penetran en un templo y no quieren que los entierren con dicho manto; se lo prohíbe su religión. En esto están acordes con los

cultos llamados órficos y báquicos, que nos vienen de Egipto, y los de Pitágoras: ningún miembro de esas sectas puede permitir que lo entierren con vestidos de lana. Sobre este particular circula una leyenda sagrada.

Los egipcios han descubierto también, entre otras cosas, el dios peculiar que gobierna cada mes y cada día; cómo prever el destino de un hombre, su muerte, su carácter partiendo de la fecha de su nacimiento; de este último hallazgo se han aprovechado los griegos que se ocupan de poesía. Fueron testigos por sí solos de más prodigios que todo el resto de la humanidad. Cuando sobreviene un prodigio, observan y anotan por escrito sus consecuencias y, si el mismo fenómeno se reproduce, están en condiciones de prever su evolución. El arte adivinatorio en Egipto es privilegio de los dioses. Aquí vemos oráculos de Hércules, del Sol, de Minerva, Diana, Marte, Júpiter y en Butona un oráculo de Latona, el más solicitado. Los métodos de adivinación varían con los dioses.

En Egipto, cada médico sólo cura una enfermedad. Por eso, son legión; hay unos para los ojos, otros para la cabeza, los dientes, el vientre, e incluso, para las enfermedades no localizadas.

Volvamos a los duelos y ritos funerarios. Cuando un hombre de cierta posición llega a morir, las mujeres de la casa se untan con barro la cabeza y rostro y salen por la ciudad, golpeándose el pecho, con las faldas levantadas y los pechos al aire. Los hombres recorren también la ciudad gimiendo. Tras de esto, se disponen a embalsamar el cuerpo.

El embalsamamiento se practica en Egipto por profesionales. Cuando se les trae un cadáver, proponen a los «clientes» diferentes modelos de momias de madera, en un estilo muy realista, por lo general. El embalsamamiento más esmerado y caro reproduce exactamente el del dios cuyo nombre no puedo proferir. El segundo tipo de embalsamamiento es algo menos esmerado y, por consiguiente, más barato y el tercer tipo, el menos caro de todos. El cliente escoge el procedimiento que desea, acuerdan el precio y se marcha.

El embalsamamiento más esmerado se practica del modo siguiente: comienzan por extraer el cerebro por las fosas nasales con ayuda de un gancho de hierro e inyectando drogas disolventes. Luego se hace una incisión en los costados con una piedra cortante de Etiopía y se sacan los intestinos que se limpian con vino de palma y se purifican con aromas machacados. Llenan el vientre con mirra, falsa canela o casia y otros aromas (excepto incienso) y se le vuelve a coser. A continuación se sumerge el cadáver en natrón o nitro en el que se le deja durante setenta días. Al cabo de estos setenta días, se lava al muerto y se le envuelve con finas vendas de lino untadas de una especie de goma que los egipcios utilizan en vez de cola y es entregado a su familia. Ésta manda construir una momia de madera, de forma humana, en la que se encierra al muerto que conservan preciosamente en casa, en una cámara funeraria, de pie contra la pared.

Los que retroceden ante los gastos, ordenan el embalsamamiento de segunda clase: llenan el vientre del difunto con aceite de cedro, sin hacerle incisiones ni vaciarlo, inyectándole el aceite por el ano e impidiendo que salga; hecho esto, se deja el cuerpo en el natrón el tiempo necesario. El último día, se quita del vientre el aceite de cedro cuyo poder disolvente es tal que se licuan los intestinos y visceras y se evacuan con él. Las carnes, por su parte, las disuelve el natrón y el cadáver ya no tiene más que piel y huesos, por decirlo así. Los embalsamadores entregan el cuerpo en tal estado, sin preocuparse de más. El tercer procedimiento de embalsamar es el de los pobres: se limpian los intestinos por medio de una sal purgante; se deja el cuerpo en el natrón durante setenta días y se entrega tal y como está.

Las mujeres de personajes que ocupan altos cargos, y las más bellas o célebres, no son entregadas a los embalsamadores inmediatamente después del óbito. En general, se esperan dos o tres días antes de ponerlas en sus manos. Y ello para evitar que los embalsamadores cometan con ellas ciertos «abusos». En efecto, uno de ellos fue sorprendido una vez por otro compañero violando a una mujer muerta.

Si un hombre, egipcio o extranjero —poco importa— muere arrastrado por un río o apresado por un cocodrilo, la ciudad en cuyo territorio fue arrojado el cadáver, está obligada absolutamente a embalsamarle y enterrarle con la mayor magnificencia posible. Nadie, ni siquiera los amigos o parientes, pueden acercarse ni tocar al muerto. Sólo los sacerdotes tienen derecho, pues dicho cuerpo se ha convertido para ellos —por esa muerte excepcional— en algo más que un simple cadáver humano.

Los egipcios son refractarios a las costumbres de los griegos y de modo más general a las de todos los pueblos; se diría incluso que lo consideran como un deber, excepto en Chemnis *, cerca de Neápolis, en la provincia de Tebas, donde se halla un templo de Perseo, hijo de Danao. Este templo es cuadrado y rodeado de palmeras; el vestíbulo de piedra y muy amplio, alberga dos enormes estatuas. El santuario propiamente dicho, que contiene la estatua de Perseo, se encuentra en el interior de este recinto. Las gentes de Chemnis dicen que Perseo suele aparecer en la región y especialmente en el interior de su templo; que en él se encuentra infaliblemente una de sus sandalias, usada, de dos codos de larga y que cada vez Egipto entero conoce de repente un período de prosperidad. Al menos, en opinión de los habitantes de Chemnis. Han instituido, a imitación de los griegos, juegos gimnásticos en honor de Perseo, con pruebas y recompensas, que consisten en rebaños, mantos y pieles. «¿Por qué Perseo sólo se aparece a vosotros y por qué sois vosotros los únicos en Egipto en haber fundado juegos?», les pregunté. «Porque Perseo es oriundo de Chemnis», me respondieron. Danaos y Linceo fueron —según ellos— chemnitas, los cuales, un buen día, habrían salido para Hélade. Continuando su genealogía, se remontaban hasta Perseo. Este último llegó un día a Egipto para traer de Libia la cabeza de Medusa (los helenos también concuerdan en

esto); pero al pasar por Chemnis, reconoció a todos sus parientes. Su madre, por lo demás, le había hablado de Chemnis antes de partir para Egipto y fue el héroe en persona quien los invitó a celebrar juegos gímnicos en su honor.

Vida en los pantanos. Peces y barcos

Todas las costumbres que he mencionado más arriba son las de los egipcios que viven al sur de los pantanos. Los que viven en el Delta tienen poco más o menos idénticas costumbres, especialmente la monogamia; mas, para procurarse víveres baratos, imaginaron lo siguiente: cuando el río Nilo sube de nivel por la crecida y convierte todos los campos en un océano, se ven crecer por doquier muchos lirios, que aquí llaman lotos. Los cortan, los ponen a secar al sol, sacan el cogollo de la flor —similar a una adormidera—, la machacan y la convierten en harina. Asimismo comen la raíz que es redonda, del grueso de una manzana, y tiene un sabor más bien azucarado. Otros lirios, de color rosa, crecen en el río. Su fruto nace de un tallo secundario que sale de la raíz al lado del tallo principal y se parece —si uno no se fija bien— a esos panales de cera que fabrican las avispas. En su interior se hallan semillas comestibles, gruesas como el hueso de una aceituna, que se comen frescas o secas. Respecto al papiro o biblo, planta anual, lo arrancan, cortan la parte superior del tallo (para venderla o dedicarla a diferentes usos) y se comen la parte baja de un codo de larga, aproximadamente. Para sacar el mayor partido del papiro, se le cuece a fuego lento en un horno muy caliente y se le come sin más. Algunos de esos egipcios viven únicamente de peces que vacían y ponen a secar al sol.

Los peces que viven en bancos, apenas si se los encuentra en el río. Prefieren por lo general los pantanos. En la estación del desove, salen en bancos hacia el mar; los machos nadan en cabeza esparciendo el semen; las hembras, que los siguen, se lo tragan y quedan fecundadas. Una vez saturadas, abandonan el mar y vuelven a los pantanos, pero esta vez son ellas las que van en cabeza. Sin dejar de nadar, hacen como los machos al ir: esparcen sus huevos que se aglomeran en paquetes y son gruesos como granos de mijo, y los machos, detrás de ellas, se los tragan. Cada uno de esos granos minúsculos es un pez; los no devorados y supervivientes dan origen después a un pez. Si atrapan esos peces cuando nadan hacia el mar, se observa que todos llevan aplastado el lado izquierdo de la cabeza y si se los coge al volver, el lado derecho. Ésta es la razón probable: al bajar hacia el mar, costean la orilla por el lado izquierdo y al volver costean la misma orilla del derecho y sin duda tienen que ceñirse a ella lo más posible para no ser arrastrados por la corriente. Cuando el Nilo empieza a subir de nivel, las tierras bajas y pantanosas que bordean el río, son inundadas las primeras por infiltración y en el

mismo momento de llenarse de agua, se las ve llenas de minúsculos pececillos. ¿De dónde pueden proceder? Creo entenderlo: cuando el Nilo se ha retirado el año anterior, los peces se marcharon con las últimas aguas, tras haber puesto sus huevos en el légamo. Y al volver las aguas, al año siguiente, ya han madurado los huevos y pueden nacer las crías. Ya no tengo nada más que decir sobre los peces.

Los egipcios que habitan la región de los pantanos, utilizan un aceite sacado del ricino, que se llama en egipcio *kiki* y se siembra aquí en la orilla de los ríos y pantanos. El ricino en Grecia crece en estado silvestre, pero en Egipto es cultivado y produce abundantes frutos y huelen mal. Se recogen dichos frutos, los trituran y estrujan, a menos que los hiervan tras haberlos tostado y recojan el zumo resultante. Se trata de un aceite muy graso, muy apto para el alumbrado —como el aceite de oliva en Grecia— pero que desprende un olor penetrante.

Para defenderse contra los mosquitos que pululan en este país, he aquí lo que han encontrado: los que viven al sur de los pantanos, se sirven de dos clases de cañizo elevado o torres para subir a dormir, pues el viento no deja a los mosquitos volar a esa altura. Los que viven en el mismo Delta, utilizan sus redes de pescar como mosquiteros. Aquí ningún manto ni sábana os protege contra los mosquitos, pero si tenéis una red a vuestro alrededor, ¡ni siquiera intentan picaros!

Los barcos que sirven para transportar mercancías, están hechos de madera de acacia o espino, árbol muy similar al loto de Cirene y del que se saca goma. Cortan el árbol en tablas de dos codos que ensamblan como se hace con los ladrillos y construyen el barco de la forma siguiente: Primero se sujetan esas tablas mediante pernos largos y juntos y cuando la quilla está ensamblada, se coloca el bao en la parte superior. No se emplea en este trabajo ninguna varenga y se contentan con calafatear cuidadosamente las junturas, en el interior, con papiro. No hay más que un timón que pasa a través de la quilla; el mástil es de acacia y las velas de papiro. Esos barcos, al no poder nunca remontar el Nilo a vela, salvo con un viento excepcional, se los hala desde sus márgenes. Para descender por el río, los marineros utilizan un cañizo tejido de tamarindos y cañas y una piedra horadada, de unos dos talentos. Dicha piedra va unida a la parte trasera del navio mediante una cuerda y el cañizo a la delantera por otra cuerda y se tiran ambas a la corriente. El cañizo, tan ligero, es arrastrado rápidamente y ayuda a tirar del navío o *baris* (nombre egipcio de esos barcos), mientras que la piedra, muy pesada, se arrastra por el fondo y mantiene la embarcación poco más o menos en línea recta. Estos *baris* son muy numerosos en Egipto y pueden transportar cargamentos de varios miles de talentos.

Cuando el Nilo inunda el país, sólo las ciudades emergen por encima de las aguas como las islas en nuestro mar Egeo. Es inútil, pues, al circular en barco, seguir los diferentes brazos del río; se ataja directamente a través de los campos. Así el barco que hace el servicio de Naucratis * a

Menfis, pasa muy cerca de las Pirámides, aun cuando la ruta habitual pase por el vértice del Delta y Cercasoro. En esta estación, Egipto ya no es más que un inmenso océano del que únicamente emergen las ciudades.

El bestiario egipcio de Herodoto es, indudablemente, uno de los pasajes más pintorescos de sus Investigaciones. *La trascendencia de los animales en el antiguo Egipto, el fervor con que los atendían, las moderadas impresiones que sentían los visitantes extranjeros a la vista de esos dioses de cabeza de halcón, carnero o ibis, todo ello contribuyó a crear muchas leyendas o muchas opiniones erróneas sobre las relaciones apasionadas y complejas que los egipcios mantenían con sus animales. Para los demás pueblos del mundo antiguo, Egipto era más que el país de las pirámides y colosos, el de los animales sagrados. Un hecho es cierto: las bestias eran en Egipto objeto de una especial veneración. Los egipcios jamás adoraron a los animales en el sentido religioso del término —como se ha creído sin razón— sino que veían en ellos —con el mismo derecho que en el hombre— el posible receptáculo de ciertos aspectos del poder divino. Cuidaban a los animales, los alimentaban y, al morir éstos, los embalsamaban y sepultaban en necrópolis especiales. «Por doquier se halla en Egipto —escribe A. Erman, en su libro* La Religión de los Egipcios— *esas fosas comunes de animales sagrados en las que los gatos eran enterrados por centenares de miles; en las que los cocodrilos son inhumados con sus huevos y crías recién salidas del cascarón; tumbas de ibis, halcones, serpientes y peces... Esos cadáveres de bestias sagradas yacen en montones tan enormes que la industria moderna hace de ellos un uso profano: ¿No se explotan acaso los cementerios de gatos de Beni-Hasan para aprovecharlos como abonos?» Se ha encontrado incluso hace algunos años, cerca del templo de Heliópolis, en una sepultura de la XX dinastía, dos avestruces momificadas y envueltas en vendas.*

Por supuesto, cada dios, hasta cada templo poseía su animal sagrado al que cuidaban y alimentaban de por vida; lo cual daba a cada santuario el aspecto de un zoo en el que dichos animales ¡llevavan una vida principesca! El más conocido de todos era el toro de Apis que Herodoto ha descrito con el nombre de Epafo, en uno de los párrafos anteriores y al que se enterraba en el templo de Serapis, en Menfis. Las excavaciones llevadas a cabo por el arqueólogo francés Mariette, contribuyeron a descubrir, en uno de esos subterráneos de la necrópolis, veintiocho sarcófagos de toros Apis. Repasemos brevemente la nomenclatura de ese bestiario sagrado que tan fuerte impronta dejó en la vida diaria de Egipto:

Gato: *animal consagrado a la diosa Bastet, representada con una cabeza de gata. Los gatos eran enterrados en el valle santo de la diosa, en Bubastis, donde se han encontrado sus momias por millares. La veneración que inspiraban era tan grande que la multitud linchó a un romano, en un pueblo de Egipto, por haber matado sin querer un gato (según Diodoro de Sicilia).*

Perro: *el perro era —en su aspecto salvaje— el animal sagrado del dios Anubis. Se han descubierto igualmente importantes cementerios de perros en Cinópolis (Ciudad de los canes).*

Ibis: *ave sagrada de Thot, dios de la escritura, de la ciencia y de la sabiduría, que los griegos identificaron con Hermes o Mercurio. Se trata del ibis blanco de cabeza y cola negras. De hecho, se encontraron cementerios de ibis en Hermópolis.*

Cocodrilo: *animal sagrado del dios Sobek. Se le veneraba especialmente en Arsinoé, en Fayum (ciudad que los helenos llamaron, por lo demás, Cocodrilópolis *. Visitar y alimentar a los cocodrilos sagrados era una de las distracciones favoritas de los turistas ricos extranjeros de paso por Egipto, y el geógrafo griego Estrabón (que visitó el país trescientos años después de Herodoto) cuenta así la comida del cocodrilo Sukhos (nombre griego del dios-cocodrilo Sobek): «Le dan de comer pan, carne y vino que los extranjeros no dejan nunca de traer cuando vienen a visitarle. El huésped egipcio que me acompañaba, trajo a Sukhos una galletita, asado y una jarra de hidromiel. Encontramos a Sukhos echado en la orilla. Los sacerdotes se acercaron y mientras unos sostenían sus fauces abiertas, otros echaron en ellas, en confuso desorden, cuanto habían traído. En esto, la bestia saltó al lago y nadó hacia la orilla opuesta. Después de nosotros llegó otro extranjero con otros regalos, y los sacerdotes dieron vuelta al lago, corriendo, para llevárselos a Sukhos.» Añadamos que el vocablo griego* cocodrilos *significa, en efecto, «lagartija». Por parte de los griegos, era un diminutivo humorístico, aplicado a bestias ¡que solían medir casi ocho metros! En el mismo orden de ideas, los helenos bautizaron con el nombre de* pirámides *—vocablo que significa «panecillo»— las enormes construcciones funerarias de Gizeh y* obeliskoi *—obeliscos— los gigantescos pilones erigidos a la entrada de los templos:* obeliskoi *designaba —en griego— los espetones para asar la carne.*

Hipopótamo: *su descripción nos sorprenderá un tanto. ¿Dónde se han visto acaso hipopótamos con crines de caballo? Herodoto describe probablemente al animal, no al natural, sino según las estatuas de la diosa hipopótamo Tueris, a quien se representaba levantada sobre sus patas traseras, con crin de caballo. No vemos otra solución a este enigma.*

Serpientes: *tenían también derecho a que los vivos y muertos las honrasen. Se ha descubierto incluso una inscripción funeraria en la tumba de una serpiente aplastada inadvertidamente, que rezaba así: «Soy la serpiente santificada, la serpiente eterna. Una mano infame me ha precipitado en las moradas subterráneas. Por ello, ¡que al pensar en mí lances quejas, gritos y lamentos!»*

Fénix: *merece mención especial. Si nos atenemos estrictamente a la ornitología, el ave que figura con ese nombre en los bajorrelieves egipcios y papiros era la garza cenicienta* (ardea cinerea) *muy venerada en la ciudad de Heliópolis. Sus costumbres eran conocidas y, por otra parte, muy inocentes. Desde muy temprano se le asoció al sol y dio origen a*

la hermosa leyenda del ave inmortal que renace de sus cenizas. Este mito fue desarrollado, sobre todo, en la época romana, en la que el poeta Lactancio le dedicó un largo poema intitulado Carmen de ave Phoenice *(Canto del Ave Fénix). La garza cenicienta se transformó a través de los siglos en un ave de fantásticos colores: «Su cabeza, pescuezo y lomo brillan con el rojo deslumbrante de las adormideras; su pechuga lleva los colores del arco iris; el resto de su plumaje es diamante y esmeralda...» Desde que despunta el día, el Fénix se encarama al árbol más alto y canta su himno al sol. Se nutre exclusivamente de luz y rocío y cuando el Fénix, al cabo de muchos años (quinientos o mil, según los poetas), presiente que su muerte se acerca, sale para Fenicia («País del Fénix», conforme a una etimología, falsa por añadidura) y dispone su sepultura en la palmera más alta. Se envuelve en incienso, mirra, cinamomo, amomo, canela, acanto, áloe, nardo y bálsamo y el sol enciende súbitamente esa bola de aromas y esplendores. De la ceniza del ave abrasada nace entonces un gusano blanco, que teje un capullo del que renace el Fénix. El pájaro recoge los restos de su padre (los restos calcinados de los aromas con que se embalsamó, entiéndase) y va a depositarlos al templo de Heliópolis, en Egipto. A continuación, vuelve al bosque paterno, escoltado por todas las aves...*

Los ritos del embalsamamiento descritos por Herodoto, son de una precisión e interés incuestionables. Tales ritos tenían la finalidad de preservar la integridad corporal del difunto; el soporte físico sin el cual su doble espiritual no podría sobrevivir ni conservar su personalidad en el mundo de los muertos. Esas técnicas del embalsamamiento fueron practicadas por primera vez por el dios Anubis en el cuerpo de Osiris, cuando Isis hubo reunido todos los trozos esparcidos. Por este motivo, dicho dios, de cabeza de perro salvaje, figura con los muertos en los papiros funerarios y frescos de las tumbas. Se le ve inclinado sobre la balanza fatal en la que se pesará el corazón de los muertos, en el más allá, que decidirá su supervivencia o muerte definitiva.

Pero volvamos ahora a la historia de Egipto, a sus faraones, pirámides y todas sus maravillas, tal y como al menos, la oyó contar Herodoto a los sacerdotes y escribas... e indudablemente a los burreros o arrieros que le sirvieron de guías.

Relatos egipcios. Conquistas de Sesostris. Los cólquidos. El rey Ferón y la mujer fiel

Todo cuanto he dicho hasta este momento proviene de mis investigaciones y testimonios personales; de cuanto pude ver y juzgar por mí mismo. A partir de ahora, me contentaré con transcribir lo que me dijeron los egipcios y referir sus relatos con la mayor fidelidad posible.

Según los sacerdotes egipcios, Menes fue el primer rey de Egipto y fue él quien mandó construir un dique para proteger a Menfis. Anteriormente, el río corría totalmente a lo largo de la cordillera, por el lado de Libia. Menes mandó edificar un dique de cien estadios, aproximadamente, más arriba de la ciudad para secar su antiguo lecho y desviar el río que desde entonces discurre entre las dos montañas. Todavía en nuestros días, los persas cuidan con esmero este dique de desviación y le refuerzan con frecuencia, pues, si llegara a romperse, toda Menfis estaría en peligro de quedar sumergida. En las tierras recuperadas así, Menes fundó la ciudad de Menfis (la cual se halla en la parte más estrecha de Egipto) y mandó excavar fuera de la ciudad un lago alimentado por el río. Asimismo ordenó la construcción, en la misma ciudad, del templo grandioso de Vulcano.

Los sacerdotes me enumeraron —después de Menes— una lista de otros trescientos treinta reyes. En esta inmensa sucesión de generaciones, todos los reyes reinantes fueron varones y egipcios, salvo dieciocho que fueron etíopes, y una reina, egipcia. Esta única reina se llamaba Nitocris *, como la de Babilonia. Los egipcios habían asesinado a su hermano, el rey de Egipto, para ofrecerle a ella precisamente la realeza. Para vengarle, veamos cómo ella, con astucia, provocó la muerte de muchos egipcios: Mandó construir una inmensa sala subterránea y con pretexto de inaugurarla, invitó a un gran banquete a todos los egipcios que sabía implicados en el asesinato. Y de repente, en lo mejor del festín, ordenó que se precipitasen sobre ellos las aguas del Nilo a través de un conducto secreto. Se negaron a contarme más sobre ella, a no ser que se suicidó poco tiempo después de su fechoría, arrojándose a una cámara repleta de ceniza, para librarse de las represalias.

Los reyes que la sucedieron no dejaron, tras ellos, monumento alguno notable, por eso, se los considera poco e incluso se los olvida, excepto el último, el rey Meris. Éste mandó construir el vestíbulo norte del templo de Vulcano, excavar el lago (del que hablaré más tarde) y en dicho lago edificar pirámides (cuyas dimensiones indicaré después). Éstas fueron sus únicas obras. Respecto a los otros reyes, no dejaron nada en absoluto. Por ello, sin detenerme más en ellos, pasaré directamente a tratar de Sesostris *.

Saliendo del golfo de Arabia con una flota de guerra, sometió todos los pueblos que habitaban en las costas del mar Eritreo y prosiguió su expedición hasta un mar cuyos bajíos no permitían la navegación. Volvió luego a Egipto y —siempre en opinión de los sacerdotes— reclutó un ejército para dirigirse hacia el interior de las tierras y someter todos los pueblos que encontrase. Entre los que demostraban valor y defendían cara su vida, erigió estelas con su nombre, su patria e inscripciones que exaltaban su bravura y poder. Entre los que se rendían sin combatir, erigió análogas estelas y mandó grabar, además, un sexo femenino, ¡para mofarse de la «virilidad» de los pueblos en cuestión! Así recorrió el

continente entero, de Asia a Europa, llegó hasta los escitas y tracios, a los que avasalló. Ése fue —creo— el mayor avance efectuado por los egipcios. Efectivamente, se encuentran las estelas —de que he hablado— incluso mucho más allá. Seguidamente volvió sobre sus pasos y arribó a las orillas del río Fasis *, donde una parte de su ejército estableció sus reales. ¿Fue el mismo Sesostris quien lo dejó allí para colonizar el país, o fueron los soldados los que decidieron por sí mismos establecerse, cansados de tantas marchas y aventuras? No puedo precisarlo.

Los cólquidos de las márgenes del Fasis son, de hecho, claramente de raza egipcia. Es algo que yo creía desde hacía mucho tiempo y han venido a confirmar otros testimonios. Llevado por mi gran interés por este asunto, interrogué a gentes de ambas razas y, cosa curiosa, los cólquidos se acordaban más de los egipcios que al revés. Con todo, los cólquidos actuales son los descendientes —incluso según el parecer de los egipcios— de los soldados de Sesostris. Yo me lo supuse, al ver su tez oscura y pelo rizado (lo cual no constituye una prueba terminante, ya que muchos otros pueblos están en la misma situación), y sobre todo, porque son el único pueblo —con los egipcios y etíopes— que practican la circuncisión. Los fenicios y sirios de Palestina reconocen por sí mismos, que tomaron esta costumbre de los egipcios. Los sirios, establecidos cerca de los ríos Partenio y Termodonte (y los macrones, sus vecinos) afirman que la imitaron no ha mucho de los cólquidos. Son los únicos pueblos que se dejan circuncidar, y ello se ejecuta exactamente a la manera egipcia. ¿Cuál de esos dos pueblos —el egipcio o etíope— enseñó esta usanza al otro? Yo no sabría concretarlo. Todo lo que puedo decir es que tal práctica en estos dos pueblos es muy antigua. En todo caso, los fenicios pudieron conocerla en el trato con los egipcios. Los que sólo trataron a los griegos, nunca imitaron las costumbres egipcias y no circuncidan a sus recién nacidos. Lo que asimila igualmente los cólquidos a los egipcios, es su modo particular de trabajar el lino, su género de vida y su lengua. El lino de Cólquida se llama lino de Cerdeña por los griegos; el que viene de Egipto, lino egipcio.

Las estelas que el rey Sesostris mandó erigir en diferentes países, han desaparecido en su mayoría. He visto dos, sin embargo, en Siria y Palestina, con mis propios ojos, con las inscripciones ya mencionadas y... el sexo femenino. Hay también en Jonia dos bajorrelieves que representan a Sesostris, tallados en roca, en el camino que va de Sardes a Esmirna y en el que va de Éfeso a Focea. Cada relieve representa a un hombre de dos codos y medio, con una lanza en la diestra, un arco en la siniestra y el resto de la armadura por el estilo, mitad egipcio, mitad etíope. Una inscripción jeroglífica se extiende de un hombro a otro de la estatua: «Esta tierra yo mismo la conquisté arrimando el hombro.» ¿Quién es, de dónde viene? No está indicado. Algunos pretenden que esos bajorrelieves representan a Memnón, pero están en un craso error.

Dicho rey Sesostris volvió, pues, un buen día a Egipto trayendo consigo una caterva de prisioneros. Llegó a Dafnes, cerca de Peluso, donde

su propio hermano, que reinaba en su ausencia, le invitó a su casa con sus hijos. El hermano no tuvo algo más urgente que hacer sino amontonar leña alrededor de la casa y prenderla fuego. En cuanto se percató de ello Sesostris, pidió consejo a su mujer que le seguía en todas sus campañas. Ella le sugirió que echara a las brasas a dos de sus hijos para que sus cuerpos sirvieran de puente y así pudiesen atravesar el fuego. Dicho y hecho. Así terminaron entre las llamas dos de los hijos del rey, en tanto que los otros se libraron con su padre.

Al regresar, sano y salvo, a Egipto, Sesostris castigó a su hermano y empleó en diversos trabajos a los prisioneros que trajo consigo. Los obligó a arrastrar enormes piedras de mármol hasta el templo de Vulcano y a abrir todos esos canales que surcan hoy Egipto. Cortaron las carreteras por varios sitios, hasta el punto de que hoy, en esta tierra tan plana como las que más, ya no se ve ni un solo caballo ni carro, cuando otrora pululaban. El rey multiplicó los canales a causa de los egipcios que vivían lejos del río, en el interior de las tierras, y a quienes les faltaba el agua cada vez que el Nilo se retiraba, sin tener otra bebida que agua salobre, sacada de los pozos. Para que esos egipcios recibieran un suministro de agua potable fue por lo que abundan tanto los canales hoy en Egipto.

El mencionado monarca (siguen hablando los sacerdotes) dividió todo Egipto en parcelas iguales que adjudicó —muy equitativamente— a cada egipcio y de las que percibió un canon anual para asegurarse rentas. Cuando el río dañaba o se llevaba el lote de alguno, éste iba a entrevistarse con el rey y le explicaba lo sucedido. Sesostris enviaba funcionarios a examinar y calcular la importancia de los daños y rebajar en la misma proporción el canon. Este uso me parece que dio origen a la geometría que luego pasó a Grecia. Las otras medidas —polos o relojes y gnomon— y la división del día en doce partes u horas nos vienen de los babilonios.

Este rey Sesostris es el único egipcio que reinó en Etiopía. Dejó como recuerdo, delante del templo de Vulcano, dos estatuas de él y de su mujer (de unos treinta codos) y las de sus cuatro hijos (de veinte codos). Cuando Darío, el persa, años después, quiso colocar su propia estatua delante de la de Sesostris, el sacerdote de Vulcano se opuso a ello: «Tus hazañas —dijo el sacerdote— no igualan ni con mucho las de Sesostris.» Este último ¿acaso no sometió a los escitas contra los cuales Darío había fracasado? Era injusto, pues colocar ante la estatua de Sesostris la de un hombre que no había podido sobrepasarle. Argumentos ante los cuales —según se dice— Darío tuvo que inclinarse.

A la muerte de Sesostris, el trono correspondió a su hijo Ferón (1). No se distinguió por ninguna proeza militar especial. En cambio, se quedó ciego a consecuencia de la siguiente aventura: La crecida del Nilo, ese año, había alcanzado dieciocho codos y todas las tierras habían que-

(1) Nombre genérico de Faraón. *(N. del T.)*

dado sumergidas. Se levantó el viento y provocó gran oleaje. Entonces el rey, en un arrebato inexplicable de locura, asió una lanza y la arrojó contra los remolinos del río; instantes después ¡el mal se abatía sobre él y perdía la vista! Su ceguera duró diez años. El undécimo, un oráculo de Butona le anunció que sus pruebas iban a terminar; que se lavase solamente los ojos con el orín de una mujer que no hubiera tenido nunca más contacto que con su marido y recuperaría la vista. Ferón lo intentó inmediatamente con su propia mujer, pero fue en vano. Entonces probó fortuna con muchas otras. Finalmente, cuando recuperó la vista, reunió en una ciudad (llamada desde entonces Eritrebelos o la Mota sangrienta) todas las mujeres que le sirvieron de conejillos de indias (excepto la que le había curado) y mandó quemarlo todo: mujeres y ciudad. Por lo que respecta a la mujer cuya orina le había devuelto la vista, la tomó por esposa. Tras de lo cual, hizo ofrendas en los templos más famosos, entre las cuales, una merece mencionarse: dos obeliscos de piedra, de cien codos de alto y ocho de ancho, tallados en un solo bloque y ofrecidos al templo del Sol.

Parece ser que los faraones egipcios dieron mucho que hacer a Herodoto. Las tradiciones y épocas más diversas se superponen y confunden, pero adivinamos hasta qué punto era difícil, por no decir imposible, con sólo la información oral, *conocer en sus pormenores y cronología la historia de un país que existía desde hacía más de tres mil años. Incluso en nuestros días, pese a todos los conocimientos sobre egiptología, no siempre es posible fijar la fecha exacta de tal o cual dinastía faraónica. Por lo demás, las fechas apenas si tienen trascendencia en la materia, al menos en la perspectiva de este libro que quiere ser (como lo quiso el mismo Herodoto) una gira a la buena de Dios al corazón del mundo antiguo. En cualquier caso, al parecer los egipcios tuvieron la preocupación —ellos los primeros— por conocer su propio pasado. Pero el modo de inventariarlo resultó muy peculiar. Cito aquí unas líneas, muy precisas, consagradas a este problema por G. Posener en el* Dictionnaire d'archéologie égyptienne, *artículo «Chronologie»: «Para nosotros, a quienes la era cristiana suministró una cronología universal que permite fechar todos los acontecimientos de la historia desde un punto de partida único, el sistema adoptado en el antiguo Egipto para numerar los años nos parece muy poco práctico. En efecto, los egipcios contaban los años para cada rey por separado, y reanudaban la cuenta a cada cambio de soberano. Denominaban el "Año V de Ramsés", el "XX de Amenofis" sin preocuparse por el orden de sucesión de los faraones. Ni siquiera daban una numeración a los reyes que llevaban el mismo nombre —como nosotros solemos hacer—, sino que distinguían los once Ramsés y los cuatro Amenofis por diferentes elementos de su protocolo. Así, Egipto tuvo tantas pequeñas eras independientes y sin correlación entre sí, como faraones.»*

*Los documentos egipcios constituyen, pues, otros tantos jeroglíficos que hay que descifrar uno por uno y conciliar con los otros datos suministrados por la epigrafía, arqueología y la literatura: Anales reales del Antiguo Imperio, grabados en piedra (como los de la piedra llamada de Palermo); papiro real de Turín, redactado en el Nuevo Imperio y que contiene las listas de faraones, muy mutiladas; Crónica de Manetón *, sacerdote egipcio que escribió en griego, en el siglo III a. de J. C.,* Relatos egipcios, *desgraciadamente perdidos, de los cuales sólo quedan citas dispersas en diversos autores. Todos esos informes han terminado por establecer, atando cabos, sobre Egipto una cronología satisfactoria, pero el problema —por lo que toca a Herodoto— viene a ser de otro orden. Al transcribir en griego todos los nombres egipcios, es evidente que ha cometido muchas equivocaciones con nombres de consonantes similares, pertenecientes a reyes que reinaron con varios siglos de intervalo. La estricta identificación de nombres como Asichis o Anisis, es prácticamente imposible y más todavía la de nombres como Sethos o Proteo que son verosímilmente títulos otorgados a altos personajes* (setem *y* pa-ruti) *que Herodoto tomó por nombres propios. No nos extenderemos más en este problema difícil, aunque sin caer en la desconsideración de que los datos suministrados por Herodoto estén desprovistos de interés. Ese Menes, primer rey de Egipto, al que atribuye la construcción de diques en el Nilo y la fundación de la ciudad de Menfis, corresponde al faraón Menes, de la primera dinastía tinita. El faraón Sesostris, en cambio, al que atribuye muchas conquistas al norte y sur de Egipto, corresponde a varios faraones: por el nombre puede identificarse con Sansworet, de la XII dinastía, mientras que sus conquistas serían más bien las de diversos Ramsés de las dinastías XIX y XX. La presencia de egipcios en Cólquida, país situado en las márgenes del mar Negro, al pie de los montes del Cáucaso, no ha sido confirmada por descubrimiento alguno. Ningún faraón egipcio se aventuró más allá de la Siria actual. Mas, ¿por qué en este terreno no nos fiaremos de Herodoto? Nos hallamos aquí ante un caso ejemplar: Apostemos a que un día se descubrirán las huellas de la presencia egipcia en Cólquida y se percatarán una vez más de que Herodoto proporcionó la información precisa. En todo caso, el paralelo que establece entre cólquidos y egipcios (aspecto físico, circuncisión, artesanado y lenguaje) con el primer ejemplo conocido del método comparativo que emplea. Aunque sólo sea por esto, esas observaciones de Herodoto son de gran transcendencia y hacen de él más que el padre de la historia, el padre de la etnología.*

Herodoto prosigue sus relatos con la historia del faraón Ramsinito (probablemente Ramsés III) y la maravillosa leyenda de los dos hermanos y del tesoro real. Hemos suprimido una digresión relativa a la historia de Elena de Troya: Según la versión de los griegos asentados en Egipto, Elena nunca habría ido a Troya sino... a Egipto. Aquí es donde Menelao acabó por encontrarla, tras diez años de inútiles matanzas, junto a las

murallas de la ciudad de Troya. Se trata de una versión muy conocida en la Antigüedad, en la que se inspiró Eurípides para su tragedia Elena *y de la que supo sacar una moral sin ambigüedad, muy conforme a sus propias convicciones, a saber, que durante diez años, millares de helenos se batieron y sacrificaron por nada...*

El rey Ramsinito y el ladrón astuto. Construcción de la gran pirámide. Curioso sarcófago

El rey Ramsinito * sucedió a Proteo. Dejó como recuerdos de su reinado los propileos occidentales del templo de Vulcano y dos estatuas de veinticinco codos, situadas frente a los mencionados propileos: la que mira hacia el norte, simboliza el Verano; la otra, que mira hacia el sur, el Invierno. La estatua del Verano es objeto de grandes muestras de veneración; la del Invierno, de desprecio.

El antedicho rey poseía tales reservas de dinero que ningún sucesor suyo superó ni siquiera igualó jamás sus riquezas. Para poner a buen recaudo esos tesoros, mandó construir un subterráneo de piedra, una de cuyas paredes, que se unía al muro del palacio, daba al exterior. El arquitecto encargado de esa obra, al tener sin duda, alguna intención oculta, se las arregló para que dos e incluso uno solo pudiesen fácilmente, con la mano, retirar una de las piedras de ese muro. El subterráneo se terminó, el rey amontonó en él sus tesoros y pasaron los años. Al presentir cercana su muerte, el arquitecto llamó a sus dos hijos y les explicó la cosa: Otrora, para poder asegurarles una vida fácil y sin preocupaciones hasta su muerte, había hecho una trampa en la pared de la cámara del tesoro y en un lugar determinado se hallaba una piedra de tales dimensiones que se la podía remover. Cumpliendo escrupulosamente estas indicaciones, se convertirían en los auténticos «tesoreros» del rey.

A su muerte, sus hijos no tardaron en poner manos a la obra. Una noche, se dirigieron a las inmediaciones del palacio, descubrieron la piedra en cuestión, la removieron sin dificultad y se llevaron mucho dinero.

Al volver el rey, posteriormente, al subterráneo, se asombró al ver que había disminuido el dinero. Pero no sabía bien de quién sospechar: los precintos estaban intactos y la cámara herméticamente cerrada. Regresó por segunda y tercera vez al subterráneo y cada vez disminuía el dinero, pues los otros no dejaban de quitar. Por último, mandó componer redes que colocó alrededor de las tinajas en que se encontraba el dinero. Los ladrones volvieron como otras veces; uno de ellos penetró en el subterráneo, se acercó a una de las piedras y... cayó en la trampa. Al verse así enredado en dicha red, llamó a su hermano, le explicó lo que acababa de ocurrir; le suplicó que entrase también y que le cortase la cabeza para que, al menos, no lo pudieran identificar y detener a su cómplice. El otro

vio que tenía razón y ejecutó dócilmente cuanto le ordenaba. Hecho esto, colocó de nuevo la piedra en su sitio y regresó a casa con la cabeza de su hermano. A la mañana siguiente, cuando el rey entró en el subterráneo, estuvo a punto de caer patas arriba al ver al ladrón cogido en la red, sin cabeza, y la cámara intacta, sin salida alguna. Desconcertado del todo, decidió colgar el cadáver de una pared y apostar guardias alrededor, con la orden de detener a cualquier individuo que llorase o diese muestras de dolor en presencia del cuerpo. Pero la madre del ladrón tomó muy a mal lo sucedido, no podía soportar la idea de ver a su hijo colgado de esa pared y mandó al superviviente que intentase lo imposible para descolgar el cuerpo de su hermano y traerle a casa; de lo contrario, iría ella en persona a contárselo todo al rey.

Como ella no quería dar su brazo a torcer, y a pesar de sus esfuerzos no lograba hacer cambiar de opinión a su madre, el ladrón imaginó esta treta: coge unos asnos, los carga con odres de vino y los aguijonea delante de él. Al llegar cerca de los guardianes, destapa a propósito dos o tres odres. El vino empieza a correr y él se pone a chillar a grito pelado y a correr de un odre a otro. Los guardias, encantados con la bicoca, se precipitan con vasijas para recoger el vino que corre a raudales. Nuestro hombre monta en cólera y los zarandea. Los guardias intentan calmarle y termina por aplacarse. Luego, pone en orden los odres y aguijonea a sus burros. Por ambas partes se entabla amena charla; uno de los guardias bromea con él y termina haciéndole reír, hasta el punto de que les regala un odre. Los soldados se acomodan en el suelo, acto seguido, empiezan a beber e invitan al arriero a trincar con ellos. Primero se hace de rogar, luego acepta y se sienta; los otros, multiplican sus atenciones; se encienta un segundo pellejo de vino, beben como cubas, hasta que los guardias, borrachos perdidos, se desploman en el suelo y se sumergen en un profundo sueño. La noche se echa encima. Entonces, el ladrón descuelga el cuerpo de su hermano y, en un último acto de audacia, se permite el lujo de afeitar la patilla derecha de todos los guardias. Hecho esto, carga el cadáver en el burro y vuelve a casa.

Al conocer el rey la noticia, fue presa de violenta cólera y quiso descubrir a toda costa al autor de esas jugadas dignas de la horca. Tomó la resolución de colocar a su hija en una casa pública —lo cual, me parece, desde luego, poco digno de crédito—, con órdenes de que recibiese a todos los clientes, sin distinción, con una sola excepción: que refiriesen —antes de entregarse a ellos— la peor fechoría de su vida. Si alguno de los relatos correspondiese a la historia del ladrón, ella tenía que detenerle al punto e impedir que huyese.

La hija del rey cumplió las órdenes de su padre, pero el ladrón barruntó la historia, adivinó las intenciones del rey y decidió rivalizar en picardía con él. Así que, amputó hasta el hombro el brazo de un hombre que acababa precisamente de morir y se puso en camino llevando escondido dicho brazo bajo su manto. Fue adonde estaba la hija del rey, la

cual le formuló la consabida pregunta. El otro le respondió que la peor fechoría de su vida, fue haber cortado un día la cabeza de su hermano, que cayó en una trampa en el subterráneo real y su mayor picardía, fue haber emborrachado en otra ocasión a toda la guarnición y descolgado a su hermano. Al oír esto, la hija del rey quiso apoderarse del hombre, asió el brazo que el otro le tendía en la oscuridad, persuadida de que era el del ladrón, pero se quedó con el brazo entre las manos mientras que el aludido ponía pies en polvorosa.

El rey se quedó viendo visiones ante la astucia y audacia de tal hombre. Entonces mandó que se proclamara por todo Egipto que le otorgaría la impunidad y grandes recompensas si accedía a presentarse. El ladrón se fió del rey, fue a verlo y Ramsinito, lleno de admiración, le dio su hija en matrimonio, como al más pillo de todos los egipcios, que pasan ya por ser los más astutos de todos los hombres.

Ese mismo rey habría bajado vivo —al parecer— a los Infiernos, donde habría jugado a los dados con Ceres. Perdió algunas jugadas y ganó otras; luego reapareció en la tierra con un regalo de Ceres: una servilleta tejida con hilo de oro. Esta bajada a los Infiernos es el origen de una fiesta egipcia. Sé de fuente cierta que todavía hoy la celebran, pero no estoy seguro de que sea por este motivo. El día de la fiesta, los sacerdotes tejen un manto, atan una venda en los ojos de uno de ellos y lo conducen vestido de esta guisa al santuario de Ceres. Terminado esto, se vuelven. Este sacerdote con los ojos vendados, es guiado a veces —siempre según los egipcios—, por dos lobos, que lo conducen al templo de Ceres —a veinte estadios de la ciudad— y le traen del mismo modo. Cada cual es libre de creer este relato, yo sólo transmito fielmente —como ya lo expliqué— lo que oígo decir por todas partes.

En los Infiernos —según los egipcios— reinan Ceres y Baco. Los egipcios son, asimismo, los primeros en afirmar que el alma humana es inmortal, abandona el cuerpo en el momento de morir para deslizarse en algún otro cuerpo de animal que nace en ese mismo momento, y tras haber inhabitado así en todas las creaturas de la tierra, mar y aire, se introduce otra vez en un cuerpo humano; ciclo que dura tres mil años. Los helenos han enseñado esta doctrina en diferentes épocas, como si proviniese de ellos. Conozco bien sus nombres, pero no los mencionaré.

Hasta el reinado de Ramsinito todo marchó bien en Egipto y el país prosperó. Desgraciadamente, Kheops o Quéope * le sucedió y se mostró cruel con su pueblo. Mandó cerrar todos los templos y prohibió todos los sacrificios. Luego obligó a todo el pueblo a trabajar para él. Unos se vieron forzados a arrastrar enormes piedras desde las canteras de los montes de Arabia hasta las márgenes del Nilo; otros, a coger esas mismas piedras y arrastrarlas hasta los montes de Libia. Un equipo de cien mil obreros, que se renovaban cada tres meses, se destinó a dicha obra. Así, durante diez años el pueblo se agotó con el único objeto de construir la calzada o camino por el que arrastraban las piedras; trabajo tan costoso

como la construcción de las pirámides (pues dicha calzada tiene cinco estadios de larga, diez toesas de ancha, ocho de alta por su parte más elevada, y es de piedra pulimentada y adornada de animales esculpidos). Fueron necesarios, pues, diez años para construir esta calzada y las cámaras subterráneas en la colina de las pirámides; cámaras que Kheops mandó excavar para él como sepulturas; todo ello en una isla creada artificialmente, desviando el curso del Nilo. En cuanto a la pirámide, esta construcción duró veinte años. Su base es un cuadrado de ocho pletros de lado y otros tantos de altura. Está hecha de piedras pulimentadas y ensambladas con el mayor esmero. Cada una de dichas piedras mide sus buenos treinta pies de largo.

Para construirla, se empieza primeramente por echar una serie de poyos, llamados aquí «gradas» o «aras». Una vez establecida esta primera base, se elevaron las restantes piedras con ayuda de ingenios de madera. Se las subía desde el suelo hasta la primera grada, y luego el bloque pasaba a otra máquina, que la alzaba hasta la segunda, y así sucesivamente (así que tenía que haber tantos artefactos de levantamiento como gradas). También pudo ocurrir que se utilizase un solo ingenio, fácil de transportar, que se instalaba sucesivamente en cada grada, una vez retirada la piedra. Señalo ambos procedimientos, pues he oído ambas versiones. Primero se terminó por arriba, luego las gradas inmediatamente inferiores y se volvió a bajar a nivel del suelo. Algunas inscripciones indican cuántos rábanos, cebollas y ajos consumieron los obreros durante la construcción. Si recuerdo bien las cifras traducidas por el intérprete que me acompañaba, ascendieron a mil seiscientos talentos de oro. Si esto es verdad, ¿cuánto no fue necesario gastar para todo lo demás: las herramientas, los otros alimentos y vestidos, durante los veinticinco años que duraron las obras? ¡Sin contar que fue preciso tallar las piedras, llevarlas, excavar el canal, lo cual no es una nonada!

Kheops llegó a tal extremo de perversión que, necesitando dinero, colocó a su propia hija en una casa pública, con orden de que los «clientes» le abonasen una importante cantidad (no se dice la suma exacta). La hija, no contenta con obedecer a su padre, imaginó también que dejaría un monumento después de morir y exigió, en consecuencia, de cada cliente una piedra que serviría para su construcción. Gracias a estas piedras se edificó —me aseguraron— la pirámide que se halla en medio de las otras tres, frente a la grande, cuyas fachadas alcanzan un pletro y medio de largo.

El antedicho Kheops reinó cincuenta años. A su muerte, su hermano Khefrén o Quefrén * le sucedió. Este último imitó a su hermano en todo y no se habría perdonado el no disponer igualmente de su propia pirámide. A decir verdad, no alcanzó las dimensiones de la otra (la medí personalmente), pues carece de cámaras subterráneas y de canal para el agua del Nilo. Su base está hecha de mármol de Etiopía de diverso colorido. Mide cuarenta pies de altura menos que la grande. Ambas están situadas

en la misma colina, de unos cien pies de alta. Khefrén reinó cincuenta y seis años.

Durante ciento seis años, Egipto vivió en la mayor indigencia, con sus templos cerrados al culto. Esos reyes, aún hoy son tan detestados que los egipcios no quieren ni oír pronunciar sus nombres. Las mismas pirámides se las llama sencillamente «las Pirámides de Filitis», con el nombre del pastor que, cuando pasé por allí, apacentaba su ganado en aquellos parajes.

Al tal Khefrén le sucedió Micerino *, hijo de Kheops. Reprobó la conducta de su padre, abrió otra vez los templos, autorizó los sacrificios y permitió volver a sus trabajos a un pueblo extenuado y en situación desesperada. Dicho rey poseía, al mismo tiempo, un gran sentido de la justicia. Todo ello le valió el ser uno de los más populares entre todos los reyes de Egipto. No contento con juzgar con equidad, indemnizaba con sus propios bienes a cualquiera que le presentase alguna reclamación, para quitarle todo motivo de rebeldía.

Sin embargo, sobre este tal Micerino, tan probo y benévolo con su pueblo, se cebó el Destino llevándose prematuramente a su única hija. Habiéndole sumido su muerte en profundo desconsuelo, quiso dar a su hija una sepultura digna de ella y mandó esculpir una vaca en madera, recubrióla de oro y sepultó en ella a la difunta.

La vaca no fue enterrada. Todos pueden verla todavía en Saís, en un aposento del palacio, decorado suntuosamente. Cada día se queman perfumes y una lámpara se consume cada noche hasta el alba. En una cámara contigua se hallan las estatuas, que —según los sacerdotes— serían las de las concubinas de Micerino. Efectivamente, se pueden ver allí colosales estatuas de madera, hasta una veintena, que representan a mujeres desnudas. ¿De qué mujeres se trata? No sé más sobre ellas que lo que me han dicho. En todo caso, cuentan —y sobre la vaca— la siguiente historia: Micerino, enamorado de su hija, la poseyó contra la voluntad de ésta. La desgraciada se ahorcó en su desesperación y el rey mandó sepultarla en dicho ataúd. La madre ordenó cortar las manos a todas las siervas que habían entregado la hija al padre y las estatuas sufrieron el mismo castigo que sus modelos. A mi juicio, esta historia no tiene pies ni cabeza, especialmente en lo concerniente a las manos de las estatuas. Es exacto que ya no tienen manos, pero ello se debe exclusivamente a que son vetustas. Cuando las visité, pude ver esas manos, en el suelo, a sus pies. La vaca desaparecía casi por completo bajo una gualdrapa púrpura, excepto el pescuezo y la cabeza, que están recubiertos de oro. Entre sus cuernos figura el disco del sol. El animal está arrodillado y es algo mayor que el tamaño natural. Cada año en la época en que los egipcios se lamentan en honor del dios cuyo nombre me es vedado pronunciar, sacan esta vaca a la luz del día, pues la joven, al morir, habría pedido a su padre, ver el sol una vez al año.

Tras la muerte de su hija, una segunda desgracia se abatió sobre el rey: Un oráculo llegó de Butona para anunciarle que sólo ya disponía de seis años de vida. La cosa le sentó muy mal y dirigió al oráculo amargos reproches: «¿Cómo puede ser —preguntó al dios— que mi padre y mi tío que cerraron todos los templos, olvidaron a los dioses y oprimieron a sus súbditos, muriesen de puro viejos, mientras yo que de nada me remuerde la conciencia, me veo condenado a una muerte prematura?» La respuesta no se hizo esperar: precisamente por este motivo, es por lo que —dijo el dios— acortaba su vida, pues no había hecho lo que habría debido hacer. Había detenido el castigo que Egipto debía sufrir, durante ciento cincuenta años; lo cual sus dos predecesores habían admitido perfectamente.

Cuando el rey comprendió que estaba condenado irremediablemente, mandó construir infinidad de lámparas que alumbraban todas las noches y pasó el resto de sus días bebiendo, banqueteando, paseándose por los bosques o en barco y frecuentando los lugares llamados «de placer». Su pensamiento secreto era dejar por mentiroso al oráculo, viviendo doce años en lugar de seis, ya que por decirlo así, vivía día y noche.

Dejó una pirámide más pequeña que la de su padre, cuyas fachadas tienen tres pletros (de unos veinte pies aproximadamente). Es cuadrada, de piedras marmóreas de Etiopía, hasta su altura media. Ciertos griegos la atribuyen a Ródope, una cortesana, pero están en un craso error. Ni siquiera parecen tener la menor idea de la calaña de la tal Ródope, pues no le habrían atribuido una pirámide, cuya construcción ha debido costar millares de talentos. Es más, dicha cortesana vivió en el reinado de Amasis y no de Micerino. Era oriunda de Tracia y fue la esclava de Jadmón, ciudadano de Samos, y compañera de esclavitud de Esopo, autor de las fábulas...

Ródope fue llevada a Egipto por Xantes, ciudadano de Samos, para que cumpliese su oficio, es decir, para que viviese para él de sus encantos. Un habitante de Mitilene, Caraxes (hermano de la poetisa Safo), la libertó por una enorme suma. Ródope se convirtió así en una mujer libre de esclavitud y decidió quedarse en Egipto. Como tenía muchos atractivos, ganó mucho dinero, al menos para una mujer como Ródope, pero no lo suficiente como para costearse la construcción de semejante pirámide. Cualquiera que lo desee, puede contemplar aún hoy la décima parte de sus riquezas. Tampoco hay que subestimar la importancia de su fortuna. Ella quiso dejar en Grecia algún recuerdo de su memoria e hizo a un santuario de Delfos una ofrenda original: mandó fabricar con el diezmo de sus riquezas, muchos espetones o asadores de hierro, como para sostener un buey entero, y los envió a Delfos. Allí están, detrás del altar de los habitantes de Quío, frente al mismo templo.

Las cortesanas de Naucratis tienen fama de ser las más atractivas de todas. Aquella de que hablamos aquí se hizo, en todo caso, tan célebre que el nombre de Ródope fue conocido por toda Grecia. Otra cortesana,

Arquidice, también fue muy famosa, algunos años más tarde, aunque sin alcanzar la fama de la primera.

En cuanto al desgraciado Caraxes que la había libertado, Safo lo llenó de injurias al poner los pies en Mitilene. Pero ya hemos hablado bastante sobre Ródope.

ANISIS, EL REY CIEGO. EL REY SETHOS Y LAS RATAS. CUANDO LOS DIOSES REINABAN SOBRE LA TIERRA

Asiquis sucedió a Micerino. Construyó los propileos del templo de Vulcano, que miran a levante y desde lejos son los más grandes y bellos de todos. La mayoría de los propileos llevan generalmente figuras grabadas o esculpidas e innumerables y ricas decoraciones, mas, al lado de las de Asiquis, es como si no existieran. Como viniese a faltar el dinero durante su reinado, promulgó una ley que autorizaba a todos los ciudadanos a pedir préstamos, presentando como garantía la momia de sus padres. Una segunda ley precisaba que el prestamista se convertía entonces en el dueño absoluto del panteón familiar del prestatario. Si este último no podía pagar la deuda, ya no tenía derecho a que le sepultaran en el sepulcro familiar ni en ningún otro; ni siquiera que enterrasen a ninguno de los suyos. Este rey, deseoso de sobrepasar a todos sus antecesores, hizo construir una pirámide de ladrillos, con la siguiente inscripción: «No me rebajes al compararme con las otras pirámides, pues las supero como Júpiter a los demás dioses. Para sacar los ladrillos de que estoy hecha, hubo que hundir una pértiga en el fondo de un lago y recoger cada vez el cieno adherido a ella.»

Un rey ciego, por nombre Anisis, le sucedió. Los etíopes se precipitaron en masa durante su reinado y tuvo que refugiarse en las marismas del Delta. El rey etíope Sabacón reinó a la sazón cincuenta años en el país. Cuando los egipcios se hacían culpables de algún crimen, Sabacón no les daba muerte, sino que los condenaba a ejecutar trabajos de nivelación de tierras, cerca de las ciudades en que vivían. Así se alzaron las ciudades de Egipto. Las primeras obras se habían iniciado en tiempos de los canales de Sesostris, las siguientes continuaron bajo el dominio de Sabacón. El nivel de las ciudades subió y muchas desde Sabacón dieron, en cierto modo, un «estirón». La que creció más fue Bubastis, ciudad de la diosa Bubastis, que allí posee un templo admirable: los hay mayores y más ricos, pero ninguno es más agradable a la vista. Bubastis es el nombre egipcio de Diana o Artemisa de los helenos.

Ese templo se halla en una isla. Tiene acceso por un pasadizo. Dos canales alimentados por el Nilo —de cien pies de ancho—, de orillas umbrosas, lo rodean por todas partes. Los propileos tienen diez toesas de alto y están adornados de notables figuras de seis codos. La isla y su templo están en el mismo corazón de la ciudad. Se la divisa desde cual-

quier lugar, al rodearla, pues la ciudad ha quedado muy elevada por la elevación de terrenos; mientras que el santuario ha conservado su nivel primitivo. El recinto está rodeado de una cerca con esculturas, así como de un bosquecillo de altos árboles. La estatua de la diosa se encuentra en el interior del santuario propiamente dicho, que alcanza un estadio de largo y otro de ancho. Se llega hasta él por una avenida empedrada de tres estadios de larga, que atraviesa el mercado y sigue hacia el este. Por cada lado crecen árboles enormes, cuyas cimas parecen tocar el cielo. Dicha avenida desemboca por el extremo opuesto en un templo de Mercurio.

Un buen día el etíope abandonó Egipto precipitadamente. ¿Por qué? A consecuencia de un sueño —me dijeron—. Soñó que un hombre apareció a su lado y le ordenó que reuniese a todos los sacerdotes de Egipto y los partiese por la mitad. Al despertarse, se dijo que debía tratarse de alguna tentación de los dioses para obligarle a cometer alguna impiedad y atraer sobre sí mismo las mayores desgracias de los dioses y de los hombres. Así que, se cuidó mucho de no secundarle. Según los oráculos, el tiempo de la dominación del etíope en Egipto tocaba a su fin y debía dejar el país. En efecto, los oráculos le habían anunciado otrora que reinaría cincuenta años sobre Egipto. Al haber terminado dicho período, Sabacón, muy afectado por su sueño, dejó voluntariamente Egipto.

El rey ciego salió inmediatamente de las marismas y recuperó el poder. Había permanecido durante cincuenta años en esos pantanos, en una isla que había hecho emerger a fuerza de echar tierra y ceniza en el agua. Cada vez que uno de sus súbditos venía a traerle el suministro de víveres (según las consignas dadas a cada uno a espaldas del etíope), le pedía que trajese también un poco de ceniza. Con el tiempo acabó haciendo que emergiera una isla que pudo permanecer oculta a las pesquisas, hasta el reinado de Amintes. Ninguno de los reyes que le precedieron, pudo descubrirla. Se llamaba Elbo y mide un estadio aproximadamente.

Tras el antedicho rey, reinó un sacerdote de Vulcano, por nombre Setón o Sethos. Trató sin miramientos a los egipcios de la clase guerrera, pensando que nunca los necesitaría. No vaciló incluso en quitarles sus tierras, otorgadas por los reyes precedentes a título extraordinario. Entretanto, Senaquerib, rey de los árabes y asirios, cayó sobre los egipcios con un enorme ejército y los guerreros de Egipto se negaron a venir en auxilio de Setón. El sacerdote, como último recurso, entró en el templo de Vulcano y comenzó a quejarse de la suerte que le esperaba y creyó ver en sueños al dios que aparecía ante él y le animaba: «¡Nada te ocurrirá si combates contra los árabes —le dijo—. Yo mismo acudiré en tu auxilio!» Setón cobró ánimos y llevó a la guerra a cuantos quisieron seguirle, es decir, a un puñado de comerciantes, algunos artesanos, pero —entiéndase bien— ningún soldado profesional. Marchó sobre Peluso, que es la vía de acceso oriental a Egipto y he aquí que durante la noche, las ratas invadieron literalmente el campamento enemigo, royeron las aljabas, arcos

y correas de los escudos, hasta el punto de que, al despertar, el enemigo, por falta de armas, tuvo que emprender la huida, dejando numerosos muertos sobre el terreno. Una estatua en piedra del rey Setón se yergue hoy en el templo de Vulcano. Tiene en su mano una rata con esta inscripción: «Tú que me miras, aprende a confiar en los dioses.»

Hasta ahora, todas estas informaciones me las han facilitado sacerdotes y egipcios. Desde el primer rey hasta el tal Setón, se sucedieron trescientas cuarenta y una generaciones de reyes, entre los que se cuentan sumos sacerdotes y reyes en número igual. Ahora bien, trescientas generaciones representan diez mil años (puesto que tres generaciones suman cien años). Con las cuarenta y una últimas componen un total de once mil trescientos cuarenta años. Once mil trescientos cuarenta años durante los cuales ningún dios se apareció en Egipto en forma humana. Durante este inmenso período, el sol recorrió por cuatro veces su órbita, saliendo dos veces por el poniente y ocultándose otras dos por levante. Egipto no sufrió ningún trastorno ni en el Nilo ni en los cultivos; ninguna enfermedad anormal ni muerte dimanaron.

Cuando Hecateo pasó por Tebas, antes que yo, expuso su genealogía y pretendió que descendía de un dios por su decimosexto antepasado. Los sacerdotes de Júpiter hicieron con él lo que hicieron conmigo —aunque yo no los importuné con mi genealogía—: me condujeron dentro del templo —que es inmenso— y me enumeraron —nombrándolas una por una— estatuas colosales de madera que alcanzan la cifra establecida más arriba para las generaciones de los reyes; ya que cada sumo sacerdote, en vida, mandó erigir su propia estatua y gracias a esa enumeración sistemática, los sacerdotes me demostraron que se sucedían como los reyes, de padres a hijos, desde sus orígenes. Cuando Hecateo, pues, les expuso su genealogía y que se emparentaba —según decía— con un dios por su decimosexto antepasado, los sacerdotes le opusieron su propia genealogía, el imponente número de esas estatuas y se negaron a admitir que un mortal pudiese descender de un dios. «Cada uno de estos colosos —le dijeron— es un *piromis* e hijo de *piromis*.» Y así de *piromis* en *piromis* remontaron las trescientas cuarenta y cinco estatuas sin recurrir a ningún dios ni héroe. *Piromis* en griego significa «hombre noble».

De esta forma me presentaron dichas estatuas sin ningún género de duda como *piromis* y no como dioses. Mucho antes de todos esos reyes, reinaron los dioses en Egipto. Vivieron a la sazón, incluso entre los humanos y el poder pertenecía siempre a un dios. El último de esos dioses reinante fue Horus, hijo de Osiris (Horus se llama en griego Apolo y Osiris es el nombre egipcio de Dioniso o Baco, es decir, el Libre), que reinó en Egipto tras de su victoria sobre la serpiente Tifón.

La maravillosa historia de los dos hermanos y del tesoro real no tiene —es obvio— relación alguna con el faraón Ramsés III. Se trata de un cuento popular egipcio, que encontramos en todas las épocas en forma

ligeramente diferente y que Herodoto tomó por «moneda auténtica». Aquí tenemos un ejemplo típico de las confusiones a que dio lugar.

El curioso episodio del sacerdote de los ojos vendados, conducido por dos lobos al santuario de Ceres (es decir, de Isis), procede de un descuido de Herodoto más que de su ingenuidad. Esos dos lobos eran, en realidad, dos sacerdotes disfrazados de dioses-chacales Up-uaut *que en la mitología funeraria egipcia conducían, tradicionalmente, los muertos por los caminos del más allá.*

La versión que da Herodoto de la historia de Kheops y del odio que provocó entre sus súbditos nos sorprende a todas luces: Es difícil imaginar un odio que se perpetúa ¡durante más de veinte siglos! Si pronunciásemos hoy el nombre de algún rey odioso del Antiguo Régimen —pongamos por ejemplo Luis XV de Francia, si bien nos veríamos y desearíamos para seleccionarlos—, dudo que provocásemos violentas reacciones de quien fuere. Herodoto, en el transcurso de su viaje por Egipto, se informó en los más diversos ambientes y las tradiciones que refiere sobre los dioses, leyendas, hechos históricos y vida de los faraones, llevan la impronta de la diversidad de sus orígenes. Lo que afirma de Kheops es, en todo caso, interesante, pues, aun suponiendo que él o su informador hayan exagerado un tanto los hechos, eso demuestra que seguían circulando por Egipto, en esta época, puntos de vista «no oficiales» sobre la cuestión. Sería erróneo, en este terreno, atenerse únicamente a las inscripciones de los santuarios o a las fórmulas rituales de los papiros. Estamos aquí frente a lo que podíamos llamar «el reverso de la medalla» y ante un aspecto de la vida social que ningún viajero —ni antes ni después de Herodoto— ni siquiera se preocupó en poner de relieve. Es una de las grandes aportaciones de Herodoto habernos transmitido así —incluso si no inspiran entera confianza— esos «dicen» y «parece ser» del antiguo Egipto. En cuanto a la pequeña pirámide edificada a fuerza de trabajos por la hija de Kheops y situada al pie de las pirámides de Filitis (las denominaremos así por concesión al mal gusto) fue descubierta, efectivamente, con una estela de época tardía que refiere los acontecimientos del reinado de Kheops. Pero persiste el misterio de saber con qué base (económica, se entiende) logró ella construirla.

Digamos dos palabras, asimismo, sobre esa extraña historia de la princesa «enterrada» en una vaca de madera. Probablemente se trate de un rito religioso relacionado con los misterios de Osiris (el dios cuyo nombre nunca pronuncia Herodoto), durante los cuales se procedía a sacar solemnemente la diosa-vaca Meter al templo de Sais. Respecto al infortunado Micerino, víctima de sus bondades y benevolencia y forzado a banquetear noche y día entre lamparillas para dejar por mentirosos a los dioses, podemos imaginar que en este caso también se trata de una ceremonia religiosa mal entendida por Herodoto, de esa fiesta de las luminarias que describe precisamente en un capítulo precedente y parece haber olvidado. Pero las observaciones de Herodoto no carecen de interés. Su versión

sobre la construcción de las pirámides de Filitis llevan el sello de los ambientes populares; en cambio, la versión de las distracciones del rey Micerino revela, por el contrario, una fuente aristocrática. Pasar el tiempo en las marismas, paseándose o cazando, era para los ricos egipcios sinónimo de «darse buena vida». Era, por otra parte, la suerte reservada en ultratumba a los bienaventurados y esa dolce vita *del rey Micerino era como una anticipación de sus futuros placeres en el paraíso.*

Una última observación concerniente a Anisis, el rey ciego forzado a refugiarse en las marismas (como la diosa Isis tras el nacimiento de Horus): esa isla que hace «crecer» día a día es muy probable que sea una isla mítica. Tuvieron que contar a Herodoto algún mito que emergió —entendamos por esto un mito creador que explica cómo la primera colina había emergido de las aguas primitivas por impulso de la divinidad—, mito que Herodoto tomó por un hecho real e histórico.

Maravillas de Meris. Cómo fue desterrado el rey Psamético por culpa de un casco de bronce. Construcción de un canal al mar Rojo. De cómo Amasis llegó a ser rey contra su voluntad

Todos estos relatos son de fuente egipcia. Pero he sabido muchas otras cosas de otros habitantes de Egipto. Estos últimos informes son los que voy a referir al presente añadiéndoles algunos testimonios personales.

Ya libres, después de la muerte de dicho Setón, los egipcios eligieron doce reyes (en realidad, se diría que no pueden vivir sin ellos) y dividieron Egipto en doce lotes. Esos reyes se aliaron con matrimonios y se comprometieron a reinar sin hacerse la guerra ni despojarse mutuamente y a seguir siempre como buenos amigos. Se impusieron esta ley y la observaron rigurosamente. ¿Acaso un oráculo, al principio de su reinado, no había predicho que aquel de entre los doce que hiciese una libación en un recipiente de bronce en el templo de Vulcano reinaría él solo en Egipto?

Decidieron dejar un monumento común en recuerdo de su reinado y construyeron un Laberinto *, un poco más allá del lago Meris, cerca de la ciudad de los cocodrilos. Yo he visto este laberinto; verdaderamente es imposible de describir. Aun juntando todas las murallas y obras que los griegos pudieron construir, no se llegaría ni a una cuarta parte de los gastos y trabajos exigidos por ese Laberinto. El templo de Éfeso y el de Samos son dignos ya de elogio. Las pirámides admiten el parangón con los más bellos monumentos griegos. Empero el Laberinto supera a todos. Comprende doce palacios cubiertos y contiguos cuyas puertas están unas frente a otras, de seis en seis, y todo ello rodeado por una muralla única. El interior incluye tres mil cámaras; la mitad de ellas están en el primer piso. Hablo, por lo demás, con conocimiento de causa. No he podido ver las cámaras subterráneas, cuya visita está prohibida a causa de las sepul-

turas reales y de las de los cocodrilos sagrados que se encuentran en ellas; por eso, hablo de oídas. Mas, los aposentos superiores, que he visto con mis propios ojos, desafían todo elogio. Todas esas puertas, todas esas salidas, el incalculable número de pasillos, todas esas avenidas me llenaron de admiración. Pasaba de un patio a una sala y de una sala a un pórtico; dejaba un pórtico para caer en una nueva sala; luego en otro patio... El techo de todo el edificio es de piedra. Las paredes están cubiertas de bajorrelieves y cada patio, está rodeado de columnatas de piedra blanca, de impecable factura. Al final del Laberinto se levanta una pirámide de cuarenta orgías. Se entra en ella por un camino subterráneo.

Pero, sean cuales fueren los esplendores de dicho Laberinto, nada es, aún comparado con el lago Meris, junto al cual se ha construido. Este lago tiene un perímetro de tres mil seiscientos estadios, es decir, tanto como toda la costa egipcia, y se extiende de norte a sur. Tiene cincuenta toesas de profundidad. A simple vista se observa que es un lago artificial. En efecto, dos pirámides se yerguen en el centro, a más de cincuenta toesas sobre la superficie del agua y otras tantas debajo. En cada una se halla un coloso de piedra, sentado en un trono. Tienen, pues, en total, cien toesas de altura. Dicho lago, excavado en una región muy árida, no está alimentado por fuentes, sino por un canal que trae el agua del Nilo. Seis meses al año, corre del lago al río y los restantes del río al lago. Durante los seis primeros meses, la pesca reporta un talento de plata al tesoro real; los otros seis, únicamente veinte minas.

Las gentes de Meris me han dicho que ese lago desemboca por un conducto subterráneo en La Sirte de Libia. Efectivamente, se extiende hacia el oeste por el interior de las tierras, a lo largo de la montaña que domina Menfis. Pero, como yo no veía por ninguna parte desmonte alguno y la cosa me intrigaba, pregunté dónde podía estar ese desmonte. Me explicaron cómo fue excavado dicho lago y les creí sin dificultad. Efectivamente, en Nínive se había hecho lo mismo: ladrones que deseaban apoderarse de los inmensos tesoros del rey Sardanápalo, excavaron desde la casa de ellos una galería subterránea hasta por debajo del palacio del rey. Llegada la noche, tiraban la tierra del desmonte al Tigris, cerca de Nínive. Los egipcios hicieron lo mismo para excavar el lago Meris. Se deshicieron de la tierra, arrojándola al Nilo, que se encargó de dispersarla.

Durante este tiempo, los doce reyes gobernaban el país sin agitaciones. Un buen día ofrecieron un sacrificio en el templo de Vulcano. El último día, se dispusieron para las libaciones y el sumo sacerdote les trajo las copas de oro acostumbradas, pero echó mal las cuentas porque no había más que once. Psamético, que no le había tocado copa y estaba el último se quitó el casco de bronce y le presentó para la libación. Todos los demás reyes llevaban cascos pero los habían tenido puestos en la cabeza. Fue espontáneamente como Psamético presentó el suyo. Con todo, los otros censuraron este gesto de la predicción del oráculo (según el cual,

aquel de los doce que hiciese un día una libación en el templo de Vulcano con un recipiente de bronce, reinaría él solo sobre Egipto). Así pues, dicho oráculo les vino a las mientes y Psamético fue sometido a interrogatorio: sus respuestas demostraron que había actuado sin premeditación. En consecuencia, no se le condenó a muerte, sino que lo desterraron a la región de los pantanos (tras haberle confiscado sus bienes y posesiones), con prohibición de salir y de poner de nuevo los pies en el resto del país.

El tal Psamético ya había conocido una vez el exilio en Siria, huyendo del etíope Sabacón, que acababa de matar a su padre Neco. Cuando al etíope le tocó el turno de huir de Egipto, arrojado de él por las visiones de su sueño, las gentes de Sais volvieron a llamar al desterrado. Así que, recuperó su reino y de nuevo se vio en el destierro y esta vez en las marismas ¡por causa de un malhadado casco! Furioso de verse así tratado y escarnecido, ya no tuvo más que una idea en su mente: la venganza. Consultó al oráculo de Butona, que se le tenía por el más verídico de Egipto: «¡El mar te traerá tu venganza —le respondió el oráculo— en forma de hombres de bronce!» Al principio permaneció escéptico sobre esos pretendidos hombres de bronce, que habían de venir a vengarle. Mas, poco tiempo después, piratas jonios y dorios, arrastrados por los vientos, desembarcaron en Egipto. Todos llevaban armaduras de bronce. Un egipcio fue corriendo al encuentro de Psamético en las marismas y, como nunca en su vida había visto armaduras, gritó al rey: «¡Hombres de bronce acaban de llegar del mar y saquean todo el campo!» Psamético comprendió que la profecía se cumplía. Se alió con los jonios y carios, haciéndoles promesas y, gracias a ellos y a los partidarios que tenía en Egipto, derribó a los once reyes.

Vuelto al trono, Psamético construyó en Menfis los propileos meridionales del templo de Vulcano e hizo edificar, frente a dichos propileos, un palacio destinado al dios Apis, rodeado de columnatas y adornado con bajorrelieves. Cada vez que el dios se aparecía allí, se le daba de comer. Apis es el nombre egipcio de Epafos. Psamético concedió a los jonios y carios, que le habían ayudado, terrenos situados frente por frente, a cada lado del Nilo, que hoy llaman los «Campamentos». Les donó esas tierras y cuanto les había prometido. Incluso les confió niños egipcios para que aprendieran el griego. Todos los intérpretes griegos que existen actualmente en Egipto son descendientes de esos niños. Los jonios y carios vivieron mucho tiempo en los «Campamentos» que se hallan algo al norte del Bubastis, hacia el mar, en el brazo del Nilo llamado pelusiano. El rey Amasis, posteriormente, los trasladó, los asentó en Menfis y los reservó para su guardia personal, con preferencia a los egipcios. Merced a sus helenos de Egipto, quienes nunca perdieron contacto con su país de origen, estamos al corriente de todo cuanto ocurre aquí, desde el reinado de Psamético. En los «Campamentos», de los que fueron desalojados por Amasis, podemos ver aún hoy las atarazanas o calas secas de sus barcos y las ruinas de sus casas.

He hablado hace un momento y en otro lugar de un célebre oráculo egipcio. Quisiera volver sobre ello, ya que dicho oráculo merece la pena. Se halla en el santuario de Latona, en una gran ciudad próxima al estuario sebenítico, que se rebasa al remontar el Nilo desde el mar. Esta ciudad se llama Butona. Existe igualmente en Butona un templo de Apolo y de Diana y el de Latona en el que el oráculo ha elegido morada. Este templo es bastante grande, con propileos de diez toesas de alto. De todo lo que he visto, el santuario o nicho es el que me ha maravillado más. Está rodeado de una cerca sagrada y el edificio propiamente dicho está hecho de una sola piedra con muros iguales de cuarenta codos. El tejado está formado asimismo de una sola pieza, con una cornisa de cuatro codos.

Tras de dicho templo, que ya por sí solo es algo asombroso, recibimos otra sorpresa al descubrir la isla de Chemnis. Está situada en un profundo y ancho lago, cerca del santuario de Butona. Según los egipcios, se trataría de una isla flotante. Nunca la vi personalmente ni flotar ni moverse por poco que fuese y confieso que me quedé estupefacto al oír decir que una isla podía flotar. Lo cierto, en todo caso, es que hay en dicha isla un gran templo de Apolo y tres altares y alrededor numerosas palmeras. Esta isla no flotaba otrora (siguen hablando los egipcios), pero un día Latona, una de las ocho divinidades primitivas y que habitaba en Butona, ocultó en ella a Apolo y lo salvó, al cual Isis acababa de entregárselo. Tifón llegó a los parajes en busca de Apolo y no lo halló. (Horus es el nombre egipcio de Apolo, Isis el de Ceres, Bubastis el de Diana.) Fue después de esta historia cuando la isla comenzó a flotar. Al menos, según la opinión de los egipcios.

Psamético reinó cincuenta y cuatro años. Durante veintinueve años, llevó a cabo el asedio de la ciudad de Arzoto, en Siria, antes de lograr tomarla. Esta ciudad —que yo sepa— fue una de las que resistieron más tiempo un asedio.

Psamético tuvo por hijo a Neco *, que le sucedió. Neco inició las primeras obras para abrir un canal hacia el mar Eritreo, que luego llevó a término Darío, el persa. Su longitud es de cuatro días de navegación y es bastante ancho como para que puedan pasar dos trirremes de frente. Es alimentado por el Nilo. Comienza algo más arriba de Bubastis, pasa cerca de la ciudad árabe de Patumo y desemboca en el mar Eritreo. Se empezó a abrir en la llanura egipcia que confina con Arabia y está dominado por esta inmensa montaña, cerca de Menfis, donde se encuentran canteras. El trazado del canal sigue de oeste a este el pie de esta montaña, atraviesa las gargantas, luego tuerce hacia el sur para morir en el golfo Arábigo. En su trayecto más corto (es decir, a partir del monte Casio, en la frontera de Egipto y Siria) la distancia que separa el mar (Mediterráneo), del mar Eritreo es de mil estadios. Es el camino más directo, pero, como el canal da numerosos rodeos, mide más. Un buen día un oráculo anunció a Neco que trabajaba, en realidad, para los bár-

baros e inmediatamente mandó parar las obras. Por bárbaros los egipcios entienden a todos los que no hablan su lengua.

Neco abandonó, pues, los trabajos del canal y se tornó hacia la guerra. Mandó construir trirremes para el mar del Septentrión, otras para el golfo de Arabia (aún se ve el emplazamiento de sus calas secas o arsenales). Las utilizó, llegado el caso. Sobre el terreno se enfrentó y derrotó a los sirios en Magdolo, luego se apoderó de la importante ciudad de Caditis, en Siria. Aquí consagró a Apolo y envió a su santuario en Bránquidas de Mileto los vestidos que llevaba en el curso de esta campaña. Hecho esto, al cabo de dieciséis años de reinado, falleció y dejó el poder a su hijo Psammis *.

Durante el reino de Psammis, una delegación de eleos vino a verlo para hablarle de los juegos de Olimpia: la reglamentación vigente, que era obra suya, les parecía tan justa y apropiada que ningún pueblo —aunque fuese el egipcio— les parecía capaz de hallar otra mejor. Los eleos vinieron, pues, a Egipto y expusieron a Psammis el fin de su misión. El rey reunió a sus súbditos más ilustrados y, ante este aerópago o asamblea, los eleos explicaron en detalle la reglamentación de los juegos olímpicos. «¿Podéis hallar —concluyeron dirigiéndose a los egipcios— un reglamento más justo que éste?» «¿Han sido admitidos vuestros conciudadanos a competir?», preguntaron los egipcios. «Todos sin distinción, ya sea eleo o no, pueden participar en estos juegos.» «Entonces vuestro reglamento no es tan justo como pensáis.» «En efecto, ¿cómo no resistir a la tentación de favorecer a uno de vuestros conciudadanos en detrimento de algún extranjero? Si deseáis un reglamento perfecto, suponiendo que ésa sea la verdadera razón que os ha conducido a Egipto, reservad esos juegos únicamente a los competidores extranjeros, excluyendo de antemano a todo eleo.» Tales fueron los consejos de los egipcios. Psammis sólo reinó seis años. Llevó a cabo una campaña contra Etiopía y murió poco tiempo después.

Su hijo Apries * le sucedió. Fue junto con su bisabuelo Psamético, el más feliz de los reyes. Reinó veinticinco años, emprendió una campaña contra Sidón, libró un combate naval contra los tirios. Pero estaba escrito que terminaría mal: la catástrofe tuvo lugar durante acontecimientos que contaré con más detalle en mis «Relatos libios». La mencionaré por el momento en dos palabras: salió con un gran ejército contra los habitantes de Cirene (en Libia) y sufrió un serio revés. Sus hombres le tomaron aversión y se rebelaron: «Nos ha lanzado a esta expedición condenada de antemano al fracaso, ¡para matarnos a todos y reinar más tranquilamente sobre el resto de la población!», se decían sus soldados. Por eso, todos los supervivientes —y los amigos de los muertos— se rebelaron abiertamente contra Apries.

El rey mandó a Amasis hacia los sublevados para hablarles y calmarlos un tanto. Este último comenzó a hablarles, a tratar de que cambiasen de resolución, pero, durante su discurso, uno de los soldados que estaban

tras de él, le puso un casco en la cabeza, declarando que le «tocaba» así con la realeza. Aparentemente, el suceso no disgustó ni con mucho a Amasis, como lo demuestran los sucesos posteriores. Una vez proclamado rey, se dirigió inmediatamente contra Apries. Este último envió hacia Amasis un alto personaje, por nombre —según creo— Patabermis, con orden de traerle vivo a Amasis. Patabermis se entrevistó con Amasis, le invitó a seguirle, pero el otro, incorporándose en la silla (iba a caballo), ventoseó y le dijo que llevase esta respuesta a Apries. Patabermis reiteró, pese a todo, su invitación, a la que respondió Amasis que, efectivamente, se disponía a entrevistarse con Apries. «Que Apries se tranquilice —dijo—, pronto iré a su encuentro personalmente, acompañado de algunos amigos.» Patabermis, ya al tanto de las intenciones de Amasis, salió a avisar urgentemente a Apries. Mas, al presentarse ante este último sin Amasis, el rey, loco de furor, le cortó la nariz y las orejas, incluso antes de que tuviera tiempo de decir esta boca es mía. Los partidarios del rey, viendo tratar y mutilar a un hombre de esta condición, abandonaron al punto a Apries y se pasaron al bando de Amasis. Apries armó a sus tropas auxiliares y marchó con veinte mil jonios y carios contra los egipcios. ¡Era algo inaudito ver al rey de Egipto marchar contra los egipcios y a Amasis y a los suyos contra extranjeros! Se enfrentaron cerca de la ciudad de Momenfis, donde tuvieron buena ocasión de medir sus fuerzas.

De cómo Amasis reinó sobre Egipto. Sus leyes, placeres y amores. Sus ofrendas

Existen en Egipto siete clases de ciudadanos: sacerdotes, guerreros, boyeros, porqueros, comerciantes, intérpretes y marineros. Estas siete clases llevan nombres en relación con la profesión que ejercen. Así la clase de los guerreros comprende los *calasires* y los *hermotobíes*. Están repartidos en diferentes provincias o nomos.

Los hermotobíes ocupan los nomos de Busiris, Sais, Chemnis, Papremis, la isla de Prosopitis y la mitad de Nato. En la época de su esplendor, eran alrededor de ciento sesenta mil. Se dedican únicamente a las armas y no conocen ningún oficio manual.

Los calasires ocupan las provincias de Tebas, Bubastis, Aftita, Tanita, Mendes, Sebenitis, Atribitis, Farbetitis, Tmuitis, Onofitis, Anisis y Miesforitis (frente a Bubastis). En la época de su esplendor eran doscientos cincuenta mil. También ellos sólo conocen el oficio de las armas. ¿Es éste sin duda igualmente un modo de ver las cosas que los griegos han imitado de los egipcios? No podríamos afirmarlo con certeza, puesto que los tracios, escitas, persas, lidios y en general todos los pueblos bárbaros, profesan una veneración peculiar al oficio de las armas y un desdén correlativo a los oficios manuales. El caso es que los griegos y especialmente

los lacedemonios han adoptado esta mentalidad. Los corintios son los únicos, poco más o menos, que no desprecian en absoluto a los artesanos.

Los guerreros gozaban en Egipto —como los sacerdotes— de privilegios especiales. Cada uno de ellos tenía derecho a doce aruras o yugadas de tierra (la arura equivale a cien codos cuadrados). Este privilegio se concedía a todos indistintamente, pero otros privilegios eran otorgados por turno a ciertos guerreros: cada año, por ejemplo, se escogían mil calasires y mil hermotobíes para la guardia real. Los guardias reales, además de sus aruras, percibían cada día cinco minas de trigo tostado, dos minas de carne de buey y el equivalente de un litro de vino.

De modo que, Apries y sus auxiliares, por un lado, Amasis y sus egipcios, por otro, se enfrentaron en Momenfis y la batalla se entabló. Los auxiliares mercenarios hicieron cuanto pudieron, pero, como eran poco numerosos, acabaron por llevar las de perder. Y Apries, quien creía que su trono era tan sólido que incluso un dios —afirmaba con frecuencia— no podría derribarlo, se vio de nuevo vencido, prisionero y llevado a Sais, a su antiguo palacio, ¡ahora residencia de Amasis! Aquí permaneció bastante tiempo, bien alimentado y tratado por el nuevo rey. Luego, al final, los egipcios perdieron la paciencia, censuraron con vehemencia a Amasis de que alimentase a su propio enemigo —y de ellos— en su palacio, y Amasis se lo entregó. Los egipcios estrangularon a Apries y le inhumaron en el panteón familiar, en el interior del santuario de Minerva, cerca del templo, a la izquierda de la entrada. Todos los reyes de Sais fueron enterrados siempre en dicho santuario. La tumba de Amasis se encuentra algo más lejos del templo, aunque está en el patio interior. Se trata de un pórtico en piedra, muy vasto, ornado de columnatas imitando palmeras, al fondo del cual una puerta de dos hojas da a la cámara sepulcral.

En este templo de Minerva, en Sais, se puede ver, asimismo, la sepultura del dios cuyo nombre sería sacrílego pronunciar. Está detrás del templo y ocupa un muro entero. También se ve en este recinto dos grandes obeliscos de piedra, junto a un lago cercado por un pretil de piedra, tan vasto a primera vista como el lago de la Rueda en Delos. Se dan de noche, en el lago, representaciones de su Pasión que los egipcios llaman Misterios. Sé mucho más acerca de dichos misterios pero me cuidaré de hablar de ellos ni tampoco de los Misterios de Ceres o Tesmoforias (que los helenos llaman la fiesta de los Ritos). Todo lo que puedo decir es que los danaidas los trajeron de Egipto y transmitieron a las mujeres pelasgas. Dichos misterios se perdieron cuando los dorios invadieron el Peloponeso y arrojaron a sus habitantes. Únicamente los arcades, que permanecieron allí, pudieron conservarlos.

Así, pues, Amasis sucedió a Apries. Era de Sais, o más exactamente, de la ciudad de Siuf, en la provincia de Sais. Al principio, fue muy criticado y muy poco estimado. Era un hombre del pueblo, oriundo de una familia muy plebeya. Pero Amasis terminó por conciliarse a sus súbditos, gracias a su habilidad y benevolencia, y cambió sus sentimientos.

Poseía innumerables tesoros, entre los que se contaban una jofaina de oro en la que él mismo y sus invitados se lavaban los pies, en caso de necesidad. La rompió en varios trozos y mandó confeccionar con este oro la estatua de un dios, que erigió en la ciudad, en un lugar muy visible. Los egipcios acudieron a ver dicha estatua, llenos de respeto y admiración. Entonces Amasis los reunió y les contó la historia desde sus comienzos: «Este dios no fue más que una vieja bacía en la que todos —no hacía mucho tiempo— ¡escupían, orinaban y se lavaban los pies! Pues bien, he conocido exactamente en mi vida el destino de esta jofaina: antes yo no era más que un hombre del pueblo y ahora soy vuestro rey. Por eso, os conjuro vivamente a que me respetéis y os comportéis correctamente conmigo.» Así fue —textualmente— como Amasis conquistó a los egipcios y les persuadió que le sirvieran como esclavos.

Tenía una manera propia de organizar el trabajo y los días: Desde el amanecer hasta la hora en que el mercado está en todo su apogeo, se dedicaba por completo a los asuntos del país. Y todo el resto del día, bebía, se daba la gran vida con sus invitados, banqueteaba y se solazaba. Sus amigos, escandalizados por esta actitud, acabaron por echársela en cara: «Tú no actúas como lo exige tu cargo de rey. En verdad que te entregas a demasiadas familiaridades. Deberías en cambio sentarte majestuosamente en el trono y ocuparte día y noche de los asuntos del país. Así, los egipcios tendrían la impresión de ser gobernados y tu reputación ganaría con ello. ¡Tu actitud en este momento no tiene absolutamente nada de regia!» «Los que tienen un arco —les contestó el rey— no lo tensan más que cuando lo necesitan y luego lo aflojan. Si estuviera continuamente tenso, ya no podría servir en un momento determinado. Lo mismo ocurre con el hombre. ¡También él necesita relajarse! Si hubiera de estar siempre tenso y serio, se volvería loco o embrutecido por completo. Yo lo sé, por eso, hago un hueco en mi vida a las cosas serias y otro a la relajación.»

Cuando Amasis sólo era una persona particular, ya tenía, según parece, bastante afición a la bebida. Le gustaban medianamente los placeres y nada tenía de hombre austero. A fuerza de beber y de banquetear, le ocurría con frecuencia quedarse sin blanca. En ese caso, no vacilaba en robar donde podía. Algunos le acusaban, pero Amasis lo negaba enérgicamente y le conducían ante el primer oráculo que llegaba. A veces el oráculo le confundía, otras, le declaraba inocente. Pues bien, ¿sabéis lo que hizo al ser rey? Recompensó con el más profundo desdén a todos los dioses cuyos oráculos le habían declarado inocente cuando era culpable; no entregó ni un céntimo para el sostenimiento de sus santuarios, no puso nunca los pies en ellos y no les ofreció sacrificio alguno: ¿Acaso no se trataba de dioses más que sospechosos cuyos oráculos mentían con tanto descaro? En compensación, profesó la mayor estima a los que le habían acusado, pues ésos eran auténticos dioses que daban verdaderos oráculos.

Construyó en Sais, en honor de Minerva, admirables propileos que dejaron tamañitas todas las obras precedentes tanto por su calidad como por los materiales empleados. Ofreció asimismo colosales estatuas, esfinges masculinas y restauró muchos edificios. Para estas restauraciones mandó traer enormes piedras de las canteras de Menfis y de las de Elefantina; estas últimas a más de veinte jornadas de navegación de Sais. Pero lo más extraordinario de todo es ese edificio de piedra construido de una sola pieza, que transportó de Elefantina a Sais. Dos mil hombres, todos ellos pilotos bateleros, tuvieron que ocuparse de ello. Esta casa monolita tiene veintiún codos de larga, catorce de ancha y ocho de alta, por fuera y por dentro dieciocho de largo, doce de ancho y cinco de alto. Siempre está al exterior del santuario, cerca de la entrada. Nunca se pudo colocar en el interior porque el contramaestre, durante las operaciones de transporte, habría al parecer lanzado un profundo gemido (de cansancio, sin duda alguna, tras esas horas de esfuerzo), y Amasis, inquieto por ese funesto presagio, ordenó dejarla allí. Este rey hizo igualmente muchas ofrendas a muchos otros santuarios: a Menfis, entre otros, un coloso de setenta y cinco pies de largo, ante el templo de Vulcano. Otros dos colosos de veinte pies de altura siguen todavía en pie sobre su misma base. Fue también Amasis el que terminó la construcción del templo de Isis, en Menfis; templo muy notable.

Egipto conoció en el reinado de Amasis un período de gran prosperidad. Nunca el Nilo inundó mejor las tierras ni las tierras alimentaron mejor a los hombres. Habrían existido a la sazón en todo Egipto más de veinticinco mil ciudades. Asimismo Amasis promulgó una ley que obligaba a cada egipcio a declarar al rey por su monarca o gobernador, cada año, sus medios de subsistencia. Cualquiera que la burlase o no justificare rentas declarables, era condenado a muerte. Solón, tras su visita a Egipto, instituyó idéntica ley en Atenas donde sigue vigente y da excelentes resultados.

Amasis fue gran amigo de los egipcios. Además de los privilegios o mercedes particulares que concedió a tal o cual de entre ellos, otorgó la ciudad de Naucratis a todos los griegos que venían a establecerse en Egipto. Los que sólo estaban de paso, disponían de emplazamientos reservados a sus altares y templos. El más importante de ese templo es precisamente el que llaman templo de los helenos, construido en común por las ciudades jonias de Quío, Teos, Focea y Clazomenas; entre las ciudades dóricas de Rodas, Cnido, Halicarnaso y Faselida y la ciudad eolia de Mitilene. Todas esas ciudades tienen este templo helénico en común y velan también por la policía del mercado o directores del comercio. Todas las otras ciudades que lo reivindican, lo hacen sin derecho alguno. Las gentes de Egina han construido por propia iniciativa un templo a Júpiter, los de Samos, otro a Juno, y los de Mileto, otro a Apolo. Naucratis era otrora el único puerto comercial egipcio que ejercía el monopolio. Cuando un mercader arribaba a otro estuario del Nilo que no fuera el canóbico,

debía jurar primero que era contra su voluntad y podía entonces volver a salir hacia Naucratis. Si los vientos se lo impedían, transportaba su carga en *baris* bordeando el Delta hasta Naucratis. Esta ciudad gozaba, por consiguiente, de un auténtico privilegio comercial.

Amasis concluyó asimismo con los cireneos un tratado de alianza y de amistad. Juzgó incluso a propósito tomar mujer entre ellos. ¿Tenía, en realidad, ganas de una griega o eran razones diplomáticas? El caso es que se casó con una mujer por nombre Ladice, hija de Catto, según unos, de Cristóbulo, dicen otros. Desgraciadamente, cada vez que Amasis deseaba acostarse con ella, era impotente para poseerla, mientras que lo hacía normalmente con las otras mujeres. Como la situación se eternizaba, dijo a Ladice: «¡A fe mía, que me has propinado un veneno o encantamiento. No te imagines que vas a salir del paso así. Voy a hacer que mueras de la peor muerte que jamás haya conocido una mujer!» Ladice por más que protestó, no consiguió que Amasis diera su brazo a torcer. Entonces hizo un voto en su interior a Afrodita: Si esa misma noche el rey lograba poseerla, ella enviaría a la diosa una estatua a Cirene. Apenas había formulado dicho voto, cuando Amasis la poseyó. Y todas las restantes noches también, hasta el extremo de que el rey la amó mucho. Ladice cumplió su voto y envió una estatua a Cirene. Estaba todavía allí cuando pasé. Cuando Cambises ocupó Egipto y supo quién era Ladice, la remitió, posteriormente, a Cirene sin hacerle ningún daño.

El lago Meris y su laberinto causaron una profunda impresión en Herodoto. Este lago cubría otrora una superficie mucho más extensa que hoy, en la que no ocupa más que el fondo de la depresión de Fayum. Se le consideró muy pronto como un resurgimiento del Nun, *el Océano primordial (de otra manera era difícil explicarse la existencia de esa inmensa extensión de agua en pleno desierto) y el dominio del dios Sobek, el dios-cocodrilo. Este dios poseía en Cocodrilópolis un santuario muy importante donde se sitúa, además, la anécdota que refiere Estrabón más arriba.*

En cuanto al famoso laberinto, se trata de un templo funerario edificado por el faraón Ammenemes III (y no por los doce reyes de que habla Herodoto), cuyos pasillos y subterráneos impresionaron la imaginación de los visitantes extranjeros. Era junto con las pirámides y los colosos de Memnón y el templo de Amón en Tebas (Karnak), una de las principales curiosidades de Egipto. Ammenemes III hizo construir un dique para regular el nivel del lago y regar la región circundante, pero no excavar el lago propiamente dicho, que es un pantano natural alimentado por un brazo del Nilo. Sus orillas estaban cubiertas en la antigüedad de una exuberante vegetación de cañas, papiros y malezas en los que pululaban la caza y volátiles. Era un verdadero paraíso para cazar y muchos frescos y papiros han quedado en los que están representadas escenas de caza en el lago Meris. La vida en esas marismas sirvió en cierto modo de modelo a la visión que los antiguos egipcios concibieron del paraíso, de ese campo Iaru

donde los bienaventurados vivían en la opulencia y la dolce vita, *cazando, paseándose y descansando en las márgenes, a la sombra de los frescos sicomoros...*

Herodoto relata, hacia el final de su descripción de Egipto, un episodio muy bello de la leyenda de Osiris que olvida desgraciadamente de citar en su totalidad. Cuando Isis logró hallar y reunir los trozos diseminados del cuerpo de Osiris, resucitó al dios muerto (con la ayuda de Re) batiendo lentamente las alas encima del cadáver. Osiris revivió, Isis se extendió sobre él y concibió al futuro Horus. Pero Seth (asimilado por los griegos al monstruo ofidio Tifón) barruntó la cosa y arrojó a Isis encinta. Ésta tuvo que refugiarse en las marismas, donde dio a luz a Horus. Esta huida de la diosa a los pantanos es uno de los episodios más célebres de la leyenda. El lugar donde nació Horus, donde creció educado por su madre (o según la versión relatada por Herodoto por la diosa-nodriza Uadjet que asimila a Latona-Leto, madre de Apolo y de Artemisa), se convirtieron en otros tantos lugares míticos y centros religiosos relacionados con la leyenda, lo mismo que los sitios donde habían sido hallados los trozos del cuerpo de Osiris. Uno de esos centros míticos y religiosos —en relación con la estancia de Isis en las marismas— es el que describe Herodoto a propósito de la ciudad de Buto y de la isla flotante de Chemnis.

De faraón en faraón, de Psamético en Psammis y de Psammis en Apries y Amasis, Egipto se encaminó en unas cuantas generaciones hacia el final de su grandeza histórica. Fue durante el reinado de ese Amasis, el rey tan vividor, amigo de placeres, fiestas y griegos, cuando el soberano persa Cambises emprendió su expedición a Egipto y ocupó el país. A partir de esta conquista, Egipto, pese a un breve estallido contra los ocupantes, dejará de ser un imperio independiente. A la ocupación persa sucederá la griega (con Alejandro Magno), luego la romana, hasta el día en que la victoria definitiva del cristianismo destruirá las creencias tradicionales, santuarios, monumentos y maravillas de Egipto. En ese momento fue cuando uno de los últimos fieles de los antiguos dioses exclamará:

«Vendrá un tiempo en que parecerá que los egipcios han adorado a los dioses en vano. De la tierra esos dioses volverán al cielo y Egipto se entregará al abandono. Esta tierra santa, patria de los santuarios, se cubrirá de sepulturas y de muertos. ¡Egipto, Egipto! De tus creencias no quedarán más que fábulas que parecerán increíbles a las futuras generaciones, ni más que palabras grabadas en la piedra que hablan de tus actos de piedad.»

TERCERA INVESTIGACIÓN

ETIOPÍA, INDIA, ARABIA

Etiopía, India y Arabia señalan para Herodoto el último confín del mundo conocido, hacia el este y el oeste. Sólo habla de él, evidentemente, de oídas, puesto que él mismo aclara que no estuvo más allá de Elefantina, en el transcurso de su viaje a Egipto. Pero esas comarcas, especialmente Nubia, Etiopía y las regiones ribereñas del mar Rojo, las conocían desde hacía mucho tiempo los egipcios. Egipto mantenía relaciones comerciales regulares con ese misterioso país de Runt, situado en las fronteras actuales de Somalia y al que la reina Hatshepsut de la XVIII dinastía había enviado misiones de reconocimiento. Ese país suministraba abundantemente incienso, maderas preciosas, piedras raras, marfil y oro, y pasaba por una tierra casi legendaria, colmada de fabulosas riquezas.

Al pretender aventurarse con sus objetivos de conquista por esa Etiopía situada en los confines meridionales del mundo, Cambises traspasó los límites que los dioses fijan siempre a las empresas humanas. Su campaña militar terminará en un desastre: los soldados diezmados por el hambre, la sed y el cansancio, perecerán en los desiertos del sur y Cambises tendrá que desandar lo andado tras haber perdido un gran contingente de sus tropas. Otro desastre más completo todavía se abatirá sobre los contingentes que salieron hacia el oasis de Amón, al oeste del país: los cincuenta mil soldados persas enviados en reconocimiento desaparecerán en sus bienes y personas sepultados bajo las tormentas de arena. Aun cuando la versión de Herodoto exagere un tanto los hechos, es un exponente de la influencia que esos lejanos países ejercían en la imaginación. La inmensidad de los desiertos, el calor tórrido, la falta de agua, la ignorancia de caminos seguros y esos furiosos vientos capaces de tragarse a todo un ejército bajo un alud de arena, eran obstáculos temibles. Pero eran sobre todo la señal visible de una prohibición más amplia que protegía esas tierras encantadas y paradisiacas. No es por casualidad el que Herodoto denomine «isla de los bienaventurados» a los oasis del oeste y el que describa los confines del mundo como «un inmenso cinturón que rebosaba de

las más raras y bellas cosas». Conquistar Etiopía, llegar hasta el oasis de Amón, recoger el incienso de Arabia, aparecen cual empresas prohibidas y difíciles y todos saben que las puertas del paraíso no se abren tan fácilmente. El espacio que protege esas maravillas se hace hostil al hombre, aparta y destruye a cualquiera que pretenda aventurarse tan lejos con intenciones de conquista. El fracaso de Cambises no se debió únicamente a su imprevisión; fue el castigo fatal y previsible que cayó sobre todo aquel que está aquejado de lo descomunal. Aquí hallamos de nuevo la tragedia —por muchas razones, además— puesto que Cambises, al tornar de esa expedición, se volverá loco y cometerá actos desatinados. Esta locura lo llevará allí donde ningún hombre se atrevió a aventurarse, a las temibles fronteras del otro mundo: «Abrió antiguas tumbas y contempló los muertos.» Uno piensa en la tragedia de Ayax, *de Sófocles, cuando el héroe, castigado con la locura por Atenea, degollará carneros y bueyes creyendo que mata a sus enemigos. No están lejos los dioses cuando la locura está cerca y Herodoto lo deja entender claramente: Cambises tuvo que estar aquejado de epilepsia, el mal sagrado enviado por la divinidad.*

Posteriormente, se precipitará el curso de la historia. Cambises se enterará de que su hermano Esmerdis (en persa Bardija) conspira contra él y saldrá apresuradamente hacia Persia y perecerá durante el viaje, en algún lugar de Siria. Darío I tomará entonces posesión del trono, tras varios episodios tragicómicos, y continuará la obra conquistadora de Cambises. El Imperio aqueménida se convertirá bajo su reinado en el mayor imperio de la Antigüedad. Pero, en realidad, la historia sólo representa un papel muy secundario en esta tercera Investigación *tan preñada de las maravillas de los confines del mundo y de los inciensos de los países de Arabia. La estancia de Herodoto en Egipto que para él fue un redescubrimiento apasionado y lúcido de lo real, será aquí, por influjo de esos mundos fabulosos, el* Viaje de Alicia al País de las Maravillas...

Cambises penetra en Egipto. Travesía del desierto de Palestina

Precisamente contra este Amasis fue a combatir Cambises, hijo de Ciro, con sus griegos de Jonia y Eolia.

Por lo que toca a las causas de la guerra, helas aquí: Cambises había enviado un mensajero a Egipto para pedir a Amasis la mano de su hija, por consejo de un médico egipcio: éste no perdonó nunca a Amasis el haberle arrancado de su mujer e hijos para mandarle a Persia a la cabecera de Ciro que había exigido el mejor oculista de Egipto. Por eso, para vengarse y poner a Amasis en una situación muy comprometida, puso a Cambises en el disparadero para dar este paso. Amasis sólo tenía dos soluciones: decidirse —aunque con el corazón destrozado— a entregar su hija al rey de los persas o negársela y crearse un enemigo. Irritado e impresionado a la vez por el poder de los persas, Amasis no podía rehusar,

sabiendo muy bien que Cambises no la haría su mujer sino sencillamente su concubina. Pesó los pros y los contras y terminó por enviar a Cambises una de las hijas de Apries (el rey anterior), por nombre Nictetis, mujer muy hermosa y de inmejorable presencia. La vistió de princesa, enjoyó a la hermosa muchacha y la mandó a los persas cual si fuera su propia hija. Todo fue bien durante algún tiempo, hasta el día en que Cambises saludó a Nictetis llamándola por el nombre de su padre y la joven le respondió: «¿Todavía no has entendido, oh rey, que has sido objeto de una broma por parte de Amasis? Me ha disfrazado de princesa y enviado a ti cual si fuera su propia hija, cuando, en realidad, soy la hija de Apries, su antiguo amo, ¡contra el cual se rebeló y a quien dio muerte!» Esta revelación puso tan furioso a Cambises que inmediatamente salió a combatir contra Egipto. Así es, al menos, la versión de los persas.

Según los egipcios, Cambises sería, en cambio, hijo de esa Nictetis y, por ende, uno de los suyos. Habría sido su padre, Ciro y no Cambises, quien habría pedido la mano de la hija de Amasis. Pero esta historia no tiene pies ni cabeza. Los egipcios, que conocen los usos de los persas mejor que ningún otro, saben perfectamente que en Persia ningún bastardo puede subir al trono mientras vive un descendiente legítimo y que la madre de Cambises era Casandana (hija de Parnaspes) y no esa egipcia. La verdad es que desnaturalizan pura y simplemente los hechos para buscar a toda costa un parentesco con la casa de Ciro.

Existe también una tercera versión en la que apenas creo: Una persa que vino a visitar a las mujeres de Ciro, observó junto a Casandana unos niños muy hermosos y crecidos. Felicitó a su madre, la cual les respondió: «¡Ay! Por más que sea la madre de tales hijos, Ciro no tiene casi atenciones conmigo. ¡No ve más que por los ojos de la egipcia!» (En su despecho aludía a esa Nectitis.) «Entonces, madre, cuando yo sea mayor —replicó Cambises, el mayor de los hijos— ¡revolveré Egipto de arriba abajo!» Tendría por este tiempo unos diez años y todo el mundo quedó maravillado ante tal respuesta. Posteriormente, cuando subió al trono, recordó esa promesa y emprendió la campaña contra Egipto.

Una ayuda inopinada vino en auxilio de su empresa: Un tal Fanes, oriundo de Halicarnaso, mercenario de Amasis, consejero capaz y soldado de valía, huyó de Egipto, a consecuencia de un litigio con el rey, y fue a reunirse con Cambises. Como tenía un alto puesto y estaba al corriente de muchas cosas, Amasis no paró hasta que lo capturó otra vez. Envió en su persecución, en un trirreme, al más fiel de sus eunucos que descubrió al fugitivo en Licia. Mas el otro, que se las sabía todas, se escapó un buen día, emborrachando a sus guardianes. Llegó a Persia en el mismo momento en que Cambises se disponía a marchar sobre Egipto sin saber bien cómo atravesaría el desierto ni por dónde invadiría el país. Fanes llegó a tiempo de facilitarle los informes sobre Amasis y aconsejarle acerca del itinerario. «Envía alguien —le dijo— a pedir en nombre tuyo al rey de Arabia autorización para atravesar sin peligro su territorio.»

En efecto, Arabia es la única vía de acceso posible a Egipto. Desde Fenicia hasta la ciudad de Caditis *, el país pertenece a los sirios llamados sirios palestinos. De Caditis (ciudad de la importancia de Sardes) hasta Jeniso, las factorías costeras o emporios son todas ellas posesiones árabes. A partir de Jeniso se encuentran los sirios hasta el lago Sirbonio (cerca del promontorio del monte Casio), donde se oculta, al parecer, la serpiente Tifón. Esta región, que se extiende de Jeniso hasta el lago Sirbonio y el monte Casio es muy árida y atravesarla exige como mínimo tres jornadas de marcha.

Quisiera señalar aquí algo que pasa inadvertido a todos los que llegan a Egipto por mar: Egipto importa de Grecia y Fenicia, a lo largo del año, tinajas de vino y, con todo, es imposible echar mano en todo el país de la más mínima tinaja vacía. ¿A dónde van a parar pues? ¡Vaya usted a saber! He aquí la explicación: cada gobernador o demarco tiene orden de reunir todas las tinajas vacías de su ciudad y enviarlas a Menfis, donde se llenan de agua y se mandan a este desierto. Así, tras una corta permanencia en Egipto, las tinajas salen para Siria a reunirse con sus «hermanas». Han sido los persas los que han facilitado así el camino de Egipto estableciendo esas reservas de agua, inmediatamente después de su conquista. Pero en el momento de la expedición de Cambises, esas reservas no existían. Por eso, el persa por consejo del ciudadano de Halicarnaso, envió un mensajero al rey de los árabes para que le facilitase la travesía del desierto. Petición que fue aceptada y garantizada con juramento.

Los árabes —más que cualquier otro pueblo— respetan la fe jurada. Cuando dos hombres, en Arabia, desean prestar juramento, un tercero, de pie, entre ellos, les hace una incisión en las palmas de la mano, cerca del dedo corazón, con una piedra cortante; luego empapa en su sangre un trozo de tela cortado de sus vestidos e impregna con ella siete piedras dispuestas entre ellos, invocando a Baco y al Cielo o a la Celeste (Venus). El corte de pelo —especie de corte en redondo que deja rapadas las sienes— sería, según ellos, el mismo corte de Baco. Baco se dice en árabe Urotalt, y el Cielo, Alitta.

Así, pues, los árabes, tras haberse comprometido con Cambises, llenaron de agua odres de pellejo y cargaron con ellos el mayor número posible de camellos. A continuación salió la caravana hacia el desierto al encuentro de Cambises. Esta versión me parece la más verosímil, pero existe otra más dudosa, que indico, sin embargo, puesto que circula. Existe en Arabia un gran río, el Coris, que desemboca en el mar Eritreo. El rey de Arabia, al parecer habría logrado llevar el agua de este río hasta el corazón del desierto, en cisternas excavadas para recogerla y conservarla, con ayuda de un inmenso conducto hecho de pieles de buey y de otros animales cosidas y unidas entre sí. Ahora bien, hay doce jornadas de marcha de ese río hasta el desierto y el agua la habrían llevado a tres lugares distintos por tres canales.

Durante este tiempo, en la desembocadura del Nilo —exactamente en el estuario pelusiano—, Psamético, hijo de Amasis, se había instalado para esperar a Cambises, pues Amasis había fallecido en ese medio tiempo, tras un reinado de cuarenta y cuatro años que discurrió apaciblemente con sus más y sus menos. A su muerte, lo embalsamaron y sepultaron su cadáver en el sepulcro que había mandado construir él mismo en el interior del templo de Minerva. Durante el reinado de Psamético, se produjo un fenómeno inaudito: por primera vez desde tiempo inmemorial, ¡se puso a llover sobre Tebas! Fue en realidad la primera y la única vez, porque jamás llueve en el Alto Egipto. Pero esta vez una lluvia fina cayó sobre Tebas.

Los persas atravesaron el desierto y se establecieron cerca de los campamentos egipcios. Los griegos y los carios, tropas mercenarias, auxiliares del rey de Egipto, que tenían mucha inquina contra Fanes, decidieron castigarle por haber traído un ejército extranjero a Egipto. Hicieron venir al campamento a los dos hijos de Fanes que se quedaron en Egipto, colocaron una crátera en sitio muy visible, entre los dos ejércitos, condujeron allí a los niños y los degollaron uno tras otro a la vista de su padre. Echaron luego vino y agua en la crátera y todos los auxiliares «comulgaron», en cierto modo, con este mejunje. Hecho esto, salieron a combatir. La batalla fue terrible, los soldados cayeron como moscas por ambos lados, pero, finalmente, los egipcios llevaron las de perder.

Las gentes del país me señalaron una cosa curiosa que pude comprobar por mí mismo: la osamenta de los soldados muertos en el curso de esa batalla forman montones separados: osamenta persa de un lado y egipcia del otro. Ahora bien —lo que es raro—, los cráneos de los persas se pueden perforar con un simple guijarro, mientras que los de los egipcios son tan duros que apenas se consigue perforarlos si no es a pedradas. La explicación que se me ha dado me parece bastante convincente: los egipcios se afeitan la cabeza desde su más tierna infancia y el sol acaba por fortalecer y endurecer sus huesos (lo cual les evita, además, la calvicie; prácticamente no existen calvos en Egipto). Los persas, que llevan, por el contrario, siempre tiaras y gorros, tienen el cráneo más débil. Es un hecho que he podido verificar personalmente.

Victoria de Cambises en Egipto. Pruebas del rey Psamético. Cómo trató Cambises la momia de Amasis

Volviendo de nuevo a los egipcios, el combate terminó llevando ellos la desventaja y se vieron obligados a huir desordenadamente. Se reagruparon en Menfis a donde Cambises expidió un barco desde Mitilene, el cual remontó el Nilo, llevando a bordo un heraldo persa encargado de entablar negociaciones. Mas, no había entrado dicho buque en Menfis, cuando los egipcios salieron en masa de la ciudad, se precipitaron sobre

el navío y lo destrozaron con la tripulación, cuyos restos pasearon por la ciudadela. Cambises entonces asedió la ciudad y terminó por tomarla. Los poblados libios más próximos se rindieron sin combatir para evitar la suerte de Menfis; se impusieron por sí mismas un tributo y enviaron regalos a Cambises. El miedo se apoderó de los cireneos y barceanos que imitaron a los libios. Cambises aceptó encantado los obsequios de los libios, pero puso cara de disgusto a los de los barceanos y cireneos que eran más bien pobres (a lo más, unas cien minas de plata). Por eso, lanzó a voleo dicho dinero a sus tropas.

Diez días después de la toma de Menfis, Cambises hizo acomodar en un arrabal de la ciudad al rey Psamético y a otros egipcios para ponerlos a prueba. Una vez efectuado esto, disfrazó de esclava a la hija de Psamético, le puso en las manos un cántaro y la mandó a buscar agua con otras jóvenes egipcias de la alta sociedad; todas ellas vestidas de esclavas. Éstas desfilaron llorando, gritando y gimiendo delante de sus padres, quienes, ante tal espectáculo, comenzaron un concierto de llantos y lamentos. Únicamente Psamético, al reconocer a su hija en el grupo, se contentó con bajar la cabeza en silencio. A continuación de las que llevaban los cántaros, le tocó el turno de pasar al hijo de Psamético ante su padre, con un dogal al cuello y una mordaza en la boca junto con otros dos mil jóvenes de su misma edad. Tenían que expiar la matanza de los marineros del navío de Mitilene, ya que los jueces reales habían determinado que por cada muerto de Mitilene, serían ejecutados diez egipcios de noble cuna. A la vista de ellos, siguió otro concierto de llantos y gemidos y únicamente Psamético una vez más observó idéntica actitud que con su hija. Ya acababa de terminar el desfile cuando Psamético notó mendigando entre los soldados persas a un antiguo asiduo a sus banquetes, hombre de cierta edad que perdió toda su fortuna después de haber sido muy rico. Al verle, el rey no pudo contener los sollozos. Llamó por su nombre a su antiguo compañero y se golpeó la cabeza en señal de dolor. Guardias apostados junto al rey por Cambises contaron al persa las reacciones de Psamético tras de cada uno de los desfiles. Cambises se quedó sorprendido y mandó preguntar al egipcio: «A tu amo Cambises le gustaría saber, Psamético, por qué no has lanzado ningún grito ni derramado ninguna lágrima al ver a tu hija vestida de esclava y a tu hijo caminar hacia el patíbulo y, en cambio, te has compadecido de la suerte de ese simple mendigo.» «Hijo de Ciro —respondió el rey—, las desventuras de mi hogar son realmente demasiado grandes para derramar lágrimas. Pero ver a un hombre, a un amigo, otrora rico y dichoso, reducido en su vejez a pedir limosna, ¿no te parece que merece derramar lágrimas?» A Cambises y sus principales persas les pareció tal respuesta admirable y algunos se echaron incluso a llorar, incluido Creso, que había acompañado al rey a Egipto. El mismo Cambises, movido a piedad, decidió perdonar al hijo de Psamético y ordenó ir inmediatamente a sacarle del grupo de condenados. Infortunadamente, el joven había sido ejecutado de los primeros

y ya era difunto cuando los enviados de Cambises llegaron. Respecto a Psamético, fueron a buscarle al arrabal y le trajeron a presencia de Cambises, a cuyo lado vivió después. Incluso habría podido recuperar el poder en Egipto, si hubiera sabido mantenerse tranquilo. Los persas suelen tratar generosamente a los hijos de los reyes y, llegado el caso, devolverles el poder, aun cuando sus padres se hayan rebelado contra ellos. Podría aducir muchos ejemplos: el del libio de Taniras (hijo de Inaro), el de Pausiris (hijo de Armiteo), que recuperaron el poder de sus padres, bien que estos últimos hayan conspirado siempre contra los persas. Desgraciadamente, Psamético urdió oscuras intrigas para soliviantar a los egipcios y terminó recibiendo su recompensa: Fue descubierto y viéndose forzado a beber sangre de toro, esto le causó la muerte instantánea.

Desde Menfis Cambises se dirigió a Sais con una idea fija en la cabeza que se apresuró a poner en práctica: apenas llegado al palacio real, mandó sacar del sarcófago la momia de Amasis y la hizo azotar, atravesar a lancetazos y arrancarle el cabello: en suma, se cebó en ella de todas las formas posibles. Y cuando esos hombres, exhaustos, tuvieron que dejarlo (pues el cadáver embalsamado seguía ofreciendo resistencia), Cambises lo hizo quemar. Esta orden sacrílega quebrantaba las tradiciones de ambos pueblos, las de los persas primero, quienes consideran al fuego como a un dios y piensan que un cadáver humano es un alimento indigno de un dios; las de los egipcios, en segundo lugar, para los cuales el fuego es una creatura viva que se devora a sí misma con su propia presa. En Egipto, jamás se entrega un cadáver para que lo devore una creatura viva; por este mismo motivo se momifican los muertos para que los gusanos no los devoren bajo la tierra. Así, la orden de Cambises era ofensiva para las costumbres de los dos pueblos. Pero los egipcios afirman que la momia contra la que se encarnizó el persa, no era la de Amasis: «Era la de otro hombre de la misma edad —me dijeron—, pues Amasis fue avisado por un oráculo de la suerte que le esperaba después de morir. Por consiguiente, para prevenirse contra la amenaza, mandó enterrar cerca de la entrada, en su propia cámara sepulcral, al hombre que fue azotado en su lugar. Y recomendó a su hijo que le colocase en lo más hondo del sepulcro.» Estoy persuadido —por lo que a mí concierne— de que nunca tomó Amasis semejantes precauciones y de que toda esta historia es pura invención de los egipcios para cubrir las apariencias.

Espías enviados a Etiopía. La Mesa del Sol. Momias transparentes. Desaparece un ejército en el desierto

Cuando Cambises hubo terminado con el cadáver de Amasis, decidió llevar a cabo tres expediciones: hacia los cartagineses, amonios y macrobios o longevos, pueblo etíope que vive en la zona del litoral meridional de Libia. Mandó su flota contra los cartagineses, su ejército de tierra

contra los amonios y espías o exploradores, a los etíopes para comprobar ante todo si esa famosa Mesa del Sol era o no era una realidad, y traer al mismo tiempo (so pretexto de ofrecer presentes a su rey) el máximo de información posible sobre el país. Respecto a esta Mesa del Sol, se trata de lo siguiente: En los alrededores de la ciudad existe una pradera cubierta de carnes cocidas de todos los cuadrúpedos imaginables. Todos los que ocupan cualquier función pública van por la noche a dejarlas allí. Durante el día, cada habitante viene a servirse. La gente del lugar está convencida de que la misma tierra es la que cada noche engendra dichas vituallas. Esto sería la Mesa del Sol.

Así, pues, Cambises decidió enviar exploradores a Etiopía y mandó venir de Elefantina a ictiófagos * que hablasen el etíope. Los ictiófagos llegaron y Cambises los mandó a Etiopía con instrucciones muy concretas sobre lo que debían decir: Llevarían, a guisa de presentes, un manto de púrpura, un collar de oro, brazaletes, un vaso de perfume de alabastro y una pipa de vino fenicio.

Parece ser que los etíopes son los hombres más altos y apuestos del mundo. Ciertas costumbres los distinguen de los demás humanos, en particular la elección de los reyes, pues siempre eligen por rey al más alto y fuerte, en proporción a su estatura.

Los ictiófagos llegaron a los etíopes y entregaron sus presentes al rey, diciéndole: «Cambises, rey de los persas, desea ser tu amigo y huésped. Por eso, nos envía a ti con misión de entablar negociaciones. Asimismo te ofrece como regalos estos objetos cuyo uso es de los más estimados en su país.» Pero el etíope comprendió muy bien la verdadera finalidad del viaje y les respondió: «No, no os envía a mí el rey de los persas con estos regalos porque esté interesado en ser mi huésped a toda costa. No, mentís descaradamente; habéis venido a espiarme en mi país y vuestro rey no es un hombre justo, pues, si lo fuese, no habría codiciado un país que no es el suyo ni habría deseado reducir a servidumbre a un pueblo que nada le ha hecho. Así que, entregadle este arco y recalcadle bien lo siguiente: "Cuando los persas sean capaces de tensar sin esfuerzo un arco de esta envergadura, marchen contra los macrobios con fuerzas superiores en número, de otro modo, es mejor que den gracias a los dioses de no haber hasta el día de hoy sugerido la idea a los hijos de Etiopía de anexionar un nuevo territorio al que ya poseen."» Y con esto, aflojó el arco y se lo entregó a los extranjeros. Luego tomó el manto de púrpura y preguntó qué era y cómo estaba confeccionado. Los ictiófagos le explicaron en detalle cómo recogen y emplean la púrpura como tinte. «En resumen —dijo el rey—, sois hombres falsos porque lleváis vestidos así sofisticados.» Volvió a formular idénticas preguntas a propósito del collar y de los brazaletes. Los ictiófagos explicaron que se los utilizaba como adornos. El rey se desternillaba de risa: «¡Más que galas son grilletes, aunque entre nosotros llevamos cadenas más fuertes!» Lo mismo respecto al ungüento. Por más que los otros se esforzaron por explicarle que lo

usaban para perfumarse el cuerpo, el rey les hizo consideraciones llenas de ironía. Únicamente el vino, al enseñarle cómo se hacía, le conquistó e inclusive le entusiasmó: «¿De qué se alimenta vuestro rey —preguntó— y cuántos años vive la gente, por término medio, en Persia?» «El rey se alimenta principalmente de pan —contestaron los espías, que explicaron cómo se cultiva el trigo—. Por lo que respecta a la duración media de la vida, se considera a uno muy dichoso, entre nosotros, cuando se llega a los ochenta.» «No tiene nada de extraño —replicó el etíope— que al alimentaros así con estiércol muráis tan jóvenes. ¡Ni siquiera llegaríais a los ochenta si no tuviérais esta bebida para reanimaros! —repuso designando al vino—. ¡En esto sois los más fuertes!»

Los espías preguntaron, a su vez, al rey sobre el régimen y género de vida de los etíopes longevos. «Entre nosotros —repuso el rey— se vive con facilidad hasta los ciento veinte años, e inclusive, algunos sobrepasan dicha edad. Nos alimentamos de carnes cocidas y sólo bebemos leche.»

Los espías se asombraron de tal longevidad. El rey los condujo entonces a un manantial que poseía la propiedad de abrillantar el cuerpo, como si fuera de aceite y no de agua y que esparcía un olor a violeta. El agua de dicha fuente tenía tan poca densidad que todos los objetos —aunque fuesen de madera o de la más leve materia— iban al fondo. Indudablemente, gracias a este manantial, de cuya agua usan y abusan, deben los etíopes su longevidad, suponiendo que tenga las propiedades que se le atribuyen. Dicho esto, llevaron a visitar a los espías a una cárcel en la que todos los presidiarios llevaban cadenas de oro, pues el cobre es en Etiopía el más raro y precioso metal. Luego se dirigieron a la Mesa del Sol.

Para terminar, los espías visitaron las sepulturas etíopes que son todas, al parecer, de piedra transparente. Momifican los cadáveres al estilo egipcio o de cualquier otra manera. Los recubren completamente de yeso, sobre el cual pintan con la mayor fidelidad posible los rasgos del difunto, luego lo encajan en un sarcófago de piedra transparente (especie de vidrio que se encuentra abundantemente en la región y es fácil de trabajar). El cadáver ofrece una visibilidad perfecta en el sarcófago o urna. Tampoco desprende ningún olor desagradable y nada tiene de hediondo. Tienen simplemente al muerto ante la vista, o mejor, su efigie. Durante un año, la familia del difunto conserva en casa el sarcófago, le reserva sus primicias y le ofrece sacrificios. Hecho esto, lo trasladan fuera de la ciudad.

Los espías observaron todo esto minuciosamente y volvieron a Cambises para informarle. El rey, furioso, decidió salir en el acto a combatir contra los etíopes, sin ni siquiera tomarse el tiempo necesario para proveerse de los víveres que necesitaban y sin percatarse en absoluto de que se lanzaba a los confines de la tierra. Había que estar loco y haber perdido el juicio para emprender semejante aventura. Apenas hubo terminado de oír a los ictiófagos, Cambises ordenó a las tropas auxiliares griegas que permanecieran donde estaban y llevó consigo su ejército de tierra. Llegó a Tebas, tomó cincuenta mil hombres, que envió a los amonios para

reducirlos a esclavitud y quemar su oráculo de Júpiter Amón, luego siguió su viaje hacia Etiopía con el grueso de su ejército. No habían concluido la quinta parte del trayecto, cuando se agotaron todos los víveres. Se vieron forzados a comerse las acémilas, hasta el extremo de que no quedó ni una. Si en ese momento Cambises se hubiera convencido de su yerro y hubiera dado marcha atrás, hubiesen podido —pese a la locura del principio— considerarle como hombre cuerdo. Pero hizo todo lo contrario y prosiguió su camino. Mientras los soldados pudieron sacar algún alimento de la tierra, sobrevivieron alimentándose de hierbas, mas, una vez en el desierto, algunos —¡es horripilante!— echaron a suertes y devoraron a uno de cada diez. Cambises, temiendo que todo su ejército acabaría devorándose entre sí, volvió al fin sobre sus pasos y regresó a Tebas tras haber sufrido considerables pérdidas. De Tebas bajó a Menfis y despidió a los griegos, los cuales se embarcaron de nuevo para su tierra. Así terminó la expedición a Etiopía.

La expedición contra los amonios partió de Tebas con guías y llegó hasta la ciudad de Oasis *. Esta ciudad la habitan los samios de la tribu de Escrionia y se halla a siete jornadas de marcha de Tebas, en pleno desierto. En griego se llama toda esta región la Isla de los Bienaventurados. La expedición llegó desde luego hasta este lugar, pero, desde aquí nadie puede decir qué fue de ella, aparte los amonios y aquéllos a quienes contaron la historia. Nunca llegó a los amonios ni volvió a Oasis. Los amonios explican dicha desaparición de la forma siguiente: Al dejar la ciudad de Oasis, el ejército se adentró por el desierto y a medio camino del trayecto entre esta ciudad y el territorio de los amonios, un viento del sur, muy violento, debió levantarse de improviso mientras que los hombres comían y sepultarlos bajo tormentas de arena. Así se tragó el desierto toda la expedición; al menos en opinión de los amonios.

La desaparición de este ejército entre las arenas no la ha confirmado ningún documento histórico, pero no es inverosímil. El oasis de Amón —hoy oasis de Siuah— está situado a 550 kilómetros al oeste de Menfis. Pero los contingentes persas partieron de Tebas y no de Menfis, imponiéndose así una marcha de más de 700 kilómetros por un desierto árido que les era desconocido. Este oasis —mucho más importante antaño que hogaño— poseía, entre otras cosas, un santuario y un oráculo del dios-carnero Amón; oráculo al cual Creso envió mensajeros. Asimismo Alejandro Magno —según la tradición— recibió en Siuah la revelación de su ascendencia divina, puesto que fue saludado con el título de hijo de Amón. Es evidente que las dificultades del recorrido (unidas al hecho de que los egipcios apenas si informaron a los persas sobre el mejor camino a seguir) explican la desaparición de un ejército no preparado para afrontar los peligros del desierto. Mas este oasis, como los demás diseminados por esta región —Khargeh-Dakhleh, Farafra, Baharieh— y como todos los lugares que se tenían por limítrofes de los confines de la tierra, era

considerada de difícil acceso, inclusive prohibido. Se solía situar aquí la entrada al país de los muertos (es lo que refiere Herodoto al llamar a estos oasis la isla de los bienaventurados) y la desaparición del ejército persa podía pasar con razón por un castigo de la divinidad.

Los etíopes macrobios —que quiere decir longevos— tenían su capital en Meroe, ciudad ubicada a nivel de la sexta catarata. La misteriosa Mesa del Sol, de que habla Herodoto, sería una mesa de ofrendas en la que se disponían al aire libre las vituallas ofrecidas al dios Sol. Muchos de otros hechos relatados parecen verosímiles (incluído ese extraño rito funerario que consistía en guardar, durante un año, en las casas los cuerpos embalsamados de los difuntos), empero la descripción de Herodoto lleva la impronta, pese a todo, de tradiciones fabulosas. Esta longevidad y la gallardía notable de los hombres; esa fuente de Juventa en la que los etíopes conservan su juventud; ese espacio, finalmente, donde se hunden y se pierden los ejércitos de Cambises, son signos y privilegios que se hallan en todas las descripciones de países míticos. Así, pese al esmero que pone en observar y describir, el relato de Herodoto se adentra —como los persas de Cambises— en los confines de la leyenda.

Locuras de Cambises. Mata al dios Apis. Asesina a su hermano y a su mujer. Profana los templos. Por donde se ve que la costumbre es reina del mundo

Cuando Cambises regresó a Menfis, el dios Apis (a quien los helenos llaman Epafos) se manifestó a los egipcios. Todo el país se puso al punto su traje de fiesta y celebró el evento. Pero Cambises, convencido de que, en realidad se regocijaban de sus derrotas, convocó a los notables o magistrados de la ciudad: «¿Por qué —les preguntó— el pueblo no se entregó a manifestación alguna con ocasión de mi primer paso y da rienda suelta a su regocijo precisamente en el momento en que vuelvo tras haber sufrido tantas pérdidas?» «El dios Apis acaba de manifestarse —le respondieron— y como este fenómeno ocurre muy rara vez, todo el mundo tiene la costumbre de celebrarlo con fiestas.» Cambises no creyó ni una palabra de esta explicación y condenó a muerte a los notables por haberle mentido.

Una vez ejecutados los notables, tocó el turno a los sacerdotes de comparecer ante Cambises. Le repitieron poco más o menos las mismas palabras y Cambises ordenó que fueran a buscar a Apis. «¡Va a ver —dijo— lo que hará ese dios, que pretende aparecerse a los egipcios!» Dicho Apis (o Epafos) ha de ser —conforme a la tradición— un toro nacido de una vaca incapaz de parir por segunda vez. Los egipcios dicen que el novillo ha sido concebido por un rayo que cae del cielo sobre la ternera y la fecunda. Se reconoce a Apis por las señales siguientes: Es negro, con un

triángulo blanco sobre la frente, lleva dibujada un águila en el lomo, una cola con doble pelo y bajo la lengua dibujado un escarabajo.

Los sacerdotes trajeron, pues, a Apis y Cambises, atacado de una violenta locura, sacó el puñal, apuntó al vientre del animal y le asestó una puñalada en el anca. Y espetó a los sacerdotes desternillándose de risa: «¡Tercos, ¿habéis visto a dioses de carne y sangre, que sangran al herirlos? ¡Un dios semejante es el que os merecéis! ¡En todo caso, no os mofaréis de mí!» Y mandó azotar hasta la sangre a los sacerdotes y que se detuviera a todo egipcio sorprendido cuando celebrase la fiesta. Se azotó a los sacerdotes y los regocijos se suspendieron en el acto. Apis, herido en el anca, perdió sangre y acabó de extinguirse en su santuario. Los sacerdotes lo sepultaron sin saberlo Cambises.

Algún tiempo después, Cambises se volvió loco de remate, «en expiación de su crimen», dijeron los egipcios. Su primer acto de locura fue ejecutar a su hermano Esmerdis (un verdadero hermano, nacido del mismo padre y de la misma madre). Esmerdis era el único persa que había conseguido tensar el arco que el rey de Etiopía había entregado a los ictiófagos. Cambises, envidioso, lo envió al punto a Persia. Ya había llegado Esmerdis, cuando Cambises soñó que su hermano estaba sentado en el trono real y su cabeza tocaba el cielo. Temió que su hermano lo mataría para apoderarse del poder y expidió a Prejaspes, su hombre de confianza o valido, para liquidar a Esmerdis. El otro llegó a Susa y mató a Esmerdis, ya durante la cacería —según una primera versión—, ya precipitándolo al mar Eritreo, según otras.

Esta primera locura fratricida fue el inicio de una serie de otras. A continuación arremetió contra su propia hermana, la cual le había seguido a Egipto y con la que se acostaba, aun siendo hermanos de sangre. He aquí en qué circunstancias terminó por desposarse con ella, aun cuando casarse con la propia hermana era algo desconocido entre los persas antes de él. Como tal deseo era un tanto desacostumbrado, convocó a los jueces reales y les preguntó si existía alguna ley que autorizase el matrimonio entre hermanos. Los jueces reales o consejeros áulicos pertenecen a la flor y nata del país; conservan sus cargos hasta su muerte, a menos que falten en el ejercicio de su profesión, administran justicia, interpretan el derecho ancestral y todo, prácticamente, es de la competencia de ellos. Los jueces dieron a Cambises una respuesta justa y prudente a la vez: «No existe ley alguna —le dijeron— que autorice al hermano casarse con la hermana, pero nosotros hemos exhumado otra que autoriza al rey de Persia a hacer cuanto quiera.» En resumen, a pesar del miedo a Cambises, mantenían dicha prohibición, pero evitaban imponerla al rey y firmar su sentencia de muerte, merced a otra ley que favorecía sus deseos. Cambises se casó, pues, con la que amaba, y poco tiempo después poseyó igualmente otra de sus hermanas. La más joven fue la que le siguió a Egipto, y la que mató allí. Sobre esta muerte existen dos versiones: Según los helenos, Cambises hizo luchar a un leoncillo y a un perrito,

y la joven esposa asistía al espectáculo. En un momento determinado, el perrito tenía desventaja y otro perro, hermano del primero, rompió la trailla, acudió en su ayuda y entre los dos terminaron derrotando al cachorro de león. Cambises se deleitó mucho con el espectáculo, pero su mujer, a su lado, se deshacía en llanto. «¿Por qué lloras?», preguntó Cambises. «Viendo al perrito ayudar a su hermano —dijo ella— me ha hecho pensar en Esmerdis. Me dije que nadie vendría a vengarle, y me he echado a llorar.» Bastó esto para que perdiese la vida. Según los egipcios, todos estaban a la mesa cuando la hermana de Cambises cogió una lechuga, la deshojó y preguntó al rey: «¿Está así más hermosa o con sus hojas?» «Con ellas», contestó el interpelado. «¿Por qué entonces condenaste a la misma suerte a la casa de Ciro, despojándola de sus ramas?» Cambises, furioso, le cosió el vientre a patadas y, como estaba encinta, abortó y murió de las consecuencias.

Ésta fue la clase de locuras que cometió Cambises contra sus allegados más íntimos. Ya fuese por causa de Apis o por cualquier otro motivo, innumerables desventuras se abatieron sin cesar sobre los hombres. Cuentan que Cambises habría estado aquejado desde su nacimiento por esa enfermedad grave que llaman morbo sagrado o gota coral. ¿Qué extraño, pues, que por culpa de esta enfermedad corporal, padeciese su razón las consecuencias?

Asimismo, cometió muchas otras locuras contra los persas. Un día dijo a Prejaspes, su hombre de confianza (dicho Prejaspes es el que le traía los mensajes y su hijo le servía de copero, cargo que no constituía un insignificante honor): «Prejaspes, ¿cómo me juzgan los persas? ¿Qué afirman exactamente de mí?» «Señor —replicó el interpelado—, no se cansan de elogiarte, excepto sobre la bebida, a la que, según dicen, tienes demasiada afición.» «¿De veras? —respondió Cambises, furioso—. ¿De modo que pretenden que me gusta demasiado el vino y éste, sin duda, es el que me hace desatinar y me priva de juicio? ¿Debo creer que sus recientes elogios no son más que mentiras?» (Unos días antes, en el curso de una reunión, en la que figuraban Creso y persas, Cambises les había interrogado sobre si le consideraban digno de su padre. «Tú le superas aún —contestaron los persas—, puesto que has mantenido intactas todas tus posesiones y ¡les has añadido incluso Egipto y el dominio de los mares!» A lo cual, Creso, quien consideraba parco el elogio, agregó: «Por mi parte, no creo que iguales a tu padre Ciro, ya que no has tenido todavía un hijo tal y como lo concibió él en tu persona.» Cambises apreció en gran manera la idea de Creso.)

Así pues, aludía a esos elogios. «Pues bien —prosiguió furioso, dirigiéndose a Prejaspes—, podrás juzgar por ti mismo quién piensa rectamente, los persas o yo. ¿Ves a tu hijo ahí, cerca de la puerta?, si soy capaz de clavarle una flecha en el corazón, demostraré que los persas hablan sin saber; de lo contrario, serán ellos los que tengan razón al pretender que estoy medio loco.» En esto, tendió el arco y alcanzó al mucha-

cho, que se derrumbó. Cambises mandó abrir su cuerpo para comprobar el golpe: la flecha se había clavado certera en el corazón. Entusiasmado, dijo riendo al padre: «¡Ya ves, Prejaspes, que todavía soy bueno para algo! ¡Los persas son los que ya no tienen juicio! ¿No estás de acuerdo? ¿Conoces a muchos que sean capaces de asestar un golpe tan certero?» «Señor —replicó Prejaspes, que empezaba a temblar por su propia vida al ver que tenía que habérselas con un loco—: ni un dios habría tenido tan buena puntería.» Éste era el género de proezas a las que se entregaba Cambises. En otra ocasión mandó enterrar vivos, cabeza abajo, sin motivo suficiente, a doce persas que pertenecían a la flor y nata del país.

Ante tales excesos, Creso el lidio juzgó conveniente darle una lección: «Rey, no sigas siempre los consejos de tu juventud y fogosidad. Domínate, repórtate. Sé prudente y piensa un poco en el futuro. Así obran los cuerdos. Matas a tus súbditos sin razón plausible; asesinas a niños. Si sigues mucho tiempo por este camino, debes temer que los persas se aparten de ti. Tu padre, Ciro, me recomendó mucho que te amonestase y prodigase mis consejos en caso necesario, cuando los considerase convenientes.» En todo esto Creso sólo pensaba en el bien de Cambises, pero éste lo llevó muy a mal y le replicó: «¡En verdad que estás bien situado para dar consejos a los demás, tú que tan mal has gobernado tu país y aconsejaste tan bien a mi padre diciéndole que atravesara el Araxes contra los masagetas en el mismo momento en que se disponían a venir hacia nosotros! Te perdiste al dirigir a tu patria de cualquier manera y perdiste a Ciro con tus necios consejos. Mas ¡no cantes victoria demasiado pronto. Desde hace tiempo, sólo esperaba una oportunidad para castigarte. Hoy, tú mismo me la has facilitado!» Y al decir esto cogió el arco para apuntar a Creso, pero éste tuvo tiempo de pegar un salto y escapar. Cambises envió criados en su persecución, con orden de darle muerte, mas, los servidores, que conocían los cambios de humor de Cambises, ocultaron a Creso, diciendo para su coleto que, si el rey cambiaba de opinión, serían recompensados por no haberlo matado. Si el rey no sintiese pesar alguno, siempre habría tiempo de ejecutar a Creso. De hecho, Cambises no tardó mucho en lamentar su acción y reclamar a Creso. Los sirvientes le dijeron que seguía con vida y Cambises se sintió feliz con la noticia. Pero no les perdonó por ello, y los mandó ejecutar por haberle desobedecido.

Durante su estancia en Menfis, Cambises cometió otros muchos desatinos contra los persas y sus aliados. Abrió antiguas tumbas y contempló los muertos. Penetró en el templo de Vulcano y se rió a mandíbula batiente al ver la estatua del dios. Hay que decir que dicha estatua se parecía, punto por punto, a esas figuras fenicias de dioses —los pataicos— que los fenicios colocan en la proa de sus navíos al salir al mar y tienen el aspecto de verdaderos enanos. Igualmente, penetró en el santuario de los cabiros, cuyo acceso está estrictamente reservado a los sacerdotes, y aquí también se desternilló de risa ante las estatuas, y las hizo quemar. También éstas eran similares a la de Vulcano, cuyos hijos serían los cabiros.

A juzgar por todos estos actos, es obvio que Cambises había perdido por completo la razón. De otro modo, no habría pasado el tiempo ridiculizando las cosas más sagradas ni las tradiciones. Si se propusiese a los hombres, a título experimental, escoger, entre todas las costumbres del mundo, las que consideran mejores, cada cual, tras reflexionar, escogería, ciertamente, las suyas. ¿Acaso no está convencido de que las propias son las mejores? Así pues, es poco probable que un hombre, a menos de estar completamente loco, se mofe así de tantas tradiciones respetables. Hasta qué punto este convencimiento está arraigado en los hombres, respecto a sus costumbres, sería fácil de demostrarlo con miles de ejemplos. Me contentaré con citar uno: En la época en que Darío era rey, reunió un día a los griegos más íntimos y les preguntó a qué precio consentirían en comerse a su padre después de morir: «¡A ningún precio, sea el que fuere. Jamás cometeríamos cosa semejante!», exclamaron. A continuación Darío convocó a esos indios llamados calatias, entre los cuales se usa comerse a sus padres y en presencia de los helenos (a los que un intérprete traducía las respuestas), les preguntó a qué precio consentirían en quemar a su padre, después de morir. Los indios lanzaron agudos gritos ante el pensamiento de semejante sacrilegio. Tan cierto es que están enraizadas las costumbres en cada pueblo, y Píndaro tiene mucha razón al decir en uno de sus poemas: «¡O costumbre, eres tirana del mundo!»

Que la costumbre sea tirana del mundo, nadie lo negará. Es una frase con resonancias de proverbio sacado de la sabiduría de los pueblos antiguos que hallamos en una forma más ingenua todavía en Esopo y los fabulistas. Mas, sería un error sonreír ante este aforismo de Herodoto; porque lleva en germen toda la tolerancia y también la necesidad de comprender, saber y reflexionar que, siglos más tarde, serán el abecé de la etnología. Continuamente descubrimos en Herodoto actitudes y reflexiones admirables y contemporáneas (aun cuando estén formuladas de forma anticuada) y tanto más innovadoras y valiosas cuanto que se refieren especialmente al conocimiento del hombre. Para entender lo que esas reflexiones —tan triviales a nuestros ojos— podían contener de nuevo y positivo, bastará con leer los Relatos Indios *de Ctesias de Cnido para ver el abismo que le separa de Herodoto. Pero no anticipemos una cuestión que estudiaremos más en detalle a propósito de la cuarta* Investigación.

Ese dios Apolo que Cambises maltrató tan descaradamente, le gustaba encarnarse en un toro, receptáculo selecto para una divinidad, si bien planteaba un delicado problema: ¿Cómo reconocer a un dios metamorfoseado en toro de un vulgar bovino? Herodoto enumera las señales concretas y complejas, que servían para distinguir al dios en su forma bovina y nos causa asombro que estas señales hayan podido manifestarse tan constantemente durante generaciones de toros Apis: un triángulo blanco en la frente, un águila dibujada en el lomo y un escarabajo pintado bajo

la lengua. Es cierto que, desde el momento en que se buscaban esas señales con preferencia a otras, cualquier mancha de forma ambigua podía interpretarse espontáneamente —a la manera de un test *de Rorschbach— en un sentido determinado... Ese toro Apis se denominaba en griego Epafos. Ahora bien, Epafos era hijo de Io, la griega raptada por fenicios y causa —tan involuntaria— de otros raptos sucesivos, cuya consecuencia fue la guerra de Troya. Encinta por obra de Zeus y transformada en becerra por Hera, huyó a Egipto, donde dio a luz a Epafos.*

Apenas si conocemos las locuras de Cambises a no ser por el relato de Herodoto. El paso de los persas por Egipto estuvo marcado por las devastaciones e incendios, cuyos vestigios pueden verse aún en algunos templos, aunque incendiar templos no bastaría para hacer un diagnóstico de locura, especialmente en un rey conquistador, como tampoco el hecho de casarse con sus propias hermanas; esto constituía una práctica lícita en Persia, al menos en las familias reales (diga lo que quiera Herodoto) y Cambises no violaba ley alguna al desposarse con Roxana y Atosa, sus hermanas. Sería más perturbador —a mi juicio— abrir los sepulcros para contemplar los muertos, desde el momento en que no se dispone de la coartada de la arqueología. Empero, un solo pormenor en este terreno parece desconcertante: haber ordenado enterrar vivos, cabeza abajo, y sin motivo justificado *a doce persas pertenecientes a la flor y nata del país. Con relación a esta costumbre Herodoto escribe lo siguiente en su séptima* Investigación: «*Es una usanza persa enterrar vivos. Parece ser que Amestris, mujer de Jerjes, mandó sepultar en dos ocasiones, a siete persas pertenecientes a la* élite *del país para alcanzar el favor de los dioses subterráneos.*» *Se trata (si el hecho es cierto, ya que nunca ha sido confirmado) de un rito propiciatorio con vistas a conciliarse las divinidades chtonianas. Pero, Cambises lo efectuó sin razón plausible, o dicho de otro modo, por puro placer. Y esto revela indudablemente una perturbadora propensión al sadismo...*

Hemos suprimido antes de los pasajes relativos a la India y Arabia, la historia de la muerte de Cambises y del advenimiento al trono de Darío. Se trata de una serie de episodios tragicómicos en los que descubrimos todos los hilos secretos que constituyen, a los ojos de Herodoto, la trama de la historia humana: presagios, sueños premonitorios, suicidios espectaculares, sustituciones de personajes e incluso intrigas de harén. Sintetizaremos rápidamente los hechos.

De resultas de una pesadilla en la que vio a su hermano Esmerdis apoderarse del trono persa, Cambises encomendó a Prejaspes (el desventurado intendente cuyo hijo mató de un flechazo certero en el corazón) que partiese hacia Persia y asesinase a Esmerdis (Bardiya en persa). Prejaspes cumplió su misión y volvió a Egipto. Pero un mago, por nombre Gautama (el cual también tenía un hermano llamado Esmerdis) barruntó dicho asesinato y decidió aprovecharse. Así que, colocó a su her-

mano en el trono, haciéndole pasar por el verdadero Esmerdis. Al saber Cambises lo sucedido, sospechó de que Prejaspes había faltado a su misión y regresó al instante a su patria. Pero falleció durante el viaje, en una ciudad de Palestina, tras haber hecho jurar a siete altos dignatarios que vengasen esa afrenta y recuperasen el trono.

Los siete conjurados —entre los que se contaba Darío, el futuro rey— pusieron en práctica el proyecto. A la hija de uno de ellos, que pertenecía al harén real, se le encargó que verificase por la noche —una vez satisfechas las efusiones del amor— si el rey Esmerdis era un usurpador. Nada más sencillo para estar segura: bastaba con palparle las orejas. Si el rey tenía orejas era el verdadero Esmerdis, si carecía de ellas, era el hermano del mago Gautama, a quien en cierta ocasión se le cortaron por haber infringido el protocolo. La mujer cumplió su cometido y palpó, de noche, la cabeza de su acompañante: ¡Y no tenía orejas! Los siete conjurados pasaron inmediatamente a la acción y degollaron al usurpador.

Ahora quedaba por gobernar Persia. ¿Qué régimen político escogerían? Los siete conjurados sopesaron los méritos respectivos de la democracia, oligarquía y monarquía (apostaríamos a que se trata de una idea de Herodoto más que de un hecho histórico) y escogieron la monarquía. Para designar al nuevo rey, recurrieron a un procedimiento que parecerá estrambótico, pero que sólo era un modo indirecto de dar a entender a los hombres la voz (y, por consiguiente, el consejo de los dioses): los siete candidatos al trono se apostarían a caballo, al amanecer, en la entrada de la ciudad y aquel cuyo caballo relinchase el primero, sería designado rey. No había otro sistema de elección mejor que éste, aparte de que permitía muy fácilmente el subterfugio. Darío comprendió al punto que, si no contribuía a que se manifestase «la voz de los dioses», no subiría nunca al trono de Persia. Con que, encargó a su escudero que dispusiese las cosas: éste ocultó la yegua preferida por el caballo de Darío en el trayecto seguido por el cortejo y el caballo lanzó un sonoro relincho en cuanto husmeó a la hembra. Así es como Darío (Darayavaush, en persa), hijo de Hitaspes (Vishtaspa, en persa) subió al trono de Persia. Una inscripción descubierta en los acantilados de Behistún (o Bisutún) confirma el relato de Herodoto: Darío se jacta de haber sido designado rey gracias a su escudero y enumera los seis conjurados con los que arrebató el poder al mago Gautama.

Respecto a la India y Arabia, que señalan para Herodoto los confines orientales de la tierra, veremos que apenas los conocía a no ser de oídas. La India se limita para él al valle del Indo, al Pendjab y al desierto de Thur. Pero es curioso observar que los egipcios y los pueblos del Oriente mediterráneo ya conocían la existencia en la India de los ascetas y yoguis.

Hay un detalle que exige una explicación por haber intrigado durante mucho tiempo a los comentaristas: Herodoto emplea en un momento dado un vocablo que significa hormiga, pero está claro que dicha palabra desig-

naba para él otro animal. La índole zoológica de dicho animal es desconocida. Debe tratarse de un mamífero excavador similar a la marmota o a otro roedor, que vive en guaridas subterráneas cuya tierra lanzada sobre los bordes contenía pepitas de oro.

Los inciensos de Arabia enumerados por Herodoto con tantos detalles y cuya recolección raya en lo prodigioso, eran productos conocidos y buscados por todo el Oriente antiguo. Según todas las apariencias, los antiguos daban mucha importancia a los perfumes y olores y también los dioses griegos, tan exigentes en cuanto al olor de sus víctimas ofrecidas en los altares. Así concluye la tercera Investigación *de Herodoto, cual perfumada bocanada que traía de Arabia el viento del desierto; mensaje postrero y oloroso de los países de los confines del mundo.*

La India y los indios. Recogida del oro en el desierto de Thur

Hemos dicho hace un momento que los indios ofrecían al rey mucho polvo de oro. Este oro lo extraen de la forma siguiente: La India hacia levante no es más que arena. De todos los pueblos que viven por la parte de Oriente y del sol, los indios son los primeros y los únicos sobre los que sepamos algo cierto. Más al este, el país sólo es un desierto inhabitable. Por lo demás, los indios se distribuyen en razas muy numerosas, que no hablan la misma lengua, de las cuales, unas son nómadas y otras, sedentarias. Algunas tribus viven en las regiones pantanosas del río, alimentándose de peces crudos que pescan en barcas hechas de una especie de cañas, de las que cada nudo es lo suficientemente grueso como para abrir en él una barca. Llevan vestidos de juncos. Los recogen en toda la extensión del río, los cortan y tejen fibras como esteras para hacer una especie de corazas que los cubren.

Otros indios, los padeos *, viven más al este. Son nómadas y se alimentan de carnes crudas. Entre ellos, cuando alguien cae enfermo, sus conciudadanos lo matan. Si el enfermo es varón, se encargan de ello hombres, sus mejores amigos. Le explican que su enfermedad le hace perder las fuerzas y le vuelve menos apetitoso. Por más que el otro niegue enérgicamente y afirme que se encuentra bien, no le escuchan, lo matan y se dan un festín con él. Si se trata de una mujer, son las mujeres, sus mejores amigas, las que se «ocupan» de la enferma y lo demás ocurre como con los hombres. Del mismo modo, todo el que llega a la vejez, es inmolado solemnemente y servido en un banquete. Pero son raros los que llegan a ese estadio, ya que la mayoría caen enfermos antes de tiempo y son devorados.

Otros indios tienen costumbres muy diferentes. No matan ninguna criatura viva, ni siembran nada, ni conocen el uso de viviendas y se alimentan de hierbas, especialmente de una planta cuya simiente —de un grosor como un grano de mijo— está cubierta de una vaina. Cuecen la

simiente con la vaina y se la comen. Si uno de ellos cae enfermo, se retira a un lugar desierto, se echa en el suelo y ya nadie se preocupa de su enfermedad o de su muerte.

La mayor parte de los indios se aparean públicamente como animales. Todos tienen la piel del mismo color, muy similar a la de los etíopes. Su esperma, en vez de ser blanco como ocurre por doquier, es tan negro como su piel (exactamente como el de los etíopes). Esos indios habitan allende la Persia, en dirección del sur y nunca conocieron la dominación de Darío.

Otros indios habitan cerca de la ciudad de Caspatiro * y de Páctica. Viven, por ende, mucho más al norte que los demás, en dirección a la Osa boreal. Su género de vida es semejante al de las gentes de Bastriana. Son muy belicosos y los que salen en expediciones en busca del oro por ese desierto de arena del que hemos hablado.

En dicho desierto viven «hormigas» gigantes, de un tamaño intermedio entre el zorro y el perro. Pueden verse en el parque zoológico del rey de Persia las capturadas en esas regiones. Tales «hormigas» excavan la tierra para hacerse madrigueras lanzando la arena a la superficie como las «hormigas» de Grecia (a las que se parecen mucho). Ahora bien, dicha arena es aurífera y para recogerla, los indios se encaminan hacia ese desierto. Cada indio posee un carro de tres camellos, dos machos atados por los lados y una hembra en el centro; hembra que se ha tenido cuidado en escoger entre las que acaban de parir y le han quitado sus crías. Esos camellos son tan rápidos como los caballos y mucho más aptos para llevar pesadas cargas.

Al ser el camello una bestia familiar a los griegos, considero inútil describirlo. Sólo señalaré (por ignorarlo los helenos, sin duda) que cada pata trasera del macho tiene dos ancas y dos rodillas y el miembro del animal pasa entre ambas patas y vuelve hacia la cola.

Así que, los indios montados en esos atalajes salen a conquistar el oro, arreglandóselas para encontrarse en los lugares en la época de los grandes calores, cuando las «hormigas» permanecen al fresco dentro de sus galerías u hormigueros. El calor fuerte en esas regiones comienza al amanecer, en cuanto sale el sol y dura hasta la hora en que cierran los mercados y no a mediodía como en otras partes. Al despuntar el día, en este país, el sol quema mil veces más que a mediodía en Grecia, hasta el punto de que los indios —cuentan—, pasan toda la mañana metidos en el agua. A mediodía, el calor es parecido más o menos al que hay en Grecia y a medida que transcurre la tarde, disminuye para volver a ser lo que al alba como por doquier. Cuanto más declina el sol, más disminuye el calor y al oscurecer hace bueno de verdad.

Una vez en los lugares, los indios cogen sacos, los llenan de arena y huyen a todo correr, pues las «hormigas» —según parece—, despertadas por el olor, se lanzan en su persecución y al superar en la carrera a todos los demás animales, ni un solo indio volvería vivo si no tomaran la delan-

tera mientras las «hormigas» se preparan. Los camellos machos, que corren menos velozmente que las hembras, suelen quedarse a la zaga. Entonces los desatan uno tras otro. Pero las hembras, que desean unirse lo antes posible con sus crías, caminan a un paso infernal. Ésta sería la forma —según dicen los persas— de recoger el oro los indios. También lo extraen del subsuelo de su país, pero en menor cantidad.

Límites de la Tierra. Arabia. Sus perfumes e incienSos

A los confines de la Tierra dotó, al parecer, la naturaleza de las mayores riquezas, lo mismo que a Grecia concedió el clima más templado. La India —como ya lo repetí más arriba— es el último país habitado hacia Oriente. Los seres vivos, como pájaros, cuadrúpedos, son de mayor tamaño que en otras partes, excepto los caballos, de una raza llamada nisea, más pequeños que los caballos medos. Hay aquí oro en cantidad inagotable. Se extrae de la tierra en parte y los ríos lo arrastran y en parte, también se lo arrebatan a las «hormigas» —como referí más arriba—. En dicho país los árboles crecen en estado salvaje y dan una lana que supera con mucho la de los carneros —en calidad y consistencia— y es utilizada por los indios para confeccionarse vestidos.

Si nos dirigimos hacia el sur, Arabia es la última de las tierras habitadas. Éste es el único país que produce el incienso, la mirra, la canela o casia, el cinamomo y el láudano. La recolección de todos esos productos cuesta un trabajo increíble a los árabes, si exceptuamos la mirra.

Se recoge el incienso mediante fumigaciones de estoraque, goma que los helenos importan de Fenicia. Efectivamente, los árboles productores de incienso están custodiados por auténticas nubes de serpientes aladas (las mismas que en ciertas épocas intentan invadir Egipto). Son de reducido tamaño, de abigarrados colores, vuelan continuamente alrededor de los árboles y únicamente los humos del estoraque logran ahuyentarlas.

La tierra entera —afirman los árabes— quedaría sumergida por esas serpientes si no les ocurriese lo que a las víboras. A todas luces la Providencia divina, en su sabiduría y previsión, otorgó a las especies medrosas y comestibles una gran fecundidad para poder perpetuarse, pese al gran número que perece devorado. En cambio, hizo muy poco proliferas las especies nocivas y voraces. Por ejemplo, la liebre, víctima de todas las creaturas —hombres, fieras y rapaces— es por lo mismo muy prolífica: la hembra es una de las pocas que conciben, aun estando preñada, hasta el extremo de llevar al mismo tiempo sus crías ya con pelo, otras que carecen de él y otras que son todavía fetos y finalmente otras en fase ovular. La leona, por el contrario —animal poderoso y voraz—, sólo puede parir una vez en su vida y sólo un cachorro. Al tener crías, expulsa matriz y leoncillo a la vez, pues éste, dotado de garras mucho más aceradas que las de los demás animales, desgarra el útero materno en cuanto

empieza a moverse. Acaba de rasgarlo a medida que crece, de tal modo que en el momento de nacer, ya no existe —por decirlo así— matriz alguna. Por ende, si las víboras y serpientes aladas de Arabia se reprodujesen al ritmo de su fecundidad natural, la vida sería imposible al hombre sobre la tierra. Empero, en cuanto el macho se une a la hembra y se dispone a fecundarla, ésta coge al macho por el pescuezo en el mismo momento de la fecundación espermática y no tiene ni para empezar con su cabeza. Más adelante, la suerte de la hembra apenas si es envidiable tampoco: Sus crías —alguno diría que para vengar la muerte del padre— la devoran viva, abriéndose camino a través de sus entrañas para salir a la luz. Las sierpes inofensivas, en cambio, ponen sencillamente huevos de los que nacen muchas crías. Si hay casi por doquier víboras sobre la tierra, las serpientes aladas sólo viven en Arabia, lo cual explica, sin duda, que aquí parezcan tan numerosas.

Para recoger la canela, los árabes se cubren todo el cuerpo y la cara, excepto los ojos, con pieles de buey o de otros animales y salen a buscar la canela. Ésta crece en lagos poco profundos, junto a los cuales viven animales voladores —especie de murciélagos muy agresivos— y lanzan terribles aullidos. Hay que poner mucho cuidado y protegerse muy bien los ojos contra esos animales al recoger la canela.

La recolección del cinamomo es más extraña todavía. ¿Dónde crece exactamente? ¿En qué regiones se da? Nadie sabe nada. Todo cuanto puede decirse es que, probablemente crezca en el país en que fue criado Baco. Por lo demás, lleva nombre fenicio. Cuentan que grandes pájaros transportan las cortezas del cinamomo a las cumbres inaccesibles donde edifican sus nidos, y para hacerlos, las mezclan con barro. Los árabes, para recolectar el cinamomo, descuartizan bueyes, asnos y otras bestias, en pedazos —cuanto mayores mejor—, los trasladan y colocan cerca de los nidos. Luego se esconden. Las aves rapaces se precipitan sobre la carne, se llevan los trozos a sus altos nidos y éstos, demasiado frágiles para soportar tales pesos, se rompen y caen en pedazos. Los árabes acuden entonces a recoger el cinamomo que luego envían a diversos países.

El lédano (que los árabes llaman ládano) tiene un origen aún más singular: En efecto, recolectan este maravilloso perfume embriagador entre los mayores hedores, concretamente de las barbas de los machos cabríos a las que se adhiere como liga, al atravesar dichos animales las malezas. Sirve para preparar muchos perfumes y es, con mucho, el más extendido por Arabia.

Por toda Arabia se desprende un olor delicioso y maravilloso. Los árabes poseen dos castas de carneros —muy extrañas por cierto— que no existen en otros lugares. Una de éstas tiene un rabo de tres codos por lo menos, tan largo que a fuerza de arrastrarlo por el suelo, terminaría infectándose si el primer pastor que llega, no le hiciese como unos carritos de madera para sostenerlo. Todos los carneros arrastran tras de sí esos carritos. La segunda especie posee una cola muy ancha, de un codo por lo menos.

Hacia el Poniente, la última de las tierras habitadas es Etiopía. Ésta encierra mucho oro, elefantes enormes, gran cantidad de árboles silvestres, ébano, hombres muy altos y guapos que viven muchos años. Tales son los límites extremos de Asia y Libia.

Respecto a los límites de Europa, hacia el Poniente, nada concreto conozco. No creo ni por un momento en la existencia de ese río Eridano * —como lo llaman los bárbaros— que desembocaría en el mar del Septentrión y de donde vendría el ámbar o electro. Tampoco sé nada acerca de las islas Casitéridas *, de donde vendría el estaño. En primer lugar, dicho nombre de Eridano, es, a todas luces heleno, y no un vocablo bárbaro; sin duda lo inventó algún poeta. Por lo que toca a las islas Casitéridas, por más que me he informado por todas partes, no hallé a nadie que haya visto con sus propios ojos ese mar que estaría en los confines de Europa. Pero es un hecho que el ámbar y el estaño nos vienen del extremo del mundo.

Hacia el norte de Europa, cuando se camina en dirección de la Osa boreal, es donde se hallan los principales yacimientos áureos. Mas, ¿de dónde proviene exactamente este oro? No podría precisarlo con certeza. Según parece, hombres que tienen un solo ojo —los arimaspos *— se lo arrebatan a los grifos, pero no puedo creer que haya hombres con un solo ojo y, aparte de esto, sean hombres como los demás. En todo caso, es cierto que los extremos del mundo, constituyendo como un inmenso cinturón alrededor de la tierra, rebosan de todas las cosas que aquí estimamos por las más raras y hermosas.

Existe en Asia una planicie, cercada por todas partes de montañas y comunicada al exterior por cinco puertos. Dicha llanura perteneció otrora a los carasmios. Está situada entre los límites de su país y los de los hircanios, partos, sarasgas y tamaneos. Mas, hoy, cuando esta región está bajo el dominio persa, la mencionada llanura pertenece al rey. Un gran río, el Aces *, discurre por esa cadena montañosa. Otrora se dividía el río en cinco brazos que atravesaban cada uno una quebrada y regaban los países citados más arriba. Desgraciadamente, el rey de los persas cerró cada quebrada con una esclusa y las aguas, al no tener salida, refluyeron hacia la llanura la cual se convirtió en vasto mar. Los pueblos que en el pasado se aprovechaban del agua del río, se ven reducidos ahora a la mayor miseria. Como es obvio, en el invierno, la divinidad les envía la lluvia como por doquier, pero en el verano, la escasez de agua se echa de menos dramáticamente en el momento de la siembra del mijo y sésamo. Así que, se ven forzados a marchar a Persia con sus mujeres y situarse ante las puertas del palacio real y a gemir a más no poder. Entonces el rey manda abrir las esclusas o compuertas, que exigen las regiones más probadas y luego, cuando ya están saturadas de agua, manda abrir las otras, según las necesidades más urgentes. Empero —conforme a lo que me han dicho y me siento muy inclinado a creerlo— el rey no abre las esclusas a no ser mediante fuertes cantidades de numerario que son para su erario inesperados recursos. Lo que será seguramente verdad.

CUARTA INVESTIGACIÓN

ESCITIA Y LIBIA

La cuarta Investigación *de Herodoto, consagrada a las costumbres de los escitas y libios, es sin duda, uno de los textos más fascinantes y notables de la Antigüedad. Supera la simple descripción etnográfica, ya que constituye al mismo tiempo una historia de las campañas militares de Darío, y trasciende los cuentos y relatos maravillosos de los otros logógrafos o geógrafos antiguos, puesto que el mundo que relata, por fantástico que parezca, es un mundo real. Puestos en tela de juicio por generaciones de historiadores, por la única razón de que parecían tan increíbles, los hechos descritos por Herodoto han sido confirmados en su totalidad, desde hace medio siglo, por las excavaciones efectuadas en los túmulos de Crimea, Kubán y Altai. A medida que exhumaban de las fosas heladas los cuerpos de los reyes escitas, de sus mujeres, servidores, y los cadáveres cuidadosamente alineados de sus caballos, los arqueólogos rusos pudieron verificar, palabra por palabra, objeto por objeto, las descripciones facilitadas por Herodoto. En esas estepas azotadas por el viento, en las que nada resistía al asalto de las tempestades, había que cavar profundas fosas para que los muertos pudieran estar a cubierto de los vivos y de la intemperie. De aquí esos múltiples túmulos diseminados, aún hoy, por las llanuras de Kubán y las mesetas de Altai, y en los que descansan los principales jefes escitas. Ningún descubrimiento —a no ser el de Schliemann en Micena, cuando exhumó en el recinto de la acrópolis los cuerpos y máscaras de oro de los reyes micénicos— confirmó nunca con tal exactitud lo que se creía eran simples leyendas del pasado. Pero, al no haber tenido nunca los reyes escitas la fama de los micénicos, esos descubrimientos permanecieron en la oscuridad. Sin embargo, permitieron conocer y ahondar en una de las más curiosas civilizaciones históricas, al mismo tiempo que en una de las más difíciles de captar, ya que los escitas, pueblo nómada, no dejaron casi ninguna huella en este bajo mundo. Únicamente los muertos tenían derecho a cierta solicitud en su favor y únicamente las tumbas pretendían a cierta perennidad. El resto —quiero decir*

los ambientes de la vida cotidiana: viviendas, tiendas, lugares de culto o mercado— no parece hayan preocupado demasiado a los escitas. Al vivir al aire libre, en un estado nómada o cuasi sedentario, tan livianos como la hierba del campo, no dejaron huellas perdurables, salvo en muy escasos lugares, lo cual hace tanto más valioso el testimonio de Herodoto.

Este testimonio concierne, ante todo, a la vida guerrera y religiosa: cazar, matar, decapitar y escalpar al enemigo fue, al parecer, la mayor preocupación de los escitas. Los que para colmo de desgracias no mataron a nadie durante el año, se sientan aparte, cuando se celebra la recepción anual de los jefes y «para un escita es la mayor de las humillaciones». En cambio, los que asesinaron tanto y más, llevan su pundonor hasta presentar a los visitantes sus «colecciones» de cabezas enemigas, esmeradamente limpias, rasuradas, engalanadas y adornadas. Herodoto se cuida muy bien de juzgar o condenar ese mundo de violencia y de muerte, tan desconcertante para una mentalidad helena. A los ojos de un hombre como Herodoto —hombre de ciudades, de dioses arraigados al suelo que los vio nacer; ciudadano apasionado por leyes, constituciones y democracia— el escita es el antiheleno por excelencia. Es nómada y no sedentario, habitante de estepas infinitas y no de ciudades cerradas; entusiasmado por valores y timbres de gloria, sinónimos para los griegos de locura, hybris *y desmesura. Con todo, en ningún momento, la lectura de Herodoto incita a formular esta pregunta absurda: ¿Cómo puede uno ser escita? Parece ser que a los ojos de los helenos, el mundo escita fue menos chocante que inquietante. Más que el de los persas o babilonios, ponía en tela de juicio los principios mismos en los que se fundaba la civilización griega. Y el apasionado testimonio de Herodoto reveló a sus contemporáneos, sin duda alguna, un universo en el que Grecia podía leer su propia negación; universo en el que el mundo de las estepas se oponía radicalmente al de las urbes y el hombre no conocía, en materia de maestros, más que el cielo infinito y su propia voluntad.*

Darío inicia la campaña contra los escitas. Origen de los escitas. Meteoros milagrosos. Hércules y la mujer-serpiente. La Cimeria

Tras la toma de Babilonia, Darío decidió atacar a los escitas. Asia, en ese tiempo, era tierra de Jauja; un país floreciente, rebosante de riquezas. Por lo demás, Darío tenía un excelente pretexto para invadir a los escitas que también otrora habían ocupado Persia, asesinado a todo el mundo y dado los primeros ejemplos de violencias.

Efectivamente, los escitas habían reinado veintiocho años en la Alta Asia, invadido todo el país, persiguiendo a los cimerios y aniquilado el poder de los medos, primeros ocupantes del país. Al volver, veintiocho años más tarde, tuvieron la desagradable sorpresa de encontrar frente a ellos, en su propio país, un ejército que les cerraba el paso. Pero las ver-

daderas pruebas no habían hecho más que empezar: en ausencia de sus maridos, ¡las mujeres escitas se habían acostado con sus esclavos!

Los escitas sacan los ojos a todos los esclavos que trabajan en las lecherías. La leche de yegua es prácticamente la única bebida de los escitas y para poder ordeñar, los esclavos se valen de tubos de hueso o canutillos que se asemejan a flautas; los introducen en la vagina de la yegua y soplan por dentro; el aire hincha las venas del animal y atrae la leche hacia la ubre. Una vez ordeñada la leche y recogida en grandes recipientes cóncavos, los esclavos la baten (1) y recogen la crema formada en la superficie, manjar predilecto de los escitas. Éstos, que no son campesinos, sino nómadas en su mayoría, ciegan a los esclavos o prisioneros y los utilizan para esta clase de trabajo.

Las mujeres escitas se acostaron, pues, con tales esclavos y nació una nueva generación. Cuando creció, supo su origen y se insurgió contra los escitas a su regreso de Media. Estos jóvenes comenzaron por cavar un enorme foso desde los montes de Táuride hasta el lago Meótida *, en el punto donde es más ancho, para aislar al país, y esperaron a los escitas a pie firme. Estos últimos trataron de salvar el foso y se entabló la lucha. Luego de varios encuentros sin resultado, uno de los escitas gritó de repente: «¡Escuchadme, camaradas! Tenemos que estar locos para perder el tiempo luchando contra nuestros propios esclavos. Primero dejamos en el combate a los nuestros, luego, si matamos a todos, ¿dónde hallaremos criados? Creedme, abandonemos los arcos y las lanzas y cojamos látigos. Mientras nos vean combatir con las mismas armas, se creerán iguales a nosotros. Pero si nos ven ir contra ellos con el látigo en la mano, se despertará en ellos el instinto de esclavos y ¡el asunto quedará concluido en un abrir y cerrar de ojos!» Dicho y hecho. Los esclavos cogidos por sorpresa con esta treta, escaparon sin rechistar. Así fue como los escitas, tras veintiocho años de ausencia, terminaron por volver a casa. Precisamente para castigar su audacia reunió contra ellos Darío su ejército.

Si creemos a los escitas, su raza sería la más moderna de todas. Otrora su país estuvo totalmente desierto, pero un buen día un hombre nació; varón llamado Targitao *. El tal Targitao habría sido hijo de Júpiter y de una hija del río Boristenes *, al menos según dicen ellos, pero no creo nada. Habría tenido tres hijos: Lipoxáis, Arpoxáis y Colaxáis. Un día un arado con el yugo, un hacha, una copa y objetos de oro cayeron del cielo en tierra escita. El mayor fue el primero en verlos y quiso recogerlos, pero, tan pronto como se acercó a ellos, el oro se volvió incandescente. El mediano intentó a su vez y obtuvo el mismo resultado. Únicamente el menor pudo tocarlos y llevárselos a casa. Los otros dos se pusieron de acuerdo para dejarle el trono. Los descendientes de Lipoxáis serían todos los escitas llamados hoy aucatas; los de Arpoxáis, los escitas

(1) Así se explica su ceguera: Para evitar el vértigo al girar y mirar con la vista. *(N. del T.)*

catiaros y traspios y los del menor escitas paralates. En realidad, todos esos pueblos son escolotes o ballesteros (pues la denominación de escitas es un invento griego). Así nacieron los escitas, al menos según ellos. Mil años a lo más habrían transcurrido desde el nacimiento del tal Targitao hasta la llegada de Darío. Este oro sagrado caído del cielo es hoy custodiado celosamente por los reyes escitas quienes le ofrecen todos los años grandes sacrificios. Si el que está encargado de custodiar este oro, se duerme al aire libre, durante la ceremonia, ya puede estar seguro de que no terminará el año. Por ello, se le da, en compensación, todas las tierras que puede recorrer en una jornada a caballo. Como el país es inmenso, Colaxáis lo dividió en tres reinos para sus hijos.

Cuando avanzamos hacia el norte o Boreas, allende las últimas tierras habitadas, llega un momento en que ya no se puede continuar ni distinguir nada delante de uno debido a una gran cantidad de pelusilla que cae del cielo, cubre la tierra y oscurece el horizonte.

Esto en cuanto a la versión escita. Pero los griegos del Ponto Euxino presentan las cosas de otra manera: Hércules, a fuerza de arrear los rebaños de Gerión, habría llegado al país, a la sazón desierto, donde viven hoy los escitas. Gerión habitaba muy lejos del Ponto Euxino en una isla que los griegos llaman isla Eritrea *, más allá de las Columnas de Hércules cerca de la ciudad de Gadeira *. Esta ciudad se halla a orillas del Océano. Este océano —lo recuerdo— nace hacia Levante y rodea toda la tierra, al menos según algunos griegos quienes, por lo demás, nunca lo demostraron. Hércules partió, pues, hacia dicho país del Levante y arribó a la actual Escitia. Sorprendido por el frío glacial que aquí había, se envolvió en la piel de león y se durmió. Durante este tiempo, sus yeguas que había desatado y pastaban plácidamente, desaparecieron durante el sueño, a consecuencia de alguna estratagema divina. Al despertar, Hércules ya no las vio y salió en su busca. A fuerza de ir de acá para allá llegó a la región denominada «región de los bosques» o Ililea, donde halló en una gruta una criatura de lo más estrambótico: medio mujer, medio serpiente. Era mujer desde la cabeza a la pelvis y serpiente de aquí a los pies. Hércules la contempló estupefacto por un momento y luego terminó por preguntarle: «¿Visteis por casualidad mis yeguas?» «Sí, yo las tengo precisamente —respondió la interpelada—, pero te las devolveré si te acuestas conmigo.» Hércules tuvo que poner manos a la obra. Sólo tenía prisa por encontrar las yeguas y escapar lo antes posible. Pero la otra, tras la efusión amorosa, le daba largas para aprovecharse del héroe el mayor tiempo posible. Finalmente, se resolvió a devolverle las yeguas, diciéndole: «He guardado tus yeguas y tú me has recompensado dignamente por ello, pues he concebido tres hijos. Antes de marcharte, dime solamente lo que debo hacer cuando sean mayores. ¿Asentarlos en este país que me pertenece o enviártelos?» «Cuando tus hijos sean hombres —repuso Hércules— sigue mis instrucciones y no tendrás que arrepentirte: entrega sin temor el reino al que sostenga el arco así y se ciña el

talabarte como yo. A los otros échalos fuera. Si me escuchas, serás la primera en felicitarte.» Y tensó uno de los dos arcos que siempre llevaba consigo, le enseñó como había de ponerse el talabarte y entregó a la mujer ambos objetos; la hebilla del segundo tenía la forma de una copa. Nacieron y crecieron los niños y su madre les puso un nombre: Agatirso, Gelono y Escita. Cuando alcanzaron la edad adulta, quiso someterlos a la prueba; únicamente Escita salió victorioso. Los otros fueron arrojados del país. De este hijo de Hércules descenderían todos los escitas actuales y en recuerdo de la hebilla del talabarte llevan hoy todos los hombres una copa en el cinturón. Dícese igualmente que la madre se las compuso para que fuera Escita el que ganara. Ésta es la versión griega.

Existe una tercera versión, que me parece la más verosímil. Los escitas nómadas habitaban otrora en Asia. Presionados por los masagetas que los maltrataban, tuvieron que atravesar el Araxes y pasar a Cimeria *. Ante esta invasión, los cimerios celebraron consejo y se dividieron en dos bandos: el pueblo era del parecer de abandonar el país, pensando que jamás podrían resistir a las hordas escitas; en cambio, los príncipes eran partidarios de la lucha hasta el fin en defensa de Cimeria. Como cada cual se mantuviese obstinadamente en sus trece, el pueblo decidió lisa y llanamente abandonar Cimeria a los invasores. Mas los príncipes, al pensar sólo en la vida feliz que habían llevado y en las catástrofes que les esperaban en el extranjero, prefirieron morir allí mismo. Estalló una guerra civil, durante la cual, todos los que cayeron, fueron enterrados por el pueblo en las orillas del río Tiras *; aquí pueden verse siempre las tumbas. Hecho esto, todos los supervivientes se exiliaron. Cuando llegaron los escitas, encontraron ante ellos un desierto.

En nuestros días existen todavía en Escitia murallas cimerias, un estrecho cimerio, un bósforo cimerio e incluso una comarca llamada todavía Cimeria. Los cimerios huyeron a Asia de las hordas escitas y al parecer colonizaron la península en que se halla actualmente la ciudad de Sinope. Los escitas los persiguieron pero debieron extraviarse durante el viaje, dejar el Cáucaso a su derecha y torcer hacia la Media. Esta versión concuerda, por lo demás, con la de los griegos y bárbaros.

Aristeas, hijo de Caistrobio, refiere, por otra parte, en un poema épico, que un día el dios Apolo lo puso en trance y lo llevó a los isedones: «Más allá vivían hombres que sólo tienen un ojo, los arimaspos, luego los grifos, guardianes del oro sagrado y más allá los hiperbóreos * cuyo país se extiende hasta el mar.» Todos esos pueblos —salvo los hiperbóreos— pasaban el tiempo en guerra. Los arimaspos arrojaron a los isedones quienes a su vez echaron a los escitas y éstos a los cimerios hacia las orillas del mar del sur, invadiendo su país. Esta versión no es concordante —hay que reconocerlo— con la de los escitas.

Sobre el tal Aristeas he recogido bastantes datos en Proconeso y en Cízico. Fue un varón de ilustre prosapia. Un día, al entrar en el taller de un tejedor (la historia tiene lugar en Proconeso) murió repentinamente.

El tejedor cerró su establecimiento y fue a avisar a la familia del difunto. La noticia de su muerte había circulado por toda la ciudad y los parientes estaban ya delante de la puerta del tejedor vestidos de luto, cuando un hombre que venía de Artacia afirmó que acababa de encontrarse con Aristeas en el camino de Cízico y habían platicado juntos un buen rato. Como insistiese y no diese su brazo a torcer, terminaron por abrir la puerta: Efectivamente, Aristeas había desaparecido. No se veía ni rastro de él ni vivo ni muerto.

Reapareció siete años después en Proconeso para componer aquí su poema sobre los arismaspos y desaparecer de nuevo inmediatamente después. Sé también que doscientos cuarenta días tras esta segunda desaparición (según los datos facilitados en Proconeso y Cízico) los habitantes de Metaponte, en Italia, lo vieron reaparecer y que les ordenaba edificar un templo a Apolo y erigir muy cerca una estatua a Aristeas. «Vuestro país —añadió— es el único sitio de Italia donde Apolo nunca puso los pies. Yo mismo estaba de viaje con el dios. Le acompañaba en forma de cuervo.» Y desapareció. Los Metapontinos prefirieron consultar al oráculo de Delfos para saber a qué atenerse. «Obedecedle —dijo la Pitia—. Saldréis ganando con ello.» Y erigieron una estatua a Aristeas, que sigue en pie, por lo demás, en la plaza del mercado, rodeada de laureles. Pero esto es otra cuestión.

Pueblos del este y norte de Escitia. El frío en Escitia. Límites septentrionales de la Tierra. El misterioso país de Hiperbórea

Al norte del país que me propongo describir, nadie sabe exactamente lo que hay. Nadie trajo nunca informes concretos sobre esas regiones. El mismo Aristeas (poeta que acabo de citar) confiesa que jamás traspasó el país de los isedones. Los territorios situados más allá, sólo los describe de oídas, conforme a los datos facilitados por los isedones. Pese a todo, indicaré cuanto he recogido acerca de los últimos límites de esas tierras a donde han podido extenderse mis investigaciones.

A partir del puerto o colonia de los boristenitas (así llaman a los pueblos ribereños del río Boristenes), el primer pueblo que encontramos es el de los calipidas, de raza grecoescita. Más al norte viven los alazones *. Estos dos pueblos tienen las mismas costumbres que los escitas, si bien son principalmente cultivadores y se alimentan de trigo, cebollas, ajos, habas y mijo. Al norte de los alazones están establecidos escitas labradores que también cultivan el trigo, pero únicamente para venderlo. Más arriba viven los neuros *. y más lejos se extiende —según todas las probabilidades— un desierto inhóspito. Todos esos pueblos viven a lo largo del río Hipanis *, al oeste de Boristenes.

Si franqueamos el Boristenes, encontraremos primero la región de Hilea, llamada «de los bosques», luego a escitas cultivadores, los boris-

tenitas (u olbiopolitas, como se denominan a sí mismos). Estos escitas ocupan un territorio que cubre, hacia el este, una distancia de tres jornadas de marcha (hasta el río Panticapes *.) y hacia el norte once días de navegación remontado el Boristenes. Más allá hay un inmenso desierto, pasado el cual, se hallan los andrófagos *, pueblo que no es de raza escita. Allende los andrófagos, el desierto se extiende hasta perderse de vista.

Al este de los escitas cultivadores, tras el río Panticapes, se llega al país de los escitas nómadas que no cultivan ni siembran nada. Exceptuada la región «de los bosques», este país no posee árbol alguno. El territorio de los nómadas cubre cuatro jornadas de marcha hacia el este, hasta el río Gerro.

Allende el Gerro, comienza el país de los escitas reales. Estos escitas son con mucho los más valientes y numerosos. Además, consideran a los otros escitas como súbditos suyos. Su país se extiende al sur hasta Táuride *, al este hasta el foso cavado otrora por los hijos bastardos de los ciegos y hasta el puerto de Cremnoi, junto al lago Meótida. Parte de su territorio se extiende hasta el río Tams *. Al norte de los escitas reales habitan los melanclenos * y al norte de estos últimos se extienden pantanos y desiertos inhabitables.

La Escitia propiamente dicha se detiene en el río Tanais. Allende este río, se encuentran primero los saurómatas * que ocupan toda la región, al norte del lago Meotis, en una distancia de quince días de marcha; región pelada, sin un solo árbol. Más lejos viven los budinos * los cuales ocupan, en cambio, una comarca de gran riqueza forestal. Al norte de los budinos, hallamos primeramente un desierto de siete jornadas de marcha, luego torciendo ligeramente hacia el este, llegamos al país de los tisagetas, pueblo muy numeroso que vive exclusivamente de la caza. Después de éstos, vienen los yurgas * quienes son igualmente notables cazadores. Su método consiste en trepar a las copas de los árboles (abundan en el territorio) dejando el caballo al pie (tendido vientre a tierra para pasar más inadvertido) y en espiar. Tan pronto como divisan la pieza, la acribillan a flechazos, saltan sobre el caballo y salen disparados tras ella. Algo más al Levante viven otros escitas separados de los primeros reales y establecidos en esta región.

Hasta estos últimos escitas, todo el país descrito forma una llanura de suelo muy rico pero más allá se convierte en pedregoso. Una vez pasada esta región rocosa, se encuentran enormes montañas en cuyas laderas vive un pueblo en el que hombres y mujeres son calvos de nacimiento. Tienen la nariz chata, prominente el mentón y un lenguaje peculiar. Se visten como los escitas y se nutren especialmente de frutos. El árbol del que los cogen, se llama *pontico*. Dicho árbol alcanza el tamaño de una higuera con frutos de hueso, del grosor de una haba. En cuanto madura el fruto, lo exprimen y cuelan entre telas y obtienen un zumo espeso y negro *(aschi)* que se toma al natural o mezclado con leche. Los residuos constituyen una especie de pasta viscosa que sirve para fabricar galletas. Estos

pueblos no crían casi ganado, pues el suelo es muy pobre. Viven bajo los árboles que en invierno rodean de mantas de lana blanca para abrigarse y en verano duermen al raso. Dicho pueblo pasa por sagrado y nadie se atrevería nunca a atacarlo. Por lo demás, no tienen arma alguna. De buena gana ejercen de árbitros en los litigios de sus vecinos y dan cobijo y protección a todo el que se refugia entre ellos. Se los llama los argipeos *.

Hasta los argipeos y más allá este país es conocido más o menos. Muchos escitas se dirigen a esas regiones así como griegos que habitan en las orillas del Ponto Euxino y del Boristenes y es fácil interrogarlos. Sin embargo, hay que ir acompañados de siete intérpretes, pues se hablan allí siete lenguas diferentes. Hasta los argipeos todo va bien. Mas, allende éstos, nadie sabe exactamente lo que hay, ya que cierran el horizonte enormes e infranqueables montañas. Los argipeos afirman que esas montañas las habitan hombres de pies de cabra o egipodas y más lejos viven pueblos que duermen seis meses seguidos por año, aunque me resisto a creerlo. Todo lo que se sabe de cierto es que al este de los argipeos viven los isedones. Pero de lo que hay al norte de ambos pueblos nadie ha sabido nunca nada.

Cuando un isedón ha perdido a su padre, toda la familia trae ganado, lo sacrifica, lo descuartiza y al mismo tiempo el cadáver del padre, que se agrega a las demás carnes. Hecho esto, banquetean. Ponen aparte la cabeza del difunto, la rasuran, limpian, la recubren de láminas de oro y la honran con el mismo derecho que a cualquier imagen de un dios, con grandes sacrificios celebrados todos los años. Es un honor que todo isedón debe tributar a su progenitor, lo mismo que entre los griegos se celebra el aniversario de los difuntos. La justicia reina entre ellos al igual que entre los argipeos y las mujeres disfrutan de los mismos derechos que los hombres.

Los isedones nos son conocidos, pues. Pero más lejos ya no sabemos nada. Dicen que hacia el extremo norte existen hombres monóculos, es decir, que sólo tienen un ojo y grifos guardianes del oro; lo cual me lo habían ya repetido los escitas que se enteraron por los isedones. Llaman a dichos hombres de un solo ojo, arimaspos (del escita *arima:* uno, y *spon:* ojo).

En todos esos países el invierno, muy crudo, se prolonga durante ocho meses al año. El frío es tal que, tirando agua por el suelo, se hiela inmediatamente. Todo el mar y el Bósforo cimerios se cubren de hielos, hasta el extremo de que los escitas, establecidos aquende el foso de que hablamos, atraviesan el estrecho sobre el hielo, con todo su ejército, cuando inician la campaña contra los sindos. El invierno dura prácticamente ocho meses y los cuatro restantes tampoco se puede afirmar que haga calor. El invierno en Escitia es bastante peculiar; no cae ni una sola gota de agua, mientras que ordinariamente el invierno es más bien la estación de las lluvias. En cambio, el verano es un verdadero diluvio. Las tormentas, igualmente vienen a contrapelo de las de otros países. Sólo estallan en

verano. Cuando estalla una tormenta en invierno, ¡lo achacan a un milagro! Respecto a los terremotos, los tienen por sobrenaturales, de cualquier forma, en invierno como en verano. Los caballos escitas resisten bastante bien al frío, pero los asnos y mulos lo soportan muy mal, cuando por otras partes ocurre lo contrario.

A mi juicio, es por causa del frío por lo que los bueyes en Escitia carecen —por decirlo así— de cuernos. Sólo aduzco como prueba los siguientes versos de Homero en la *Odisea:*

> Libia donde los corderos llevan cuernos prematuramente...

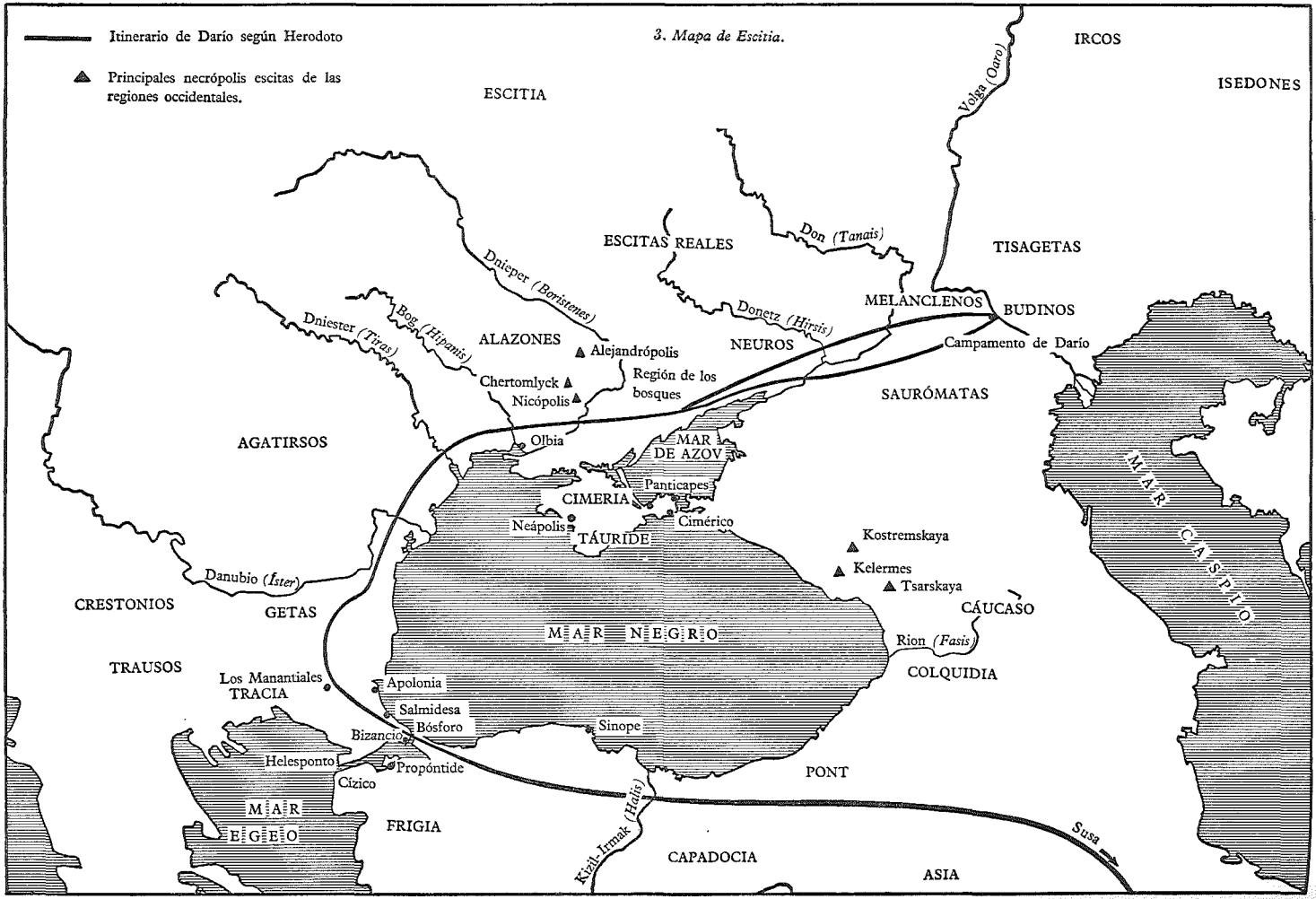
Lo cual demuestra que en los países cálidos los animales tienen cuernos muy temprano y en los fríos carecen de ellos prácticamente.

Este asunto de los cuernos, por otra parte, me hace pensar en los mulos de Elea (esta digresión no me aparta del tema). Me pregunto por qué no suele nacer nunca ni un solo mulo en Elea. Ésta, tiene un clima cálido y no veo por qué, en realidad no nacen nunca. Según los eleos, sería de resultas de una maldición. Por eso, cuando llega la época del apareamiento, llevan sus yeguas a los países vecinos para que las cubran los burros.

Por lo que toca a esa pelusilla que oscurece literalmente el aire en Escitia, impide avanzar y obstruye totalmente el horizonte, ésta es la causa: al norte de este país nieva sin cesar durante el verano. El que ha visto alguna vez caer la nieve densamente, reconocerá que los copos se asemejan —hasta el punto de confundirse con ella— a una pelusilla. Cuando los escitas hablan de pelusa, es una manera de designar metafóricamente la nieve.

Ni los escitas ni ningún otro me hablaron nunca de los hiperbóreos —salvo quizá los isedones— y ¡te diré! Si los isedones supiesen algo, también lo sabrían los escitas. Únicamente Hesíodo ha mencionado este pueblo y Homero en sus *Epígonos,* si es que este poema es de él.

Finalmente, las gentes de Delos son las que poseen los mejores informes sobre este pueblo: los hiperbóreos traían cada año a los escitas ofrendas envueltas en paja como haces de espigas. De Escitia dichas ofrendas pasaban a todos los pueblos vecinos escalonados hacia el Poniente, hasta el Adriático. Desde aquí salían hacia el mediodía para llegar a Dodona, desde donde descendían hasta el golfo Maleaco, en Eubea. Atravesaban la isla hasta el puerto de Caristo, desde donde se embarcaban para Delos. La primera vez, los hiperbóreos enviaron dos doncellas: Hipéroque y Laódice, para que los acompañaran con una escolta de cinco hiperbóreos principales; aun hoy se los llama perferees o porteadores. Pero esta delegación no regresó. Para no perder cada vez la delegación, los hiperbóreos se contentaron posteriormente con depositar sus ofrendas en la frontera más cercana y rogar a sus vecinos que las encaminaran a la frontera siguiente. Cada año llegaban a Delos conforme al itinerario indicado más



3. Mapa de Escitia.

arriba. Por otra parte, sé que en Tracia y Peonia las mujeres envuelven siempre en paja las ofrendas o manojos de trigo que hacen a Diana Reina.

En honor de las dos hiperbóreas que murieron en Delos, los jóvenes de ambos sexos de la isla llevan el cabello corto. Las mozas de Delos, antes de casarse, se cortan el pelo, lo enrollan alrededor de un huso y lo depositan en la tumba de las Dos Doncellas, al pie de un olivo. Según otra tradición, otras dos hiperbóreas, Argra y Opis, habrían venido a Delos antes que las Vírgenes a traer ofrendas a la Patrona de los partos, la diosa Ilitejía o Diana. Las mujeres de Delos las siguen celebrando todavía hoy con colectas e himnos en los que figuran sus nombres: esos himnos fueron compuestos por Olen, poeta de Licia. Tras los himnos y la cuestación, se efectúan sacrificios y esparcen la ceniza de las víctimas sobre las tumbas de Opis y Argé que están detrás del templo de Diana o Artemisio, frente a Levante, cerca de la sala de fiestas de los naturales de Ceo. Pero ya he hablado bastante de los hiperbóreos. Es mejor silenciar esta estúpida historia de Abaris, el pretendido hiperbóreo que dio la vuelta al mundo, sin comer, cabalgando en su flecha mágica.

Casi sólo conocemos la civilización de los escitas desde hace unos cincuenta años. Los relatos de Herodoto y los de algunos autores romanos fueron durante mucho tiempo los únicos testimonios que existen sobre esos pueblos nómadas, cuya zona habitada se extendía desde los montes Altai hasta el Dnieper. Y tales testimonios parecieron justamente tan increíbles que casi no se les prestó atención. Veremos más tarde los pormenores de esas costumbres y ritos que tanto asombraron y horrorizaron a los historiadores de los tiempos clásicos. Hoy el problema ya no está en saber si son ciertos o no, puesto que han sido confirmados por las excavaciones arqueológicas, sino en determinar el origen y la zona habitada concreta de los pueblos agrupados bajo el nombre genérico de escitas. De las tres versiones mencionadas por Herodoto, la más verosímil —históricamente— es la tercera. Los escitas ni eran autóctonos ni descendientes de Heracles, sino probablemente la rama irania de los grupos indoeuropeos oriundos del Asia occidental. La presencia de ciertos elementos mongoloides entre los escitas de Asia no demuestra en absoluto —como creen algunos— un origen meramente mongoloide de los escitas, sino más bien una mezcla de elementos nómadas y sedentarios. Las investigaciones más recientes de los historiadores rusos, particularmente Rudenko y Kiselev, llevadas a cabo en los cuerpos momificados de las necrópolis altaicas de Pazirik, confirman la hipótesis de un origen indoeuropeo junto con una rama irania acantonada en el sur de Rusia, de un lado, y un subgrupo altaico mezclado con elementos mongoloides, del otro. Lo cierto es que esos escitas reales descritos más abajo por Herodoto (pueblo cuasi sedentario establecido alrededor del mar de Azov) hablaban una lengua muy similar al iranio. Las pocas palabras escitas mencionadas por Herodoto pertenecen todas al grupo iraní como lo ha demostrado E. Benveniste.

Hay que precisar que algunos arqueólogos rusos se inclinan, sin embargo, hacia otra hipótesis: el origen siberiano occidental de los escitas. En tal caso, uno se explicaría bastante bien la aparición de los escitas en el Cáucaso viniendo del noroeste. La versión de Herodoto coincidiría entonces con los datos persas y chinos. Estos últimos hablan especialmente de la gran invasión de los Yiung-Nu, alrededor del año 800 a. de J. C., ante los que habrían huido los masagetas, luego los cimerios ante los masagetas. De todos modos, los documentos persas y asirios concuerdan en demostrar que los primeros grupos escitas se asientan en Rusia del sur en los comienzos del siglo VIII a. de J. C. Mas, aquí se impone una observación: Herodoto agrupa bajo el nombre de escitas a pueblos étnicamente muy diversos. La Escitia —es decir, todas las regiones de Rusia del sur que van del Bog al Ural— estaba habitada por pueblos de orígenes muy diversos, los cuales no todos eran de procedencia irania o altaica. Los arqueólogos rusos distinguen hoy en Escitia tres grupos culturales diferentes: El primero comprende los escitas propiamente dichos que ocupaban las estepas del curso inferior del Bog y del Dnieper, Crimea y la región del mar de Azov. Corresponden a los que llama Herodoto escitas reales. El segundo comprende numerosas tribus agrícolas y de pastores, que vivían de la caza y de la pesca en las regiones forestales; civilización de los bosques más que de las estepas. El tercero corresponde a la civilización sindomeótica que se había establecido en la cuenca de Kubán, pues el río corría del Cáucaso al mar de Azov. Esos pueblos de diferentes etnias tenían, con todo, costumbres y lenguas semejantes, lo que explica que Herodoto haya visto un solo pueblo.

Un detalle tiene también su importancia: los tres objetos caídos del cielo y recogidos por el menor de los tres hermanos escitas. El arado, el hacha y la copa de oro simbolizan las tres funciones esenciales de las sociedades indoeuropeas: la agricultura, la guerra y la religión. El historiador G. Dumezil ha demostrado a lo largo de una serie de obras notables y particularmente en un estudio intitulado Las clases sociales en la antigua Persia, *que los «sucesos» citados por Herodoto, demuestran cómo se entroncan las estructuras sociales de las tribus escitas con las de la sociedad irania.*

Por lo que respecta a ese Aristeas de Proconeso, que cae en éxtasis, «vuela» hacia los pueblos hiperbóreos, muere en el taller de un tejedor y reaparece siete años después para escribir una epopeya titulada La Arimaspea, *se parece paradójicamente a esos* chamanes *descritos por Mircea Eliade en su obra* El Chamanismo y las técnicas arcaicas del éxtasis. *Los chamanes hacían las veces de hechiceros curanderos y pasaban —cuando estaban poseídos por el dios— por efectuar viajes al Más Allá. Los hechos mencionados por Herodoto a propósito de Aristeas coinciden con los datos de la historia de las religiones y hacen de esa famosa* Arimaspea *(cuyo texto nunca se encontró) el relato probable de un viaje mítico al otro mundo.*

La última etapa de este viaje llevó a Aristeo a los hiperbóreos, cuyo nombre significa «los de allende el viento del norte». Este pueblo —más legendario que real— habitaba en los confines del mundo, más allá de los grifos, guardianes del oro sagrado (probablemente las minas de oro del norte de Altai). Pasaban por dar culto importante al dios griego Apolo, el cual se dirigía allí cada diecinueve años. Como todos los países situados en los extremos del mundo, Hiperbórea era una tierra paradisiaca, rebosante de riquezas, cuyos habitantes ignoraban la enfermedad y la vejez. Notemos, con todo, que se ha descubierto en Delos, en el santuario de Artemisa, la tumba de dos doncellas hiperbóreas. El relato de Herodoto no es, por consiguiente, una pura invención: existió un pueblo, allende el Danubio, tal vez más arriba todavía, el cual mantenía con los helenos relaciones intermitentes y a los que la imaginación de los poetas llamó hiperbóreos o ultranórdicos. En Delos como en Escitia la leyenda ha coincidido con la historia.

Descripción de la Tierra. Asia, África y Europa. Exploración de África por los fenicios y cartagineses. Periplo de Scilax por el océano Índico

Si existen hombres en el extremo del mundo, llamados hiperbóreos, me pregunto por qué no existirían también en el extremo sur «hiperno-tianos» en cierto modo, pues el Noto es el mar Austral. Y me río al ver esas innumerables *Descripciones de la Tierra* en las que no hay ninguna descripción sensata. Esa gente escribe fríamente que la Tierra está rodeada por completo del Océano; que es redonda como modelada en el torno; que Asia y Europa tienen la misma extensión, etc. Creo, pues, útil resumir brevemente las dimensiones de cada continente y su configuración general.

Persia se extiende hasta el mar Austral llamado mar Eritreo. Al norte de Persia se sitúan el país de los medos, luego el de los saspires y más al norte, el de los cólquidos, que se extiende hasta el mar Septentrional o Ponto Euxino, donde muere el Fasis. Esos cuatro pueblos ocupan, en suma, todas las tierras situadas entre esos dos mares.

Partiendo de esos países, dos grandes penínsulas se extienden hacia el Poniente hasta el mar Occidental: la primera comienza en el Fasis, bordea el Ponto Euxino y el Helesponto hasta Tróade, en el cabo Sigeo y al sur parte del golfo Miriándrico, limítrofe de Fenicia, hasta el cabo o promontorio Trispio. Treinta pueblos diferentes habitan este país. La segunda península se extiende hacia el mar Eritreo y comprende Persia, Asiría, su prolongación, y Arabia. Termina en el golfo Arábigo (al menos según la opinión admitida generalmente) donde desemboca el canal que Darío mandó excavar desde el Nilo. Entre Persia y Fenicia se extienden inmensas llanuras. Partiendo de Fenicia, dicha península bordea el Me-

diterráneo para formar la Siria Palestina hasta Egipto, donde termina. Sólo tres pueblos viven en este país.

Tales son los países que constituyen el Asia Occidental, si tomamos a Persia como punto de partida. Los países del Asia Oriental (medos, saspires y cólquidos) limitan al sur con el mar Eritreo, al norte con el Caspio y el Araxes y al este con la India *, última de las tierras habitadas. Más allá de la India no hay más que un desierto del que nada sabemos. Ésta es, aproximadamente, la configuración general de Asia.

Libia o África es la prolongación de Egipto y continúa en definitiva esta segunda península. Se estrecha al llegar a Egipto y forma, entre el mar Eritreo y el Mediterráneo, una franja de tierra de unos mil estadios de anchura. Pero inmediatamente después de la península, se ensancha y se llega a Libia. Admiro de verdad a esos sabios geógrafos que supieron dividir la tierra y delimitar Libia, Asia y Europa. Sus diferencias son, efectivamente, más que evidentes. Europa por sí sola iguala en longitud a los otros continentes. Respecto a su extensión o latitud, desafía toda comparación con ellos.

Libia está limitada por todas partes por el mar, salvo por el lado que la une a Asia. El rey de Egipto, Neco, fue —creo— el primero en explorarla por completo. Cuando hubo concluido la apertura del canal al golfo Arábigo, mandó armar bajeles y envió fenicios a explorar toda Libia, con orden de volver por las Columnas de Hércules y el Mediterráneo. Los fenicios salieron del mar Eritreo, navegaron por el mar Austral y cada otoño arribaban a la costa de Libia, sembraban trigo y esperaban la cosecha. Una vez segado el trigo, se hacían de nuevo a la mar. Navegaron así durante dos años y el tercero doblaron las Columnas de Hércules y regresaron a Egipto. A la vuelta, contaron algo que no acabo de explicarme: al dar la vuelta a Libia, *¡tuvieron por un momento el sol a su derecha!* Tal fue la primera exploración conocida de Libia.

Posteriormente, los cartagineses confirmaron estos relatos. Sataspes, hijo de Teaspes, de los aqueménidas, fue, de hecho, enviado a explorar, con misión de bordear toda Libia. Mas, espantado por los largos recorridos, deprimido por la soledad, se volvió sin haber alcanzado el objetivo. Había violado a una joven, hija de Zópiro, e iba a ser empalado por este delito de estupro cuando su madre, hermana de Darío, le alcanzó el perdón. Ella prometió a Jerjes que impondría a su hijo un castigo peor que el empalamiento: dar una vuelta completa a Libia hasta el golfo Arábigo. Sataspes partió para Egipto, armó un bajel y navegó rumbo a las Columnas de Hércules. Atravesó el estrecho, dobló el cabo llamado Soloente * y se hizo a la mar rumbo al sur. Durante meses y meses navegó, y como el viaje tenía visos de no terminar nunca, volvió sobre sus pasos y llegó a Egipto. Una vez de regreso a su país, informó a Jerjes: «En el punto más lejano de nuestra singladura encontramos, al bordear las costas, unos hombres muy bajos de estatura, vestidos con hojas de palma. Cada vez que hacíamos semblante de acostar, escapaban a sus montañas aban-

donando las ciudades. No les hicimos mal alguno. Cada vez que hemos desembarcado y penetrado en esas ciudades ha sido justamente, para coger algunas reses de las casas para abastecernos. No pude cumplir mi misión hasta el final, pues en un momento dado nuestro navío quedó inmovilizado por completo por una calma chicha y fue imposible continuar la navegación.» Jerjes no creyó ni una palabra de toda esta historia y mandó empalar a Sataspes por no haber cumplido su misión hasta el fin. Dicho Sataspes tenía a su servicio un eunuco que escapó a Samos tras la muerte de su amo, llevándose todos sus bienes, aunque se los dejó robar por un isleño samio, a quien conozco muy bien... pero es mejor cambiar de tema...

Asia nos es conocida, sobre todo, por las investigaciones y descubrimientos de Darío. Éste quiso determinar el emplazamiento exacto de la desembocadura del Indo, único río con el Nilo en el que se hallan cocodrilos. Hizo armar los navíos mandados por marinos expertos, entre los que se contaban Scilax de Carianda. Salieron de la ciudad de Caspatiro, en el país de los pacticanos, bajaron por el río con dirección al este, hasta el mar; continuaron su navegación rumbo al oeste y treinta meses más tarde desembarcaron en Egipto, en el mismo sitio desde donde habían partido los fenicios de Neco. Hecho esto, Darío sometió a los indios y prácticamente ejerció la dominación sobre todo el mar Austral. En suma, Asia presenta más o menos, la misma configuración que Libia.

Por lo que toca a Europa, nadie sabe exactamente si está limitada por el mar al norte y al este. Sólo se sabe que es, poco más o menos, igual en longitud a los otros dos continentes reunidos.

No comprendo en realidad, por qué han creído conveniente dividir en tres continentes distintos la Tierra que forma un todo ni por qué han escogido el Nilo, en Egipto, y el Fasis en Cólquida para servir de frontera entre esos tres continentes.

¿Quiénes son los autores de esas demarcaciones? Y ¿dónde fueron a buscar esos nombres de Libia, Europa y Asia? Es imposible determinarlo. El nombre de Libia vendría, según parece, de Libia, una mujer del país; el de Asia, de Asia, mujer de Prometeo. En la versión libia no se trataría de la mujer de Prometeo, sino de Asias, hijo de Cotis. Respecto a Europa, nada o casi nada sabemos sobre ella. ¿Está rodeada de agua? ¿De dónde proviene tal nombre y quién lo descubrió? Siempre podemos afirmar que es la célebre Europa, hija de Fenicia, la que le dio tal nombre. Pero todos saben muy bien que la susodicha Europa no desembarcó nunca en el continente que lleva su nombre y que en materia de viajes, se contentó con ir de Fenicia a Creta y de Creta a Licia. Creo que no conviene profundizar más y adoptar la terminología corriente sin investigar más su origen.

Ríos de Escitia

El Ponto Euxino, hacia donde Darío se dirigía con su ejército, encierra los pueblos más ignorantes. Ya se tomen en grupos o por separado, la inteligencia no es su fuerte si exceptúamos a los escitas y a un varón por nombre Anacarsis. Para garantizar su seguridad, los escitas han inventado una astuta estratagema, la única que puede apuntarse en su haber; en lo demás apenas si valen más que los otros. Han resuelto admirablemente esta cuestión primordial, puesto que, de hecho, ningún invasor puede escapar de sus manos ni, al contrario, ponerles las manos encima. Un pueblo errante, que vive sin murallas y sin ciudades; un pueblo de jinetes y de arqueros, que transportan consigo sus casas; en una palabra, un pueblo nómada que vive únicamente de sus rebaños y habitan en carros, ¿no es prácticamente inasequible e invencible? Hay que decir que el país se presta a este género de vida y los ríos son sus mejores aliados. Escitia es una vasta llanura en la que abundan fuentes y pastizales; surcada por ríos tan numerosos, como los canales de Egipto. He aquí los principales, al menos, es decir, los que son navegables desde su desembocadura: son el Íster o Danubio, el Tiras, el Hipanis, el Boristenes, el Panticapes, el Hipaciris, el Gerro y el Tanais.

El Íster o Istro es el mayor río conocido; tiene un caudal regular tanto en verano como en invierno. Es el más occidental de los ríos de Escitia y el más importante a juzgar por el número de sus afluentes. Éstos son: el Pórata (que los helenos llaman Pireto), el Tiaranto, el Araro, el Náparis y Odreso, todos los cuales corren a través de Escitia. El Pórata es el más importante de los cinco y el que está más al este. El segundo, el Tiaranto, está al oeste del Pórata y lleva un caudal más débil. Los otros tres (Araro, Náparis y Odreso) discurren entre los dos primeros antes de morir en el Íster. Estos cinco ríos son, en definitiva, los afluentes escitas del Íster. Otro afluente, el Rais o Maris, viene del país de los agatirsos *.

Del otro lado, el Atlas, el Auras y el Tibisis se deslizan desde la cima del Hemo y van a morir al Íster, en dirección norte. El Atris, el Noes y el Artanes son los afluentes tracios del río; provienen con toda certeza del país de los crobizos. El Scios viene de Peonía y del monte Ródope y atraviesa los montes Hemo antes de llegar al Íster. El Angro viene de Isiria, topa con el Brongo y desemboca con él en el Íster. El Carpis y el Alpis llegan de Ombría del norte.

El Íster tiene su nacimiento entre los celtas que son, junto con los cinetas, los últimos habitantes de Europa, hacia el Poniente, y atraviesa Europa entera antes de torcer hacia Escitia. Son sus numerosos afluentes, más que su propio caudal, los que hacen del Íster un río tan importante. Reducido a su caudal solamente, el Nilo lo desbanca con mucho, pues el segundo no recibe ningún afluente. Si el Íster tiene un caudal tan regu-

lar, en verano como en invierno, creo que la razón es la siguiente: su caudal normal, con poca diferencia, es su caudal invernal, puesto que nieva mucho en estos países y llueve escasamente. En el verano toda esta nieve se derrite y hace subir el nivel del río, a lo cual hay que añadir las lluvias torrenciales y constantes, ya que el verano es allí la estación de las lluvias. En suma, las pérdidas de agua debidas a la evaporación son compensadas por el deshielo y la aportación de las lluvias, de suerte que se establece el equilibrio, y el Íster conserva un caudal muy regular.

El segundo río de Escitia, el Tiras, viene del norte y nace en un gran lago, en la frontera de Escitia y Néuride. Los griegos tirtatas han establecido factorías en su desembocadura.

El tercero, el Hipanis, proviene de Escitia. Tiene su origen en un gran lago a cuyas orillas pastan caballos salvajes, totalmente blancos. Su caudal sigue siendo débil al principio y sus aguas muy dulces, durante cinco días de navegación aproximadamente, pero, desde ese momento, a cuatro días de su desembocadura, se hace muy salado o amargo. En él desagua una fuente cuyas aguas están tan impregnadas de sal que basta ella sola para enturbiar toda el agua del Hipanis. Esta fuente se halla en las fronteras del país de los escitas labradores y de los alazones. Se denomina en escita Exampeo (que significa: Camino sagrado). El Tiras e Hipanis siguen por algún tiempo un camino paralelo en el territorio de los alazones, luego se bifurcan para deslizarse cada cual por su lado hacia el mar.

El cuarto río, el Boristenes, es, después del Íster, el más importante y más provechoso de los ríos escitas; incluso podríamos afirmar de todos los ríos, salvo el Nilo, que es verdaderamente singular. Sus recursos son innumerables: suministra a los rebaños excelentes pastos, proporciona gran riqueza piscícola, posee un agua límpida y de sabor agradable, si bien discurre entre dos márgenes cenagosas. Sus orillas se prestan admirablemente a los cultivos y cuando son baldíos, producen una alta hierba. Finalmente, su desembocadura tiene salinas naturales. En ellas se pescan enormes peces sin espinas llamados *antáceos* y que las gentes de la tierra salan. Su curso es navegable durante cuarenta días hasta un territorio llamado Gerro, pero más allá se ignora todo. Sólo sabemos que el Boristenes atraviesa regiones desérticas antes de llegar a los escitas cultivadores que ocupan sus orillas en una distancia de diez días de navegación. Es el único río, con el Nilo, cuyas fuentes nadie ha podido descubrir —ni siquiera yo, ni griego alguno—. El Boristenes y el Hipanis, cercanos al mar, desaguan juntos en una especie de laguna. Un promontorio separa los dos ríos, en el que se ha edificado un templo a Ceres, Cibeles o Demeter. Un poco más lejos, en las márgenes del Hipanis, es donde viven los boristenitas.

El quinto río, el Panticapes, toma su origen, asimismo, en un lago. Los escitas labradores, o georgos, ocupan todo el territorio comprendido

entre este lago y el Boristenes. El Panticapes desemboca en este último tras haber atravesado la región de los Bosques o Hilea.

El sexto río, el Hipaciris, nace en un lago desde donde atraviesa por su centro el país de los escitas nómadas antes de desembocar en el mar, cerca de la ciudad de Carcinitis, dejando a su derecha la Hilea o región de los Bosques y el lugar llamado Dromo de Aquiles.

El séptimo río, el Gerro, es un brazo del Boristenes, que se separa en el territorio de su nombre y que da su denominación a dicho río. A partir de dicho territorio se ignora su curso. Se dirige hacia el mar y es frontera entre los escitas nómadas y reales para desembocar en el Hipaciris.

El octavo río, el Tanais, sale igualmente de un gran lago y muere en el lago Meotida, que hace de frontera entre los escitas reales y los saurómatas. Otro río, el Higris *, desemboca en el Tanais.

Tales son los principales ríos de Escitia.

La hierba de Escitia pasa por estimular las secreciones de la bilis en los animales; uno puede fácilmente cerciorarse disecándolos. En resumen, se puede afirmar que los escitas no carecen de nada.

El resumen que nos facilita Herodoto sobre el mundo conocido en su época es importante por varias razones: demuestra que ciertas tradiciones (de origen pitagórico, con toda seguridad), aseveraban ya la redondez de la Tierra y menciona, asimismo, los primitivos periplos llevados a cabo alrededor de África y a través del océano Índico. Estas expediciones ordenadas por Necao II (el Neco de Herodoto) y por Darío, tenían por fin especial descubrir nuevas rutas comerciales y militares, necesarias a la expansión de ambos imperios. Pero no es menos cierto que constituyen los primeros viajes exploratorios en torno a África (la Libia de Herodoto) y a las costas indias y árabes.

El periplo de Necao, decidido por este mismo faraón que había emprendido la apertura de un canal, del Nilo al mar Rojo, lo emprendieron en el siglo VII a. de J. C., tripulaciones fenicias. Partieron del golfo de Suez, bordearon la costa oriental de África y doblaron el cabo de Buena Esperanza. Entonces fue cuando vieron que el sol salía por su derecha; fenómeno incomprensible para ellos, puesto que, por falta de puntos de referencia suficientes lo bastante precisos, seguían creyendo que bajaban hacia el sur. De esta forma remontaron toda la costa occidental de África y volvieron a Egipto por el estrecho de Gibraltar. Este viaje duró tres años y nada permite ponerlo en duda. Si los egipcios no se extendieron exageradamente en los pormenores de dicho periplo y no publicaron ninguna relación escrita fue, sin duda, por no tener interés alguno en divulgar el secreto de este itinerario. El conocimiento de las rutas marítimas, pasos, bajíos, señales marítimas, escalas posibles y régimen de los vientos, constituían, en esa época, otros tantos secretos comerciales y militares que cada cual guardaba celosamente para sí. Esto permite pensar que pudie-

ron tener lugar expediciones del mismo tipo mucho antes de la de Necao, sin que ninguna de ellas haya sido divulgada.

El periplo de Sataspes fue efectuado en sentido inverso al primero y en fecha mucho más tardía, ya que lo ordenó Jerjes. Podemos situarlo en los años 480 a 470 a. de J. C. Sataspes salió de la costa norte de Egipto, atravesó el estrecho de Gibraltar y bajó por la costa occidental de África hasta la altura del golfo de Guinea. Un detalle referido por Herodoto demuestra claramente a qué equivalían en la mentalidad de los navegantes esas expediciones forzosas por los mares: ¡a un suplicio peor que el empalamiento! Hubiera estado muy fuera de lugar, en la época de Sataspes, aludir en lo más mínimo a los viajes románticos...

Respecto al periplo de Scilax, tuvo que efectuarse algún tiempo después de que Darío ocupase el poder, alrededor de los años 520 a. de J. C., Scilax salió de Caspatira, ciudad no identificada, pero que hemos de ubicar en la actual Pendjab, bajó por el Indo hasta el mar, dobló toda la costa sur de Arabia y remontó el mar Rojo hasta el golfo de Suez.

Tales navegaciones, si bien sus resultados fueron mucho tiempo secretos, contribuyeron, pese a todo, a aumentar los conocimientos que podían adquirirse sobre el planeta. Por la descripción general que facilita sobre la Tierra, vemos que el mundo conocido por Herodoto se extendía: por el este hasta el valle del Indo y desierto del Thur; por el sur hasta Etiopía, a las regiones occidentales de África (golfo de Guinea) y a las costas de Marruecos, cerca de las cuales sitúa la montaña del Atlas; hacia el oeste, hasta esas islas Casitérides cercanas a Cornualles, y hacia el norte y nordeste hasta las regiones limítrofes del mar Báltico y de los montes de Altai. Esas regiones lejanas, habitadas por los etíopes macrobios, atlantes e hiperbóreos pasaban, en parte, por comarcas fabulosas, sobre las que circulaban noticias contradictorias; mas, pese a todo, vemos que había tradiciones y conocimientos relativos referentes al mar Báltico y mar del Norte. Así es como aparece el mundo en la época de Herodoto: un conjunto armonioso de continentes, mares y océanos en el que Europa es conocida en casi su totalidad; África en su mitad septentrional y Asia en su parte meramente occidental. Respecto al centro, se sitúa en algún lugar de Asia Menor, entre el mar Egeo y Persia, de suerte que uno sentirá la tentación de decir: en la región de Halicarnaso, en el límite entre el mundo heleno y el persa. De este modo, los espejismos y fronteras de la historia coinciden con los más misteriosos aun de la geografía.

COSTUMBRES DE LOS ESCITAS. SACRIFICIOS HUMANOS AL DIOS MARTE. CÓMO TRATAN LOS ESCITAS A SUS ENEMIGOS. ENTIERRO DE LOS REYES EN ESCITIA

Los únicos dioses a los cuales los escitas atribuyen alguna importancia y dan culto son: Vesta, Júpiter, su esposa la Tierra, Apolo, Venus Celeste, Hércules y Marte. A todos estos dioses los escitas honran. Los escitas reales añaden a estos Neptuno. En lengua escita Vesta se llama Tabiti; Júpiter, Papeo (es decir, el Padre, lo cual es muy justo); la Tierra, Apia; Apolo, Etosiro; Venus Celeste, Artimpasa; Neptuno, Tamimasadas. En general, los escitas no erigen ni estatuas ni altares ni templos a sus dioses, excepto a Marte, el cual tiene derecho a un templo.

Los ritos de los sacrificios son, poco más o menos, idénticos entre todos los pueblos de Escitia y para todos los dioses: cogen una víctima, le atan primero las patas y la colocan de pie en el sitio establecido. Luego el sacrificador, de pie, detrás del animal, tira de la cuerda e invoca al dios mientras que el animal tropieza y cae. Hecho esto, toma un dogal, lo pasa alrededor del pescuezo del animal, mete por él una vara y lo retuerce hasta estrangularlo. Todo esto sin fuego ni libaciones ni primicias. La víctima, una vez sofocada, es descuartizada y cocida.

Como la leña escasea mucho en Escitia, utilizan los huesos del animal como combustible. Se deshuesa el animal, se raspan los huesos y la carne se echa en las ollas del país. Dichas ollas son muy similares a las cráteras de Lesbos, pero mucho mayores. Si no hay ollas, se embute el vientre de la víctima con carnes, rociándolo con agua. Debajo, la osamenta es un excelente combustible y el vientre contiene fácilmente todas las carnes deshuesadas. En una palabra, la misma víctima es la que suministra el combustible necesario para la cocción. Una vez cocida la carne, el sacrificador toma un trozo como primicias y lo tira delante de él. Así es como sacrifican en Escitia los bueyes y todos los animales, incluidos los caballos.

Con Marte las cosas ocurren de modo diferente. En cada distrito principal hay un templo de Marte hecho con haces o faginas de leña amontonados en una pira, en un espacio de tres estadios cuadrados y una altura algo menor. En la cima se dispone una especie de plataforma o ara, a la que se llega por una subida lateral, ya que las otras tres son inaccesibles. Cada año se añaden cincuenta carros de haces para sostener el edificio que se derrumba continuamente por efecto de la inclemencia del tiempo. En la cúspide de dicho «templo» se planta un alfanje de hierro que viene a ser, en suma, la «estatua» del dios. Todos los años se ofrecen sacrificios a esta cimitarra sin mirar los gastos. Se le inmolan bueyes, caballos y, en caso necesario, prisioneros de guerra, a razón de uno por cien. Con los prisioneros, el rito sacrificial es diferente: se les vierte vino sobre la cabeza, los degüellan sobre un recipiente para recoger la sangre, que echan luego sobre el alfanje, en la cúspide del templo o montón de haci-

nas. Durante este tiempo, al pie del montículo sagrado, el sacrificador cercena el brazo derecho de cada cuerpo inmolado (el brazo entero, desde el hombro hasta la mano) y lo lanza al aire y todos se van, dejando tal y como caen esos cuerpos y brazos.

Añadamos que en Escitia no se sacrifican nunca los puercos y, por otra parte, no existen casi prácticamente en todo el país.

Todo escita que haya matado a su primer enemigo, tiene derecho a beber su sangre. Debe, asimismo, traer al rey las cabezas de los que mató so pena de quedar privado del botín. La mayoría de las veces esas cabezas son escalpadas: se hacen incisiones en el cráneo todo alrededor de las orejas de una a otra; se tira con todas las fuerzas hasta que queda entre las manos sólo la piel; la vuelven a raspar cuidadosamente con una costilla de buey, se la soba para suavizarla y se emplea como toalla. Cada escita se esmera en atarla a las riendas de su caballo para que se vea bien, ya que la bravura, en Escitia, está en proporción al número de esas «toallas». Otros confeccionan mantos cosiendo dichas pieles como un pellico; mantos que llevan sobre los hombros al estilo de los pastores o bien arrancan del cadáver la piel de la mano derecha con las uñas para hacer de ella tapas para sus aljabas. Hay que reconocer que la piel humana produce muy buena impresión, ¡tan blanca, tan lustrosa y brillante! Muchos se divierten en desollar a sus enemigos de pies a cabeza, en extender la piel en soportes de madera y en pasear a caballo esos trofeos.

Y ya basta de cabezas o de pieles de los enemigos ordinarios. Mas cuando se trata de un enemigo especialmente odioso, le sierran el cráneo por debajo de las cejas, lo limpian por dentro y se sirven de él a guisa de copa para beber. Los pobres utilizan esta «copa» al natural y los ricos la doran por dentro. Cuando dos escitas discuten y el rey da la razón a uno de ellos, éste hace lo mismo con el cráneo de su adversario. Por eso es por lo que todo escita que se respeta, pone su punto de honra —al recibir visitantes distinguidos— en presentarles su «colección» de cabezas. «He aquí algunos compatriotas —se explica— que buscaron camorra y a los que vencí.» Todo ello dicho con suficiencia.

Una vez al año, cada gobernador de distrito prepara en una crátera una mezcla de agua y vino que ofrece a todos los escitas que hayan matado enemigos durante el año. Los que no mataron a nadie, no tienen derecho a beber; despreciados por todos los otros, permanecen sentados en un rincón y para un escita constituye la peor de las humillaciones. En cambio, los que cuentan en su haber brillantes laureles, tienen derecho a dos copas que beben sin resollar.

Los adivinos son legión en Escitia. Practican la adivinación con ayuda de varillas de sauce. Cogen un puñado, las dejan caer para que se desparramen y las recogen una por una interpretando su sentido y disposición. Este modo de adivinación es, al parecer, muy antiguo. Los enarees —que aquí llaman afeminados— lo hacen incluso remontar a Venus.

Utilizan, igualmente, cortezas de tilo que cortan en tiras y enrollan y desenrollan en sus dedos para predecir el futuro.

Cuando el rey de los escitas cae enfermo, llama a su cabecera a los tres adivinos más famosos. Éstos consultan con sus varillas de sauce y concluyen por lo general que tal o cual ciudadano ha invocado al lar del rey con un perjurio. En efecto, es una práctica corriente entre los escitas invocar el hogar del rey en las grandes ocasiones. El ciudadano encartado es detenido inmediatamente, conducido ante el rey y oye a los adivinos declarar que ha prestado un juramento falso y es responsable de la enfermedad del rey. El otro protesta, niega, se indigna... Entonces mandan llamar a otros seis adivinos los cuales vuelven a consultar con sus varillas; o le declaran culpable y le cortan la cabeza en el acto, mientras los adivinos se reparten sus bienes, o le declaran inocente y llaman a otros adivinos. Si en última instancia la mayoría de los adivinos lo declaran «inocente», dan muerte a los primeros adivinos.

Para ejecutarlos, amontonan leña en un carro tirado por bueyes; colocan dentro de él a los adivinos maniatados y amordazados y se prende fuego a todo lanzando gritos para espantar a los bueyes. Con harta frecuencia los animales se queman con los falsos vates pero la mayoría de las veces la lanza del carro se rompe a tiempo y los bueyes escapan medio chamuscados. Los falsarios son ejecutados por muchas otras razones. Cuando el rey condena así a muerte a un ciudadano, manda estrangular al mismo tiempo a su prole o más exactamente a sus hijos, pues las hijas son perdonadas.

Cuando dos escitas desean prestar juramento, llenan de vino una gran copa de barro cocido, echan en ella unas gotas de sangre mediante cortes o pinchazos, mojan un alfanje en ese brebaje así como flechas, una lanza y una jabalina, profiriendo todas las imprecaciones de costumbre. Hecho esto, todos beben el contenido de la copa, tanto los contratantes como los testigos.

Las tumbas de los reyes de Escitia se hallan en el lugar llamado Gerro, sitio más allá del cual el Boristenes deja de ser navegable. A la muerte del rey, los escitas cavan en Gerro un gran foso cuadrado y, una vez terminado, toman el cadáver untado de cera, con el vientre limpiado y relleno de juncia molida, aromas, granos de perejil y de anís; lo ponen en un carro y se encaminan a Gerro atravesando todas las provincias de Escitia. Cada pueblo se pone de luto al recibir al cortejo en su territorio. Ponerse de luto en Escitia consiste en cortarse un trozo de oreja, en rasurarse por completo la cabeza, darse unos cortes en los brazos, arañarse la frente y la nariz y clavarse flechas en la mano izquierda. De este modo, el cortejo pasa de poblado en poblado, pues cada uno de ellos se agrega al desfile. Finalmente, el cortejo llega a Gerro, en los confines del Imperio escita, al país de las tumbas como lo llaman. Depositan el cadáver en la fosa, sobre un lecho de césped, alrededor del cual se clavan estacas, que cubren de un dosel de cañas. Terminado lo cual, degüellan a una de las

concubinas del rey, a su copero, a su escudero, a su doméstico, a su mensajero, a sus caballos y los arrojan todos a la fosa con primicias de todos sus bienes y copas de oro, pero nunca de plata o de cobre. Rellenan la fosa y cada cual rivaliza en ardor para levantar sobre ella un túmulo lo más elevado posible.

Un año después se celebra el aniversario del entierro. Escogen a los cincuenta servidores reales más abnegados, todos escitas de nacimiento, y los estrangulan, así como a los cincuenta más hermosos caballos del rey. Se los destripa, se les limpia el vientre y se los diseca. Luego se clavan en el suelo dos estacas en las que se fija la mitad de una rueda o aro de tonel vuelto hacia abajo, pues la otra mitad queda fija más lejos del túmulo en dos estacas idénticas. Cuando se han dispuesto aquí y allá cierto número de esos palos, cogen los caballos y los empalan horizontalmente en una gruesa viga que los atraviesa hasta la nuca y son levantados en cada palo. Cada caballo es sostenido así por dos estacas: una para el cabezal y otra para la trasera, quedando las patas colgando por cada lado, en el vacío, sin tocar el suelo. Se les pasa un bocado y unas riendas tendidas hacia adelante, fijándolas a una estaca. Se diseca a su vez a los cincuenta servidores estrangulados y se los empala verticalmente en un palo que los atraviesa hasta la nuca y cuyo extremo inferior encaja exactamente en la viga que sostiene los caballos. Así, cada muerto cabalga en su caballo. Y los escitas se marchan, tras haber levantado e instalado en torno a la tumba real esos jinetes momificados.

Esto en cuanto a los reyes. Los cadáveres de los simples particulares son paseados por la familia en un carro que va dando vueltas por casa de todos los amigos. Cada amigo visitado ofrece un banquete y obsequia a todos, incluido el difunto, a quien se sirve su parte como a los demás. El cortejo fúnebre se prolonga unos cuarenta días y luego se entierra al muerto. Después de los funerales, los escitas se purifican frotándose y lavándose la cabeza. Para lavarse todo el cuerpo, como purificación lustral, levantan una tienda con ayuda de tres estacas unidas por sus extremos, alrededor de las cuales tienden cobertores de lana o fieltro y ponen en su interior una especie de brasero o caldero lleno de piedras puestas al rojo blanco. Sobre estas piedras candentes arrojan semillas de cáñamo. (Existe en Escitia un cáñamo muy similar al lino pero mucho más tupido y más alto, que crece tanto en estado silvestre como cultivado, con el que los tracios confeccionan vestidos que se parecen hasta el extremo de confundirse con los de lino.) Esos granos, al contacto con las piedras ardientes, empiezan a humear y desprenden tal cantidad de vapor que muy pronto uno se siente sofocado. Los escitas se chiflan por tales baños de vapor, que sustituyen entre ellos a los baños corrientes, y lanzan literalmente gritos de placer.

Las mujeres escitas, en cambio, prefieren para sus afeites, raspar contra una piedra rugosa trozos de ciprés, cedro y chagualón o palo de incienso, desleír estas raspaduras en agua para hacer una especie de pasta

y aplicársela por todo el cuerpo y en la cara. Así huelen extraordinariamente bien y al quitarse esa costra, a la mañana siguiente, tienen la piel limpia y fresca.

*Las extrañas costumbres descritas por Herodoto hubieron de tener algo inadmisible, incluso para los griegos más encallados. Esa pasión por las cabezas de los enemigos, esa manía de cortarlas, adornarlas y guardarlas en casa como trofeos; ese culto a la violencia y a la muerte, la inmolación de los prisioneros y en algunas tribus el canibalismo ritual, todo ello era motivo de sorpresa e inclusive de escándalo para un griego. Sin embargo, sería inútil tratar de hallar en Herodoto la menor alusión ofensiva ni el menor juicio peyorativo contra esos pueblos de una conducta tan descabellada. Herodoto describe, informa, trata a veces de explicar, pero su misión de historiador termina aquí. Cuando sabemos que Herodoto, por otra parte, apenas si se aventuró por las estepas de Escitia y reunió los datos en cuestión de los comerciantes griegos y escitas de la ciudad de Olbia *, queda uno confuso ante la amplitud y precisión de su información. Describir de oídas la vida cotidiana de decenas de poblados así como de los ritos funerarios complejos —y todo ello con minuciosa exactitud— es una hazaña digna de los mejores etnógrafos contemporáneos. Se adivina tras de una tan prodigiosa colección, una curiosidad apasionada, unida a un sentido crítico continuamente activo sin el cual Herodoto apenas si habría referido —a ejemplo de tantos otros escritores de su tiempo— más que leyendas, cuentos e inverosimilitudes.*

En el transcurso de las excavaciones efectuadas por los arqueólogos rusos, las tumbas escitas suministraron millares de objetos, muchos de los cuales eran de plata y oro. Asimismo proporcionaron vasos, especialmente en Veronej, en Kul Olba y Chertomlyck, adornados con dibujos representativos de la vida de los escitas. Esas escenas en las que se ven escitas descansando, puliendo sus armas o domando caballos, ilustran acertadamente los relatos de Herodoto. En una de ellas figura, incluso, un escita que sostiene con una mano la lanza y con la otra la cabeza cortada de un enemigo.

En cuanto a los ritos funerarios, necesitaríamos páginas enteras para describir su naturaleza y modalidades. Digamos que se han descubierto casi por doquier en Crimea, en la península de Ketch, en Kubán, en las orillas de Bog y del Dnieper y hasta en Altai, túmulos funerarios que contienen esqueletos y objetos indicados por Herodoto. La preservación de muchos de ellos cae dentro del campo de lo milagroso. Los túmulos de Altai, por ejemplo, han suministrado desde 1927 (de modo especial en Pazirik) cuerpos y objetos frágiles en un estado de conservación que nos deja estupefactos. El agua de lluvia, al filtrarse entre las piedras amontonadas sobre las fosas, termina por helarse y formar una capa de hielo que protegió el interior de las tumbas. ¡Así se pudo descubrir no sólo los

cuerpos de los jefes y de sus servidores con su piel y pelo, sino también de las sillas, tejidos, máscaras de fieltro y tapices intactos!

Era difícil —después de semejante confirmación— poner en tela de juicio los hechos descritos por Herodoto. En esas tumbas, por lo general, el rey descansa solo en una cámara principal de la fosa, boca arriba, con la cabeza que mira al oriente. Lleva muchas joyas de oro. Cerca de él se halla colocado un puñal o una espada. Las paredes están cubiertas de tapices y el suelo de numerosos objetos usuales: cucharas, placas, cinturones, copas dispuestas junto al difunto. Incluso se ha descubierto en una de esas tumbas montantes de tienda, mantos de fieltro y cuero, así como una caldera que contenía también granos de cáñamo, mencionados por Herodoto sobre los baños de vapor. En torno a la cámara principal, otros aposentos más reducidos encierran los cuerpos de las mujeres y servidores que siguieron a su amo a la muerte. Todos están vestidos con sus más hermosos trajes y miran al oriente. Finalmente, alrededor de las cámaras, yacen los restos del carro que sirvió para el transporte fúnebre y los caballos enjaezados. Su número varía según la riqueza del muerto, de diez a varios centenares. Solamente en la necrópolis de Ulali, en Kubán, ¡se han descubierto hasta cuatrocientos!

Los ritos de aniversario celebrados un año después de la muerte del rey, permiten comprender ciertos aspectos de sus costumbres funerarias. Se suponía que el rey difunto proseguía su vida terrena en el Más Allá. De aquí la necesidad de que tuviera a su lado los objetos y seres que le servían en vida: armas, mujeres, escuderos, servidores y caballos. Las armas están al alcance de la mano; los caballos ensillados y dispuestos a partir; los mismos escuderos reposan (en Chertomlyck, por ejemplo) con los pies en dirección de su amo para levantarse a la menor llamada. Detalle curioso: en una de las tumbas de Pazirik, el jefe que fue escalpado por un enemigo en vida, tenía a su lado una barba postiza para que en ultratumba ¡pudiese llevar la señal visible de la realeza!

Darío se pone en marcha hacia Escitia. El Ponto Euxino. Los tracios y sus costumbres. Un pueblo inmortal

Así que, Darío se dispuso a invadir Escitia y envió mensajeros tras mensajeros a todas sus provincias. Unas proporcionaron las tropas de infantería, otras, los bajeles; otras fueron encargadas de construir un puente sobre el Bósforo tracio. Artabano, hermano de Darío, suplicó a este último que renunciase a esta descabellada empresa, pero el otro permaneció sordo a todos sus consejos y Artabano ya no insistió más. Cuando todo estuvo listo, Darío abandonó Susa con su ejército.

En el mismo momento en que el ejército se ponía en marcha, un persa, Eobazo, padre de tres hijos, todos los cuales habían sido movilizados

para la campaña de Escitia, suplicó a Darío que le dejase uno al menos. «Tu petición me parece razonable —respondió Darío—. ¡Por el trabajo te los dejo incluso a los tres!» El padre loco de alegría ya se veía en su casa en medio de sus tres hijos. Pero ¡ay! «Le dejaré sus tres hijos —dijo Darío— pero no en el sentido que cree él.» Y ordenó que los degollaran a los tres.

De Susa Darío llegó a Calcedonia, junto al Bósforo, al sitio donde había mandado construir un puente y desembarcó rumbo a las Rocas o Islas Cianeas, llamadas otrora las Rocas Errantes. Allí, desde lo alto de una eminencia pudo contemplar el admirable panorama del Ponto Euxino, ese mar asombroso de once mil cien estadios de largo y tres mil trescientos de ancho. La embocadura del Ponto Euxino tiene una anchura de cuatro estadios y el Bósforo, su prolongación, es un canal de ciento veinte estadios de largo. Desemboca en la Propóntide (mar de quinientos estadios de anchura y mil cuatrocientos de largo) que desemboca a su vez en el Helesponto *, estrecho de siete estadios de ancho y cuatrocientos de largo.

He aquí cómo se han podido establecer estas medidas: En tiempo bueno un navio recorre por término medio setenta mil toesas de día y sesenta mil de noche. Desde la entrada del Ponto Euxino, parte más angosta hasta el Fasis hay nueve días y ocho noches de navegación, o sea, once mil cien estadios, y de la ciudad de Temicira, junto al Termodón, hasta el país de los sindos, cerca de la costa de Cólquida (es decir, en su mayor anchura) tres días y dos noches de navegación; esto sube a tres mil trescientos estadios. Yo mismo pude comprobar la exactitud de tales distancias. Añadamos que un lago, el Meótida, desemboca asimismo en el Ponto Euxino.

Darío contempló el Ponto Euxino y volvió por mar al sitio donde se había construido un puente sobre el Bósforo. Contempló igualmente el Bósforo y mandó erigir en la orilla dos estelas de mármol blanco en las que grabó en griego y asirio la lista de todos los pueblos que traía consigo. El montante total de los efectivos (no incluida la marina) ascendía a setecientos mil hombres con la caballería y a más de seiscientos navíos. Esas estelas, posteriormente, fueron transportadas a Bizancio por los habitantes y empleadas en edificar un altar a Diana Ortosia o la Ordenadora, salvo una llena de caracteres asirios que dejaron cerca del templo de Baco. El sitio donde fue construido ese puente, debe hallarse —según mis cálculos— a medio camino de Bizancio y del templo que señala la entrada del Ponto Euxino. Darío, muy satisfecho de esta obra (me refiero al puente) felicitó a Mandrocles, el arquitecto, y le gratificó con un montón de regalos. De esas riquezas Mandrocles tomó las necesarias para pintar un cuadro que representase ese puente sobre el Bósforo, con el ejército que le atravesaba y a Darío sentado en un trono. Este cuadro fue colocado en el Hereo o templo de Juno con la siguiente inscripción:

Mandrocles sometió al Bósforo, rico en peces,
con un puente al mismo, de cuyo monumento ofrecemos a Juno una visión:
Con él ganó una corona y Samos, la gloria.
Darío, el Gran Rey, quedó satisfecho de su obra.

Darío atravesó el puente y pasó a Europa. Ordenó a los jonios que penetraran en el Ponto Euxino, que navegasen hasta el Íster y construyesen también aquí otro puente mientras le esperaban. Efectivamente, la escuadra estaba compuesta exclusivamente de tripulaciones jonias, eolias y helespónticas. Los barcos doblaron las Rocas Cianeas, alcanzaron el Íster, remontaron el río en dos jornadas de navegación. Aquí las tripulaciones construyeron un puente en el sitio exacto donde el Íster se bifurca. Mientras tanto, Darío emprendió el camino a través de Tracia y llegó a donde nace el Tearo en el que asentó sus reales durante tres días.

En opinión de las gentes del país las fuentes del Tearo son famosas por sus virtudes terapéuticas, especialmente contra la sarna. Este río tiene treinta y ocho fuentes que brotan todas ellas al pie de la misma roca. Están justamente a medio camino de las ciudades de Hereo y Apolonia, a orillas del Ponto Euxino, a dos jornadas aproximadamente de cada ciudad. El Tearo desagua en el Contadesdo; éste en el Agrianes; el Agrianes en el Hebro, el cual desemboca en el mar, cerca de Eno.

El sitio agradó sobremanera a Darío y mandó erigir una estela: «Las fuentes del Tearo dan la más límpida y mejor de las aguas dulces. Hasta estas fuentes llegó el más bello y mejor de los hombres, Darío, rey de los persas y de todo el continente.»

Terminado lo cual, Darío abandonó las fuentes y llegó a las márgenes de otro río, el Artisco, que corre a través del país de los odrisas. Señaló un emplazamiento a orillas del río donde cada soldado, al pasar, había de depositar una piedra. Lo que fue hecho. Y el ejército continuó su camino dejando tras él gigantescos montones de piedras.

Antes de llegar al Íster, Darío chocó contra los getas *, tribus que se creen inmortales o atanizontes y los sometió. Los tracios con quienes tropezó en el camino —los que habitan la región de Salmideso y Mesambria y las tribus smircirdas y nipseas— se rindieron sin lucha. Pero los getas se empeñaron en resistirle, lo cual equivalía a un suicidio. Fueron reducidos a esclavitud en muy breve tiempo, si bien son los más valientes de los tracios.

Por «pueblo que se cree inmortal» quiero significar que los getas no creen en la muerte. Para ellos todo hombre que muere, va en realidad a reunirse con Zamolxis, ser divino que también llaman Gebeleizin. Cada cinco años envían a Zamolxis un mensajero designado por la suerte. Para «despacharle» este mensajero, se toman tres hombres armados de jabalinas cortas, cogen al mensajero por los pies y manos, lo balancean dos o tres veces en el aire y lo dejan caer sobre la punta de las jabalinas. Si muere, es que el dios les es favorable. Si no muere, la emprenden con el mismo mensajero; lo tratan de incapaz y «despachan» otro, poniendo

mucho cuidado en confiarle las recomendaciones mientras vive todavía. Esos mismos getas disparan muchas flechas contra el trueno y los rayos amenazando a Júpiter puesto que —según ellos— el único que existe es Zamolxis.

Si creo lo que me han dicho los griegos del Helesponto y Ponto Euxino, ese Zamolxis sería, en realidad, un hombre que habría sido otrora el esclavo de Pitágoras en Samos. Una vez manumitido, hizo fortuna y regresó a su país: Así, tras haber vivido en medio de los griegos más refinados —Pitágoras, entre otros—; tras haber conocido las dulzuras de la vida jonia y adquirido un conocimiento de la vida mucho más profundo que el de los tracios, se vio de nuevo en medio de ese pueblo, uno de los más miserables y más simples de la tierra. Fundó una especie de cenáculo en el que trataba regiamente a las principales personalidades del país y les transmitía sus enseñanzas en medio de los banquetes. Les enseñaba, ante todo, que la muerte no existe; que todos, él, ellos y sus descendientes, luego de morir, irían a un lugar en el que conocerían las alegrías de una felicidad eterna. Sin dejar de dar esos festines y de prodigar sus enseñanzas, mandó construir para él en secreto una casa subterránea en la que desapareció un buen día y se encerró tres años y todos los tracios desde ese día creyeron de veras en sus enseñanzas. Esta sería la historia verídica de Zamolxis, según los griegos.

Por mi parte, no me niego en absoluto a creer en esa historia de la casa subterránea, pero el resto me deja más escéptico. Es más que probable que ese Zamolxis fuese anterior a Pitágoras. Pero dejemos esto. Que Zamolxis sea o no un dios no impidió que Darío derrotase a los getas y los alistase en su ejército...

Los tracios son —según los indios— el pueblo más importante de la tierra. Si sólo tuviesen un jefe a su frente, serían incluso ventajosamente el más poderoso. Mas, pedir a los tracios que se uniesen y emprendiesen una acción conjunta era exigir lo imposible. Sus nombres varían mucho con las regiones, pero sus costumbres son idénticas por doquier, con pocas diferencias, exceptuadas las de los getas, trausos * y tribus situadas más allá de los crestoneos *.

Los getas —como ya hemos visto— son gentes que se creen inmortales. Los trausos tienen costumbres bastante similares a las de los demás tracios, salvo en cuanto al nacimiento y a la muerte. Cuando nace un niño entre los trausos, toda la familia se sienta alrededor del recién nacido y comienza a lamentarse de las desgracias que le esperan y son el destino inevitable de los humanos. Pero, al morir alguno, se le entierra en medio del regocijo general. ¿No está ya libre de la carga de la vida y en posesión de una bienaventuranza absoluta?

Los pueblos situados allende los crestoneos tienen igualmente costumbres tan singulares: cada vez que un hombre muere, todas sus mujeres (pues esos pueblos son polígamos) comienzan a discutir para saber cuál era la preferida. Todos participan apasionadamente en la discusión y a

la designada en última instancia, muy orgullosa de la elección, la degüellan en la tumba en medio de las felicitaciones generales. Únicamente ella tiene derecho a ser enterrada al lado de su marido. Las otras mujeres sienten una profunda humillación, pues este fracaso constituye, para cada una, verdadera afrenta.

Otros tracios tienen la costumbre de vender a sus hijos como esclavos en el extranjero, de dejar a sus hijas plena libertad de acostarse con quien quieran, pero, en cambio, de vigilar celosamente a sus mujeres. Hay que decir que las compran muy caras a sus suegros. El tatuaje es entre ellos de gran distinción y no estar tatuado clasifica inmediatamente a su hombre. El trabajo es aquí mal visto. Vivir para los tracios, consiste en no hacer nada; en aprovecharse de la guerra y de los pillajes. Éstas son sus más notables costumbres.

Los tracios tienen por dioses a Marte, Baco y Diana. Únicamente los reyes celebran a Mercurio, al que tributan grandes honores, invocan en cada juramento y del que precisamente pretenden descender.

Las ceremonias fúnebres entre las gentes acomodadas consisten en dejar expuesto el cuerpo tres días; en sacrificarle muchas víctimas y en clausurar esos tres días de luto con un gran festín. Luego entierran el cadáver o lo queman. Se le levanta un túmulo y se dan «juegos fúnebres» que consisten, sobre todo, en combates singulares.

¿Qué hay al norte de Tracia? Nadie lo sabe exactamente. Todo cuanto puede decirse es que allende el Íster, sólo existe un vasto desierto. El único pueblo que parece residir allí —conforme a lo que me han dicho— es el de los sigines, que llevan el traje medo. Poseen caballos de pelos largos y espesos, prácticamente imposibles de montar, pero que constituyen excelentes animales de tiro. Por eso, todo entre los sigines se traslada de un sitio a otro en carro. Este pueblo se extendería hasta el Adriático, al país de los enetas. Los sigines serían antiguos colonos medos, pero es todo cuanto sé sobre su origen. Este término *sigines* lo utilizan los ligures que viven en el interior de las tierras al norte de Masalia o Marsella, para designar a los comerciantes, y los chipriotas para designar las lanzas.

Los países situados allende el Íster estarían infestados —según los tracios— de abejas, y éste es uno de los motivos por los cuales nunca se dirigen allá. Esto me parece por lo menos singular, pues las abejas siempre temen al frío. Creo más bien que es el frío el que hace inhabitables las regiones que se extienden en dirección a la Osa.

Darío atraviesa el Íster y penetra en Escitia. Configuración general del país

Darío llegó cerca del Íster, lo atravesó con todo su ejército, gracias al puente construido por los jonios y luego ordenó a estos últimos que destruyesen el puente y le siguiesen en adelante por vía terrestre con todas las tripulaciones de la flota. Los jonios se disponían a obedecerle cuando Coes, hijo de Erxandro, jefe de los mitilenos, pidió autorización de hablar a Darío y le dijo: «Rey, vas a penetrar en un país sin cultivos y sin ciudades. Deja, pues, este puente tal y como está y confía su custodia a los que lo construyeron. Si echamos mano a los escitas y salimos victoriosos de la empresa, tendremos así un camino de retorno. Pero, si no lo conseguimos, ¡al menos estaremos seguros de poder volver! No creo en absoluto que seamos derrotados por los escitas sino sencillamente que vaguemos casi por doquier en su busca, entre las mayores dificultades. Vas a decir que hablo por interés para quedarme aquí. Pues no. Si te digo esto es porque lo creo y esta solución me parece la mejor, ya que personalmente te seguiré por todas partes y ¡por nada del mundo me quedaré a la zaga!» Darío consideró tales consejos, cuerdos. «Extranjero —le dijo—, no olvides de venir a verme cuando regrese yo a casa para que recibas una buena recompensa a cambio de tus buenos consejos.» En esto tomó una correa, hizo con ella sesenta nudos y convocó a todos los jonios: «Jonios —les dijo—, he cambiado de opinión respecto al puente. Por eso, escuchadme bien: ¿Veis esta correa? Tan pronto marche contra los escitas, deshaced cada día un nudo. Si no estoy de vuelta cuando hayáis terminado de deshacer todos los nudos, volved a casa. Hasta entonces cuidad de este puente, mantenedle y guardadle bien. Me haréis un gran favor.» Y dicho esto, Darío se puso al punto en marcha contra los escitas.

La costa escita es continuación de la de Tracia, a partir del golfo que dibuja esta última cerca de la desembocadura del Íster. Se inicia, pues, inmediatamente después de este río. Para calcular con la mayor exactitud la extensión de Escitia, lo mejor es la longitud de su litoral.

Partiendo del Íster, la costa escita, que mira hacia el mediodía, se extiende hasta la ciudad de Carcinitis. Desde aquí un gran macizo montañoso avanza hacia el Ponto Euxino para formar lo que llaman el Quersoneso Táurico habitado por los táuricos * y su extremo más avanzado el Quersoneso Tráqueo (es decir, Rocoso), cuya costa oriental da también al mar.

Escitia —lo mismo que Ática— está limitada, efectivamente, por el mar a ambos lados: al sur y al este. Para dar una idea mejor de la situación de los tauros, supongamos —guardando las debidas proporciones— que un pueblo extranjero habita entre nosotros en el cabo Sunioco desde Tórico hasta Anaflisto. Estaría con relación a los atenienses en la misma

situación que los tauricos con respecto a los escitas. Para los que no conozcan Ática, supongamos que en Yapigia, un pueblo extranjero a los yapiges habita la península que avanza hacia el mar desde Brindis a Tarento. Y así podríamos multiplicar las comparaciones... Otros escitas viven en la región que se extiende al norte de Táuride o Táurica y al oeste del Bósforo cimerio y del lago Meotis hasta el río Tanais. Al atravesar el Íster y al internarse dentro de las tierras, veremos que Escitia está limitada al norte por el país de los agatirsos, los neuros, los andrófagos y los melanclenos.

Las dimensiones del país son aproximadamente iguales tanto si se bordea el litoral como si se va de la costa hacia el interior. Escitia dibuja así una especie de cuadrado inmenso, dos de cuyos lados dan al mar. En efecto, se necesitan veinte días de marcha para ir del Íster al Borastenes y de éste al lago Meotis. Y otros veinte se necesitan igualmente para ir al mar hasta el país de los melanclenos, límite extremo de Escitia al norte. Tomando como media diaria de marcha doscientos estadios, vemos que Escitia comprende aproximadamente cuatro mil de este a oeste y otros tantos de norte a sur.

Los pueblos de Táuride. Antropófagos y hombres-lobos. Amores de las amazonas

Los escitas muy pronto se percataron que no podrían resistir al ejército persa en campo raso y enviaron mensajeros a sus vecinos más próximos. Los reyes de estos últimos se reunieron precisamente para decidir sobre la conducta que observarían frente a tal invasión. Esos reyes eran los de los tauricos, agatirsos, neuros, andrófagos, melanclenos, gelones *, budinos y saurómatas.

Los tauricos tienen por costumbre sacrificar a la Virgen los náufragos y los helenos capturados en el mar matándolos a mazazos. Hecho esto, les cortan la cabeza y los empalan en lo alto de una cruz. Arrojan los cuerpos en el fondo de un barranco, en cuyos rebordes se edificó el templo de la Virgen o, según otros, simplemente los entierran. Pero todos están de acuerdo sobre el destino reservado a las cabezas. Dicha Virgen sería —por propia confesión de los tauricos— Ifigenia, hija de Agamenón. En cuanto a los enemigos que hacen prisioneros, los conducen a casa del vencedor que les corta la cabeza, la clava en el extremo de una pértiga que coloca en su tejado, sobre el agujero de la chimenea. «Así —declaran— tenemos guardianes que velen por nuestras casas.» Los tauricos viven poco más o menos únicamente de guerras y piraterías.

Los agatirsos son afeminados, a quienes se ve siempre cubiertos de joyas. Las mujeres entre ellos son comunes a todos. «Gracias a esto —afirman— todos somos hermanos, formamos como una gran familia y esto

evita los odios y celos.» Aparte este detalle, sus costumbres son las de los tracios.

Los neuros han adoptado las costumbres de los escitas. Unos veinte años antes de la expedición de Darío, una verdadera invasión de serpientes procedentes de los desiertos los obligó a abandonar su país que quedó infestado. Fueron a establecerse entre los budinos. Aunque esos neuros fuesen todos hechiceros, sólo me sorprendería a medias. Los escitas y griegos establecidos en Escitia ¿no cuentan acaso que una vez al año cada neuro se transforma en lobo durante algunos días para luego recuperar su forma humana? Por lo que a mí respecta, no creo nada, pero lo defienden con calor y, llegado el caso, bajo juramento.

Los andrófagos son los habitantes más salvajes de esas regiones. Justicia, leyes, todo lo ignoran. Son nómadas y se visten como los escitas. Tienen una lengua propia y son los únicos antropófagos.

Los melanclenos llevan vestidos oscuros, de aquí su nombre de capas negras. Fuera de esto, tienen idénticas costumbres que los escitas.

Los gelones forman una raza numerosa y poderosa. Tienen los ojos muy azules y son pelirrojos. Su capital, Gelono, está toda ella construida de madera, con una cerca bastante alta, también de madera y sus murallas miden treinta estadios. En el interior de la ciudad, casas, templos, todo es de madera. Los gelones tienen templos consagrados a los dioses helenos con estatuas y altares análogos a los de Grecia, pero de madera, evidentemente. Cada dos años organizan procesiones o bacanales en honor de Baco. Estos gelones deben tener sangre griega; tal vez desciendan de los colonos griegos establecidos en Escitia... El «gelonio» es, por lo demás, una mezcla de escita y de griego.

Los budinos tienen una lengua y costumbres bastante diferentes de las de los gelones. Son el único pueblo que come piojos. Los gelones saben cultivar la tierra, se alimentan de trigo, poseen jardines y se diferencian profundamente de los budinos tanto por su tez como por su aspecto general; lo cual no obsta para que los griegos confundan a esos dos pueblos. El país de los budinos es rico en bosques; está cubierto de inmensas forestas de esencias diversas. En uno de esos bosques hay un gran lago alrededor del cual crecen cañaverales. Se cogen nutrias, castores y martas, cuyas pieles sirven para forrar pellizas y zamarras y los testículos para curar las enfermedades de la matriz.

Respecto a los saurómatas, ésta es su historia: En la época en que los griegos combatieron contra las amazonas * (a quienes los escitas denominan *eórpata,* de *eor,* hombre, y *pata,* matar; luego, matadoras de hombres) y cuando las vencieron en la batalla del río Termodonte, volvieron a partir llevándose en tres de sus navíos a todas las amazonas que pudieron capturar vivas. En el camino, ellas se amotinaron y mataron a las tripulaciones. Al no saber navegar ni servirse de velas o de timones, anduvieron a la deriva y fueron a encallar en Cremnoi, cerca del lago Meotis, en el territorio de los escitas nómadas. Desembarcaron, avanzaron hacia el

interior del país donde divisaron una manada de caballos salvajes, de los que se apoderaron y con los que saquearon la comarca. Los escitas, que nunca oyeron hablar de las amazonas ni conocían su lengua ni su vestido, se quedaron boquiabiertos. «¿De dónde pueden proceder esas criaturas?», se preguntaron. Además, las tomaron por hombres o más bien por adolescentes y entablaron la lucha. Sólo al final de la contienda, al examinar los cadáveres, se percataron que se trataba de mujeres. En esto, decidieron perdonarlas y enviar a su encuentro una tropa de jóvenes escitas. Éstos habían de establecerse cerca de las mujeres y contentarse con imitarlas. Si ellas los persiguiesen, los escitas huirían sin combatir y volverían en cuanto hubiese pasado la alarma. Todo esto con la única finalidad de «domesticarlas» y tener hijos belicosos de ellas.

Los escitas fueron y cumplieron las instrucciones recibidas. Al ver que no manifestaban intenciones hostiles, las amazonas los dejaron tranquilos y día a día los dos campamentos se iban acercando insensiblemente. Para este lance, los escitas adoptaron el género de vida de las amazonas. Sólo llevaban armas y caballos y vivían de la caza y del pillaje.

Todos los días, hacia el mediodía, las amazonas se apartaban en medio de la naturaleza para hacer sus necesidades. Los escitas —como es lógico— hicieron lo mismo. Uno de ellos cayó por casualidad sobre una amazona, la tiró rápidamente al suelo e hizo el amor con ella sin que opusiera la menor resistencia. Más todavía, ella le propuso que volviese al día siguiente con otro, al mismo sitio. Todo esto con gestos puesto que no podían entenderse de otra manera. El escita contó en el campamento su aventura y acudió al otro día a la «cita» con un camarada. Su amazona le esperaba, efectivamente, con una amiga. Desde ese momento todos los otros escitas no tardaron en «domesticar» al resto de las amazonas. Ambos campamentos no formaron más que uno pues cada escita se acomodó con la amazona que había conocido primero.

Los varones no lograron nunca hablar el «amazona», pero las hembras se dieron al «escita». En cuanto pudieron entenderse, los escitas dijeron a sus mujeres: «Tenemos parientes en este país, así como bienes. Terminemos con esta vida que llevamos y volvamos a nuestra tierra. Seréis nuestras mujeres, nuestras únicas mujeres.» «Imposible —replicaron las amazonas—, es imposible que cohabitemos con las mujeres de vuestra tierra. Somos muy diferentes. Nosotras manejamos el arco, lanzamos la jabalina, montamos a caballo y no somos amas de casa. Vuestras mujeres pasan la vida encerradas en sus carros, ocupándose del hogar en lugar de ir de caza. Si os empeñáis en conservarnos para vosotros, tomad los bienes que os pertenecen y volved aquí.»

Los escitas cumplieron y volvieron donde estaban las amazonas con sus bienes. «Ahora que os habéis separado de vuestras familias y hemos saqueado la mitad de vuestro país —dijeron las mujeres— es mejor que no permanezcamos más tiempo en estos parajes. Abandonemos esta tierra, atravesemos el Tanais y asentémonos allí.» Los escitas consintieron

una vez más y todos salieron hacia el Tanais. Atravesaron el río y avanzaron en dirección este hasta las regiones situadas a tres jornadas de marcha del Tanais y a otras tres al norte del lago Meotis.

Éste es el motivo por el que en nuestros días, las mujeres saurómatas —a imitación de sus antepasadas, las amazonas— siguen montando a caballo, van de caza, combaten y se visten como los hombres. Las saurómatas hablan el escita, pero un escita deformado, tal como lo hablaban las amazonas. Para poder casarse, las doncellas saurómatas tienen que matar a un enemigo primero, lo cual trae como consecuencia el que muchas mueran solteronas, por no haber podido cumplir este requisito.

Campaña de Darío en Escitia. Persigue en vano al enemigo a través de las estepas. Hambre del ejército. Extraños regalos

Los mensajeros escitas se presentaron, pues, ante los reyes de los pueblos que acabo de describir y les expusieron la situación: «Darío que ya ocupa todo el continente que está enfrente, ha construido un puente sobre el Bósforo y avanza ahora por nuestro propio suelo. Ha atravesado y sometido Tracia y está edificando un puente sobre el Íster. ¿Vamos a dejar que destruya nuestro país sin reaccionar? De ningún modo. ¡Unámonos y marchemos contra él! Si no lo hacéis, sólo tendremos dos soluciones: huir o concertar un acuerdo con Darío. Pero en ambos casos, correréis la misma suerte, pues el persa odia a toda Escitia y os aniquilará a la vez que a nosotros. ¿Queréis otra prueba? Si Darío sólo quisiera atacarnos, no hubiera invadido más que nuestro territorio dejando tranquilos a los demás. Pero, de hecho, destruye todo cuanto encuentra a su paso. Ya ha sometido a toda la Tracia y nuestros vecinos más próximos, los getas.» Los reyes acogieron de diverso modo las propuestas de los escitas. El gelón, budino y saurómata fueron del parecer de que se ayudase a los escitas. Empero, el agatirso, el neuro, el andrófago, el melancleno y el táurico replicaron de común acuerdo: «Si vosotros no hubieseis dado el ejemplo al atacar a los persas otrora, os hubiéramos ayudado con mucho gusto, pues vuestro razonamiento es muy acertado. Pero habéis atacado a los persas los primeros y mientras la divinidad lo tuvo a bien, os impusisteis en su país. Hoy que el viento sopla en otra dirección y que la misma divinidad se ha pasado a su campo, no hacen más que daros lo que merecéis. Así que, no contéis con nosotros para que provoquemos a esa gente que nada nos ha hecho. Si nos atacan, nos defenderemos, pero, hasta que las cosas lleguen a ese extremo, permaneceremos tranquilos en nuestra tierra. Los persas no nos quieren mal a nosotros sino a vosotros. ¡Allá os las hayáis!»

Al no poder contar con sus vecinos, los escitas decidieron entonces no entablar ninguna batalla en campo raso y retirarse o, en caso necesario, huir cegando los pozos y las fuentes y quemando todos los cultivos. Se divi-

dieron en dos grupos: el primero, al que se unieron los saurómatas, al mando del rey Scopatis, tenía por misión replegarse ante los persas atrayéndolos hacia el Tanais y el lago Meotis y volver a acosarlos si dejaban de perseguirlos. El segundo grupo, que comprendía las otros dos reinos de Escitia, a los que se asociaron los gelones y budinos, fue puesto al mando de los reyes Idantirso y Taxacis; también él tenía que replegarse a una jornada de marcha de las vanguardias persas, atravesando el territorio de los pueblos que rechazaron su alianza. Puesto que dichos pueblos habían dado muestras de mala voluntad, ¡sabrían al menos lo que es la guerra! Los mejores jinetes escitas salieron como batidores al encuentro de Darío, mientras que todo el resto, mujeres, niños y rebaños huían a la desbandada hacia el norte.

Mientras que Escitia entera se batía en retirada hacia el norte, los batidores encontraron a los persas a tres jornadas de marcha del Íster. Tomaron la precaución de quedarse siempre a una jornada de marcha del ejército persa y arrasaron por completo la región. Algunos persas se lanzaron en persecución de los jinetes escitas tan pronto como los divisaron; los otros —como estaba previsto— se replegaron hacia el Tanais, atravesaron el río seguidos siempre por los persas y todos se hallaron pronto en el territorio de los budinos.

En tanto, los ejércitos atravesaron las estepas desiertas de Escitia y del país de los saurómatas, el mal sólo fue menor, pero en territorio budino las cosas cambiaron: Los persas incendiaron su capital, la ciudad hecha toda de madera, que sus habitantes evacuaron por completo. Hecho esto, la persecución arreció más violenta. Empero, en los confines del país, cayeron en pleno desierto. Este desierto se extiende al norte del país de los budinos, a unas siete jornadas de marcha. Más allá viven los tisagetas, en cuyo territorio nacen cuatro ríos (el Lico, el Oaro *, el Tanais y el Sirgis) que cruzan sus territorios antes de desaguar en el lago Meotis.

Cuando Darío se vio ante esta vastedad desértica, detuvo la persecución y estableció sus reales en las márgenes del Oaro. Las fortificó mandando construir ocho fortines separados unos de otros por unos sesenta estadios; las ruinas de esas obras persisten todavía en nuestros días. Durante este tiempo, los escitas rodearon los campamentos por el norte y desaparecieron completamente. Darío, persuadido de que habían huido hacia el Poniente, dejó de construir los fortines y reanudó al punto la persecución.

Llegó a Escitia a marchas forzadas y cayó sobre el segundo grupo escita. Éstos se replegaron, permaneciendo siempre a una jornada de marcha delante de los persas y prosiguió la infernal persecución. Los escitas cruzaron —como estaba previsto— los estados que habían rehusado su alianza comenzando por los melanclenos. Cuando el país de los melanclenos quedó trastornado de arriba abajo, pasaron al territorio de los andrófagos, luego al de los neuros y agatirsos. Pero estos últimos, al ver arrojados a todos sus vecinos por los escitas y los persas a la vez, tomaron la delantera y prohibieron a los escitas el acceso a su territorio. Y mientras que los melan-

clenos, neuros y andrófagos huían desordenadamente hacía el norte, los agatirsos, bien armados, montaron la guardia en su frontera. Los escitas renunciaron a invadirlos y torcieron en otra dirección, llevando a los persas hacia su propio territorio.

Como este tira y afloja se prolongase indefinidamente, Darío se decidió a enviar un mensaje al rey Idantirso *: «Rey desgraciado —le decía—, ¿por qué te escabulles continuamente? Porque, al fin de cuentas, de dos cosas una: o te crees lo bastante fuerte como para enfrentarte conmigo y en ese caso, ¿por qué no lo haces? o te consideras demasiado débil y ¿qué esperas para traer a tu amo la tierra y el agua?» «Tu primera hipótesis era la acertada —mandó responder el rey escita—. Nunca huí ante cualquiera y no será hoy cuando empiece. Que ¿por qué me desplazo continuamente? Porque siempre actúo así en tiempo ordinario. Si no entablé el combate hasta ahora ha sido porque no tengo prisa. No tenemos que defender a toda costa ni ciudades ni cultivos. Si os empeñáis absolutamente en luchar, tratad de encontrar las tumbas de nuestros padres y ¡profanadlas, si os atrevéis! ¡Veréis entonces si somos o no somos soldados! Por el momento no entablaré lucha alguna. Éste es mi beneplácito. Respecto a mis amos —conforme a la expresión empleada por ti—, sólo conozco dos: Júpiter, que es mi antepasado —por si no lo sabes— y Vesta, reina de los escitas. Y puesto que pretendes ser mi amo, efectivamente, ¡tengo el propósito de ofrecerte algo que recordarás durante mucho tiempo!»

Ante esa única expresión de amo, todos los escitas estuvieron a punto de reventar de rabia. Inmediatamente enviaron al primer grupo, mandado por el rey Scopanis, a los jonios que guardaban el puente sobre el Íster para iniciar negociaciones con ellos. Y el segundo decidió entonces no llevar a los persas a la ventura, sino hostigarlos sin cesar cada vez que saliesen a avituallarse o parasen a comer. Y así se hizo. La caballería escita solía poner en huida a la persa, que se replegaba hacia la infantería para buscar apoyo en ésta. Entonces, los escitas retornaban a sus líneas para evitar cualquier choque con la infantería enemiga. Incluso por la noche los escitas se divertían con este tipo de guerrilla.

Las únicas victorias de los persas, que les permitieron a veces detener la caballería enemiga, se lograron —¡fijaos bien!— ¡gracias a sus burros y mulos! Escitia por razón de su clima tan frío, no posee ninguna de esas bestias de carga. Por eso, cada vez que los escitas cargaban contra los persas y un asno se ponía a rebuznar, los caballos escitas, espantados, se encabritaban y se desbocaban. Éstas fueron las únicas victorias de Darío.

Cuando los persas dieron las primeras señales de agotamiento y abatimiento, los escitas imaginaron un medio de reanimarlos un tanto y hacer que bebieran la copa hasta las heces. Sacrificaron de buena gana algunos rebaños, que dejaban vagar a todas luces, y sobre los cuales, los persas se lanzaban con avidez. De esta forma recobraban un poco de optimismo.

Darío cayó varias veces en esta trampa, pero al final se vio reducido al hambre. Entonces, los escitas le enviaron un mensajero que le trajo como regalos un pájaro, un ratón, una rana y cinco flechas: «¿Por qué han escogido estas ofrendas?», preguntaron los persas al mensajero. «No sé —replicó—, lo único que me han dicho ha sido que os las entregue. Si tenéis un poco de imaginación, descubriréis lo que significan.»

Los persas empezaron a preguntarse sobre el sentido de esos extraños presentes. Darío pensaba que representaban la tierra y el agua, símbolos de la rendición: «El ratón vive en la tierra —se dijo—, en la que se alimenta de los mismos productos que el hombre. La rana vive en el agua; el pájaro se parece al caballo por su rapidez y las flechas significan seguramente que los escitas nos entregarán las armas.» Pero Gobrias, persa de los íntimos de Darío o septemviros, los interpretó de muy diferente manera: «A mi juicio, esos presentes significan: si no podéis volar al cielo como este pájaro, ocultaros en la tierra como este ratón o desaparecer en el fondo de los pantanos como esta rana; no volveréis jamás vivos a vuestra tierra, porque seréis blanco de las flechas.»

La interpretación de Gobrias era la cierta. Los persas, engañados por la táctica de los escitas, continuaron su vana persecución hasta la orilla derecha del Oaro (el Volga) y aquí, abatidos por el hambre, el cansancio y el agotamiento, decidieron volver sobre sus pasos. La retirada fue larga y difícil. Únicamente parte de las tropas consiguió llegar al Danubio y atravesarlo. Y Darío regresó a Persia sin haber logrado vencer a los escitas. Otros —después de él— conocerán la misma desventura...

En el transcurso de la marcha hacia Escitia, Darío atravesó comarcas que, al estar cercanas a Grecia, no por ello dejaban de ser poco conocidas, como Tracia. Herodoto es el primero que da una descripción concreta de los tracios, extraño pueblo en el que la barbarie se unía con las formas más refinadas de civilización. Tracia, ruda y arcaica en sus costumbres, no por ello dejaba de pasar por la patria de los poetas e inspirados. Orfeo y Museo fueron oriundos de Tracia y el Zamolxis de que habla Herodoto (el cual, de hecho, era una divinidad), desempeñó ante los getas idéntico papel que Pitágoras ante los helenos. Pues bien, el relato de Herodoto confirma esa reputación mística de Tracia: Todos esos pueblos parecen estar verdaderamente preocupados por el Más Allá, y la muerte aparece claramente entre los getas, trausos y crestonios como una puerta abierta a la inmortalidad...

Posteriormente, los persas atravesaron comarcas habitadas por pueblos de muy diferente reputación, particularmente los táuricos. Ocupaban el litoral meridional de la actual Crimea y sacrificaban a la Virgen los náufragos arrojados a sus orillas. Esta Virgen no era otra que la gran diosa Tabiti, mencionada por Herodoto en la categoría de las divinidades escitas. La vemos en algunos objetos descubiertos en los túmulos de Crimea,

representada entre dos fieras domadas. A esta Tabiti es a la que los tauros inmolaban los viajeros de paso. Esta costumbre inspiró en parte a Eurípides cuando escribió su tragedia Ifigenia en Táuride.

Una observación de Herodoto a propósito de los gelones, pueblo escita que vivía entre el curso superior del Dnieper y del Don, plantea el problema de las «ciudades» escitas. Muchos escitas —los que Herodoto llama los escitas labradores— llevaban una existencia sedentaria o semisedentaria que compartían entre la agricultura y la cría de ganado. Asentados, en un principio, en simples cercados que cobijaban por igual a hombres y rebaños, ensancharon y consolidaron dichos establecimientos primitivos que acabaron siendo pueblos importantes, situados preferentemente junto a los ríos y rodeados de murallas de madera y de fosos. Las casas fueron primero de madera y luego de piedra. Varios de esos pueblos han sido descubiertos y excavados, y algunos de ellos, como Kaminskoé, en el Bajo Dnieper, y Elissavetovskoé, junto al Don, tenían la importancia de verdaderas ciudades.

Respecto a las amazonas, su leyenda e historia las conocían bien los griegos. Es fácil de comprender que prefiriesen la vida libre y salvaje en la estepa a la de las mujeres escitas. En efecto, las mujeres escitas nunca acompañaban a caballo a sus maridos. Seguían a los hombres en carros de cuatro y seis ruedas, recubiertos de una capota de fieltro y divididos en compartimentos. Se han encontrado, además, en ciertas tumbas, maquetas en barro cocido de esos carros. Solían ir adornados con colgaduras y tapices y eran «los interiores» por antonomasia de las amas de casa escitas.

Los extraños presentes ofrecidos por los escitas a Darío: un ratón, un pájaro, una rana y cinco flechas, más que un regalo eran un mensaje. Este mensaje es incluso el más antiguo ejemplo conocido en Occidente de «escritura» pictográfica. Por supuesto, tales mensajes eran muy ambiguos (lo demuestra la falsa interpretación de Darío), pero la ambigüedad fue buscada probablemente por los escitas y sólo podía favorecerles. Tales mensajes pictográficos se siguen utilizando todavía por ciertos pueblos de África y Asia Central. En idéntico orden de ideas, la correa con nudos entregada por Darío a los jonios encargados de la custodia del puente sobre el Danubio fue —como es obvio— un calendario, de uso ordinario aún, en esa época, en Persia y Grecia. Esa clase de correas de nudos servía también para transmitir ciertos mensajes y la utilizaron todos los pueblos antiguos, desde los chinos a los incas.

De todos modos, los persas comprendieron demasiado tarde el verdadero sentido del mensaje de los escitas. Su campaña militar concluyó con una retirada poco gloriosa y Darío encauzó sus afanes de conquista hacia otras tierras. ¿Fue quizá para «cambiar de ambiente» y ya no oír hablar más de los escitas? Lo cierto es que los persas escogieron los desiertos de Libia como escenario de sus hazañas. No se habría podido escoger

contraste más completo. Pero aquí, tanto la historia como la geografía, fueron sus aliadas y los persas pudieron extender hasta Cirene y Barca los límites del Imperio aqueménida que englobó —salvo Grecia y Europa Occidental— la casi totalidad del mundo entonces conocido.

RELATOS LIBIOS. PUEBLOS DE LA COSTA DE LIBIA. LOS NASAMONES Y SUS AMORES. LOS PSILOS Y SU DESAPARICIÓN. LEYENDA DEL LAGO TRITÓN

Mientras que Megabazo se ocupaba en Europa de los asuntos de Darío, había tenido lugar otra expedición militar persa contra Libia, donde Persia controlaba algunos pueblos. En efecto, Libia rebosa de pueblos de todo tipo, de los que la mayoría se burlaron perdidamente del rey de los persas. Estos pueblos son los siguientes:

Al salir de Egipto, nos encontramos primeramente con los adirmáquidas * que tienen las mismas costumbres que los egipcios, pero se visten a la moda libia. Las mujeres llevan brazaletes de cobre en cada tobillo y conservan sus cabellos muy largos, hasta el punto de que los piojos pululan. Cuando ellas atrapan uno, le dan un buen mordisco (tal vez para vengarse) y lo tiran. Son los únicos libios que se portan así con los piojos. También son los únicos en ofrecer a su rey doncellas núbiles. El rey escoge entre ellas y desflora a las que le agradan. Los adirmáquidas habitan toda la costa que va de Egipto al puerto de Pleuno *.

Luego vienen los gilígamas *, cuyo territorio se extiende hacia el Poniente, hasta la isla de Afrodisiada, pasando por la isla de Platea, antigua colonia fenicia, Puerto Menelao * y la ciudad de Aziris *. En esta región es donde se ven los primeros campos de Silfio, desde la costa frente a Platea hasta la entrada de la Gran Sirte. Esos gilígamas tienen las mismas costumbres que los adirmáquidas.

Siguiendo hacia el oeste, los asbistas * continúan a los gilígamas. Habitan al sur de Cirene. Como la costa pertenece a los cireneos, su país no tiene ninguna salida al mar. Conducen maravillosamente las cuadrigas pero, salvo esto, sus costumbres son las de los cireneos.

Tras los asbistas, vienen los ausquisas que viven al sur de la ciudad de Barca * y cuyo territorio desemboca hacia el mar en la región de las Evespéridas *. Una pequeña tribu, los cebales, vive en el interior del país ausquiso y posee una salida al mar de Tauquira, ciudad de la provincia de Barca. Todos ellos tienen las mismas costumbres que los de Cirene.

Los nasamones son prolongación de los ausquisos. Es un pueblo muy numeroso. En el verano dejan sus rebaños a orillas del mar y se dirigen al interior del país, hacia el oasis de Augila para recoger los dátiles, que aquí son muy buenos y abundantes. Cogen asimismo, saltamontes, los ponen al sol, los trituran una vez secos y mezclan este polvo con la leche. Cada nasamón tiene varias mujeres, pero por lo general, las mujeres nasamonas pertenecen más bien a la comunidad como entre los masagetas.

Cuando un nasamón tiene ganas de una mujer, planta su bastón ante ella y la toma. La primera vez que un nasamón se casa, la costumbre exige que la novia se acueste con todos los comensales de la fiesta en su noche de bodas; cada uno aprovecha para ofrecerle su presea en ese momento. Para prestar juramento, extienden la mano sobre las tumbas de sus antepasados, al menos de los que pasan por haber sido especialmente íntegros, y juran en su nombre. Consultan a estos mismos antepasados para conocer el futuro acostándose y durmiendo sobre sus tumbas. Los sueños que tienen esa noche tienen un sentido premonitorio. Como garantía de sus juramentos, cada contratante ofrece de beber al otro en el hueco de la mano y, si no hay líquido alguno en los parajes, recoge polvo del suelo y lo lame.

Cerca de los nasamones vivían los psilos * que hoy ya no existen. El viento del sur o Noto secó por completo sus cisternas y su país ya no tuvo ni una gota de agua. Celebraron consejo —cuentan los libios— y decidieron ir a combatir contra ese viento. Pero, en cuanto llegaron a la región de las dunas, el viento del sur empezó a soplar con tal violencia que se los tragó a todos bajo las arenas. Desde su desaparición, los nasamones ocupan su territorio.

Hacia el interior del país, al sur de los nasamones, en la región de las fieras, habitan los gazamantas que evitan celosamente todo contacto con los otros humanos, no poseen ni una sola arma de guerra y no saben defenderse.

A lo largo del mar, en dirección del Poniente, los macas * continúan a los nasamones. Se afeitan por completo el cráneo, dejando justamente en la coronilla una especie de copete. Fabrican escudos de pieles de avestruz. Un río, el Cínipe, que nace al pie de la colina de las Gracias, atraviesa su territorio antes de desaguar en el mar. Esta colina, situada a doscientos estadios del litoral, es el único sitio forestal de toda la región.

Los vecinos más próximos de los macas son los gindanes *. Las mujeres gindanas llevan alrededor de los tobillos una multitud de brazaletes o ligas de cuero y cada uno representa un amante. La que más tiene, pasa por la más capaz de las gindanas, puesto que ha sabido seducir a más hombres.

En el promontorio que prolonga hacia el mar el país de los gindanes, viven los lotófagos *. Se alimentan exclusivamente de esta planta cuyo fruto alcanza el grosor del de un lentisco y el sabor azucarado de los dátiles. También hacen vino con él.

Los maclíes son prolongación de los lotófagos. Son igualmente aficionados al loto. Su territorio se extiende hasta el río Tritón, que desemboca en el gran lago del mismo nombre, en el que se encuentra la isla de Fla *.

Este lago tiene una historia así: Cuando Jasón hubo terminado de construir su navio *Argos,* cargó en él unas trébedes o trípode de bronce, bueyes destinados a una hecatombe, y se marchó. Rodeó el Peloponeso para dirigirse a Delfos, mas, al doblar el cabo Malea, el viento se levantó

y lo arrastró hacia las costas de Libia, a los bajíos del lago Tritón *, donde fue a pique. El dios Tritón se personó entonces y le propuso que le señalaría un paso por donde volvería al mar si le entregaba el trípode. Quedó cerrado el trato, Tritón indicó el paso a Jasón y cogió el trípode, que colocó en su propio templo. Luego se sentó encima y profetizó: «Si un día —dijo a los argonautas— uno de vuestros descendientes o argonautas consigue recuperar ese trípode, cien ciudades griegas se establecerán en torno al lago.» En cuanto se enteraron de esta predicción, los libios de la región se apresuraron a ocultar el trípode.

Los auses * viven muy cerca de allí y comparten con los maclíes el perímetro del lago. Éstos últimos llevan el cabello largo por detrás y los auses por delante. Cada año por la fiesta de Minerva o Atenea, las jóvenes del país se dividen en dos bandos y combaten a pedradas y a garrotazos, en recuerdo del antiguo culto a la diosa. Todas las que mueren por las heridas se las llama falsas doncellas. Antes del combate, escogen a la más bella joven del país; se la viste de una armadura griega, de un casco corintio y la colocan en un carro que pasean en torno al lago. ¿Cómo vestían a esas jóvenes antes de la llegada de los helenos?, no lo sé en absoluto. Sin duda debieron ponerles armaduras egipcias, puesto que el escudo y el casco son de origen egipcio. Minerva —afirman los libios— sería una hija de Neptuno y del lago Tritón que Júpiter sólo habría adoptado después de poseerla. Las mujeres —también entre los auses— pertenecen a todos. Ignoran por completo el matrimonio y se hacen el amor como los animales. Cuando una mujer ha dado a luz un niño, se esperan dos meses, luego se reúnen todos los hombres y aquel a quien más se le parezca, se le declara padre de la criatura.

Pueblos del desierto y de los confines de Libia. Costumbres de los libios nómadas y sedentarios. Fauna de Libia. Costa occidental de África

Todo esto sólo se refiere a los pueblos libios del litoral. Yendo hacia el sur, al interior de las tierras, se atraviesa primeramente la región de las grandes fieras; luego se llega a una zona de dunas que se diría cubren todo el continente, desde Egipto hasta las Columnas de Hércules. En lo alto de estas dunas, cada diez jornadas de marcha, se hallan bloques inmensos de sal aglomerada, en medio de los cuales nacen manantiales de agua dulce. Hombres se establecieron alrededor de esos manantiales y viven en cierto modo en los confines del desierto, al sur de la región de las grandes fieras. El primer pueblo que encontramos así es el de los amonios. Poseen un templo de Júpiter donde el dios es representado como en Tebas, con una cabeza de carnero. Existe entre los amonios una fuente cuya agua está caliente al amanecer, tibia por la mañana y fría al mediodía. Los amonios aprovechan entonces para regar sus jardines ya que,

a medida que se acerca la tarde, la fuente se calienta y arde a media noche. La llaman la Fuente del Sol.

Tras diez jornadas de marcha a través de las dunas, se llega al oasis de Auguila * donde los nasamones vienen a recolectar los dátiles.

También a diez jornadas de Auguila, se halla un nuevo oasis con sal, agua y datileras. Aquí es donde viven los garamantes *, pueblo muy importante, que han hallado el medio de tener cultivos, transportando mantillo a sus salinas. Desde aquí a los lotófagos hay, muy por debajo, treinta jornadas de marcha. Existe entre estos garamantes una variedad de bueyes de cuernos tan retorcidos hacia adelante que los obligan a pacer hacia atrás; de otro modo los cuernos se hundirían en el suelo y ya no podrían avanzar. Salvo este pormenor, no se diferencian en nada de los demás bueyes. Los garamantes dan caza en sus carros a los etíopes troglodítas o cavernícolas que tienen fama de ser invencibles en la carrera. Estos troglodítas se alimentan de muchos reptiles, serpientes y lagartos. Su lengua es muy peculiar y se parece a los chillidos de los murciélagos.

A diez jornadas o leguas de los garamantes, encontramos otro oasis habitado por los atlantes *. Es el único pueblo, que yo conozca, en el que nadie tiene nombre individual, o sea, son anónimos. Cuando el sol está en el cenit, le maldicen a más no poder y le lanzan los mayores insultos por quemarlo todo, país y habitantes.

Hay otro oasis igualmente que se halla a diez jornadas de marcha de los atlantes, cerca del Monte Atlas * o Atlante. Este monte tiene una base circular, el aspecto de un pico y es tan alto que su cima desaparece perpetuamente entre las nubes, en invierno como en verano. Este monte Atlas es el que —según la leyenda— sostendría el cielo. Ha dado su nombre a las gentes que viven en sus inmediaciones y se llaman atlantes. No comen ninguna criatura viva y jamás tienen sueños.

Tales son los pueblos que se escalonan en el desierto hasta el país de los atlantes. No sé absolutamente nada de los que viven más allá. Este desierto continúa hasta las Columnas de Hércules e incluso más lejos. De diez en diez jornadas, se encuentran oasis y habitantes que construyen casas con bloques de sal. ¡Por fortuna no llueve nunca en este país! Extraen de la tierra una sal blanca o roja, según los lugares. Allende la región de las dunas, en el extremo sur de Libia, no hay más que un desierto, sin animales ni lluvias ni árboles ni la menor gota de agua.

De Egipto hasta el lago Tritón, todos los pueblos que hemos descrito, son nómadas. Se nutren de leche y carne, menos de carne de vaca que está rigurosamente prohibida en todo el país —como en Egipto—, lo mismo que la cría de cerdos. En Cirene, las mujeres por respeto a la egipcia Isis, se abstienen de comer vaca. Las mujeres de Barca se privan asimismo del cerdo.

Al oeste del lago Tritón, los libios son sedentarios y tienen costumbres bastante diferentes, especialmente respecto a los niños. En efecto, casi todos los nómadas en cuanto sus hijos tienen cuatro años, les queman las

venas del cráneo e incluso de las sienes con un cabo de lana en bruto, para evitar para siempre cualquier derrame de humores. «Por este motivo —dicen— gozamos de tan buena salud.» No podría afirmar que ello se debe únicamente a esta práctica, pero el hecho es que se encuentran maravillosamente bien. Si durante la operación le entran convulsiones al niño, le rocían con orín de macho cabrío e inmediatamente cesan los espasmos. Pero esto lo afirman los libios.

Para hacer un sacrificio, los nómadas cortan primero un trozo de oreja a su víctima y lo lanzan por encima del hombro de ellos. Hecho esto, estrangulan dicha víctima. Sólo sacrifican al Sol y a la Luna, salvo los que viven en torno al lago Tritón, que sacrifican sobre todo a Minerva, Neptuno y al mismo Tritón.

El vestido y égidas de las mujeres de Libia han inspirado los de nuestras estatuas griegas de Minerva. La única diferencia entre ambos vestidos es, que el de las libias es de cuero y las franjas que ribetean las égidas son simples correas en lugar de representar serpientes. Este mismo nombre de égidas demuestra que esos vestidos nos vienen de Libia. Aquí las mujeres llevan una especie de capas que llaman *egeas;* estas capas, de piel de cabra tundida, están adornadas con franjas y teñidas de rojo vivo. El término egea ha dado en griego: égida. Estoy seguro también de que muchos de nuestros gritos rituales griegos vienen de Libia, ya que las libias lanzan maravillosamente bien dichos gritos. Nuestros tiros helenos de cuatro caballos se inspiran claramente en los de Libia.

En conjunto, los nómadas tienen idénticas costumbres funerarias a los griegos. Únicamente los nasamones entierran a sus muertos sentados y ponen especial cuidado en colocar siempre a sus moribundos en posición de sentados para que la muerte no les sorprenda acostados. Las viviendas nómadas están hechas de asfódelos y bambúes entrelazados; se las puede trasladar fácilmente.

Al oeste del río Tritón, como prolongación de los auses, se inicia el país de los libios sedentarios o labradores, los maxies *. Éstos, viven en casas, cultivan las tierras y se untan el cuerpo con bermellón. Se afeitan la parte izquierda del cráneo y dejan intacta la otra mitad. Su territorio —como el de toda la Libia occidental— está lleno de bosques y de fieras, mientras que toda la Libia oriental, hasta el lago Tritón, no es más que un desierto de arena. Este país de los libios sedentarios es muy accidentado, cubierto de vegetación y poblado de serpientes enormes, leones, elefantes, osos, áspides, asnos con cuernos, monstruos de cabeza de perro o cinéfalos o incluso, sin cabeza y con los ojos en el pecho (al menos, en opinión de los libios), hombres y mujeres muy salvajes y muchas otras creaturas monstruosas.

Entre los nómadas no se encuentran en absoluto ninguno de estos animales; en cambio encontramos gacelas, corzos, antílopes, asnos sin cuernos, que pueden permanecer días enteros sin beber; orix, cuyos cuernos se utilizan para hacer montantes de lira; pequeños zorros, hienas, puer-

coespines, panteras, carneros silvestres, chacales, bories y dicties, cocodrilos de ocho codos de largo, que viven por completo en tierra y se parecen más a lagartos; avestruces y pequeñas serpientes cornudas. Asimismo se encuentran todos los animales ordinarios, aparte los ciervos y jabalíes, desconocidos por completo en Libia. Igualmente existen tres variedades de ratones: dípodos, zegeries (palabra libia que significa ratones de las colinas) y los ratones-herizos. Viven comadrejas en los campos de silfio. En cuanto mis investigaciones me han permitido hacer el recuento, creo que ésta es toda la fauna del país de los nómadas.

Los maxies tienen por vecinos a los zaveces, entre los cuales, las mujeres son las que conducen los carros en el combate. Dichos zaveces son limítrofes de los gizantes, cuyo territorio rebosa todo él de abejas. La miel entre ellos constituye una auténtica industria. Todos estos pueblos se untan el cuerpo con bermellón y se alimentan de monos, cuyas montañas son un verdadero hormiguero.

Existe en esta región una isla, Ciraunis *, de doscientos estadios de larga, a la que puede accederse, vadeándola desde tierra firme y está cubierta de viñedos y olivares. Dicha isla posee un lago del que extraen el oro las gentes del país, con ayuda de plumas de aves untadas de pez, al menos según los cartagineses. Pero, depués de todo, ¿por qué no había de ser verdad? He visto con mis propios ojos extraer pez del lago de Zacinto, en una región que está, además, cubierta de lagos y en la que el mayor alcanza sesenta estadios cuadrados y dos toesas de profundidad. En éste se sumerge una rama de mirto atada al extremo de un bichero, y se saca una especie de pez que huele a betún, pero de mayor calidad que la pez de Pieria. La echan en un foso y cuando está repleto, la trasvasan a ánforas. Todo cuanto se arroja en este lago de Ciraunis vuelve a salir —al parecer— a cuatro estadios de allí, al mar, por un canal subterráneo. En resumen, todo cuanto se afirma de esta isla me parece muy plausible.

Los cartagineses me han dicho otra cosa: Existe en la costa libia, situada allende las Columnas de Hércules un país con el cual sus navíos comercian con el oro. Una vez llegados a los lugares, los cartagineses desembarcan sus mercancías en la orilla, vuelven a subir a bordo y producen humo. Entonces, los indígenas se dirigen a la playa, depositan aquí el oro a cambio de las mercancías y se alejan. Los cartagineses desembarcan otra vez, cuentan el oro y se marchan, si la cantidad los satisface; si no, suben de nuevo a bordo sin tocar nada y esperan. Los indígenas vuelven y añaden más oro hasta que todos estén de acuerdo. Todo esto ocurre sin lances ni tropiezos. Los cartagineses no tocan jamás al oro ni los indígenas a los objetos mientras duran los tratos.

Tales son los diferentes libios que mis investigaciones me han permitido tratar. Todos esos pueblos, en su mayoría, se mofaron locamente del rey de los persas. Añadamos que este país está habitado, en su totalidad,

por cuatro razas diferentes: dos autóctonas, los libios al norte y los etíopes al sur, y dos extranjeras, los fenicios y griegos.

Desde el punto de vista de la fertilidad, Libia no iguala ni con mucho a Asia y Europa. Hay que exceptuar la región de Cínipe, cuya riqueza es comparable a la de las mejores tierras de Asia. Su rico mantillo, sus numerosas fuentes, sus lluvias siempre regulares, contrastan singularmente con el resto del país. Su producción de cereales se equipara con pocas variantes a la de Babilonia. La región de los evespéridas es, asimismo, bastante fértil. Algunos años excepcionales, el rendimiento llegó a ser del ciento por uno y trescientos por uno en la región del Cínipe. En la región de Cirene, la más septentrional de todas, se efectúan tres cosechas al año. Se empieza por el litoral y luego se pasa a la zona intermedia llamada de las «colinas», terminando por la última, sin salir del interior, de suerte que las primeras cosechas se comen y beben ya al comenzar las de la última zona. En Cirene todas esas cosechas se escalonan a lo largo de por lo menos seis meses.

Pero, ya hemos hablado bastante de todos esos países.

Estos «relatos libios» de Herodoto, que podrían bajo muchos aspectos pasar por fantasiosos, se han revelado igualmente asombrosamente verídicos. No entraré en los pormenores de ciertas costumbres libias, que revelan una mentalidad libre de muchos prejuicios, sino que me detendré preferentemente en algunas líneas de aspecto anodino, pero que, durante mucho tiempo se consideraron producto de la imaginación de Herodoto. Se trata del pasaje consagrado a esos garamantes que tienen en sus rebaños bueyes de cuernos curvos hacia adelante y pasan lo mejor de su tiempo compitiendo en la carrera de carros con los etíopes trogloditas. ¿Dónde y cuándo —exclamaron los historiadores— se vieron alguna vez carros en pleno Sahara? La pregunta habría quedado sin respuesta si, desde antes de la guerra, el explorador Henri Lhote no hubiese visitado minuciosamente el macizo de Tasili, al suroeste de Fezán. Tuvo la sorpresa entonces de descubrir allí los vestigios de ocupaciones sucesivas e importantes durante todo el transcurso del primer milenario. Volvió después de la guerra y pudo observar, en las paredes de las grutas y salientes, numerosos frescos superpuestos unos sobre otros; obras de diferentes tribus cretenses, egipcias, libias y negras que ocuparon el sitio. En su libro Descubrimiento de los frescos de Tasili, *relata las diferentes etapas de su trabajo y los cotejos inmediatos que se impusieron entonces con el texto de Herodoto. Estos etiopes trogloditas no serían otros que los ocupantes de Tasili y los garamantes, pueblos asentados en Fezán, cuya capital correspondía a la actual ciudad de Djerma. La presencia en los frescos de Tasili de bueyes de cuernos retorcidos hacia adelante demuestra que hubieron de efectuarse intercambios entre trogloditas y garamantes. Las investigaciones de Henri Lhote dieron por resultado incluso descubrir una verdadera* ruta de los carros *, que desde el primer milenio unía la Gran Sirte con el Níger a*

través de Tasili, Hoggar y Tanezruft. Es probable que esta ruta se recorriese precisamente con ayuda de los carros mencionados por Herodoto y de los que se han descubierto hasta el día de hoy más de trescientas pinturas en las grutas de Tasili.

Respecto a la campaña militar de los persas en Libia, un tanto olvidada y, por otra parte, muy secundaria para nosotros, se redujo, al parecer, a la toma de las dos ciudades libias de Cirene y Barca. Estas dos ciudades tenían entre sí conflictos con los que terminó la ocupación persa de una vez para siempre. Esta Feretima de que aquí se trata, era la reina de Cirene, que había recurrido al gobernador persa de Egipto, Ariandes, para vengarse de los barceos. La caída de la ciudad señaló el fin de las conquistas persas en Libia y la última avanzadilla de los soldados del ejército de Darío.

Expediciones de los persas a Libia. Fin de los viajes de Herodoto de Halicarnaso

Así, pues, los persas abandonaron Egipto para vengar a Feretima y llegaron ante Barca. Sitiaron la ciudad y exigieron los asesinos de Arcesilao. Mas, como todos los habitantes eran solidarios del asesino, rechazaron el ultimátum de los persas. El asedio duró nueve meses, durante los cuales los persas excavaron galerías subterráneas para intentar penetrar en la ciudad pasando por debajo de las murallas y libraron en la superficie violentos combates. Pero un herrero de Barca consiguió descubrir esas galerías subterráneas con ayuda de un escudo recubierto de bronce. Lo aplicó al suelo en sitios diferentes y cada vez que excavaban cerca vibraba el escudo. En tal caso, los barceos no tenían más que excavar una contragalería y aniquilar a los zapadores. Por lo que atañe a los asaltos persas, su resultado fue igual de brillante. Se prolongaron durante bastante tiempo. Los hombres caían por ambos lados y todos empezaban a impacientarse. El general persa Amasis terminó percatándose de que nunca acabaría con los barceos con grandes medios y se resolvió a usar de la astucia. Mandó abrir una trinchera que disimuló cubriéndola con tablas y tierra y en cuanto despuntó el día invitó a los barceos a negociar. Éstos consintieron y se firmó un acuerdo. Éste, garantizado con juramentos y sacrificios que tuvieron lugar precisamente encima de esta trinchera, estipulaba que las partes respetarían sus compromisos mientras la tierra fuese lo que era. Los barceos pagarían a Darío un tributo conveniente y los persas prometían no atacarlos más. Los barceos fiados en este tratado abrieron de par en par las puertas de su ciudad, por las que penetraron los persas sin la menor dificultad. En el mismo momento pusieron al descubierto la trinchera disimulada y ocuparon en masa toda la ciudad. ¿Quién habría podido acusarlos de perjuros? ¿No era ahora diferente el suelo de lo que fue en el momento de los juramentos?

Una vez tomada la ciudad, los persas entregaron a Feretima los principales culpables barceos. Ésta mandó empalarlos y colocó sus cuerpos en derredor de la ciudad. Mandó, asimismo, cortar los pechos a sus mujeres y tapizó con ellos las murallas.

Y los persas no tuvieron más que volverse a Egipto llevándose como esclavos a todos los demás barceos...

La última avanzadilla persa fue la ciudad de Evespéride. Todos los barceos llevados como esclavos fueron desterrados a Persia, donde Darío les asignó como residencia un pueblo de Bactriana que llamaron Barca y que existe aún hoy.

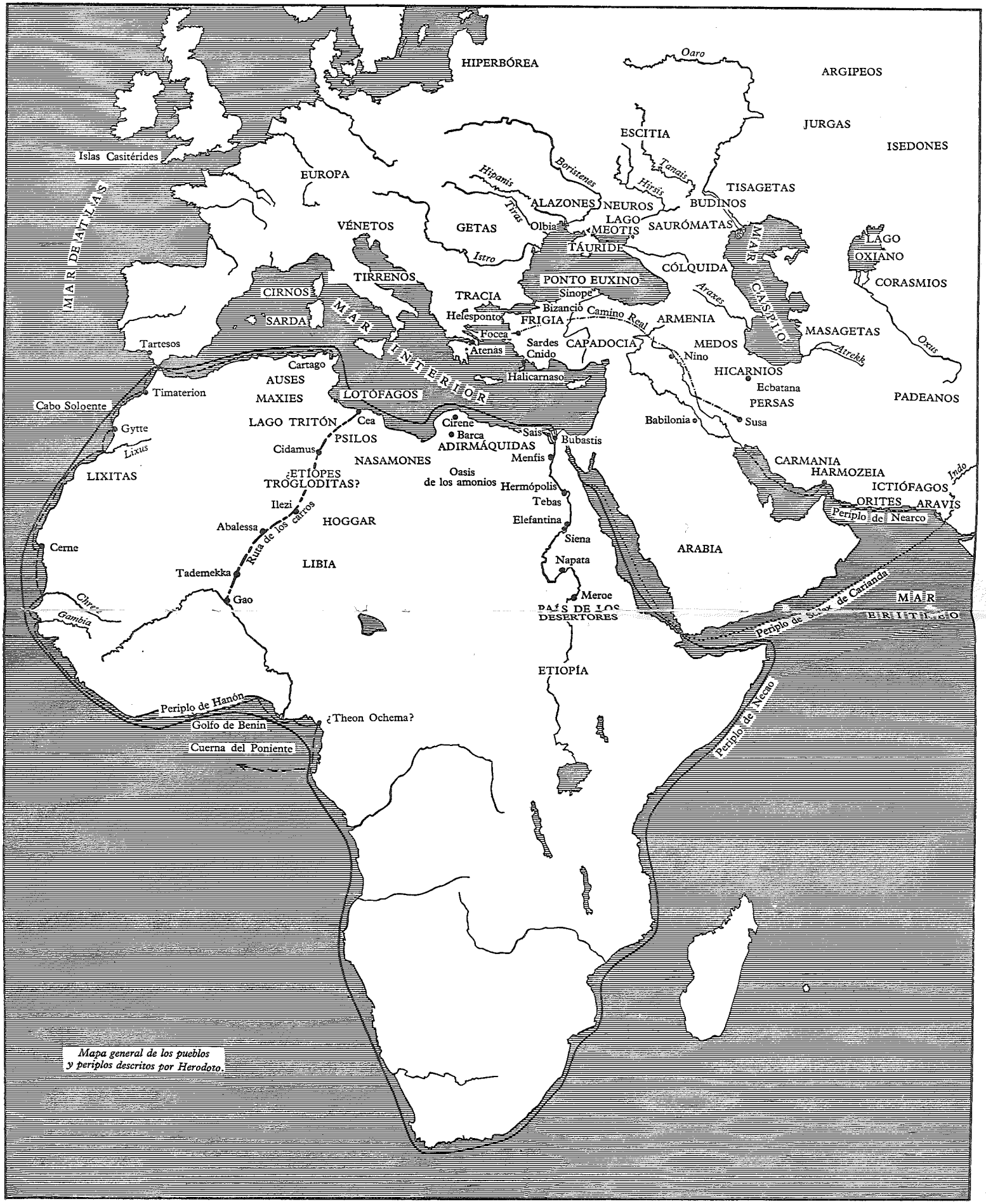
Respecto a Feretima, tuvo un fin de los más siniestros. Casi al regresar de Libia, donde se vengó de los barceos con la crueldad que sabemos, la devoraron viva los gusanos que bullían en su cuerpo. Tan cierto es que el exceso de venganza atrae sobre los humanos el odio de los dioses.

A MODO DE APOLOGÍA II

Así termina la primera parte de la obra de Herodoto de Halicarnaso. La segunda, que comprende cinco Investigaciones, *corresponde a la obra propiamente histórica de Herodoto. Expone los preparativos de Jerjes contra Grecia, tras la muerte de Darío, y describe las batallas de Maratón, Salamina y Platea. Estas cuatro primeras* Investigaciones *constituyen, por tanto, una inmensa introducción a la historia de las guerras médicas y una visión de los pueblos que, conducidos por Jerjes, fueron a invadir Grecia.*

De la India al océano Atlántico, de los montes Urales al macizo de Tasili y a Etiopía, este panorama nos ha permitido descubrir la totalidad del mundo entonces conocido. Muchos países son aún ignorados por completo pero la visión de Herodoto es suficiente para darnos una idea de la diversidad, riqueza e interés de esos pueblos que los helenos llamaron bárbaros.

Si hubiese que juzgar esta obra basándonos en los criterios contemporáneos (lo cual nos guardaremos de hacer) podríamos, parsimoniosamente, hacer el inventario de sus fallos, insuficiencias y errores. Pero sería desconocer precisamente su sentido juzgarla basándonos en principios que surgieron mucho después, merced al trabajo de Herodoto. Si recorremos someramente los temas, veremos que dicha obra abarca la casi totalidad de las actividades humanas y que Herodoto llevó a cabo sus investigaciones con más método y seriedad de lo que parece. Su curiosidad lo abarca todo con suficiente rigor como para que sus testimonios sigan siendo todavía hoy nuestros mejores guías. Podemos hallar en su obra descripciones de peinados, vestidos (más de cuarenta clases diferentes), tipos físicos, armas, técnicas metalúrgicas, organizaciones sociales, fiestas profanas y religiosas, ritos matrimoniales, ritos funerarios, procedimientos de adivinación, tatuajes, técnicas de tejer, juegos, modos de alimentarse y técnicas agrícolas, pastoriles y forestales. También hallamos descripciones de ciudades, monumentos, santuarios, estatuas, modos de construir y principios de arquitectura, reflexiones personales y otras muy numerosas sobre lingüística (se citan más de dieciocho lenguas), medicina, mineralogía, fenómenos geológicos y, naturalmente, la etnología y religión. Termine-



Mapa general de los pueblos y periplos descritos por Herodoto.

mos esta enumeración. Ella da una idea de la curiosidad de Herodoto y de sus cualidades de observador y etnógrafo. Bastará para ello con que se lean los dos textos, que siguen: el Periplo de Hanón *y los* Relatos Indios *de Ctesias de Cnido, para ver cómo son insustituibles los ojos, la voz y el espíritu de Herodoto. Esos pocos errores descubiertos en su obra han hecho olvidar demasiado pronto que en una época en que todo estaba por descubrir, la investigación y simple observación correcta de lo real, exigieron del hombre las mismas cualidades creadoras que usamos hoy en investigar lo imaginario.*

El Periplo de Hanón *data de fines del siglo VI a. de J. C. Es el más antiguo relato de exploración cuyo texto ha llegado hasta nosotros. A Hanón se le encargó que explorase las costas de África para establecer en ellas colonias cartaginesas. El texto original de dicho* Periplo *fue escrito en lengua púnica y colocado en el templo de Saturno, en Cartago, así como las pieles de gorila llamadas en esa época «pieles de Gorgona» que trajo Hanón de su periplo. Todos los viajeros de paso podían ir a verlas y consultar la relación. Así es como nos ha llegado en una traducción griega hecha en el siglo IV a. de J. C., cuyo texto íntegro encontrará el lector aquí.*

Periplo de Hanón

Los cartagineses decidieron enviar a Hanón a explorar las costas de Libia situadas allende las Columnas de Hércules para establecer en ellas colonias fenicias. Así que, Hanón partió al frente de una flota de sesenta navíos llevando cada uno cincuenta remeros y en total treinta mil personas, hombres y mujeres, así como víveres y mercancías.

Dos días después de haber traspasado las Columnas de Hércules, fundamos en una colina dominando una vasta llanura una ciudad que llamamos Timaterion.

Hecho esto, seguimos hacia el oeste hasta el cabo Solente, cubierto de espesos bosques. Allí levantamos un templo a Neptuno y reanudamos luego la navegación rumbo al sur esta vez. Al cabo de una media jornada, llegamos a un lago, muy cercano al mar, cubierto de juncos muy altos, en cuyas orillas divisamos gran número de elefantes y otros animales feroces.

Tras haber traspasado dicho lago, repoblamos las ciudades del litoral y fundamos otras nuevas: Carilón, Gite, Ucris, Melita y Arambío.

Desde aquí llegamos a la desembocadura del Lixo, gran río que viene de Libia. Lixitas nómadas apacentaban sus rebaños a lo largo del río y permanecimos algún tiempo entre estas gentes, de las que nos hicimos grandes amigos.

Más allá de los lixitas, en el interior de las tierras, habitan los etíopes, muy difíciles de abordar. Incluso se los llama por aquí los inhospitalarios.

Su región está infestada de animales salvajes y rodeada de montañas donde el Lixo nacería. En medio de estas montañas viven indígenas de aspecto muy extraño, los trogloditas, que corren más rápido —según dicen— que los caballos.

Tomamos como intérpretes a algunos lixitas y seguimos navegando durante doce días en dirección al sur, bordeando costas desiertas. Luego torcimos y navegamos durante una jornada rumbo al sol levante y descubrimos, en el fondo, un islote de cinco estadios de circunferencia que bautizamos isla de Cerne y en la que fundamos una colonia. Según la duración de nuestro viaje, se puede conjeturar que esta isla está poco más o menos enfrente de Cartago. Efectivamente, se necesita, por consiguiente, tanto tiempo para ir de Cerne a las Columnas de Hércules como de éstas hasta Cartago.

Al abandonar Cerne, traspasamos un río importante, el Creto. A continuación llegamos a un gran estuario en el que se hallaban tres islas mayores que Cerne. Doblamos dichas islas rumbo al fondo del estuario que alcanzamos al cabo de una jornada de navegación. Su orilla está dominada por altas montañas, habitadas por salvajes cubiertos de pieles de animales que nos lanzaron piedras para impedir que nos acercáramos.

Continuando nuestra navegación, llegamos a un río muy grande y muy ancho, lleno de cocodrilos e hipopótamos. De aquí dimos media vuelta y arribamos a Cerne.

De Cerne reanudamos la navegación rumbo al sur durante doce días, durante los cuales bordeamos costas habitadas por etíopes que emprendieron la huida al vernos. Su lengua era desconocida para nuestros intérpretes lixitas. El último día fondeamos al pie de altas montañas cubiertas de árboles muy diversos pero todos odoríferos.

Tras haber rodeado durante dos días montañas, llegamos a un inmenso golfo, cuyas orillas eran muy llanas y donde por la noche vimos brillar luces, que cambiaban continuamente de lugar, y destellos.

Nos aprovisionamos de agua y marchamos otra vez. Navegamos durante cinco jornadas a lo largo de las costas y llegamos a otro golfo, muy grande, que los intérpretes dijeron se denominaba la Cuerna del Poniente. Se hallaba en este golfo una gran isla. En ella había un lago salado y en él un islote. Desembarcamos en la isla en cuestión que estaba cubierta de bosques. Pero, durante la noche, divisamos grandes hogueras y oímos un estrépito ensordecedor de timbales, tambores y gritos, de suerte que cogimos miedo y abandonamos la isla rápidamente.

Nos hicimos a la mar lo antes posible y bordeamos una costa tórrida de donde nos llegaban maravillosos perfumes, y torrentes de fuego corrían hacia el mar. El calor hacía la tierra inabordable.

Entonces el miedo se apoderó otra vez de nosotros y seguimos navegando a todo remo durante cuatro días. La última noche divisamos una tierra cubierta de llamas, en cuyo centro se elevaba una columna de fuego,

tan alta que parecía tocar el cielo. Era un volcán que se llama —dicen— *Theon Ochima* o Carro de los Dioses.

Al cabo de tres jornadas de navegación, arribamos a un golfo llamado la Cuerna del Sur. En el fondo de este golfo, una isla muy similar a aquella de que ya hemos hablado, contenía también un lago. En este lago existía otra isla poblada de hombres salvajes. Las mujeres eran horripilantes y completamente velludas. Los intérpretes nos dijeron que eran gorilas. Perseguimos a los machos, pero éstos emprendieron veloz huida y nos lanzaron piedras. Pudimos coger tres hembras que se negaron a seguirnos; mordían y arañaban a los que las sujetaban hasta el extremo de tener que matarlas. Las despellejamos para llevar las pieles a Cartago. Al faltarnos los víveres, detuvimos aquí nuestra navegación.

Semejantes periplos se llevaron a cabo, indudablemente, antes del de Hanón. Excavaciones recientes, efectuadas en la costa marroquí, han revelado un puerto fenicio que data del siglo VIII a. de J. C. Fenicios y cartagineses recorrieron con mucha frecuencia la costa de Marruecos y la de Río de Oro para traficar con el oro y fundar factorías y colonias. Pero ningún relato nos ha llegado jamás de esas primeras expediciones y así el de Hanón constituye el primer testimonio escrito.

Una cosa nos sorprende inmediatamente en la lectura: el número de los viajeros. Navegar con treinta mil personas en sesenta navíos equivalía, de hecho, a transportar la población de varias ciudades. Se observa que los objetivos de este periplo eran también económicos y se trataba de fundar y mantener de modo permanente colonias cartaginesas a todo lo largo de la costa marroquí. Las ciudades actuales de Mehedia y Mogador deben su origen a este periplo. En cuanto al viaje mismo, parece ser que Hanón bajó por toda la costa africana hasta la altura del Ecuador. La famosa Cuerna del Poniente correspondería al golfo de Guinea y el Carro de los Dioses a los volcanes de la cadena de montañas del Camerún. Pero existen a propósito de este Periplo *interpretaciones muy divergentes, sobre las que no tengo —debo reconocerlo— ninguna opinión particular.*

Otra cosa creo, que no dejará de impresionar igualmente al lector, es el laconismo y brevedad del relato. Nada maravilloso (a no ser el viaje en sí mismo); ninguna jactancia ni tendencia a la epopeya deslucen esta humilde relación. La primera, la más hermosa y exaltante de las aventuras humanas, se resume en esas pocas líneas tan sobrias, tan sencillas como las de un diario de a bordo.

Las obras del geógrafo griego Ctesias de Cnido, que vivió en la segunda mitad del siglo V a. de J. C., y es posterior ligeramente a Herodoto, sólo han perdurado a través de los fragmentos conservados por el escritor bizantino Focio, en el siglo IX d. de J. C. Estos fragmentos se refieren a dos textos intitulados Relatos Indios *y* Relatos Persas. *Daremos importantes extractos del primero. Ctesias de Cnido pasó la mayor parte de su vida en*

la corte del rey de Persia Artajerjes y nadie sabe si fue alguna vez a la India o si escribió sus Relatos Indios *basándose en informes facilitados por viajeros. En todo caso —a juzgar por la descripción que hace— no parece haya visitado, de hecho, el país. Es difícil, sobre todo, admitir que Ctesias de Cnido haya escrito su obra* después *de la de Herodoto. Este solo texto demuestra qué revolución y triunfo de la razón fueron en su época la mirada y observación de Herodoto. Los* Relatos Indios *de Ctesias de Cnido no por ello dejan de poseer el vetusto encanto de los viejos textos y del único testimonio existente de lo que fueron —antes de Herodoto y él mismo— las primeras* Descripciones de la Tierra.

Relatos Indios

... Existen en la India elefantes que pueden derribar las murallas; pequeños monos que tienen colas de cuatro codos y gallos muy grandes. Los loros hablan como los hombres. Alcanzan la talla de un gavilán con la pechuga color púrpura, la barba negra y si se les enseña el griego, lo hablan. Respecto a los perros, éstos son allí muy corpulentos y luchan de buena gana contra los leones.

Hay en la India grandes montañas de las que se extrae la sardónice, el ónix y otras piedras preciosas. El disco solar parece aquí dos veces mayor que en otros lugares y hace tanto calor que muchas personas mueren asfixiadas. Los vientos levantan en el mar de la India olas como las que levanta en Grecia. El mismo mar es caliente en la superficie y hasta cuatro dedos de profundidad, de suerte que los peces permanecen mucho más hondo para no morir abrasados.

El río Indo corre entre dos montañas y atraviesa numerosas llanuras. En sus orillas crece una caña que se llama la caña india. Es tan enorme que difícilmente dos hombres juntos consiguen rodearla con sus brazos. Alcanza la altura de mástil de gran navío. Las hay, evidentemente más pequeñas. Dichas cañas pueden ser machos o hembras. Se distingue el macho por no tener medula dentro.

El masticoro es un animal de la India con rostro humano, tamaño de león y la piel roja como el cinabrio. Posee tres hileras de dientes muy similares a las del hombre y los ojos de un verde tirando a azul. Su cola se parece a la de un escorpión y oculta en el extremo un aguijón de más de un codo. Otros aguijones están situados a cada lado de la cola. Cuando uno se acerca al animal, le clava el aguijón y viene la muerte inexorable. Si se le ataca de lejos, dirige la cola hacia adelante y lanza el aguijón que se clava como una flecha. Cualquier animal alcanzado por ese dardo, muere, excepto el elefante. La longitud de ese dardo es aproximadamente de un pie. Su grosor es el de un junco pequeño. El nombre de masticoro significa en indio antropófago. En efecto, el masticoro —sin que por ello desdeñe los demás animales— siente predilección por el hombre. Lucha

a zarpazos y golpes de aguijón y éste renace cada vez. Estos animales pululan en la India. Se los caza a lomo de elefante desde donde se los asaetea con flechas y lanzas.

En la parte mayor de la India el sol refresca al salir y hasta mediodía, pero luego es ardiente. Estos ardores no son en absoluto los que dan a los indios esa tez morena sino que son negros de nacimiento. Hay también entre ellos quienes son de piel casi blanca, pero muy escasos.

Justo en medio de la India viven hombres negros que llaman pigmeos. Hablan el indio y son muy bajos. Los mayores no sobrepasan dos codos. Llevan el cabello muy largo hasta las rodillas e incluso más abajo; en estos casos se despojan de todos sus vestidos, con su barba delante y el pelo detrás, ya no tienen que confeccionarse más trajes. Tienen el falo largo y grueso. Llega hasta los talones. Son, en general, chatos y más bien feos. Sus animales, bueyes y carneros, también son pigmeos. Los caballos no sobrepasan el tamaño de nuestros carneros. Tres mil de estos pigmeos forman parte del séquito del rey de la India. Son muy hábiles en el tiro al arco. Poseen, asimismo, el sentido de la justicia y observan las mismas leyes que los indios. Cazan la liebre y el zorro sin perros, sólo con halcones, águilas y cuervos.

La India rebosa de oro y plata. El oro no se encuentra en los ríos como ocurre en el Pactolo, sino la mayor parte del tiempo en los macizos montañosos. Estas montañas están habitadas por griffos, especie de aves-cuadrúpedos del tamaño de un lobo con patas y garras de león. Estos animales hacen muy difíciles la búsqueda y transporte del oro.

Existe también en la India un ave que la gente del lugar llama en indio *dicairos,* es decir, el justo. Apenas si tiene el tamaño de un huevo de perdiz. Entierra sus restos bajo la tierra para que no puedan encontrarlos. Y si, a pesar de todo, un hombre los descubre y se divierte comiéndoselos, aunque sólo fuese un grano, se adormila muy temprano, se sume en la inconsciencia y muere en el crepúsculo.

Hay, igualmente, en este país un árbol que se llama *Parebón.* Tiene el tamaño de un olivo pero sólo se encuentra en los jardines del rey. No da ni flores ni frutos; posee quince raíces muy sólidas de las cuales las más delgadas tienen por lo menos el grosor de un brazo humano. Si se logra arrancar una y se acerca a cualquier cuerpo, lo atrae: oro, plata, bronce, piedras, todo lo atrae. Si se toma un trozo tan grueso como el brazo, atrae los pájaros y los corderos. Si se arroja un trozo de esta raíz del tamaño de una moneda en el agua o vino, estos líquidos se coagulan en el acto pero recuperan su aspecto habitual al otro día.

Otro río, además del Indo, atraviesa la India. No es muy importante y no tiene más que dos estadios de largo. Los indios en su lengua lo llaman Hipoboro, que quiere decir el Benéfico. Cada año, durante treinta días, acarrea el ámbar. Pues río arriba, en las montañas, existen árboles —dicen— que crecen a lo largo del río y en ciertas estaciones lloran y

derraman lágrimas de resina que caen en el río y se endurecen al punto. El mismo árbol se denomina *liptocoro* que significa el amable.

Cerca del nacimiento del río del que hemos hablado, crece una flor púrpura. En la misma región, vive un animal del tamaño de un escarabajo rojo. Tiene patas muy largas y el cuerpo tan blando como el de un gusano. Vive en los árboles que llevan el ámbar, se alimenta de sus frutos y mata al árbol, exactamente como entre nosotros, los insectos que matan las vides. Los indios lo trituran y emplean este polvo para teñir de rojo sus telas.

En esta misma región viven hombres con cabeza de perro y vestidos de pieles. Carecen prácticamente de lenguaje. Ladran como canes y se entienden muy bien entre ellos. Sus dientes y uñas son más largos que los de los perros. Tienen la piel negra y el sentido de la justicia. Se entienden perfectamente con los demás indios. Comprenden perfectamente el indio pero sólo pueden responder ladrando o con gesticulaciones como entre nosotros los sordomudos. Los indios los llaman calistrios, es decir, cabezas de perro. Alcanzan la cifra de unos ciento veinte mil.

Estos hombres cabezas de perro habitan especialmente en las montañas. Viven de la caza y no trabajan nunca. Cuecen o secan al sol las carnes de los animales que matan y crían rebaños de ovejas y cabras, cuya leche beben. Se nutren de los frutos del liptocoro, el árbol del ámbar. Este fruto tiene un sabor azucarado. Lo secan al sol y lo comen como se hace entre nosotros con las uvas. A veces construyen balsas en las que cargan esos frutos secos, ámbar y flores púrpura para teñir, que van a vender a los indios. A cambio, les compran pan, harina y algodón y otras veces también espadas, arcos y jabalinas que utilizan para cazar.

Los cabezas de perro no viven en casas sino en grutas. Cazan los animales salvajes con arco y jabalina y a menudo a la carrera pues corren muy rápido. Las mujeres sólo se lavan una vez al mes y los hombres nunca, excepto las manos. Se ungen el cuerpo tres veces al año con un líquido graso que extraen de la leche. Sus vestidos son de pieles curtidas y muy delgadas, salvo los ricos, muy poco numerosos, que llevan lino. Por todo lecho se contentan con hojas. Algunos propietarios poseen rebaños, pero la mayoría del tiempo todas las riquezas del grupo forman parte del patrimonio común. Todos, hombres y mujeres, tienen una cola más arriba de las nalgas, como los perros, con la única diferencia de que es más velluda. Se hacen el amor por detrás, como los perros, y hacerlo de otra manera sería el mayor de los insultos. Son de un natural apacible, aman la justicia y alcanzan gran longevidad.

Más allá de los hombres cabezas de perro viven otros indios, muy negros. No trabajan nunca, no comen jamás trigo ni beben nunca agua. Se alimentan exclusivamente de leche de cabra u oveja. Sus hijos nacen sin ano y así nada pueden expeler. Sus excrementos salen por el mismo conducto que la orina en forma de sustancias turbias, algo así como queso, pero menos compactas. Existe asimismo, en el río Indo, un gusano que se

asimila bastante en su forma al gusano de la higuera. Tiene unos siete codos de largo. Es tan grueso que a un chico de diez años le costaría trabajo tomarlo en sus brazos. Este gusano sólo tiene dos dientes, mas, todo cuanto logra atrapar con ellos, lo devora. Pasa el tiempo en el cieno del río, sale de noche y se arroja sobre todo cuanto encuentra: buey, camello... Lo muerde, lo arrastra hasta el río y no tiene ni para un diente. Se le atrapa con un gran anzuelo en el que se engancha un cordero o cabrito. Una vez cogido, el gusano es colgado durante treinta días sobre recipientes de barro y destila en ese tiempo un aceite muy viscoso que llena por lo menos diez tinajas. Una vez concluido, se tira al animal, se sellan las tinajas y las llevan al rey. Nadie, excepto él, tiene derecho a tener este aceite. Inflama todo cuanto toca, madera o carne.

En las montañas de la India donde crecen las cañas, existe un pueblo de unas treinta mil personas cuyas mujeres sólo dan a luz una vez en la vida. Sus hijos nacen con una dentición magnífica. Hombres y mujeres vienen al mundo con los cabellos blancos y el pelo sigue blanco hasta los treinta años. Luego, se tornan oscuros, de suerte que a los sesenta años, tienen la barba y el pelo negros como el ébano. Tienen ocho dedos en cada mano y en cada pie. Son de natural muy belicoso. Tienen las orejas tan largas que se tocan una con otra y les cubren la espalda y los brazos hasta los codos...

Y el escritor bizantino Focio que refiere en sus Comentarios *este texto de Ctesias de Cnido, añade como epílogo: «Ctesias afirma haber visto con sus propios ojos la mayor parte de estas cosas. Ha omitido voluntariamente ciertos hechos y ciertas historias por temor a que se le acusase de haber escrito cosas increíbles.»*

CRONOLOGÍA DE LOS PRINCIPALES PUEBLOS Y REYES DESCRITOS POR HERODOTO

Egipto	Oriente Próximo	Mesopotamia	Persia
		Asentamiento de los sumerios en la Baja Mesopotamia	
Mines (Min) I faraón de Egipto			
2700 Kheops			
2600 Khefrén y Micerino. Construcción de las grandes Pirámides			
1970 ¿Sesostris?			
1800 Construcción del laberinto de Meris		1800 Apogeo del Imperio babilónico	
	1600 Imperio hitita en Anatolia		
	1400 Invención del alfabeto		
1300 Ramsés II			
1200 Ramsés III (Ramsinitas)	1200 Establecimiento de los frigios		1200 Llegada de los medos y persas al Irán
		1137 Nabucodonosor es rey de Babilonia	
	900 Ciudadelas frigias		
	800 Fundación de Gordión, capital de Frigia		
	750 Formación del reino de Lidia		

Egipto	Oriente Próximo	Mesopotamia	Persia
715 Invasión de Egipto por el rey etíope Cabako (Sabakos)			
		710 Sargón, rey de Babilonia	
	698 Invasión de Frigia por los cimerios. Muerte del rey frigio Midas		
	687 Giges sucede al rey Candaules en el trono de Lidia		
			679 Invasión de los escitas en Media
670 Necao (Necos) manda excavar un canal del Nilo al Mar Rojo			
	667 Giges detiene la invasión cimeria en Lidia		667 Los medos someten a los persas
664 Psamético se destierra a Siria			
663 Psamético I			
	652 Muerte de Giges. El rey Ardis le sucede		
	650 Invención del dinero por los lidios		
		625 Los escitas atraviesan Asiria	625 Los medos conducidos por Ciaxares expulsan a los escitas y conquistan todo el Irán

Egipto	Oriente Próximo	Mesopotamia	Persia
		612 Toma de Nínive por los medos. Fin del reino de Asiria	
594 Psamético II	594 El rey lidio Aliates ocupa Anatolia		
588 Apríes			
568 Amasis es rey			
	561 Creso es rey de Lidia		
		556 Nabónides es rey de Babilonia	
			550 Ciro se rebela contra Astiages y funda el Imperio persa
	544 Toma de Sardes por Ciro		
		539 Toma de Babilonia por Ciro	
			530 Cambises sucede a Ciro en el trono de Persia
526 Muerte de Amasis			
525 Psamético III			
525 Conquista de Egipto por Cambises. Egipto se convierte en una satrapía del Imperio persa			

Egipto	Oriente Próximo	Mesopotamia	Persia
			521 Darío es rey de los persas
	512 Campaña de Darío en Tracia y luego en Escitia		
	490 Batalla de Maratón		
			486 Muerte de Darío. Jerjes es rey de los persas
	485 Nacimiento de Herodoto en Halicarnaso		

ÍNDICE DOCUMENTAL

Adimárquidas.—Tribu de la costa libia que ocupaba la región de la actual ciudad de Solum. Aquí el rey desfloraba a las jóvenes núbiles.

Agatirsos.—Pueblo escita de la orilla izquierda del Danubio. Tenían las mujeres en común y gustaban de adornarse con joyas.

Akis.—El actual río Atrek que desemboca en el mar Caspio.

Alazones.—Pueblo de escitas sedentarios instalado entre el Bug y el Dnieper. Se ha descubierto en esta región un pueblo de escitas cultivadores en Kaminskoe.

ALIATES.—Rey de Lidia que reinó de 610 a 561. Anexionó a su país Anatolia occidental.

AMASIS.—General del ejército egipcio que tomó el poder en 568 a raíz de una rebelión de soldados. Seguía reinando en Egipto cuando el rey persa Cambises invadió el país en 526. Murió el mismo año. Psamético III le sucedió por seis meses solamente, antes de capitular ante Cambises.

Amazonas.—Pueblo mítico de mujeres guerreras, gobernado por una reina y que vivían de caza y pillaje. Se situaba su reino ya a los pies del Cáucaso, ya en Tracia, ya en Crimea. No admitían hombres más que a título de domésticos y cortaban el pecho derecho de sus hijas para que tirasen mejor con el arco. Pasaban la vida a caballo. Se encuentran esas intrépidas mujeres en muchas leyendas griegas: Combaten a Heracles cuando viene a apoderarse del cinturón de su reina Hipólita; invaden Ática tras el rapto de una de ellas (Antíope) por Teseo. Tenían por diosa a una virgen cazadora que los griegos asimilaron a Artemisa. La etimología propuesta por Herodoto no corresponde a la etimología tradicional que se daba: A-mazon (las que no tienen pechos).

Amonios.—Habitantes del oasis de Amón, hoy oasis de Siuah. Su nombre proviene del importante santuario de Amón a quien se venía a consultar desde todos los países del mundo antiguo.

Andrófagos.—Pueblo indoeuropeo del norte del Dnieper. Su nombre significa devoradores de hombres. Al parecer practicaron el canibalismo ritual.

APRIES.—Rey de Egipto que reinó, no durante veinticinco años —como afirma Herodoto—, sino de 588 a 568.

Árabes.—Herodoto menciona bajo este nombre las tribus semitas que habitaban las regiones situadas al sur del mar Muerto, entre otras, los nabateanos. Cuando dos árabes desean prestar juramento, tiñen con su sangre siete piedras colocadas entre ellos. Su corte de pelo sería el del mismo Baco. Asimismo se describen los árabes en la séptima *Investigación,* a propósito de los contingentes extranjeros del ejército de Jerjes: «Tenían largos vestidos sujetos por un cinturón, y por armas grandes arcos que sostenían en la mano derecha y tensaban encorvándolos.»

Arabia.—Herodoto llama Arabia a la región que corresponde hoy al sur de Palestina y a la costa oriental del mar Rojo.

Araxes.—Existe aún en nuestros días un río Araxes, que sirve de frontera entre Persia, Armenia y Transcaucasia, pero ni su curso ni su desembocadura corresponden a la descripción de Herodoto. No hay motivo para identificarlo con el Oxus —como suele hacerse— (el actual Amu-Daria), ya que Herodoto distingue cuidadosamente ambos ríos.

Arderica.—Aldea de Asiria, en las proximidades de Babilonia. Herodoto la describe con más pormenores en su quinta *Investigación:* «Está a doscientos estadios de Susa y a cuarenta de ese extraño pozo del que se extrae sal, aceite y asfalto. Así es como se procede: se emplea un torno y en el extremo de la cuerda se ata la mitad de un odre. Se sumerge este odre en el líquido y se retira. A continuación se echa en un pilón de donde el líquido pasa a otro pilón fragmentándose: el asfalto se deposita instantáneamente, la sal cristaliza y únicamente el aceite corre hasta el final en los recipientes donde se recoge. Los persas llaman a este aceite *rhadinake,* es decir, petróleo. Es negruzco y produce un fuerte olor.» Es la más antigua mención conocida relativa al petróleo.

ARGANTONIO.—Rey que reinó en la ciudad de Tartesos en el siglo VI; durante ciento veinte años dice Herodoto; durante ciento cincuenta afirma Plinio el Viejo.

Argipeos.—Pueblo escita con elementos mongoloides. Los argipeos se afeitaban totalmente el cráneo, lo cual explica el desprecio de Herodoto, que los cree calvos. Vivían como los actuales kalmuks cuyo territorio ocupaban, entre el mar de Aral y Afganistán, en cabañas laponas o tiendas de fieltro.

Arimaspos.—Pueblo mítico que se suponía vivía en el extremo norte, allende el Ural. Los arimaspos sólo tenían un ojo. Se han sugerido varias interpretaciones para explicar este nombre. Nótese que ciertos lingüistas rusos, como Abayev, han encontrado estructuras comunes a la lengua escita y a la lengua oseta. La raíz *asp-,* al significar caballo en escita, arimaspo (palabra transmitida deformada por Herodoto), significaría el Pueblo de los caballos. Los arimaspos serían en tal caso un pueblo de jinetes nómadas que vivían en la región de Altai.

Asbistas.—Población de la costa libia que ocupaba la región de la actual Cirene. Pasaban por ser excelentes conductores de carros.

ASTIAGES.—En iraní Ichtumegu. Último rey de Media, que reinó de 585 a 550 y fue destronado por su nieto Ciro.

Atarantes.—Pueblo libio que ocupaba el actual Fezán y tal vez el macizo de Tasili. Pasaban el tiempo —asevera Herodoto— denostando al sol.

Atlantes.—La palabra atlante en Herodoto no designa a los habitantes del continente mítico de la Atlántida sino a las tribus que vivían al pie del Monte Atlas, que situaba cerca de las Columnas de Hércules, al noroeste de África.

Atlas.—Originariamente —conforme a las leyendas griegas— Atlas fue un gigante, hermano de Prometeo, que tomó parte en la batalla de los gigantes contra los dioses. Vencido por Zeus, fue condenado a sostener la bóveda celeste sobre sus hombros y relegado a lo último de la tierra, cerca del Jardín de las Hespérides. Cuando el héroe Perseo volvió de su expedición entre los gorgones, Atlas le negó la hospitalidad. Perseo entonces esgrimió la cabeza de Medusa que petrificó instantáneamente al gigante y le transformó en montaña. Las tradiciones griegas lo situaban ya en la costa mediterránea de España, ya, como Herodoto, en la parte noroeste de África.

Augila (Oasis de).—Oasis del desierto libio, correspondiente a la actual Audjila.

Auses.—Pueblo libio que vivía en las orillas de la Pequeña Sirte. Practicaban la poligamia y la poliandria y al parecer no se inquietaban por sus consecuencias: «Cuando un niño nace entre los auses, se esperan dos meses, luego reúnen a todos los hombres y aquel a quien más se parece, le proclaman padre.»

Aziris.—Antigua ciudad de Libia que corresponde quizá a la actual ciudad de Bernah. Herodoto en un pasaje anterior no citado, la describe como «enmarcada por hermosos vallecillos con arbolado, a orillas de un río».

Babilonia.—Capital de Mesopotamia, situada a unos kilómetros al sur de Bagdad. Los más antiguos vestigios se remontan al siglo XXIV a. de J. C. Conoció dos períodos florecientes en el siglo XVIII bajo la dinastía de los Hammurabi y en el siglo VII bajo la de los neobabilonios. Fue tomada por Ciro en 538. Cuando la visitó Herodoto, hacia 480, seguía ocupada por los persas. Después de su victoria fue cuando Ciro liberó a los judíos deportados a Babilonia y les restituyó los objetos robados por los babilonios al templo de Jerusalén. La alegría de los judíos fue tal que Isaías llamará a Ciro «el Ungido de Yahvé».

Barca.—Antigua ciudad de Libia, fundada como Cirene por colonos griegos y correspondiente a la actual Barce, algo antes de Benghazi.

Boristenes.—El río Boristenes es el Dnieper que desagua en el mar Negro. Su puerto era Olbia, colonia helena, que mantuvo importantes relaciones comerciales con los pueblos escitas de Rusia del sur.

Bubastis.—Esta palabra significa Casa de Bastet. Era una ciudad del Bajo Egipto donde se hallaba un templo importante de la diosa-gata Bastet. Allí se celebraban cada año fiestas muy populares descritas por Herodoto, en honor de Bastet, que también llama Bubaste. Sus ruinas se denominan hoy Tel Basta.

Budinos.—Pueblo de escitas cazadores que vivían en las regiones boscosas del curso superior del Bog.

Butona.—Ciudad del Bajo Egipto en la que se encontraba un importante santuario de la diosa Uadjet (asimilada a Latona, madre de Apolo y de Artemisa). Había sido nodriza de Horus en las marismas, cuando la huida de Isis, actualmente Tel el Farain.

Caditis.—Actual ciudad de Gaza, al sur de Palestina.

CAMBISES.—Hijo de Ciro el Grande. Reinó de 528 a 522. Se trata de Cambises II (pues Cambises I, padre de Ciro, no reinó nunca). Su nombre persa es Kambujiya.

Camino Real.—El Camino Real iba de Sardes a Susa. Fue construido bajo Darío, pero su trazado seguía el de una carretera comercial que unía Sardes con la provincia de Pteria en Capadocia. Dicho camino antiguo pasaba por Pesimonte, Gordión (capital del reino de Frigia), Ancira (la actual Ankara) y Pteria. El Camino Real —según las cifras facilitadas por Herodoto— representaba 2.700 kilómetros con ciento once etapas a todo lo largo del trayecto. Esto es lo que afirma Herodoto en su quinta *Investigación:* «Hallamos en todo el recorrido de este camino (de Sardes a Susa) numerosas postas y excelentes caravaneras. Se atraviesan ininterrumpidamente países habitados con toda seguridad. Veinte postas sirven de paradas a través de Lidia y Frigia. En los confines de Frigia se llega al río Halis, dominado por gargantas que hay que salvar antes de atravesar el río y vigiladas por una importante fortaleza. Se llega a Capadocia desde donde alcanzamos en veintiocho etapas las fronteras de Cilicia. Atravesamos dos desfiladeros custodiados por dos fortalezas y llegamos en tres etapas a Armenia. Un río navegable, el Éufrates, sirve de frontera entre ambos países. En Armenia se encuentran quince postas que disponen cada una de una guarnición. Cuatro ríos navegables surcan el país. El primero es el Tigris, el segundo y tercero tienen el mismo nombre, aunque se trate de dos ríos diferentes cuyo nacimiento es Armenia para uno y para el otro Matiene. El cuarto es el Gindo. Desde Armenia al país matieno hay cuatro etapas y desde aquí hasta el río Coaspes, once etapas. Junto a dicho río Coaspes se ha construido la ciudad de Susa. Así pues, son un total de ciento once etapas las que se han de recorrer para ir de Sardes a Susa.»

Independientemente de los viajeros, este Camino Real lo recorrieron los

correos que se relevaban con frecuencia y conseguían «medias» notables. Véase igualmente cuanto dice Herodoto en la octava *Investigación:* «Nada ni nadie es más rápido en el mundo como esos correos reales. Los persas han imaginado el correo de la siguiente forma: El camino está jalonado de postas, a razón de una posta por etapa diaria y de un hombre por jornada. Asi, esos correos recorren el camino en todo tiempo ya nieve o llueva, ya sea de noche, con extrema rapidez. Los persas llaman a las postas *angareion.*»

CANDAULES.—Último rey de Lidia, de la dinastía de los Heráclidas. Fue asesinado por Giges en 670.

Caria.—Caria ocupaba el litoral y montañas de Asia Menor, entre Lidia al norte y Licia al sur. Su capital, Milasa, cayó en poder de los persas, en la segunda mitad del siglo VI.

Carios.—Habitantes de Caria. Fueron sometidos por Creso y luego por Ciro. Pasaban por haber inventado los penachos que se colocan en lo alto de los cascos, los emblemas y los agarradores interiores de los escudos. Muchos carios se establecieron en Egipto donde los emplearon como mercenarios.

Caspatiro.—Ciudad de la India, no identificada. La Pactiquia corresponde a la actual provincia de Pendjab.

Casitérides (Islas).—Su nombre proviene de *Casiteros,* estaño. Se identifican con las islas Scilly, cerca de Cornualles. De aquí salía el estaño para Grecia.

Cáucaso.—Herodoto menciona el Cáucaso y sus habitantes en la primera *Investigación.* Era un pueblo selvático que se alimentaba de frutos y teñía sus tejidos con un tinte indeleble que se obtenía macerando hojas.

Caunios.—Pueblo de Asia Menor. Los caunios admitían con agrado las mujeres en sus banquetes, lo cual no deja de sorprender a un griego como Herodoto, para quien las mujeres nunca son admitidas a las festividades de los hombres. Golpean el aire a lanzazos cuando desean expulsar a las divinidades extranjeras.

CIAXARES.—Rey de Media, que reinó de 625 a 585 (pues la ocupación escita se extendió desde los años 653 a 625).

Cimeria.—Cimeria ha dado su nombre actual a Crimea. Lo que Herodoto llama el Bósforo cimerio es el actual estrecho de Kertch. Restos de murallas y fosos que pudieron corresponder a las ruinas mencionadas por Herodoto, existen aún en la península de Kertch.

Cimerios.—Según Ghirshman (*Persia,* Universo de Formas, Gallimard), los cimerios deben ser identificados con los autores de la civilización del Luristán. Se reunían en anfictionías, en ciertos lugares, como lo siguen haciendo hoy los lures nómadas.

Originarios de la actual Crimea, habrían invadido, en el siglo VIII, el reino de Urartu (Armenia turca) y la Media. Los trabajos de Piotrivski sobre el reino de Urartu y los de Melikishvile y Diakhonov, autores de una *Historia de Media* siguen el mismo camino.

Los cimerios eran jinetes nómadas que, en el transcurso de su asentamiento en Media, se fusionaron con los medos. Tienen un parentesco étnico cierto con los medos y las mismas divinidades. Entre estos dioses figuraba *Sraosha* «dios que lucha entre dos animales», asociado a Mithra. Es un dios justiciero que lucha contra los demonios. Había igualmente una gran diosa de la fecundidad, *Ashi,* así como *Mithra* «el ilustre del collar de oro», y *Zurvan,* dios del firmamento y del destino. Textos asirios mencionan una alianza de los medos y cimerios en 673 contra los asirios. El alma de esta rebelión fue un tal Kashtariti (a quien se identifica con el Fraortes de Herodoto). El nombre de cimerios aparece por primera vez en Asia anterior hacia 722-715, durante sus luchas contra el reino de Urartu.

Los arqueólogos rusos dan, a propósito de los cimerios, indicaciones diferentes. Los identifican con los autores de lo que se llama la «cultura de catacumbas» o «civilización de las catacumbas» que fue muy im-

portante en la Rusia del sur. A esta civilización sucedió la que se llama la «civilización de las tumbas de armazón» (hacia 1000-900 a. de J. C.), atribuida a pueblos protoescitas.
Las excavaciones efectuadas en Crimea por los arqueólogos rusos han revelado que los cimerios —pese a lo que afirma Herodoto— no todos fueron expulsados por los escitas. Tras la penetración escita en Crimea, siguieron teniendo pueblos, incluso ciudades, como Cimeric (colonia griega fundada sobre un campamento cimerio, cerca de la actual ciudad de Kertch) y otras en la orilla derecha del Dnieper. Se ha descubierto un campamento cimerio tardío, que data del siglo VII a. de J. C., en la orilla derecha del pequeño río Tchernoleska, en la región de Kirovograd.

Ciranis (Isla).—Isla de la costa de Libia, correspondiente geográficamente a las islas Kerkena, frente a Sfax.

Cirnos.—Nombre griego de Córcega. La batalla naval mencionada por Herodoto entre los tirrenos (etruscos), cartagineses y focenses tuvo lugar en el mar de Cerdeña en 538 antes de J. C.

CIRO.—El Ciro cuya infancia y subida al trono narra Herodoto es Ciro II llamado el Grande. Fue nieto de Astiages por parte de su madre Mandana. Oriundo de la familia de los Aqueménidas, fundó el Imperio persa y arrebató el trono a Astiages en 558. Inteligente, generoso, hábil, ha dejado, pese a sus numerosas conquistas, el recuerdo de un rey justo y prudente admirado por sus propios enemigos. Su leyenda, ampliada y «novelada» por Jenofonte, dio origen a la *Ciropedia* o *Educación de Ciro*. Platón habla de él en idénticos términos en su *Diálogo de las Leyes*.

CLEOBIS Y BITÓN.—Las dos estatuas de Cleobis y Bitón mencionadas por Herodoto en la primera *Investigación*, con ocasión de la conversación entre Creso y Solón, han sido descubiertas en Delfos en 1893 por los arqueólogos de la Escuela Francesa. Sus pedestales incluían fragmentos de inscripción que confirman de todo punto el relato de Herodoto. Actualmente se encuentran en el Museo de Delfos.

Cnidios.—Habitantes de la península de Cnido, en el extremo suroriental de Turquía.

Cocodrilópolis.—Nombre griego de la capital de Fayum, que significa Ciudad de los cocodrilos. El dios cocodrilo Bobek (en griego Sukhos) tenía allí un santuario famoso, hoy Medinet el Fayum.

Cólquida.—País situado al pie del actual Cáucaso, en la orilla oriental del mar Negro. Fue a Cólquida a donde Jasón se dirigió en busca del Vellocino de Oro.

Crestoneos.—Herodoto no hace más que mencionar los crestoneos sin describirlos. Se trata de un pueblo tracio cuyos vecinos, establecidos al norte, practicaban la poligamia. La esposa preferida de cada difunto era inmolada sobre su tumba, entre los parabienes de todos.

CRESO.—Rey de Lidia. Sucedió a Aliates en 561 y reinó hasta la toma de Sardes por Ciro, en 546.

Chemnis.—Ciudad de Egipto, donde se hallaba un santuario de Perseo; llamada también Panópolis, hoy Akhmin.

DARÍO.—El Darío mencionado por Herodoto, que llegó al poder gracias a la astucia de su escudero, y emprendió una campaña militar desastrosa en Escitia, es Darío I, en persa Darayaraush. Reinó de 521 a 486. Fue hijo de Vishtaspa (en griego Hitaspes), gobernador de la provincia de Partia e Hicarnia y en la inscripción de Bisutun declara que venció al mago Gautama, con otros seis conjurados. Reorganizó por completo la administración del Imperio, instituyó satrapías o provincias regidas por gobernadores, y mandó construir el famoso Camino Real que unía Susa con Sardes.

DEJOCES.—Jefe medo, que fundó la primera dinastía meda hacia 715. Estableció la capital del reino medo en Ecbatana (la actual Hamadán).

Elefantina.—Ciudad situada junto al Nilo en el Alto Egipto, a nivel de la primera catarata. Hoy Asuán. Se creía que el Nilo nacía cerca de Ele-

fantina, en la caverna del dios Hapy. Esta ciudad desempeñó un importante papel como ciudad fortaleza y puesto fronterizo. Su nombre proviene de *elefantis* (marfil), que a la sazón se importaba de Etiopía.

Eridano.—El Po. Ciertas tradiciones antiguas —como lo prueba la leyenda de los argonautas— unían el Eridán con el Danubio (Íster), lo cual permitió a Jasón y al navío *Argo,* volver a Grecia desde el mar Negro remontando el curso del Danubio y bajando por el del Po hasta el mar Tirreno. Herodoto ignora, aparentemente, esta tradición.

Eritreo.—Herodoto y los geógrafos antiguos llamaban mar Eritreo al mar Rojo, al golfo Pérsico y al océano Índico. Asimismo, existía hacia el estrecho de Gibraltar (las Columnas de Hércules) una isla Eritrea. *Eritrea* en griego significa rojo.

Escitas.—Pueblo de Rusia del sur, perteneciente a la rama indoiraní del grupo indoeuropeo. Entre todos los pueblos que Herodoto llama escitas, únicamente los escitas reales corresponden étnicamente a los escitas. Su civilización, nómada o semisedentaria, se caracteriza por el uso del hierro y del caballo y por una división social tripartita (agrícola, guerrera y religiosa). Los escitas se describen con detalle en este índice, en cada nombre tribal.

Etíopes.—Los etíopes pasaban en la Antigüedad por hombres altos, guapos y longevos. Se alimentaban de carnes cocidas y sólo bebían leche. Herodoto recibió información sobre ellos cuando permaneció en Elefantina. En la séptima *Investigación* da algunas precisiones sobre su vestido y peinado. La palabra *etíope* servía en la Antigüedad para designar cualquier hombre de piel negra y, de hecho, corresponde al término actual *negro.* Pero Herodoto establece la distinción entre los etíopes de África (de raza negroide) y los que él llama los etíopes de Asia, que son dravidianos de raza blanca, aunque de piel morena. Unos y otros, figuran entre los contingentes extranjeros del ejército del Gran Rey. «Los etíopes de Asia tienen el pelo hirsuto —escribe— y los de Libia el más crespo que existe.» Los etíopes de África estaban cubiertos «de pieles de panteras y leones», los de Asia «de pieles de cabeza de caballo, arrancadas con las orejas y crines»; la crin les servía de penacho y las orejas se fijaban de modo que se mantuvieran derechas. Tenían pieles de grulla en lugar de escudos.

Etiopía.—Etiopía, para los geógrafos antiguos, señalaba el último límite de las tierras habitadas hacia el sur. Se la cita en la *Odisea,* y ya pasaba por una comarca maravillosa, poblada de hombres muy guapos. Herodoto sólo conoce, en materia de Etiopía, lo que corresponde a la actual Nubia, y Sudán, en su parte septentrional, hasta Kartum. La capital antigua fueron sucesivamente Napata y Meroe, ciudades situadas a nivel de la cuarta y sexta cataratas. Los egipcios llamaban Etiopía al país de Kuah.

Evespéride.—Ciudad de Libia, que corresponde a la actual Benghazi.

Fasis.—Río de Cólquida, el actual Rion, que desemboca en el mar Negro, al pie del Cáucaso.

Fla (Isla de).—Isla de la costa libia, que corresponde sin duda a la actual isla de Djerba, en la Pequeña Sirte.

Focea.—La ciudad de Focea se hallaba al norte de la actual ciudad de Izmir, frente a la isla de Quío.

Fraortes.—Rey de Media, que reinó de 675 a 653. Se identifica con Kashtariti, que se rebeló contra los asirios en 673 a. de J. C.

Gadeira.—Ciudad antigua de Iberia (España), que se identifica con el Cádiz actual.

Garamantes.—Pueblo libio que vivía en el actual Fezán. Los bueyes de cuernos curvados hacia adelante figuran en los frescos y pinturas rupestres de Tasili. Los garamantes pudieron ser uno de los pueblos que ocuparon ese macizo.

Gelones.—Pueblo de escitas sedentarios y cultivadores, asentado en el curso superior del Bog y del Don. La existencia de establecimientos escitas sedentarios, entre otros, de grandes

pueblos de madera, lo han confirmado las excavaciones. Originariamente, dichos pueblos fueron simples cercados para hombres y rebaños, que se agrandaron y se hicieron grandes pueblos. Se han encontrado igualmente, en algunos de esos establecimientos, talleres artesanos para trabajar el hierro. Un gran espacio vacío separaba, generalmente, las paredes de madera de la zona habitada, a causa de las flechas ardiendo que lanzaban los enemigos.

Getas.—Pueblo tracio que vivía a ambas orillas del Bajo Danubio. Adoraban un dios por nombre Zamolxis, y creían en la resurrección de los cuerpos después de la muerte.

GIGES.—Rey de Lidia, que reinó de 670 a 652. Corresponde, sin duda, a ese «Gugu, rey de Luddi» que mencionan los documentos asirios, y rechazó la invasión cimeria.

Giligamos.—Población de la costa libia establecida al oeste de los adirmáquidas. Cultivaban el silfio, planta hoy desaparecida y nunca identificada.

Gindanes.—Tribu costera de Libia. Por cada nuevo amante, las mujeres gindanas se colocaban un brazalete en el tobillo.

Gindes.—Río de Mesopotamia, el actual Diyala, afluente del Tigris.

Halis.—El actual río Kizil-Irmak, que atraviesa Anatolia y desemboca en el mar Negro, entre el antiguo Sinope y Samsun.

Helesponto.—El actual mar de Mármara. Una leyenda que se relaciona con la de los argonautas, narraba cómo Hele, descendiente de Helenos, héroe epónimo de los griegos, huyó por los aires en un carnero volante y cayó en el mar que hoy lleva su nombre. Ese carnero volante del Vellocino de Oro, fue el que Jasón buscó en Cólquida.

Hermo.—Llamado «rocoso» por Herodoto por estar seco su cauce en verano. Corresponde al actual río Gediz, que desagua en el mar Egeo, al norte de Izmir.

Hipanis.—Río de Escitia. El actual Bog, que desagua en el mar Negro. La ciudad de Olbia se hallaba junto a su desembocadura.

Hiperbóreos.—Pueblo mítico, que vivía en el extremo septentrional de la tierra. Su nombre *hiper-bóreo* significa más allá del viento del norte. Pasaba por no conocer ni enfermedad ni vejez. Homero y Píndaro lo mencionan. Se suponía que el dios Apolo permanecía en él cada nueve o diez años y cantaba cada noche sus propios himnos, entre el equinoccio de primavera y la salida de las Pléyades. Poseía un templo circular en el centro de la ciudad.

Hirsis.—Río de Escitia; el actual Donetz.

Iberia.—Los antiguos llamaban Iberia a toda la costa oriental de España. También existía una Iberia en Georgia.

Ictiófagos.—Los ictiófagos —cuyo nombre significa devoradores de peces— eran pueblos de pescadores, establecidos en la costa egipcia del mar Rojo.

IDANTIRSO.—Rey escita cuya existencia histórica parece probable. Resistió a la invasión persa con los otros jefes Taxacis y Scopanis hacia 516 antes de J. C.

India.—La India señalaba, para Herodoto, los límites orientales de la tierra habitada. Para él, se detenía en el Indo y en el desierto del Thur, es decir, en el actual Pakistán. Ciertas tradiciones recogidas por Ctesias de Cnido y, más tarde, por el escritor Arriano, ya mencionan la existencia de los brahamanes e incluso yoguis. Los pueblos indios citados por Herodoto, son los pactíes y padeos.

Isedones.—Pueblo indoeuropeo que habitaba al oeste del mar Caspio y al sur del Ural. Un afluente del río Tobal, el Iset, sigue llevando su nombre.

Íster o Istro.—El Danubio. Su curso pasaba por simétrico al del Nilo en Libia. Se creía que nacía en territorio de los celtas, en Pirene (que Herodoto toma por una ciudad en vez de una montaña). Otras tradiciones desconocidas de Herodoto lo unían con el Eridano (el Po).

KEOPS.—Faraón de la IV dinastía, que reinó hacia 2700 a. de J. C.

KEFRÉN.—Faraón egipcio. Sucedió a Keops hacia el 2665.

Laberinto.—Nombre dado por los autores antiguos a los sótanos del palacio minoico de Cnossos, en Creta, y al templo funerario que el faraón Ammenemes III hizo construir cerca del lago Meris.

LABINETES.—Su verdadero nombre fue Nabónides. Último rey de Babilonia. Reinó de 555 hasta la toma de la ciudad por Ciro, en 538.

Lago de Giges.—El actual lago Mermere Golu, al norte de Sardes.

Libia.—Los geógrafos antiguos llamaban Libia a todos los países situados en África. El término abarca, por consiguiente, tanto el desierto de la Libia actual, como cualquier país africano. La Libia de Herodoto comprendía todos los países del litoral mediterráneo, que conocía bastante bien, hasta el actual Túnez, los montes del Atlas y la costa marroquí, y el desierto del Sahara, que conocía por los relatos de los nasamones y garamantes.

Licia.—Comarca de Asia Menor, limítrofe de Caria al norte. Su capital era Xanto. Conquistada por Harpajes, fue incorporada al imperio de Ciro.

Licios.—Pueblo de la costa sur de Asia Menor. Todavía poseían, en la época de Herodoto, costumbres matriarcales.

Lidia.—Región de Asia Menor, ribereña del mar Egeo y bordeada al sur por el río Meandro. Su capital fue Sardes y sus principales ciudades: Éfeso, Colofón, Lebedos, Teos, Clazomenes y Focea. Tuvo como soberanos legendarios a Tmolos y Onfalo, y por reyes históricos a veintidós de la dinastía de los Heráclidas, y a cuatro reyes de la dinastía de los mermnades. Su historia abarca desde el siglo XII hasta el siglo VI, cuando Sardes cayó en poder de Ciro en 546. El monte Tmolos y el río Pactolo llenaban de oro las arcas lidias. La única maravilla que merecía la pena visitarse en Lidia, era la tumba del rey Aliates, cerca del lago de Giges.

Lidios.—Uno de los pueblos más importantes de Asia Menor. Inventaron el uso de la moneda. Parece ser que tuvieron un gusto y talento acentuado por el comercio, así como una inmoderada afición al oro, hasta el extremo de prostituir a sus propias hijas.

Lotófagos.—Pueblo ya citado en la *Odisea.* Su nombre significa devoradores de lotos. El loto sería tanto la azofaifa como el dátil cuya dulzura (tan nueva para ellos) habría seducido a los compañeros de Ulises, de suerte que olvidaron sus hogares. Se los situaba tradicionalmente en las márgenes de la Pequeña Sirte y en la isla de Djerba (isla de Fla).

Macas.—Pueblo de la costa libia. Llevaban una especie de copete en la cabeza; peinado que aún se encuentra entre ciertos pueblos de los oasis egipcios.

Magos.—Los magos no eran un pueblo sino una casta sacerdotal de raza meda, que disponían en la antigua Persia de ciertos privilegios hereditarios, religiosos y políticos. Celebraban los sacrificios del fuego, recitaban los himnos sagrados de los gathas, interpretaban los sueños y prodigios. Dieron origen más tarde a la leyenda de los Reyes Magos.

MANETÓN.—Sacerdote egipcio del siglo III a. de J. C., que escribió en griego *Relatos Egipcios,* desgraciadamente perdidos. Sólo quedan fragmentos citados por diversos autores griegos y latinos. Con todo, han permitido reconstituir ciertas listas dinásticas egipcias.

Masagetas.—Pueblo indoeuropeo establecido entre el mar Caspio y el mar de Aral. Muchos historiadores rusos lo identifican con los autores de la civilización de Khorezm. El Khorezm fue un estado muy poderoso, establecido en el mismo emplazamiento que el de los masagetas y que se liberó del yugo aqueménida a partir del siglo IV. El Khorezm corresponde a la Corasmia de Herodoto.

Maxies.—Pueblo sedentario, que ocupaba las márgenes del antiguo Túnez. Se embadurnaban el cuerpo con bermellón indudablemente durante ciertas ceremonias y no cada día como cree Herodoto.

Medidas.—Herodoto utiliza en sus *Investigaciones,* cierto número de medidas de longitud y peso, cuya equivalencia damos a continuación:
Medidas de longitud: el dedo (unos 18 centímetros), el codo (entre 44 y 53 centímetros, según se trate del codo ordinario o del codo real) y la orgía (unos 1.750 metros).
Medidas de distancia: el paso (unos 75 centímetros), el pletro (unos 30 metros), el estadio (180 metros aproximadamente), la parasanga (seis kilómetros aproximadamente) y el scheno (unos diez kilómetros).
Medidas de peso: La dracma (unos cuatro gramos), el talento (unos 26 kilos) y el talento babilonio (unos 30 kilos).

Medos.—Pueblo indoeuropeo, cuyos vestigios se encuentran en el paraje de Sialk desde el siglo x. Sería el origen —afirma Ghirshman— de las vasijas descubiertas en la necrópolis B. La Media se extendía, geográficamente, desde la cadena del Elburz hasta la de Zagros, al este y al sur. Los medos cohabitaron con los escitas con ocasión de la invasión escita del siglo VIII, como lo demuestran las tumbas medoescitas de Sakarand y Kizkapan. Los medos se vestían con amplias y largas túnicas de anchas mangas. Numerosos bajorrelieves de Persépolis representan a los medos.

Melanclenos.—Pueblo indoeuropeo cuyo nombre significa: vestidos de oscuro.

MENES.—Rey cuyo nombre corresponde, sin duda, al del faraón del mismo nombre (en egipcio Menei). Fue uno de los más antiguos reyes de Egipto, aunque no el primero. La piedra de Palermo, en la que se han descubierto los anales grabados de las dinastías menfitas, cita el nombre de varios reyes que reinaron antes que Menes. Fue, desde luego, el primer soberano que pudo unificar los reinos del Alto y Bajo Egipto hacia 3000 a. de J. C. Excavaciones recientes han puesto al descubierto, cerca de Tebas, una tumba que sería la suya. La fundación del Muro Blanco co de Menfis data de la época de Menes.

Menfis.—Nombre egipcio de una ciudad del Bajo Egipto, situada en el vértice del Delta, llamada en egipcio Mennofer. Fue desde su fundación por Menes en el III milenio y hasta el Nuevo Imperio, la ciudad más importante de Egipto. Poseía un célebre santuario del dios Path y un Serapeum, donde se enterraban, después de morir, los toros o bueyes Apis.

Meotis (Lago).—El actual mar de Azov.

MERIS.—Nunca existió el faraón de tal nombre. Herodoto ha confundido el nombre del lago con el del monarca. El constructor de los diques, pirámides y laberinto del lago Meris fue el faraón Ammenemes III, que reinó de 1842 a 1797 a. de J. C.

Meris (Lago).—Hoy lago Qarun, en Fayum. Ocupa el fondo de una depresión, el Fayum, otrora mucho más vasta que hoy. Estuvo lleno de cocodrilos y la ciudad edificada en sus orillas la llamaron los griegos Cocodrilópolis. El Fayum poseía un importante santuario del dios Sobek. El lago Meris era, de hecho, una depresión natural y no la obra artificial del Faraón.

Meroe.—Ciudad a 1.100 kilómetros al sur de Elefantina, en el Sudán. Corresponde a la actual Kabuquia. Adquirió importancia a partir del siglo IV a. de J. C. La ciudad de Nepata, situada más al norte, antes de la cuarta catarata, eclipsó a Meroe como capital real etiópica cuando los soberanos etíopes reinaron en Egipto en el momento de la XXV dinastía. Existía en Meroe un santuario de Amón, construido por Ramsés II. Una estela del Museo de El Cairo en la que el rey dice haber emprendido la guerra por decreto del oráculo del templo de Amón, confirma totalmente el relato de Herodoto.

MICERINO.—Faraón egipcio, que reinó hacia el 2600. Al parecer —conforme a la descripción dada por Herodoto— éste confundió bajo el nombre de Micerino al faraón *Minkan-Ra* de la IV dinastía y al faraón Bokemref de la XXVIII dinastía.

Mundo antiguo.—El mundo conocido en la época de Herodoto —tal y como puede precisarse por sus relatos—

comprendía la mayor parte de Europa hasta la costa atlántica de España (con la ciudad de Tartesos) y las islas Scilly cerca de Cornualles. También conocía Herodoto, de oídas, la existencia de los países del ámbar, ribereños del mar del Norte y del mar Báltico. Asia incluía todos los actuales países del Próximo y Medio Oriente: Palestina, Arabia y la India hasta el Indo. Hacia el norte, Asia se detenía en los montes de Altai. Conocía de oídas la existencia de Siberia y de los pueblos finohúngaros. Libia designaba a África e incluía todo el litoral africano del norte hasta Marruecos. Herodoto sabía por los relatos de los marinos cartagineses que existían la Costa de Río de Oro y los pueblos que vivían en el macizo de Tasili. Para Herodoto la superficie de Europa equivalía a la de Asia y Libia reunidas.

Nasamones.—Pueblo de Libia, que ocupaba las márgenes de la Gran Sirte. Practicaban la poligamia y se alimentaban de leche, dátiles y saltamontes. Las formalidades del amor quedaban reducidas entre ellos a la mínima expresión: Cuando un nasamón deseaba una mujer, le bastaba con plantar su bastón ante ella. El símbolo era de los más claros.

Naucratis.—Ciudad antigua, situada en la rama canópica del Nilo, en el Bajo Egipto y fundada en el siglo VII antes de J. C. por mercaderes griegos. El rey egipcio Amasis hizo de ella una ciudad helena autónoma, que llegó a ser centro comercial y de intercambio muy importante en la época saíta.

Necos.—El faraón Necao II, que reinó de 609 a 594. Ejerció una política de expansión hacia el este y norte y controló toda Palestina y Siria. Inició, asimismo, la apertura de un canal que uniese el Nilo con el mar Rojo; canal que ya no existe hoy en día, pero cuyo trazado seguía un antiguo brazo del Nilo.

Neuros.—Pueblo escita que vivía entre el Dniester y el Dnieper. «Una vez al año cada neuro se transforma en lobo», dice Herodoto. Debe tratarse ya de una creencia relativa al duende-lobo, ya de ceremonias de iniciación durante las cuales, los jóvenes neuros se ponían máscaras de lobo.

Nilo.—El río más largo del mundo (6.500 kilómetros). Se compone del Nilo Blanco, que nace en los grandes lagos de Uganda, y del Nilo Azul, que nace en las montañas de Abisinia. Ambos Nilos se reúnen en Kartum. Sus crecidas, que intrigaron mucho tiempo a los hidrógrafos, se deben al deshielo y a las lluvias de las regiones montañosas donde nace. Éstas comienzan hacia el 15 de junio, culminan en septiembre y decrecen muy rápidamente durante el otoño. La altura e importancia de tales crecidas determinaban totalmente el riego y la vida de las tierras ribereñas. La crecida óptima era de seis codos, es decir, ocho metros. Suponían los egipcios que el Nilo era un resurgimiento del Nun, el océano primordial; resurgimiento que situaban en el Alto Egipto, cerca de Elefantina, y en el Bajo Egipto, cerca de El Cairo.

Nínive.—Capital asiria, situada en la margen derecha del Tigris, frente a Mosul. Sus orígenes son muy antiguos, pero su hora de gloria data sobre todo de Senaquerib y de Asurbanipal, en el siglo VII a. de J. C., quienes edificaron en ella suntuosos palacios. Nínive fue tomada por el rey medo Ciaxares en 612 con ayuda de los escitas y del rey babilonio Nabopalesar.

Nitocris.—Reina de Babilonia, según Herodoto. Puede tratarse de la reina Naqia, esposa de Senaquerib, que reinó de 683 a 670, o de una confusión con el nombre persa de Nabucodonosor que fue Nabukadracara y cuya consonante femenina pudo confundir a Herodoto.

Nitocris.—Reina egipcia, la cual —según Manetón— habría reinado hacia 2350.

Oaro.—Río de Escitia. El actual Volga.

Oasis de Amón.—Hoy oasis de Siuah, a 550 kilómetros al oeste de Menfis y a 350 de la costa libia. Allí se dirigían regularmente caravanas partiendo del valle del Nilo. El oasis fue mucho más rico en la Antigüedad que hoy, puesto que en él se

cultivaba la viña y produjo un célebre caldo reservado para la mesa de los faraones. Poseía un importantísimo santuario del dios Amón con un famoso oráculo que mandó consultar Creso y siglos después revelará a Alejandro su ascendencia divina otorgándole el título de «hijo de Amón».

Olbia.—Avanzadilla griega fundada por colonos oriundos de Mileto, en 545 a. de J. C., junto al mar Negro, entre la desembocadura del Bug y del Dnieper, a 38 kilómetros al sur de la actual ciudad de Nikolaiev. Olbia fue una factoría helena importante, luego una ciudad grecoescita. Los escitas vendían cereales, pieles y el oro procedente de Altai. La ciudad ocupaba, en su época floreciente, una superficie de 33 hectáreas. Las excavaciones iniciadas desde hace cincuenta años han permitido sacar a luz una necrópolis, el ágora y varios barrios de la ciudad alta. Olbia poseía casas muy espaciosas y calles bastante anchas para que pudiesen circular vehículos en ambas direcciones. Notemos que los griegos habían establecido otras factorías en Crimea, especialmente en Cherson, en la costa occidental, en pleno territorio de los táuricos, donde las excavaciones han revelado importantes explotaciones agrícolas y vinícolas.

Olimpo (Monte).—Se trata aquí del monte Olimpo de Misia, el actual monte Uludag, cerca de Bursa (Brusa).

Oxus.—El actual río Amu-Daria que desagua en el mar de Aral y hace de frontera entre la U. R. S. S. y el Afganistán.

Pactolo.—Río de Asia Menor, afluente del Hermos, cuyas olas arrastraban pepitas de oro.

Panticapes.—Panticape era el nombre de un río y de una ciudad de Escitia. El río no ha sido identificado con exactitud. Corresponde sin duda al actual Psel, afluente de la orilla derecha del Dnieper. La ciudad, de fundación griega, estaba situada cerca del estrecho de Kertch (el Bósforo cimerio de Herodoto) y fue la capital del reino del Bósforo.

Pasagardes.—Primera capital del Imperio aqueménida, construida en la provincia de Fars por Ciro el Grande, entre 559 y 550 a. de J. C. Se pueden ver en ella todavía hoy las ruinas del Palacio de Audiencia, compuesto de una sala hipóstila que daba a un triple pórtico, así como los vestigios de un templo del fuego y un monumento funerario conocido con el nombre de tumba de Ciro. Observemos que el nombre primitivo de Pasagarda fue Parsagarda, lo que significa «campamento de los persas».

Pedaseos.—Pueblo que habitaba en el sur de Asia Menor. Cada vez que una desgracia amenazaba al país crecía abundantemente la barba de la estatua de Atenea.

Pedeos.—Pueblo indio que ocupaba la región del actual Pendjab.

Peluso.—Ciudad situada en la frontera de Egipto y Palestina. El sitio actual —Tell Farameh— comporta también los cimientos de un pequeño fuerte.

Periplo de Necao.—Periplo ordenado por el faraón Necao II (el Necos de Herodoto) a fines del siglo VII antes de J. C. Fue la primera circunnavegación conocida en torno al continente africano. Los marinos fenicios descendieron a lo largo de la costa oriental de África, doblaron el cabo de Buena Esperanza, volvieron por el estrecho de Gibraltar. Nada permite poner en duda este viaje. En esa época se revelaban pocos pormenores sobre esta clase de empresas para no descubrir los secretos de las rutas, pasos y vientos y conservar «la exclusiva» de esos itinerarios cuyos objetivos eran ante todo comerciales. Ocurrieron en un tiempo en que comercio y aventura eran prácticamente sinónimos.

Periplo de Sataspes.—Según los informes facilitados por Herodoto, Sataspes partió de Egipto, atravesó el estrecho de Gibraltar y descendió por la costa africana hasta el golfo de Guinea, donde tuvo que encontrar negrillos y calma chicha. Este viaje tuvo lugar en el reinado de Jerjes entre 480 y 470 a. de J. C.

Periplo de Scílax.—Scílax salió de Caspatiro, ciudad no identificada,

aunque situada en el norte del actual Pakistán (provincia de Pendjab), bajó por el Indo, dobló toda la costa sur de Arabia y remontó el mar Rojo hasta Egipto. Este Periplo ordenado por Darío tuvo que ocurrir tras la conquista del poder por Darío en 521.

Persas.—Pueblo indoeuropeo perteneciente a la rama indoiraní o ariana. Se establecieron en el siglo IX en el país de Parsua, al sur y suroeste del lago Urmiya y desde aquí se extendieron por toda la meseta iraní, en la que fundaron un reino autónomo por instigación del primer rey histórico, Aquemenes. Introdujeron el uso del caballo, nuevas divinidades y una religión que estará marcada durante mucho tiempo por la influencia del dualismo medo representado por la clase de magos.

Persépolis.—Capital del Imperio aqueménida edificada no lejos de Pasagarda por Darío, desde 520, y continuada bajo Jerjes y Artajerjes I. Su construcción exigió más de sesenta años. No se trata, propiamente hablando, de una capital política ni diplomática, sino más bien de una capital religiosa en la que cada año los enviados de todos los pueblos sometidos al Imperio persa venían el día de Now Ruz o Año Nuevo a colocar sus ofrendas al pie del Rey de Reyes bajo la égida del gran dios Ahura Mazda. Ningún extranjero podía asistir a estas ceremonias, lo cual explica que Herodoto no mencione en ninguna parte a Persépolis. Los frisos de *apadana* o sala de Audiencia, representan la majestuosa procesión de los pueblos sometidos al Gran Rey. Todas las satrapías o provincias están allí representadas. El aspecto monumental del paraje, la inmensidad de la sala de Audiencia y de la sala del Trono llamada de las Cien Columnas, fueron construidas para impresionar a los vasallos del Gran Rey. Las ruinas de Persépolis han proporcionado muchos bajorrelieves y esculturas, de las cuales muchas llevan la marca de las influencias egipcia, elamita, babilónica e hitita.

Pleuno.—Puerto libio que corresponde al actual Sidi Barani, a 450 kilómetros al oeste de Alejandría.

Ponto Euxino.—El mar Negro.

PSAMÉTICO.—Se trata de Psamético I, el cual reinó de 663 a 609. Fue el primer faraón de la dinastía saíta.

PSAMMIS.—Psamético II, que reinó en Egipto de 594 a 588.

Psilos.—Pueblo de Libia que ocupaba las orillas de la Gran Sirte. Desaparecieron durante una guerra contra el viento del sur.

Puerto Menelao.—Puerto libio correspondiente a la actual ciudad de Bardia, al este de Cirene. El rey de Esparta, Menelao, se suponía había desembarcado allí en busca de Elena, refugiada en Egipto.

RAMSINITO.—Según las obras mandadas por este faraón (propileos del templo de Ptah en Menfis) y mencionadas por Herodoto, puede tratarse de Ramsés III, que reinó de 1170 a 1139.

Ruta de los carros.—Ruta cuyo trazado, establecido tras las investigaciones de Henri Lhote (*Descubrimiento de los frescos de Tasili,* Edic. Arthaud), unía la costa mediterránea con Gao, junto al Níger. Sus postas principales eran: Cidamus (el actual Ghadamés), Ilizi (Fuerte Polignac), Abalessa (en el Hoggar) y Tadamekka (el actual es-Suk). Las poblaciones caballistas de Libia utilizaban esta ruta de los carros cuyas pinturas y grabados —muy numerosos— figuran en el macizo de Tasili. Al parecer, se abrió desde comienzos del primer milenario a. de J. C.

Sais.—Ciudad del Delta, situada en el brazo canópico del Nilo; hoy Sa-el Hagha. Desempeñó un importante papel en una época tardía, a partir de la veintiséis dinastía. La diosa Neith (asimilada a Atenea-Minerva) tenía allí un famoso santuario donde se celebraba cada año la fiesta de las Iluminaciones.

Sardes.—Capital del reino de Lidia en Asia Menor. Residencia de Creso. Fue tomada por los persas en 546. Las excavaciones llevadas a cabo desde 1914 por los arqueólogos de la Universidad de Princeton, revela-

ron importantes vestigios, siempre visibles: un templo de Artemisa, la acrópolis, el teatro y a cierta distancia la necrópolis de Bin Tepe.

Saurómatas.—Pueblo nómada emparentado con los escitas que hizo su aparición en Rusia del sur a partir del siglo IV a. de J. C. Es difícil verificar los mitos sobre el origen de los saurómatas tal y como los refiere Herodoto. Los descubrimientos efectuados en 1929, en el sur de Rusia, han confirmado en todo caso sus aseveraciones: en una tumba se encontró a una mujer enterrada con *sus armas*. Las *mujeres saurómatas* participaban en la guerra y en la caza a caballo. Los saurómatas representaron con el nombre de sármatas un gran papel desde el siglo I a. de J. C.

SEMÍRAMIS.—En asirio Sammu-ramat. Reina cuyo nombre significa «la Dama del Palacio». Reinó en el siglo IX, en Babilonia. Luego los griegos la hicieron hija de una diosa, expuesta en el bosque y recogida por pastores. Así se convirtió en Semíramis.

Serbonio (Lago).—Gran laguna situada al este del actual Port Said.

SESOSTRIS.—Puede tratarse del faraón Sansworet, de la doce dinastía. Hubo tres faraones del mismo nombre, los cuales conquistaron y pacificaron Nubia y avanzaron hacia el norte, hasta Siria. No se posee documento alguno ni huella de una presencia egipcia más allá de Siria.

Siria.—Siria para Herodoto designa todo el litoral palestino y la costa de Antioquía.

Soleis (Cabo).—El actual cabo Cantín, en Marruecos, al norte de la ciudad de Safi. Figura en el *Periplo de Hamón* con el nombre de cabo Solente.

SOLÓN.—Uno de los siete sabios de Grecia Antigua (que eran, según Platón, Tales de Mileto, Pitacos de Mitilene, Bias de Priene, Solón de Atenas, Cleóbulo de Lindos, Misón de Quenea y Quilón de Lacedemonia). La entrevista con Creso es meramente ficticia, si bien el viaje de Solón a Egipto lo menciona también Platón. En el transcurso de este viaje fue cuando los sacerdotes egipcios refirieron a Solón el hundimiento de la Atlántida.

Susa.—Ciudad situada en las márgenes del Coaspes (el actual río Kerkha que desagua en el golfo Pérsico). Parece ser que Ciro residió allí, pero fue Darío quien hizo de ella la capital política, diplomática y administrativa del imperio aqueménida. Todavía se ve el palacio de Darío con la sala de Audiencia o *Apadana*. Fue asimismo descubierta una inscripción célebre en la que Darío enumera la procedencia de los materiales que sirvieron para edificar la capital: las vigas de cedro vinieron del Líbano; el oro, de Sardes y de Bactriana; los lapislázuli y cornalina, de Sogdiana; la turquesa, de Corasmía; la plata y el ébano, de Egipto; la decoración mural, de Jonia; el marfil, de Etiopía; la madera de yaka, de Kermán y del Gandhara; la piedra de las columnas, de Elam. Los canteros procedían de Jonia y Sardes; los orfebres eran medos y egipcios; las gentes de Sardes y egipcias trabajaron la madera; los babilonios fabricaron los ladrillos cocidos. Medos y egipcios adornaron las paredes.

Tanais.—Río de Escitia, el actual Don.

TARGITAO.—Antepasado legendario de los escitas.

Tartesos.—La ciudad de Tartesos estaba situada cerca de la actual ciudad de Cádiz, en la costa occidental de España. Corresponde a la Tarsis bíblica.

Táuricos.—Pueblo que habitaba la parte sur de la actual Crimea. Adoraban a la gran diosa Tabiti, a la que inmolaban los viajeros y náufragos arrojados a sus costas. Eurípides escribió una tragedia, *Ifigenia en Táuride*, que se inspira en los relatos y leyendas referentes a los táuricos.

Táuride.—Táuride correspondía a la costa sur de la actual Crimea.

Teos.—Ciudad de Asia Menor, al sur de Focea, entre Éfeso e Izmir.

Tiras.—Antiguo río de Escitia, el actual Dniester.

Tirrenia.—Tirrenia correspondía a Etruria.

Tracia.—Tracia correspondía a toda la actual Turquía europea hasta el Danubio. Sus ciudades principales fueron Abdera, Salmidesa y Nicópolis.

Tracios.—Los griegos agrupaban bajo el nombre de tracios a diferentes pueblos que habitaban en el norte de Grecia y se extendían hasta el Danubio. El carácter rudimentario de su civilización no excluía cierta espiritualidad a la que fueron sensibles los griegos; Tracia pasaba por la patria de los poetas Orfeo y Museo y por una de las tierras de elección de Dionisos.

Trausos.—Pueblo tracio que —a juzgar por las descripciones de Herodoto— era de índole pesimista. Lloraban en el nacimiento de los niños y enterraban a los muertos entre el regocijo general.

Tritón (Lago).—La localización de este lago con el que se relacionan muchas leyendas ha variado según los autores. Correspondería ya a la Pequeña Sirte, ya a la depresión del Chott-el-Djerid.

Viajes.—Herodoto no nos informa más que indirectamente sobre su forma de viajar. Ni que decir tiene que tuvo que emplear diferentes medios de locomoción, o sea barcos, caravanas, monturas, y... la marcha a pie.

Viajes marítimos.—Hemos mencionado más arriba los navíos rápidos de cincuenta remos llamados *penteconteras,* utilizados con fines militares y para misiones urgentes. Estos barcos largos y finos podían en tiempo bonancible cubrir hasta 150 kilómetros por día, aunque la media probable oscilase entre 90 y 125 kilómetros. Estas cifras se entienden de la navegación a remo, más regular que la navegación a vela. Se navegaba siguiendo las costas y se detenían por la noche en los mares desconocidos. Herodoto en su cuarta *Investigación* indica —como velocidad media para la travesía del Ponto Euxino— setenta mil toesas u orgías por día y sesenta mil de noche. Como la toesa equivalía a 1,77 metros, esto representa 125 y 105 kilómetros. Los grandes barcos de cabotaje —redondos y ventrudos— eran a todas luces mucho más lentos.

Viajes terrestres.—En la cuarta *Investigación* Herodoto fija en doscientos estadios la distancia recorrida cada día por un buen andarín. El estadio equivale a 177 metros; lo cual representa 35 kilómetros por día. Evidentemente, existían otros medios de locomoción: los camellos (para las caravanas), los mulos y caballos. Los correos a caballo del Camino Real lograban, merced a las postas, medias diarias de 100 kilómetros.

Xanto.—Capital de Licia, situada junto al río del mismo nombre (hoy Koca Cayi). Las excavaciones efectuadas desde hace varios años por la Escuela Francesa de Arqueología, han confirmado los hechos descritos por Herodoto. Han permitido poner al descubierto interesantes monumentos funerarios; entre otros, el que llaman la tumba de las Harpías, el ágora de la ciudad y un teatro bastante bien conservado.

Yarcas.—Pueblo indoeuropeo de cazadores, establecido al sur del monte Ural.